
malditas
confesiones
BRECHA DE EDAD, BEBÉ SECRETO,
ROMANCE MAFIOSO
AJME WILLIAMS

MALDITAS CONFESIONES

BRECHA DE EDAD, BEBÉ SECRETO, ROMANCE MAFIOSO

AJME WILLIAMS

ÍNDICE

Blurb
1. Sofia
2. Angelo
3. Sofia
4. Angelo
5. Sofia
6. Angelo
7. Sofia
8. Angelo
9. Sofia
10. Angelo
11. Sofia
12. Angelo
13. Sofia
14. Angelo
15. Sofia
16. Angelo
17. Sofia
18. Angelo
19. Sofia
20. Angelo
21. Sofia
22. Angelo
23. Sofia
24. Angelo
25. Sofia
26. Angelo
Epílogo

Copyright © 2025 by Ajme Williams

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Creado con Vellum

BLURB

"Ahora eres mía, Sofía. Para protegerte. Para adorarte. Para castigarte."
Sus palabras susurradas enviaron escalofríos por mi espalda.

Un día, soy una madre soltera luchando por diseñar trajes.
Al siguiente, soy reclamada por el don más despiadado de la mafia de Nueva York.

Angelo Pirelli Jr. interviene cuando un rival amenaza todo lo que amo.
Pero su protección tiene un precio que no estoy segura de poder pagar.

Intento resistirme. Dios, cuánto lo intento.
Pero el toque de Angelo incendia mi mundo.

Una noche imprudente lo cambia todo.
Ahora hay sangre en mis manos y un secreto en mi vientre.

Justo cuando creo haber encontrado seguridad en sus brazos...
Mi pasado regresa, con sed de venganza.

Angelo jura que nos mantendrá a salvo.
Pero en su oscuro mundo de violencia y vendettas, estoy empezando a darme cuenta de algo:

La mayor amenaza para mi supervivencia podría ser el hombre del que me estoy enamorando.

❧ **CONFESIONES MALDITAS** es una ardiente novela de romance oscuro y mafioso con un don posesivo, una pasión prohibida y secretos mortales. ¡Haz clic ahora para una historia de amor donde la protección tiene un precio peligroso! ❧

SOFIA

Alis la tela sobre los anchos hombros de Jimbo, mis dedos trabajando con precisión practicada. La rica lana color antracita cae perfectamente, un testimonio de los patrones impecables de Zip. Mi abuelo, o como le llamo yo, *nonno*, Giuseppe—también conocido como Zip—está a mi lado, con su metro setenta y cinco casi vibrando de energía a pesar de sus años avanzados.

"Jimbo, mi chico," dice Zip, su rostro arrugado frunciéndose con una sonrisa traviesa, "vas a dejarlos muertos en el funeral. Bueno, no literalmente. El pobre Antoni ya se encargó de esa parte."

Le lanzo a mi abuelo una mirada de advertencia, pero James Ginetti—también conocido como Jimbo—solo se ríe, su cabello entrecano atrapando la luz mientras sacude la cabeza. "Cierra el pico, viejo granuja. Romero te manda saludos."

"Dile que todavía estoy esperando esa revancha de nuestra última noche de póker," bromea Zip, guiñándome un ojo.

No puedo evitar sonreír. Incluso a su edad, el encanto de Zip es contagioso. Los hombres del vecindario lo respetan, no solo por sus habilidades de sastrería, sino también por la forma en que siempre ha tratado a todos con amabilidad, independientemente de sus posiciones o afiliaciones.

"¿Cómo se siente el ajuste, señor Ginetti?" Pregunto, guiando la conversación de vuelta al negocio.

Jimbo rueda los hombros, admirando su reflejo en el espejo de tres caras. "Como un sueño, Sofia. Tu abuelo te ha enseñado bien." El *consigliere* de la Famiglia Pirelli me sonríe.

"Tiene talento," Zip sonríe, dándome una palmada en el brazo, "igual que su madre. Ah, Cher… Antoni siempre tuvo buen gusto en música y mujeres."

Una punzada de dolor me golpea al mencionar a mi madre, pero la aparto. "Revisemos el largo de la manga," murmuro, alcanzando la muñeca de Jimbo.

De repente, la campana sobre la tienda suena. Me doy vuelta, esperando ver a la señora Rossi recogiendo su ropa. En su lugar, me encuentro con Gino Timpone, cuya presencia llena la tienda como una tormenta.

"Don Timpone," dice Zip, su voz perdiendo su tono juguetón. "¿Qué podemos hacer por usted?"

Los ojos de Gino se entrecierran al posarse en Jimbo. "Pensé que te encontraría aquí, Ginetti. ¿Don Pirelli enviando a su perrito faldero a presentar respetos?"

Jimbo se tensa bajo mis manos. "Ahora, Gino," empieza, pero lo interrumpo.

"Don Timpone," digo con firmeza, interponiéndome entre los dos, "estamos en medio de una prueba. Si desea hacer una cita, estaré encantada de —"

“Ahórratelo, Sofia,” suelta Gino.

Siento la mano de Zip en mi hombro, tirándome suavemente hacia atrás. “Ahora, Gino,” dice, su voz calmada pero con una corriente de acero que rara vez escucho. “Tu padre siempre fue bienvenido aquí, y tú también lo eres. Pero tenemos normas. Nada de negocios en la tienda. Si quieres hablar con Jimbo, lo haces afuera.”

Los labios de Gino se curvan en una mueca mientras se vuelve hacia Zip. “¿Piensas que estoy aquí por *Jimbo*? Por Dios, viejo, tu mente se está yendo más rápido que tu línea del cabello.”

Siento mis mejillas enrojecer de ira, avanzando antes de poder detenerme, apartando la mano de mi abuelo. “¿Cómo te atreves a hablarle así?” Suelto, mirando furiosa a Gino.

Él se cierne sobre mí, midiendo 1,85 m, con su cabello castaño oscuro y sus ojos grises dándole una apariencia inquietante. Hay una frialdad en esos ojos que nunca vi en los de su padre. Con apenas poco más de 30 años, Gino Timpone ya tiene la reputación de ser despiadado y cruel—un marcado contraste con la naturaleza compasiva de Antoni.

La mirada de Gino se desplaza hacia mí, con una mezcla de diversión y desprecio en su expresión. “Cuidado, pequeña. Estás hablando con el nuevo Don ahora.”

“Sofia,” advierte Zip suavemente, pero estoy demasiado alterada para retroceder.

“Don o no, no faltes al respeto a mi nonno en su propia tienda,” replico.

Los ojos de Gino se entrecierran peligrosamente. “Es curioso que menciones la tienda,” dice, su voz engañosamente tranquila. “Porque *precisamente* por eso estoy aquí. Es hora de que *Perfezione* empiece a pagar por protección como cualquier otro negocio del vecindario.”

Zip da un paso adelante, colocando una mano tranquilizadora en mi brazo. “A ver, Gino,” dice, su tono mesurado. “Sabes que así no funcionan las cosas con nosotros. Tu padre entendía —”

“Mi padre,” Gino interrumpe, escupiendo la palabra como si fuera veneno, “ha muerto. Y sus viejos arreglos murieron con él.”

“Eso no es cierto,” insiste Zip. “Antoni y yo teníamos un acuerdo. Perfezione trabaja con toda La Famiglia. No tomamos partido, no causamos problemas. A cambio, nos dejan en paz.”

Gino se burla. “¿Dejados en paz? Quieres decir tratado con privilegios especiales. Esos días terminaron, viejo.”

Puedo ver las ruedas girando en la cabeza de Zip, tratando de encontrar una forma de desactivar la situación. Pero conozco a Gino. No está aquí para negociar. Está aquí para afirmar su nuevo poder, para mostrarle a todos que no es como su padre.

“Tu padre respetaba el trabajo que hacemos aquí,” digo, intentando mantener mi voz firme. “Para la comunidad, para todos. Incluida La Famiglia.”

“Mi padre era débil,” Gino ruge, “siempre preocupado por la 'comunidad'. Pues, yo no soy él. Y ustedes dos mejor aprendan eso rápido, o esta pequeña tienda podría encontrarse con algunos problemas.”

Zip endereza su espalda, sus ojos encontrándose con los de Gino con una valentía que rara vez he visto. “No entregaremos ningún dinero de protección, Gino. Así no es como operamos, y tú lo sabes.”

Por un momento, la tienda queda en silencio. Luego, la cara de Gino se deforma con furia. Antes de que pueda reaccionar, su puño golpea la mandíbula de Zip, haciendo que mi abuelo se tambalee hacia atrás.

“¡Nonno!” Grito, lanzándome hacia adelante para alejar a Gino. Pero él es demasiado fuerte, demasiado enfadado. Se da la vuelta hacia mí, sus manos agarrando mis hombros mientras me

empuja con fuerza contra la pared. Mi cabeza golpea contra el panel de madera, y por un momento aterrador, no puedo respirar. La cara de Gino está a centímetros de la mía, sus ojos salvajes de ira.

"¿Te crees especial?" Gruñe. "¿Te crees por encima de esto?"

Escucho el distintivo clic de una pistola al ser amartillada. "Ya basta, Gino." La voz de Jimbo corta el caos, baja y peligrosa. "Suéltala. *Ahora*."

Gino se congela, su agarre sobre mí aflojándose ligeramente. Puedo ver a Jimbo por encima del hombro de Gino, su pistola apuntando con firmeza al nuevo Don.

"Este es un terreno neutral," continúa Jimbo, su voz helada. "Conoces las reglas. Todos las conocemos. Ahora aléjate de la señorita."

Poco a poco, Gino me suelta y da un paso atrás. Mis piernas se sienten débiles, y tengo que apoyarme contra la pared para mantenerme de pie.

Esto es solo un respiro temporal. Sé que Gino volverá en cuanto Jimbo no esté aquí, y el moretón que rápidamente se está formando en el rostro de Zip será lo más amable que nos haga. Con el corazón latiendo con fuerza, tomo una decisión.

"Está bien," jadeo. "Está bien. Nosotros… conseguiremos el dinero."

"¡Sofia!" Zip jadea, pero lo ignoro, mis ojos fijos en Gino. "Solo… danos unos días."

Una sonrisa cruel se extiende por el rostro de Gino. "Así me gusta más. Veamos… veinte mil. En efectivo. Para el martes."

La sangre se drena de mi rostro. ¿Veinte mil dólares? ¿En tres días? Es imposible, y Gino lo sabe.

"No puedes estar hablando en serio," empiezo, pero Gino me corta.

"Oh, hablo completamente en serio, preciosa. Veinte mil, o tal vez la próxima vez no sea tan gentil." Mira a Zip, que está siendo ayudado a ponerse de pie por Jimbo. "El reloj está corriendo. Volveré el martes."

Con eso, se da la vuelta y sale de la tienda, la campana sonando burlonamente tras su partida.

Tan pronto como se ha ido, mis rodillas ceden y me deslizo por la pared. Zip corre a mi lado, olvidando su propio dolor mientras me revisa.

"Sofia, *tesoro*, ¿estás bien?" Pregunta, su voz temblorosa.

Asiento con la cabeza, mi mente corriendo. Veinte mil dólares. Para el martes. Mientras miro alrededor de nuestra pequeña tienda, al rostro preocupado de Zip, a la expresión sombría de Jimbo, un pensamiento sigue resonando en mi cabeza. *¿Qué vamos a hacer?*

Jimbo escupe en el suelo, su rostro torcido de disgusto. "Ese maldito imbécil," gruñe. "Gino es un verdadero pedazo de mierda, te lo digo. Sin respeto, sin honor. Va a llevar a la Famiglia a la ruina más rápido que una rata en una tubería."

Zip se deja caer pesadamente en una silla cercana, de repente pareciendo cada uno de sus años. Se frota la mandíbula donde Gino lo golpeó, un moretón oscuro ya formándose. "Los tiempos están cambiando," murmura, sacudiendo la cabeza.

"Esto no está bien," continúa Jimbo, guardando su pistola. "Voy a contarle a Don Pirelli sobre esta mierda. Gino se ha pasado de la raya, *muy* por encima. ¿Amenazar un territorio neutral? Eso es buscar una guerra."

Me impulso desde el suelo, haciendo una mueca por el dolor punzante en mi cabeza. "Necesitamos terminar tu traje, señor Ginetti," digo, intentando mantener mi voz firme.

La expresión de Jimbo se suaviza al mirarme. "Sofia, cariño, no te preocupes por el traje. Puedo volver mañana. Deberías descansar, tal vez ver a un médico —"

"No," lo interrumpo, más firmemente de lo que pretendía. "Puedo hacerlo. Por favor, déjame

terminar la prueba."

Jimbo intercambia una mirada con Zip, quien asiente levemente. "De acuerdo," suspira Jimbo, luciendo conflictuado. "Si estás segura."

Guío a Jimbo de regreso al pedestal, mis manos solo tiemblan ligeramente mientras tomo mi cinta de medir. Las bromas fácil de antes se ha desvanecido, reemplazada por un silencio tenso. Trabajo metódicamente, marcando ajustes y fijando la tela con precisión practicada.

"Un poco más ajustado en la cintura," murmuro, más para mí misma que para Jimbo. Él se queda quieto, observándome con preocupación en sus ojos.

Mientras trabajo, siento la mirada de Zip clavada en mí. Sé que está preocupado y que quiere hablar de lo que acaba de suceder. Pero ahora mismo, necesito esto. Necesito la rutina familiar de medir, fijar y ajustar.

Es lo único que me mantiene de no desmoronarme.

Finalmente, doy un paso atrás. "Listo," digo, mi voz apenas un susurro. "Eso debería bastar. Lo tendremos listo para usted el jueves por la mañana."

Jimbo asiente, bajando cuidadosamente del pedestal. "Gracias, Sofia," dice suavemente. "Eres una gran profesional, ¿lo sabías?"

Logro esbozar una pequeña sonrisa, pero no llega a mis ojos. Mientras Jimbo se cambia de vuelta a su ropa normal, puedo escucharlo a él y a Zip hablando en tonos bajos y urgentes. Sé que están discutiendo sobre Gino, la amenaza, la demanda imposible de dinero. Pero no puedo obligarme a unirme a la conversación.

En cambio, me concentro en ordenar, guardando alfileres y retazos de tela. Es una pobre distracción del plazo inminente y el miedo que me carcome, pero es lo único que tengo ahora mismo. El martes se acerca, y con él, Gino Timpone.

Y no tengo idea de cómo vamos a sobrevivir a esto.

Después de la partida de Jimbo, la tienda cae en un tenso silencio. Me giro hacia Zip, el peso de nuestra situación pesando sobre ambos.

"Nonno," empiezo, mi voz apenas un susurro, "¿qué vamos a hacer?"

Zip se hunde en una silla, frotándose la mandíbula magullada distraídamente. "No lo sé, Fee. Veinte mil… bien podría ser un millón."

Asiento, apoyándome contra el mostrador para mantenerme en pie. "Tenemos los diez mil en la caja fuerte, pero…"

"Pero eso es todo," Zip termina por mí. "Nuestros costos operativos, suministros, comida… todo."

Paso los dedos por mi cabello, la frustración y el miedo luchando por dominarme. "E incluso si les diéramos eso, aún nos faltarían diez mil. No hay forma de que podamos juntar esa cantidad de dinero en tres días."

Los ojos de Zip se encuentran con los míos, llenos de una mezcla de preocupación y determinación. "Podríamos intentar conseguir un préstamo, tal vez vender algunas cosas…"

Niego con la cabeza. "Ningún banco nos daría esa cantidad de dinero en tan poco tiempo, y ¿qué tenemos para vender que valga algo cercano a esa cantidad?"

Caemos nuevamente en el silencio, el tic-tac del viejo reloj en la pared parece contar nuestro tiempo restante.

"Tal vez… tal vez podríamos razonar con Gino," sugiero, sabiendo incluso al decirlo lo tonto que suena.

La risa amarga de Zip confirma mis dudas. "¿Razonar con Gino Timpone? Fee, ese chico tiene un corazón de piedra y la cabeza llena de codicia. No está interesado en razonar."

Me dejo caer contra el mostrador, sintiendo el peso de nuestra situación aplastándome. "¿Entonces qué hacemos? ¿Simplemente… esperamos al martes y esperamos un milagro?"

Zip se pone de pie, moviéndose para poner un brazo reconfortante alrededor de mis hombros. "Hacemos lo que siempre hemos hecho, *tesoro*. Seguimos trabajando, seguimos ayudando donde podamos, y enfrentamos lo que venga juntos."

Me apoyo en su abrazo, sacando fuerzas de su presencia inquebrantable. Pero mientras miro nuestra amada tienda, los trajes y vestidos en los que hemos puesto nuestro corazón, la pequeña cocina donde alimentamos a los necesitados, no puedo evitar la sensación de que todo lo que hemos construido está al filo de la navaja.

~

EL MARTES LLEGA PRONTO, y estoy al límite. Hemos logrado reunir otros dos mil dólares, pero no es suficiente. Siento el corazón en la garganta mientras desbloqueo la puerta de *Perfezione*. Zip llevó a Lou a la escuela por mi insistencia. No quiero que esté aquí cuando llegue Gino.

No sé cuándo llegará Gino, y la ansiedad me está matando.

Casi salto del susto cuando suena la campana de la tienda. Mi corazón late con fuerza, esperando ver la figura amenazante de Gino. En cambio, me quedo congelada al ver al hombre que entra.

Es alto, fácilmente mide 1,85 m, con anchos hombros que llenan perfectamente su costoso traje. Su cabello castaño oscuro, lo suficientemente largo como para pasar los dedos por él, enmarca un rostro que podría haber sido tallado en mármol. Su mandíbula con barba incipiente le da un toque rudo, contrastando con el corte refinado de su ropa. Pero son sus ojos los que me capturan: marrones profundos, intensos, y llenos de una inteligencia que parece ver a través de mí.

Me doy cuenta de que estoy mirando y rápidamente intento recomponerme. "Bienvenido a *Perfezione*," logro decir, mi voz un poco entrecortada. "¿En qué puedo ayudar usted?"

Sus labios se curvan en una sonrisa que es igual de encanto y peligro. "Don Angelo Pirelli, Jr.," se presenta, su voz un murmullo bajo que me hace estremecer. "Estoy aquí para una prueba. Tengo entendido que eres la mejor del negocio."

Trago con fuerza, intentando que mi actitud profesional tome el control. "Ha venido al lugar correcto, Don Pirelli. Para el funeral de Timpone, ¿me imagino?"

Él asiente, sus ojos sin apartarse de los míos. "Una ocasión sombría, pero que requiere lucir lo mejor posible."

Mientras lo guío al área de pruebas, puedo sentir el calor de su mirada en mi espalda. Me doy la vuelta para enfrentarlo, cinta métrica en mano. "Si se sube aquí, podemos comenzar."

Don Pirelli se mueve con una gracia fluida que desmiente su imponente figura. Mientras se para en el pedestal, comienzo a tomar sus medidas, muy consciente de cada punto donde mis manos lo rozan.

"Tienes un toque suave," murmura, sus ojos siguiendo mis movimientos. "Puedo ver por qué tu reputación te precede."

Siento un rubor subiendo por mi cuello. "Gracias," respondo, orgullosa de que mi voz se mantenga firme. "Todo está en los detalles."

"Efectivamente," coincide, con un toque de algo más en su tono. "Y parece que tienes buen ojo para… los detalles."

Nuestros ojos se encuentran, y por un momento, el aire entre nosotros se siente eléctrico.

Aclaro mi garganta, rompiendo el hechizo. “¿Cómo prefiere sus chaquetas, Don Pirelli? ¿Más ajustadas o con un poco más de espacio?”

Él sonríe, un brillo peligroso en sus ojos. “Me gustan las cosas que encajan… justo como deben. Ajustadas en los lugares correctos, pero con suficiente holgura para moverse cuando sea necesario.”

Asiento, tratando de ignorar el doble sentido en sus palabras. Mientras continúo la prueba, nuestra conversación fluye con facilidad, salpicada por momentos de silencios cargados. A pesar de la amenaza inminente del regreso de Gino, me encuentro disfrutando del proceso, incluso riendo con las sutiles bromas de Don Pirelli.

Cuando termino, fijando los últimos ajustes, doy un paso atrás para admirar mi trabajo. El traje cae perfectamente sobre su forma, acentuando sus anchos hombros y cintura delgada.

“Bueno, Don Pirelli,” digo, permitiéndome una pequeña sonrisa, “creo que hemos logrado el ajuste perfecto.”

Él se vuelve hacia el espejo, ajustando su postura. “Sofia,” dice, su voz baja e íntima, “creo que tienes razón. Es… perfecto.”

La forma en que dice mi nombre me envía otro escalofrío. Cuando nuestros ojos se encuentran en el reflejo del espejo, no puedo evitar sentir que esta prueba ha alterado más que solo la tela.

Tomo una respiración profunda, reuniendo mi coraje. “Por favor, me llame Fee,” digo suavemente. “Es lo que usan mis amigos y familia.”

Don Pirelli arquea una ceja, una sonrisa jugando en las comisuras de su boca. “¿Fee?” Repite, su voz envolviendo el apodo como una caricia.

Asiento, luego percibo el calor subiendo a mis mejillas al darme cuenta de lo atrevida que estoy siendo. “Quiero decir, si quiere, por supuesto. No quería presumir —”

Él me interrumpe, inclinando suavemente mi barbilla con un dedo hasta que estoy mirándolo directamente a los ojos. Son de un marrón profundo, como tierra recién labrada después de la lluvia, con destellos dorados que parecen atrapar la luz. Pero es la intensidad en ellos lo que realmente me cautiva: un calor ardiente que me hace sentir como si fuera la única persona en el mundo.

“Fee,” dice, su voz baja e íntima. “Me gusta. Te queda bien—corto, dulce, y me deja queriendo más.”

Santo cielo.

Me siento como en trance mientras me muevo hacia la caja registradora, mis manos temblando ligeramente mientras cobro su compra. Cuando le digo el total, él entrega mucho más de lo necesario.

“Oh, esto es demasiado,” protesto débilmente, pero él solo sonríe, una curva lenta y peligrosa de sus labios que hace que mi corazón se acelere.

“Quédate con el cambio,” dice, sus ojos sin apartarse de los míos. “Considéralo un adelanto. Volveré pronto.”

Con eso, se da la vuelta y sale de la tienda, la campana sonando con su partida. Tan pronto como la puerta se cierra tras él, me apoyo contra el mostrador, abanicándome con la mano.

“Santo cielo,” murmuro para mí misma, aún sintiendo el calor persistente de su mirada. “Ese hombre es *precioso*.”

Intento sacudirme el efecto que ha tenido en mí, pero es inútil. Incluso cuando vuelvo a mi trabajo, no puedo evitar reproducir nuestra interacción en mi mente, preguntándome cuándo volveré a ver a Don Angelo Pirelli, y qué sucederá cuando lo haga.

La campana suena de nuevo, y levanto la vista, esperando ver a Don Pirelli. Pero mi corazón se hunde cuando Gino entra, sus ojos brillando con una intención maliciosa.

"Vaya, vaya," dice arrastrando las palabras, pasando sus dedos por un estante de trajes. "Si no es la pequeña Sofia. ¿Toda sola hoy?"

Trago con fuerza, intentando mantener mi voz firme. "¿En qué puedo ayudarle, Don Timpone?"

Se ríe, un sonido desprovisto de humor. "Oh, creo que sabes *exactamente* por qué estoy aquí." Toma un par de tijeras, examinándolas de cerca. "Buena artesanía. Sería una pena que algo les pasara."

Mis manos se tensan a mis costados. "Tengo algo de dinero para usted," digo, odiando cómo mi voz tiembla.

Las cejas de Gino se alzan con sorpresa fingida. "¿Algo? Creo que dije veinte mil. Todo."

Tomo una respiración profunda, preparándome. "Yo… solo tengo doce mil."

Su rostro se oscurece al instante. "¿*Doce*? Te dije veinte, estúpida. Veinte mil."

Desearía desesperadamente que Zip estuviera aquí, o incluso Don Pirelli. Alguien que pudiera interponerse entre Gino y su creciente ira.

"No lo tengo todo," digo, mi voz apenas un susurro. "Sabías que veinte mil sería demasiado. Tendiste una trampa para que fracasaremos."

Los ojos de Gino se estrechan peligrosamente. "¿Tendí una trampa? Te di un número. No es mi culpa que no puedas cumplirla."

Da un paso hacia mí, e instintivamente retrocedo. La tensión en el aire es palpable, y soy muy consciente de lo sola y vulnerable que estoy.

"Por favor," intento una última vez. "Podemos arreglar algo. Los doce mil, más tal vez algún tipo de plan de pagos —"

"¿Plan de pagos?" Gino se burla. "Esto no es una tienda por departamentos, querida. No tienes derecho a negociar."

"Realmente no lo tengo," repito, mis ojos buscando la puerta, esperando un milagro.

Antes de que pueda reaccionar, la mano de Gino se dispara, agarrando mi brazo con fuerza. "¿Crees que puedes jugar conmigo?" Gruñe, sacudiéndome. "¿Crees que puedes engañarme?"

Mi corazón late con fuerza, y trato de liberarme, pero su agarre se aprieta. "Por favor, Gino, yo —"

Me corta con una bofetada que me envía tambaleándome. El dolor florece en mi mejilla, y siento el sabor de la sangre.

Grito, más por frustración y miedo que por dolor, y le lanzo un puñetazo. Él lo esquiva fácilmente, riendo mientras atrapa mi muñeca y la tuerce dolorosamente. "¿Peleona, eh?"

Intento patearlo, desesperada por liberarme, pero bloquea mis intentos, empujándome contra la pared. El pánico inunda mis sentidos mientras se cierne sobre mí, su rostro una máscara de furia. "¿Crees que puedes pelear conmigo, niña? *No eres nada*."

De repente, la puerta se abre de un golpe, y Don Pirelli irrumpe, una presencia oscura y furiosa. "Suéltala, Gino," ordena, su voz fría y mortal.

ANGELO

En el momento en que Jimbo me contó sobre las amenazas de Gino Timpone contra *Perfezione*, supe que tenía que intervenir personalmente. Zip Saldano podría ser inofensivo en el gran esquema de las cosas—excepto cuando está en la mesa de póker, donde me ha desplumado a mí, a Romero y a mi padre más veces de las que puedo contar—pero él es un pilar de este vecindario.

Más importante aún, está bajo *mi* protección, lo sepa él o no.

Entro en *Perfezione*, esperando ver el rostro ajado de Zip y escuchar su risa ronca. Lo que no estoy preparado para ver es la visión que me recibe en su lugar.

Está detrás del mostrador, y por un momento, olvido cómo respirar. Su cabello oscuro y ondulado cae sobre sus hombros, enmarcando un rostro que podría lanzar mil barcos—o iniciar una guerra entre Famiglias. Es una maldita Helena de Troya.

Sus ojos, profundos y expresivos, parecen atraerme, prometiendo profundidades que anhelo explorar. Y esos labios… llenos y voluptuosos, suplican ser besados. Tiene curvas en todos los lugares correctos, su cuerpo es una perfecta figura de reloj de arena que me deja la boca seca.

Cuando habla, dándome la bienvenida a la tienda, su voz es como miel tibia, dulce y rica. Me toma todo mi autocontrol para no reaccionar visiblemente. Me presento, observando cómo el reconocimiento parpadea en sus ojos. Ella sabe quién soy, lo que represento, pero no hay miedo en su mirada—solo una mezcla de respeto y algo más, algo que hace que mi pulso se acelere y el calor vaya directo a mi polla.

Mientras me guía al área de pruebas, no puedo evitar observar el balanceo de sus caderas. Se mueve con una gracia que es tanto elegante como terrenal, una combinación que encuentro irresistible. Cuando comienza a tomar mis medidas, estoy hiperconsciente de cada punto donde sus manos me tocan. Su aroma me envuelve—una mezcla embriagadora de gardenia y coco vainilla que me hace sentir mareado.

No puedo evitar coquetear con ella mientras trabaja. La forma en que se sonroja, el ligero temblor en sus manos cuando me rozan—es claro que la atracción es mutua. Nuestra conversación fluye fácilmente, salpicada de momentos de silencios cargados que hablan por sí mismos.

Cuando me dice que la llame Fee, se siente íntimo, como si me estuviera invitando a su mundo. Saboreo la manera en que su apodo se siente en mi lengua, ya imaginándome susurrándolo en entornos más privados.

Mientras admiro su trabajo en el espejo, me sorprende lo perfectamente que el traje encaja, cómo ha logrado acentuar mis mejores rasgos con solo unos pocos alfileres y pliegues. Es un testimonio de su habilidad, y me siento aún más impresionado.

Irme resulta más difícil de lo que esperaba. Pago de más por el traje deliberadamente, usándolo como excusa para regresar pronto. Mientras salgo de *Perfezione*, mi mente está acelerada. Vine aquí para lidiar con una amenaza, pero me voy con pensamientos de ojos oscuros y manos suaves.

Necesito verla de nuevo. Pronto. Y no solo por las amenazas de Gino. Hay algo en Fee que me tiene enganchado, y no estoy seguro de querer luchar contra ello.

Sin embargo, cuando me deslizo en la parte trasera de mi coche y mi conductor y guardaespaldas, Marco, enciende el motor, me encuentro ya planeando mi próxima visita. El sabor del peligro nunca me ha disuadido antes, y la promesa de la sonrisa de Fee es una tentación demasiado fuerte para resistir.

Mi teléfono vibra, y contesto sin mirar el identificador, mi voz afilada y autoritaria. “Pirelli.”

“Don Angelo.” Una voz nerviosa atraviesa la línea. “Tenemos una situación con el cargamento en los muelles —”

“Resuélvelo,” corto, mi tono no admite discusión. “Para eso te pago. Si no puedes gestionar una simple entrega sin que yo tenga que intervenir, quizás deba reconsiderar tu puesto.”

“No, señor, claro que no. Es solo que —”

Estoy a punto de soltar otro comentario cortante cuando noto que Marco se gira en su asiento, con una expresión urgente en su rostro. Lo aparto con la mano, irritado por la interrupción.

“Don Angelo,” sisea Marco, sin desanimarse, “Gino Timpone acaba de entrar en *Perfezione*.”

La sangre se me hiela. Fee. Sola con ese psicópata.

“Te llamaré luego,” espeto al teléfono, colgando sin esperar una respuesta. No me importa enfadar a un trabajador de los muelles ahora mismo.

“Date la vuelta,” ordeno a Marco, ya alcanzando la manija de la puerta del coche. “¡Ya!”

Marco gira el coche con un chirrido de neumáticos. En cuanto estamos frente a *Perfezione*, salgo del coche sin esperar a que se detenga por completo.

Mi mente corre mientras avanzo hacia la tienda. Gino es impredecible en el mejor de los casos, y si está allí por el dinero de la protección... Acelero el paso, rezando por no llegar demasiado tarde.

Mi mano va hacia la pistola enfundada bajo mi chaqueta, una determinación sombría se asienta sobre mí. No sé a qué me estoy enfrentando, pero hay algo seguro: si Gino ha puesto un dedo sobre Fee, habrá que pagar un precio.

Un grito atraviesa el aire, un sonido de puro terror que me envía una descarga de adrenalina. Sin pensarlo, corro hacia la tienda, el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. La puerta está entreabierta, y entro de un golpe, la escena ante mí encendiendo una furia fría en mi interior.

Gino tiene a Fee presionada contra la pared, su mano agarrando su brazo dolorosamente mientras le sonríe con desdén. “¿Crees que puedes pelear conmigo, niña? *No eres nada*.”

Mi visión se estrecha, enfocándose en Gino mientras saco mi pistola de la funda, el peso de ésta familiar y reconfortante en mi mano. “Suéltala, Gino,” ordeno, mi voz fría y mortal.

Gino se gira, sus ojos ensanchándose ligeramente cuando me ve, pero es el rostro de Fee el que noto. Su labio está partido, la sangre gotea por su barbilla, y su mejilla ya comienza a amoratarse. La rabia recorre mi cuerpo, una oleada ardiente que hace que mi agarre en la pistola se endurezca. La amartillo, el sonido resonando en el tenso silencio.

“Este no es tu territorio, Pirelli,” Gino gruñe, sus ojos moviéndose entre Fee y yo.

No puedo evitar una sonrisa sarcástica. “Tal vez no, pero está a punto de ser mi problema.”

La comisura de la boca de Gino se contrae con ira. “No puedes venir aquí y dar órdenes.”

“Suéltala. *Ahora*. O si no.”

La tensión en la habitación es palpable, un pesado silencio se extiende sobre nosotros mientras el agarre de Gino sobre Fee se afloja. Retrocede, sus ojos aún clavados en los míos.

“Esto no ha terminado, Sofia,” escupe. “Todavía me debes dinero. Pero ahora es el doble.”

“Lárgate,” gruño, mi pistola aún apuntando hacia él.

Gino nos lanza una mirada de odio. Con una última mirada llena de desprecio, se da la vuelta y sale de la tienda, cerrando la puerta de un portazo.

Fee se deja caer al suelo, su cuerpo temblando. Enfundo mi pistola y corro a su lado, arrodillándome y tomando su rostro con suavidad. “¿Estás bien?”

Ella asiente, aunque las lágrimas corren por sus mejillas. “Pensé… pensé que iba a —”

Le limpio las lágrimas de la mejilla buena. “Lo sé.”

Ese bastardo.

Nada me daría más satisfacción que ponerle una bala en la cabeza por haber puesto una mano encima a Fee. Pero matar a otro Don sin permiso de La Famiglia no es algo que pueda permitirme ahora.

Enfundo mi pistola y le extiendo una mano a Fee. “Vamos, arriba.”

Ella toma mi mano, sus dedos temblando ligeramente, y la ayudo a ponerse de pie. Saca un espejo compacto de su bolso y jadea al ver su reflejo, con el labio partido y la mejilla amoratada mirándola.

“No puedo dejar que Lou me vea así,” suspira, con preocupación en su voz.

“¿Lou?” pregunto, con curiosidad.

“Mi hija,” explica Fee, y no puedo evitar notar la ausencia de anillos de compromiso o matrimonio en sus dedos.

La revelación de que tenga una hija me intriga, añadiendo otra capa al enigma que es Sofia Saldano. A pesar de la montón de trabajo que me espera, tomo una decisión en fracciones de segundo.

“Me quedo,” declaro, con un tono que no deja lugar a discusión. “No confío en que Gino se mantenga alejado, y tú necesitas protección.”

Sofia comienza a protestar, pero levanto una mano. “Por favor, déjame hacerlo. Por mi tranquilidad, si no es por otra cosa.”

Ella duda, luego asiente. “Gracias, Don Pirelli. Yo... lo aprecio.”

“Por favor, llámame Angelo. Si puedo usar tu apodo, es justo que tú uses mi nombre de pila.”

Fee sonríe, luego hace una mueca cuando el movimiento agrava sus heridas. Mi mandíbula se tensa, pero mantengo la voz suave. “Permíteme hacer algunas llamadas.”

Me alejo un poco, saco mi teléfono. “Jimbo, cancela mis reuniones para hoy. Ha surgido algo.” Pauso, escuchando sus protestas. “No, no puede esperar. Encárgate.” Mi tono no deja lugar a argumentos.

A lo largo del día, atiendo llamadas, mi voz alternando entre órdenes cortantes y negociaciones fluidas. “Dile a Carmine que si no puede cumplir con la cuota, está fuera. No, el cargamento se envía esta noche, sin excusas. Si la policía hace preguntas, no sabes nada.”

Entre llamadas, Fee y yo charlamos. Me siento atraído por su agudo ingenio y su cálida sonrisa, mientras que ella parece intrigada por los destellos del hombre detrás del Don.

Es la primera vez en mucho tiempo que me siento así... cómodo con alguien.

A las 3:30, suena la campana de la puerta. Zip entra, acompañado de una niña con gruesas ondas rubias y penetrantes ojos azules que lleva una mochila al hombro. No puede tener más de nueve años.

Zip parece sorprendido. “Don Pirelli, no esperaba verle aquí.”

La niña se detiene de golpe, con la mirada fija en mí. “¿Quién eres tú?” Pregunta sin rodeos, con un tono más exigente que curioso.

Levanto una ceja, tanto divertido como impresionado por su franqueza. “Soy Angelo, un amigo de tu madre. Y tú debes ser Lou.”

Los ojos de Lou se entrecierran ligeramente. “Mamá no tiene amigos como tú,” dice con tono neutral.

Fee da un paso adelante, frunciendo el ceño ligeramente. “Lou, cariño, sé educada. Angelo me ha estado ayudando hoy.”

La mirada de Lou se agudiza al notar las heridas de su madre. “¿Qué pasó?” Demanda, su joven voz teñida de una preocupación más allá de su edad.

Fee intenta restarle importancia. “Oh, no es nada, cariño. Solo tuve un pequeño accidente en la tienda. Ya sabes lo torpe que puedo ser a veces.”

Los ojos de Lou se entrecierran, claramente sin creérselo. Se vuelve hacia mí, su mirada penetrante. “¿Rescataste a mi mamá?”

Considero mis palabras cuidadosamente, pero decido ser honesto. “Sí, lo hice.”

Lou asiente, satisfecha. Su franqueza y rápida comprensión me impresionan. Esta niña tiene agallas, y no puedo evitar admirarlo.

“Bueno,” anuncio, “creo que esto amerita una celebración. ¿Qué tal si cenamos? Yo invito.”

Zip comienza a protestar. “Don Pirelli, es muy amable, pero —”

“Llámame Angelo,” interrumpo. “Insisto. ¿Qué tal Bella Notte?”

Fee parece indecisa, mirando a Zip. “Angelo, realmente no es necesario —”

Pero los ojos de Lou se han iluminado. “¿El restaurante italiano? ¡He oído que la comida es increíble!”

“Lou, ¿cómo has oído eso?” Pregunta Zip, divertido.

“Puedo leer reseñas de Google,” responde Lou, alzando la cabeza.

Contengo una risa. “Entonces está decidido,” digo con una sonrisa. “Si me disculpan un momento.”

Salgo afuera, asintiendo hacia Marco, que vigila las calles como un halcón. “Necesito una reserva en Bella Notte para cuatro esta noche.”

Las pobladas cejas de Marco se juntan. “Pero jefe, siempre están llenos.”

“No me importa si están llenos. Hazlo posible.”

Marco asiente y saca su teléfono, aún vigilando cualquier posible peligro en la calle.

Satisfecho con eso, llamo a Romero, mi ejecutor.

“¿Qué pasa, jefe?” Dice Romero despreocupado.

“Romero, contacta a Jimbo. Necesitamos hacer valer ese favor de Don De Luca,” digo.

Hay una pausa antes de que Romero responda, su voz cautelosa. “¿El favor *de De Luca*, jefe? ¿Estás seguro?”

“¿Acaso tartamudeé, Romero?” Espeto, perdiendo la paciencia.

Escucho voces apagadas, luego Jimbo se pone al teléfono. “Don Angelo, con todo respeto, ese favor fue difícil de conseguir. Lo estábamos guardando para —”

Lo corto, mi voz de acero. “No me importa para qué lo estábamos guardando. Necesito seguridad para *Perfezione*, empezando de inmediato.”

“¿*Perfezione*?” Romero suena atónito, pero Jimbo guarda silencio. “Pero Angelo, es solo una sastrería. Seguramente podemos usar a nuestros propios hombres —”

“¿Estás cuestionando mis órdenes, Romero?” Pregunto, mi tono mortalmente serio.

Hay un tenso silencio antes de que Romero responda, su voz apagada. “No, Don Angelo. Por supuesto que no.”

“Bien,” digo. “Porque la última vez que revisé, todavía estoy a cargo de esta familia. No tú, no Jimbo, y ciertamente no a quien pensabas usar ese favor. ¿Queda claro?”

“Clarísimo, jefe,” interviene Jimbo.

“Perfectamente claro,” añade Romero.

“Excelente,” digo. “Ahora hazlo posible. Quiero a los mejores hombres de De Luca en *Perfezione* dentro de una hora. Y si escucho una palabra más de protesta, ambos tendrán que explicarse conmigo en persona. ¿Entendido?”

“Sí, jefe,” responden al unísono.

Cuelgo, tomando una profunda respiración para calmarme. Mientras miro a través de la ventana de la tienda, veo a Fee riéndose de algo que Lou dijo, y siento que la tensión se disipa de mis hombros. Esto puede ser poco ortodoxo, pero se siente bien.

Entro de nuevo, alcanzando el final de una conversación entre Fee y Lou.

“Pero mamá, ¿por qué no podemos ir? ¡Suena divertido!” Dice Lou, su voz adquiriendo un tono insistente.

Fee suspira, pareciendo dividida. “Cariño, tenemos mucho que hacer aquí y tú tienes una hora de dormir —”

“Todo está arreglado,” intervengo suavemente. “He organizado ayuda adicional en la tienda, y nuestra reserva está fijada para las cinco de la tarde. Eso nos debería dar tiempo suficiente para disfrutar de la cena y llevar a Lou a casa a una hora razonable.”

Fee me mira, sorprendida y agradecida a la vez. “Angelo, no tenías que hacer todo eso.”

Me encojo de hombros, tratando de aparentar indiferencia a pesar del calor que se extiende por mi pecho con su mirada. “No es ninguna molestia. Además, creo que todos podríamos disfrutar de una agradable velada después de la agitación de hoy.”

Lou tira de mi manga. “¿Es cierto que Bella Notte tiene el mejor tiramisú de la ciudad?”

Me río, encantado por su entusiasmo. “Así es. Y si te portas bien, tal vez pidamos dos.”

Mientras Lou celebra y Fee y Zip niegan con la cabeza con sonrisas afectuosas, siento algo cambiar dentro de mí. Esto no es mi mundo habitual de tratos y peligros. Es algo más suave, más cálido. Algo que ni siquiera sabía que me estaba perdiendo.

Miro a los ojos de Zip, y él me da una mirada cómplice. Me enderezo la corbata, de repente sintiéndome en terreno desconocido. Pero cuando la mano de Fee roza la mía mientras busca su bolso, sé que no lo cambiaría por nada.

“¿Nos vamos?” Pregunto, sujetando la puerta abierta.

No puedo evitar sentir que estoy entrando en algo nuevo mientras salimos al anochecer de Nueva York. Algo que podría cambiarlo todo. Y, por primera vez en mi vida, espero con ansias la incertidumbre.

~

LOS RICOS AROMAS del ajo y la salsa de tomate nos envuelven al entrar en Bella Notte. El restaurante está tenuemente iluminado, con velas parpadeando sobre manteles a cuadros rojos y blancos. El murmullo de la conversación y la música italiana suave crean un ambiente íntimo. Marco se coloca discretamente cerca mientras nos acomodamos en nuestros asientos.

Me giro hacia Lou, con un toque de diversión en mi voz. “¿Te gustaría un menú infantil?”

Lou frunce el ceño mientras Zip suelta una risa sonora. “Lou lleva comiendo del menú de

adultos desde el jardín de infancia.” Se ríe, con los ojos brillando de orgullo.

“Tengo mejor gusto que otros niños de mi edad,” declara Lou con altivez, levantando la barbilla en desafío.

Cuando me siento al lado de Fee, nuestros hombros se rozan, enviando una chispa a través de mí. A lo largo de la cena, me encuentro hiperconsciente de su presencia, nuestras manos tocándose ocasionalmente al alcanzar los palitos de pan. Cada contacto accidental envía un escalofrío por mi cuerpo, y noto cómo sus ojos se desvían hacia los míos más de una vez.

“¿Alguna vez te preocupa que alguien intente hacerte daño aquí?” pregunta Fee en tono bajo, con un ojo puesto en Lou mientras come su pasta.

Niego con la cabeza. “No. Tengo a Marco, pero Bella Notte es territorio neutral. Nadie se atreve a empezar nada aquí.”

“Lo mismo con *Perfezione*,” dice Zip. Se recuesta, girando su copa de vino. “Sabes, Angelo, Antoni siempre tuvo una debilidad por *Perfezione*. Entendía el valor de un terreno neutral en el vecindario.”

“¿Oh?” le insto, genuinamente curioso. “¿Cómo es eso?”

Zip asiente, con una mirada distante en los ojos. “Decía: 'Giuseppe, tu tienda es como Suiza en una Guerra Mundial. Todos necesitan un refugio seguro.' Así que llegamos a un acuerdo. Nos mantendríamos neutrales, ayudaríamos a cualquiera que pasara por nuestras puertas, y a cambio, nos dejarían en paz.”

“Eso suena como un trato justo,” reflexiono, mi mente trabajando en las implicaciones.

Fee se excusa para ir al baño, y aprovecho la oportunidad. Bajando la voz, me inclino hacia Zip. “Sé sobre el acuerdo de Antoni con *Perfezione*. Gino está enloquecido, deshaciendo todo lo que su padre estableció.”

Los ojos de Zip se abren, su tenedor golpea contra el plato. “¿Sabes sobre eso? ¿Pero cómo —?”

“Tengo mis fuentes,” digo en voz baja, consciente de la atenta mirada de Lou. “Gino quiere implementar un reinado de terror. Está amargado por haber sido exiliado de Nueva York, perdiéndose los últimos momentos de su padre.”

Lou, que ha estado escuchando en silencio, de repente interviene. “A veces, cuando las personas están heridas, quieren hacer que otros también sufran. Pero eso no lo hace correcto.”

La miro, impresionado por su perspicacia. “Eso es muy perceptivo, Lou. ¿Dónde aprendiste eso?”

Se encoge de hombros, girando la pasta alrededor de su tenedor. “Mamá dice que entender a las personas no significa excusar sus acciones. Solo te ayuda a saber cómo lidiar mejor con ellas.”

Zip se ríe y se inclina para plantar un cariñoso beso en la cabeza de Lou.

“Tu mamá es una mujer sabia,” digo, sintiendo una oleada de admiración por Fee.

Como si fuera una señal, Fee regresa, deslizándose de nuevo en su asiento junto a mí. Su rodilla roza la mía bajo la mesa, y siento una descarga de electricidad al contacto. Nuestros ojos se encuentran, y por un momento, el resto del restaurante desaparece.

“¿Me perdí de algo?” Pregunta Fee, rompiendo el hechizo.

“Solo Lou dándonos una lección de psicología,” respondo con un guiño a la joven.

Fee se ríe, un sonido que me calienta desde dentro. “Eso suena como mi chica. Siempre llena de sorpresas.”

Mientras continuamos nuestra comida, la conversación fluye fácilmente. Me encuentro relajándome de una manera poco habitual, atraído por la calidez de esta familia poco

convencional. Zip nos deleita con historias de los viejos tiempos, mientras Lou me hace preguntas sobre todo, desde mis libros favoritos hasta mi opinión sobre la mejor pizza de la ciudad.

A lo largo de todo, soy muy consciente de Fee a mi lado. La forma en que se ríe, el suave toque de su mano en mi brazo al enfatizar un punto, el brillo en sus ojos mientras observa a Lou y Zip interactuar. Me doy cuenta de que estoy viendo un lado de ella que va más allá de la mujer fuerte e independiente que conocí en la tienda. Aquí, rodeada por su familia, está radiante.

A medida que la noche llega a su fin, me dirijo a Fee y Zip. “Creo que lo mejor es que Lou se quede contigo esta noche, Zip. Solo hasta que podamos asegurar adecuadamente la tienda.”

Fee frunce el ceño. “Angelo, aprecio todo lo que has hecho, pero ¿por qué estás pasando por todo este problema por nosotros?”

Mantengo su mirada, mi voz baja y seria. “Fee, si Gino ataca un lugar que estoy protegiendo, eso es motivo de guerra entre las Famiglias. Podría acabar con él sin sanción de La Famiglia. Es la opción más segura para todos vosotros en este momento.”

Los ojos de Fee se ensanchan mientras procesa esta información. Después de un momento, asiente. “Entiendo. Pero no voy a dejar la tienda. Es mi casa, y no me dejaré intimidar para salir de ella.”

“¡Mamá, no!” Interviene Lou, su voz elevándose. “Si es peligroso, ¡deberías venir con nosotros!”

Fee se arrodilla al nivel de Lou. “Lucille, necesito quedarme. La tienda es nuestro sustento. Pero estarás a salvo con el nonno Zip, ¿de acuerdo?”

El labio inferior de Lou tiembla. “¿Pero qué pasa contigo? ¿Quién te va a proteger?”

Intervengo, colocando una mano suave en el hombro de Lou. “Te prometo, Lou, que tu mamá estará a salvo. Voy a tener a mis mejores hombres cuidándola a ella y a la tienda.”

Lou me mira, sus ojos buscando los míos. “¿Lo juras?”

“Lo juro,” digo solemnemente. “Por mi honor.”

Lou parece considerar esto por un momento antes de asentir con desgana. “Está bien. Pero más te vale cumplir tu promesa.”

Fee abraza a Lou con fuerza. “Estaremos juntas antes de que te des cuenta.”

No puedo evitar sentir una mezcla de admiración por la fortaleza de Fee y una feroz protección mientras observo a madre e hija despedirse. Zip se lleva a Lou, luego me vuelvo hacia Fee.

“¿Estás segura de esto?” Pregunto.

Fee asiente, sus ojos decididos. “Lo estoy. No dejaré que Gino me eche de mi casa.”

Tomo su mano, apretándola suavemente mientras abro la puerta del coche para Fee. “Entonces me aseguraré de que estés a salvo allí.”

Cuando Marco se detiene frente a *Perfezione*, la calle está tranquila, la fachada de la tienda bañada por el suave resplandor de las luces de la calle. Observo mientras Fee recoge sus cosas, sus movimientos lentos, casi vacilantes. Sale del coche, luego se gira, sus ojos encontrándose con los míos a través de la puerta abierta.

“Angelo,” dice, su voz suave pero clara en la quietud de la noche, “¿te gustaría subir?”

La pregunta cuelga entre nosotros, cargada de implicaciones no dichas. Puedo ver la vulnerabilidad en sus ojos, mezclada con algo más—esperanza, tal vez. O deseo.

Por un momento, me quedo congelado, sopesando las consecuencias. Esta es una línea, lo sé. Una vez cruzada, no hay vuelta atrás. Todo podría cambiar.

Pero al mirar a Fee, con la luz del cartel de la tienda detrás de ella, sus ojos cuestionándome e

invitándome, me doy cuenta de que ya tomé mi decisión. La tomé en el momento en que entré en su tienda esta mañana.

“Por supuesto,” digo, mi voz baja y segura.

SOFIA

¿R*ealmente dijo que sí?*

Trasteo con las llaves, mis manos tiemblan ligeramente mientras intento abrir la puerta de mi apartamento encima de la tienda. Soy muy consciente de la presencia de Angelo detrás de mí mientras empujo la puerta, su colonia es un aroma sutil pero embriagador en la estrecha escalera.

"Adelante," digo, intentando mantener mi voz firme mientras entramos.

El apartamento es pequeño, apenas unos 55 metros cuadrados. La habitación principal hace las veces de sala de estar, comedor y mi dormitorio todo en uno. El sofá cama donde duermo sigue desplegado desde esta mañana, con las sábanas arrugadas. La habitación de Lou, anteriormente el dormitorio principal, está al lado, su puerta llena de pegatinas y dibujos de colores.

La cocina está en un rincón, con los platos del desayuno todavía en el fregadero. Mi cara arde. *Maldición, debería haberme ocupado de eso esta mañana.*

Por todas partes, hay signos de nuestra vida: la lonchera de Lou tirada en una silla, mi kit de costura abierto en la mesa de centro, libros y revistas esparcidos por todos lados.

Miro la cara de Angelo nerviosamente mientras observa todo. ¿Qué debe pensar de este espacio diminuto y abarrotado? Un hombre como él, acostumbrado al lujo y la grandeza, seguramente lo encontrará patético.

Para mi sorpresa, Angelo no parece molesto. Sus ojos recorren el lugar con curiosidad, tomando cada detalle. Se detiene en una foto enmarcada en la pared: Lou y yo en la playa hace unos años, ambas sonriendo ampliamente, nuestro cabello revuelto por el viento.

"Es un lugar bonito," dice Angelo, volviéndose hacia mí con una sonrisa.

"Gracias," respondo automáticamente, aunque estoy segura de que solo está siendo cortés. No hay manera de que realmente piense que este pequeño y triste apartamento es *bonito*.

De repente, sintiéndome incómoda, hago un gesto hacia la cocina. "¿Te gustaría un café?"

En cuanto las palabras salen de mi boca, me estremezco internamente. *¿Café?* Acabamos de tomar café en el restaurante mientras Lou devoraba el tiramisú. Joder, *soy la peor*.

Pero la cálida sonrisa de Angelo no se desvanece.

"El café estaría genial, gracias," dice.

Puedo sentir los ojos de Angelo sobre mí mientras me muevo hacia la cocina. Soy hiperconsciente de cada imperfección en el apartamento: el papel tapiz que se despega en una esquina, la mancha de agua en el techo, la alfombra desgastada. Sin embargo, cuando miro hacia atrás a Angelo, todo lo que veo en sus ojos es calidez y... ¿es eso admiración?

Mi corazón da un vuelco, y me doy la vuelta hacia la cafetera, tratando de calmar mis

pensamientos acelerados. Este hombre, este poderoso, peligroso e indudablemente atractivo, está en mi pequeño apartamento. Y de alguna manera, increíblemente, parece no importarle en absoluto.

Trasteo con el café, mis manos temblando ligeramente. El sonido de los pasos de Angelo acercándose envía un escalofrío por mi columna. Antes de que pueda darme la vuelta, siento su aliento en la parte trasera de mi cuello, cálido y tentador.

“Fee,” murmura, su voz baja e íntima.

Mis manos se congelan en la cafetera cuando sus labios rozan la nuca, enviando una descarga de electricidad a través de mí. ¿Es esto real? Mi corazón late a mil por hora mientras los besos de Angelo recorren mi piel, sus labios suaves e insistentes. Su lengua sale para saborearme, trazando un camino a lo largo de mi hombro.

Gimo suavemente, el sonido escapa antes de que pueda detenerlo. Aprieto el mostrador, dejando caer ligeramente la cabeza hacia atrás, dándole más acceso. El cuerpo de Angelo está cerca, casi presionando contra mi espalda, y el calor que emana de él es embriagador. Sus manos descansan ligeramente en mis caderas, al mismo tiempo que me conectan a tierra y me encienden.

Cada beso, cada caricia envía una ola de deseo que me abruma. Apenas puedo creer que esto esté sucediendo—este hombre, este poderoso Don de la Mafia, está aquí conmigo, en mi pequeña cocina, haciéndome sentir la mujer más deseada del mundo.

“Angelo,” susurro, mi voz temblando con una mezcla de necesidad e incredulidad.

Él se aparta lo justo para darme la vuelta, sus ojos oscuros de hambre.

Lo miro, perdida en la intensidad de su mirada. Este momento, esta conexión, se siente irreal, pero más real que cualquier otra cosa que haya conocido. Cuando se inclina para besarme, cierro los ojos, rindiéndome a la sensación, al innegable tirón entre nosotros.

Sus labios chocan con los míos con una intensidad feroz, encendiendo un fuego profundo dentro de mí. Nuestros besos son desesperados, como si intentáramos memorizar cada curva, cada sabor, cada sensación. Sus manos recorren mi cuerpo, tirándome más cerca, y yo imito sus movimientos, mis dedos trazando los planos duros de su pecho, los músculos tensos de su espalda.

El mundo exterior se desvanece, dejando solo a los dos, nuestra conexión sintiéndose como la única cosa real en nuestras vidas. El beso de Angelo es tanto exigente como tierno, una paradoja que envía mis sentidos al límite. No me canso de él, de la manera en que me hace sentir, de la forma en que me consume.

Me separo lo justo para recuperar el aliento, mis labios hinchados y hormigueando. “¿Todavía quieres ese café?” Bromeo, mi voz entrecortada y juguetona.

Angelo gruñe, un sonido profundo y primitivo que envía un escalofrío de anticipación por mi columna. “Quiero otra cosa,” murmura, sus ojos oscuros de deseo. “Algo que solo tú puedes darme.”

Sus palabras envían una oleada de calor a través de mí, y antes de que pueda responder, su boca está sobre la mía de nuevo, más insistente. Nuestras lenguas luchan por el dominio, cada movimiento es un choque de necesidad y hambre. Las manos de Angelo encuentran su camino a mis caderas, levantándome ligeramente mientras me presiona contra la encimera. Gimo en su boca, el sonido es tragado por su beso.

Se aparta, sus labios recorriendo con calor mi cuello, lamiendo y mordiendo su camino hacia mi hombro. Cada toque, cada roce de sus dientes, envía una descarga de placer a través de mí. Paso mis dedos por su cabello, tirándolo hacia mí, necesitando más.

“Angelo,” jadeo, mi voz una mezcla de desesperación y deseo.

Él se presiona contra mí, y puedo sentirlo, duro y listo. La sensación hace que mis rodillas se debiliten, y lo abrazo más fuerte, queriendo sentir cada centímetro de él.

Sus manos se deslizan bajo mi camisa, el toque de sus dedos en mi piel desnuda provoca un escalofrío de placer. Besando su camino de regreso a mis labios, los captura en otro beso ardiente. Su lengua se adentra en mi boca, explorando, saboreando, reclamando. Me arqueo contra él, el anhelo dentro de mí creciendo con cada toque, cada beso.

Nuestra necesidad mutua es palpable, una fuerza cruda e innegable que nos une. Me pierdo en él, en la forma en que me hace sentir viva, querida, deseada. Sus besos, su toque, son como una droga, y estoy irremediablemente adicta.

Mis dedos trabajan rápidamente, desabotonando su camisa y empujando la tela fuera de sus hombros. Él me ayuda a quitársela, nuestros labios nunca se separan. Cuando finalmente nos apartamos, ambos estamos respirando con dificultad. Me tomo un momento para admirarlo, mis ojos recorriendo su cuerpo cincelado.

Dios, es una obra de arte. Sus músculos están tensos y definidos, un testamento a su fuerza y poder.

Pero mi mirada se fija en otra cosa. Marcas de quemaduras irregulares cubren la parte trasera de su hombro izquierdo, bajando por su espalda y brazo. Resaltan claramente contra su piel, de otra manera perfecta. Sin pensarlo, extiendo la mano y trazo suavemente las marcas de quemadura por su hombro y brazo. Él se estremece bajo mi toque, la sensación enviando una chispa de algo más profundo entre nosotros.

Quiero preguntarle qué pasó, entender la historia detrás de esas cicatrices, pero antes de que pueda formar las palabras, él tira de mi camisa hacia arriba. Mi sujetador pronto sigue el mismo destino, y luego su boca está sobre mis pechos, haciéndome jadear. La sensación es abrumadora, una mezcla de placer y anhelo que me hace girar la cabeza.

Dios, esto se siente tan bien. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que tuve sexo. Es difícil cuando Lou vive en la otra habitación, y además, nadie más ha valido la pena.

Pero Angelo… él es diferente. Me hace sentir viva, querida, deseada de una manera que no había sentido en años.

Y solo lo he conocido ni siquiera un día. Dios santo, ¿qué me *pasa*?

Sus labios y lengua obran magia en mis pechos y pezones, arrancando gemidos desde lo más profundo de mi pecho. Me arqueo hacia su toque, mis dedos enredándose en su cabello mientras lo acerco más. Cada beso, cada caricia, envía olas de placer a través de mí, haciéndome anhelar más.

“Te necesito,” respiro, mi voz apenas un susurro.

Levanta la cabeza, sus ojos se encuentran con los míos con una intensidad feroz. “Yo también te necesito,” dice, su voz áspera de deseo.

Sus palabras envían una emoción a través de mí, y lo acerco a mí, nuestras bocas chocando en un beso que es tanto desesperado como tierno.

Los fuertes brazos de Angelo me envuelven, levantándome sin esfuerzo como si no pesara nada. Camina hacia mi sofá cama y me acuesta con suavidad, su toque reverente. La habitación parece encogerse, el aire cargado de anticipación. Él se queda frente a mí, sus ojos nunca apartándose de los míos mientras desabrocha su cinturón y se quita los pantalones y los boxers.

Mi boca se seca al verlo. Su cuerpo realmente es una obra de arte—músculos esculpidos, un abdomen firme y un pecho que se estrecha hacia una cintura delgada. Cada centímetro de él emana poder y dominio. Su erección se alza orgullosa e imponente, y un escalofrío de deleite

recorre mi cuerpo.

¿Eso siquiera va a caber? Me pregunto.

La boca llena de Angelo se curva en una sonrisa maliciosa. “Cabrá,” dice con arrogancia, como si pudiera leer mis pensamientos.

¿Cómo demonios supo que estaba pensando eso?

Pero no tengo tiempo de pensar en las aparentes habilidades de Angelo para leer la mente, porque sus manos están en mis pantalones, ayudándome a bajármelos y a quitarme las bragas. El hambre de sus ojos se intensifica y susurra roncamente: “Eres preciosa”, antes de subirse encima de mí.

Su peso se adapta a mí y me hace sentir el momento. Siento el calor de su cuerpo, la dura longitud de su polla presionando insistentemente mi entrada. Hace una pausa, mirándome profundamente a los ojos, casi como si me pidiera permiso para continuar. La intensidad de su mirada es a la vez electrizante y reconfortante.

Sin romper el contacto visual, levanto la mano y atraigo su cabeza hacia la mía, atrapando sus labios en un beso profundo y urgente. Es toda la respuesta que necesita. Angelo empuja dentro de mí lentamente, estirándome, llenándome por completo. Se me escapa un jadeo, tragado por su beso.

Empieza a moverse, cada embestida lenta y deliberada, encendiendo un fuego en lo más profundo de mí. Sus manos recorren mi cuerpo, acariciando, agarrando, como si intentara memorizar cada centímetro de mí. Le rodeo la cintura con las piernas, empujándole más profundo, más fuerte. El ritmo de nuestros cuerpos se sincroniza a la perfección, una danza de deseo y necesidad.

Cada embestida me hace sentir oleadas de placer, cada vez más intensas. El nombre de Angelo sale de mis labios en un canto sin aliento, y sus gruñidos de placer no hacen más que espolearme. Sus movimientos se vuelven más urgentes, impulsados por un hambre insaciable.

“Oh, joder, Angelo”, gimo, sintiéndome deliciosamente llena mientras me penetra, con sus huevos golpeándome el culo.

“Eso es”, gruñe Angelo. “Gime mi puto nombre”.

A medida que aumenta la presión, mis uñas se clavan en su espalda y me arqueo contra él, correspondiendo a cada fuerte embestida. Los labios de Angelo me tocan el cuello, y su aliento caliente me produce escalofríos. La espiral de placer se estrecha y, con una última y profunda embestida, ambos nos hacemos añicos, cayendo juntos al vacío mientras grito.

Por un momento, permanecemos entrelazados, respirando agitadamente, con las sacudidas de nuestro clímax ondulando a través de nosotros. Angelo se aparta de mí, pero antes de que pueda echar de menos su calor, me acerca a su pecho. Apoyo la cabeza contra él, escuchando el ritmo constante de los latidos de su corazón. Sus dedos trazan perezosos patrones en mi espalda.

“Probablemente debería irme pronto”, murmura.

Una punzada de ansiedad se apodera de mí, pero la aparto. “Prefiero que te quedes”, le digo en voz baja, sin querer que este momento termine.

Se ríe, un sonido profundo y retumbante que me hace vibrar. “¿Qué, te da miedo la oscuridad o algo así?”

Le doy un puñetazo juguetón en el brazo. “Ja, ja. Muy gracioso. A lo mejor es que me gusta tu compañía”.

Su risa se desvanece en una suave sonrisa. “Bueno, si de verdad quieres que me quede, ¿cómo puedo negarme?”

“Eso es lo que pensaba”, digo burlonamente, pero no quiero decirle la verdad: que no quiero

estar sola. En lugar de eso, me acurruco más. Angelo me rodea con sus brazos, abrazándome firmemente.

El cansancio de los acontecimientos del día pronto nos adormece, envueltos el uno en el otro mientras el mundo deja de existir.

~

TENGO QUINCE AÑOS OTRA VEZ, me recorre la excitación y el nerviosismo familiares de la adolescencia. Me he escapado de casa para ir a una fiesta con unas amigas, sintiendo una oleada de rebeldía. A mi madre no le importa dónde esté. Está demasiado absorta en sí misma y en su último novio como para que le importe una mierda lo que hago.

La fiesta es ruidosa y caótica, una mezcla de energía adolescente. Me quedo pegada a mis amigas, sintiendo una mezcla de euforia e incertidumbre. Mientras nos movemos entre la multitud, mis ojos se posan en la persona más atractiva que he conocido nunca.

Es alto, con el pelo rubio alborotado, la cara cincelada y unos penetrantes ojos azules. Mi corazón da un vuelco cuando nuestras miradas se cruzan.

Para mi sorpresa, se acerca a mí y me dedica una sonrisa encantadora. "Soy Jonás", dice, con voz suave y segura. "¿Y tú eres?"

Mis amigas se ríen y se dan codazos, su emoción es palpable mientras yo sonrío. "Soy Sofia".

"Encantada de conocerte, Sofia. ¿Quieres bailar?"

Mis amigas chillan y me empujan hacia delante, y cojo la mano de Jonás. Bailamos juntos en la habitación poco iluminada. Sus manos me tocan la cintura y siento la emoción de que se fijen en mí, de que me deseen. La música palpita a nuestro alrededor y me pierdo en el momento.

Me entero de que el nombre completo de Jonah es Jonah Ansel y que está en segundo curso en la universidad. Me dijo el nombre de la facultad, pero no puedo recordarlo.

Jonah me pone un vaso rojo en la mano, con una sonrisa alentadora. Dudo un momento, pero, deseosa de sentirme refrescada, bebo un sorbo. El sabor es amargo y repugnante, pero me obligo a beberlo de todos modos. No puedo dejar que vea mi malestar. Le sigue otra taza, y otra, y pronto, los bordes de mi mundo empiezan a difuminarse.

Las tazas se rellenan sin cesar y el mundo que me rodea empieza a girar, las luces se desdibujan en rayas de color. Siento un malestar creciente en el estómago, y la cabeza me pesa. Intento encontrar a mis amigas, pero no están a la vista, engullidas por la multitud.

"Eh, no me encuentro muy bien", murmuro, balanceándome sobre mis pies.

Jonás me coge, con un agarre firme pero inquietante. "Vamos, te llevaré a casa", me dice, con voz suave pero con un tono que no logro distinguir.

"¿Dónde están mis amigas?" P*regunto arrastrando las palabras. "Tengo que encontrarlas".*

"Probablemente ya se hayan ido", responde, guiándome hacia la puerta. "Vamos a llevarte a casa".

Cuando salimos, el aire fresco de la noche me golpea, pero no me ayuda a despejarme. Jonás tiene que sostenerme mientras tropiezo, con las piernas apenas capaces de sostenerme.

"Eres muy amable, Jonás", murmuro, intentando mantener los ojos abiertos. "Gracias por ayudarme".

"Por supuesto", dice, pero ahora su tono es diferente, más frío. "Confía en mí".

Caminamos un poco más, pero algo va mal. Miro a mi alrededor, con la vista nublada, y me

doy cuenta de que me está conduciendo a un callejón oscuro.

"Espera... ¿adónde vamos?" Me entra pánico en el pecho e intento apartarme de él. "Quiero ir a casa".

Jonás me agarra con fuerza y el miedo me inunda. "Relájate, Sofia", dice, endureciendo la voz. "Ya casi hemos llegado".

"¡No, suéltame!" G*rito, forcejeando contra él. Pero es demasiado fuerte y me domina con facilidad.*

Oigo débilmente que alguien me llama por mi nombre y grito, el sonido resuena en las paredes del callejón. "¡Socorro!"

"¡SOFIA!"

"¡Que alguien me ayude! Jonás, ¡PARA!"

"¡Sofia! DESPIERTA!"

Me despierto, con el corazón palpitante, empapada en sudor. En la penumbra, noto los brazos de Angelo a mi alrededor, su presencia reconfortante y abrumadora a la vez.

"¿Sofia? ¿Estás bien?" Su voz está cargada de preocupación.

Una oleada de náuseas me golpea y me alejo de él, saliendo a trompicones de la cama. Apenas llego al cuarto de baño y ya estoy inclinada sobre el retrete, vomitando en seco. El sueño se aferra a mí como una segunda piel, indeseado y sofocante.

Oigo los pasos de Angelo y luego su presencia en la puerta del baño. Cuando por fin levanto la vista, me tiende un vaso de agua. Lo tomo agradecida, con la vergüenza quemándome en las mejillas. No puedo creer que haya tenido otra noche de terror delante de Angelo.

"Gracias", murmuro, evitando sus ojos.

"¿Quién es Jonás?" Pregunta Angelo.

Me pongo rígida y casi dejo caer el vaso. "¿Por qué... por qué lo preguntas?"

Sus ojos se oscurecen de preocupación. "Gritabas su nombre. Y no parecía que fuera un grito placentero".

Cierro los ojos, deseando que los recuerdos se desvanezcan. Pero persisten, parpadeando tras mis párpados como una vieja bobina de película. La cara de Jonás, las tazas rojas, el roce del cemento contra mi espalda cuando Jonás me obligó a tirarme al suelo.

"Es... es...". Respiro hondo, preparándome para lo que voy a decir. "Jonás es el padre de Lou", empiezo, con la voz apenas por encima de un susurro.

Angelo guarda silencio, sus ojos me animan a continuar. Trago saliva y decido confiarle toda la verdad.

"Cuando tenía quince años, me violaron", digo, sintiendo las palabras como cristales rotos en la garganta. "Jonah me emborrachó y me violó. Como resultado, me quedé embarazada de Lou".

Hago una pausa. Diez años después, los recuerdos siguen siendo tan dolorosos. "Sabía su nombre, pero después de que ocurriera, desapareció. Nunca volví a verle. Tuve que dejar la escuela. Todo el mundo se enteró y me convertí en una paria social".

Empiezan a caer lágrimas y me las enjugo bruscamente. "Mi nonno me acogió, me dio trabajo en *Perfezione*. Era el único lugar donde me sentía segura".

Durante toda mi confesión, Angelo permanece en silencio, con una máscara de preocupación y algo más oscuro, quizá ira, pero no dirigida a mí.

"¿Y tus padres?" Pregunta por fin Angelo.

"Mi madre...". Ahogo una risa amarga. "Cuando se enteró de que estaba embarazada, se puso furiosa. Me llamó zorra, puta, lo que se te ocurra, lo dijo. Era la primera vez en años que me prestaba atención, y sólo fue para decirme lo decepcionante que era. Dios me libre de hacerla

quedar mal delante del Marido o del Novio Número Cualquiera. Y nunca conocí a mi padre".

Resoplo. "Gracias a Dios por mi nonno. Me ha ayudado a criar a Lou, me dio este apartamento para que pudiera tener un lugar propio. Me ha dado un trabajo, me ha enseñado todo lo que sabe. No podría haberlo hecho sin él".

Angelo extiende la mano, vacila y luego me coge suavemente entre las suyas.

"Fee", dice suavemente, "siento mucho lo que te ha pasado. No te merecías nada de eso".

Sus palabras, tan sencillas pero tan poderosas, rompen algo dentro de mí. Caen nuevas lágrimas, pero esta vez no intento detenerlas.

"Eres increíblemente fuerte", continúa Angelo, mientras su pulgar traza círculos relajantes en mi mano. "Haber pasado por eso y seguir siendo la mujer y madre increíble que eres hoy... es extraordinario".

Levanto la vista hacia él, buscando en su rostro algún signo de lástima o disgusto. En su lugar, sólo encuentro admiración y una feroz protección que me deja sin aliento.

"Gracias", susurro, apretándole la mano. "Por escucharme, por no juzgarme...".

"Nunca te juzgaría por esto, Fee", dice Angelo con firmeza. "Lo que pasó no fue culpa tuya. Y mira lo que has hecho. Has criado a una hija increíble. Diriges un negocio de éxito. Eres una superviviente".

Sus palabras me envuelven, calmando parte del viejo dolor. Por primera vez en años, me siento realmente vista y aceptada. Es aterrador y liberador a la vez.

Abro la boca para darle las gracias a Angelo, pero antes de que pueda pronunciar una palabra, noto que su cuerpo se pone rígido de repente. Sus ojos se dirigen hacia la puerta del apartamento y sus fosas nasales se agitan ligeramente.

"¿Angelo? ¿Qué te pasa?" Pregunto, con confusión y preocupación.

Pero entonces también lo huelo: el acre aroma del humo. Llega a mis oídos un débil crujido que parece proceder de debajo de nosotros. Mi corazón se desploma al darme cuenta.

"¡Dios mío!" Grito, con el pánico creciendo en mi pecho. "¡La tienda! Está quemando todo!"

ANGELO

"Fee, tenemos que irnos, *¡ahora*!" Grito mientras vuelvo corriendo al salón y me pongo la ropa, con la mente acelerada.

Por suerte, ella también me sigue y se viste. La cojo de la mano en cuanto está lista y bajamos corriendo las escaleras, mientras el rugido devorador del fuego se hace más fuerte a cada paso. El acre olor del humo llena mis fosas nasales y siento que el calor se intensifica.

Cuando llegamos al pie de la escalera, veo que los ojos de Fee se abren de horror al ver las llamas lamiendo su querida tienda. Sin dudarlo, la cojo en brazos.

"¡No!" Grita, extendiendo la mano hacia el infierno abrasador que una vez fue Perfezione. "¡Mi tienda! Todo por lo que hemos trabajado!"

"Estoy aquí", la tranquilizo, con voz firme a pesar de la adrenalina que corre por mis venas. Salgo por la puerta, irrumpiendo en el aire fresco de la noche.

El contraste entre el calor sofocante del interior y la fresca brisa nocturna es muy marcado. Dejo suavemente a Fee en el suelo, rodeándola con un brazo mientras solloza, viendo arder su único sustento.

Evaluando rápidamente el fuego, me doy cuenta de que no es tan malo como podría parecer. Con el equipo adecuado, probablemente podría ocuparme yo mismo. Pero eso plantearía demasiadas preguntas.

Saco el teléfono y marco el número de emergencias. "Hay un incendio en la tienda Perfezione de la calle cuarenta y tres. Envíen inmediatamente a los bomberos".

En pocos minutos se oye el sonido de las sirenas. El camión de los bomberos de Nueva York se detiene delante de la tienda y entran en acción.

El capitán de bomberos se acerca a nosotros, con el rostro grave. Gracias a Dios que ha venido. Es amigo de la Famiglia desde hace años. "Don Pirelli, ¿cuál es la situación?"

"Parece que el incendio se limita a la zona principal de la tienda", le explico. "Los ocupantes del edificio están a salvo, pero tenemos que salvar la mayor parte posible de la tienda".

Mientras los bomberos trabajan para extinguir las llamas, abrazo a Fee, cuyo cuerpo tiembla entre sollozos. Escudriño la zona, con los ojos entrecerrados. Esto no ha sido un accidente, y quienquiera que sea el responsable lo pagará caro.

La gente empieza a salir de las casas, atraída por la conmoción. Sus jadeos y gritos de consternación resuenan en el aire nocturno cuando se dan cuenta de que es la tienda Perfezione la que está ardiendo.

"¡Oh, no, así que no ha sido el All Around!".

"¿Quién haría algo así?"

"Ese lugar ha ayudado a tanta gente..."

Cada exclamación alimenta mi ira. No me cabe duda de que esto es obra de Gino Timpone: su retorcida venganza por no haber pagado Fee el dinero de la protección. El cobarde ni siquiera ha podido enfrentarse a ella cara a cara.

El capitán de bomberos se acerca a nosotros, con rostro adusto. “Don Pirelli, señorita Saldano, me temo que tendremos que llamar a la policía. Esto es claramente un incendio intencionado”.

Asiento, con la mandíbula apretada mientras Fee solloza. “Por supuesto, capitán. Tendrá toda nuestra cooperación”.

Por el rabillo del ojo veo que se acercan furgonetas de noticias. Salen periodistas y equipos de televisión, ansiosos por captar la historia. Uno de ellos reconoce a Fee y corre hacia ella.

“¡Sra. Saldano! ¿Puede decirnos qué ha pasado? ¿Cómo afectará a sus programas de ayuda a la comunidad?”

Me pongo delante de Fee, protegiéndola de las miradas indiscretas de los periodistas mientras Marco se acerca. “De momento no tenemos nada que comentar”, digo con firmeza.

A medida que más cámaras se vuelven hacia nosotros, me doy cuenta de la gravedad de la situación. Perfezione no es una tienda cualquiera: es un elemento básico de la comunidad, conocido por vestir y alimentar a los necesitados. Este incendio no es sólo un ataque contra Fee. Es un ataque a todo el barrio.

“Gino”, susurra Fee. “Todo esto es obra de Gino”.

Acerco a Fee a mí y le susurro al oído. “Saldremos de esto, te lo prometo. Gino no se va a salir con la suya”.

Me mira, con los ojos enrojecidos. “Lou”, grazna. “Tengo que asegurarme de que Lou y Zip están bien”.

Asiento con la cabeza, comprendiendo su preocupación. “Sí, claro. Marco te llevará al piso de Zip. Deberías quedarte allí esta noche. Es más seguro”.

Ella vacila, dirigiendo una mirada a la tienda. Le doy la mano, intentando tranquilizarla. “Vete. Me ocuparé de esto y luego nos vemos”.

Mientras Marco conduce a Fee hasta el coche, me vuelvo hacia el capitán de bomberos y los agentes de policía que acaban de llegar.

“Don Pirelli”, dice el capitán de policía. “¿Puede contarnos otra vez qué ha pasado aquí exactamente?”

Paso la hora siguiente haciendo declaraciones, omitiendo cuidadosamente algunos detalles y haciendo hincapié en otros. Una vez que las autoridades están satisfechas y el fuego se ha extinguido por completo, exploro lo que queda de Perfezione.

Los daños no son tan graves como temía. Algunas cosas están carbonizadas, pero en general es salvable. Sin embargo, la visión de todo ello me hace hervir la sangre. Gino lo pagará caro.

Saco el teléfono y llamo a Jimbo. Contesta al cuarto timbrazo, con la voz entrecortada por el sueño. “¿Jefe? Son las tres de la mañana...”

“Esta noche han prendido fuego Perfezione”, corto, con voz fría. ¿Dónde coño estaba la seguridad que les había pedido a Jimbo y Romero? *Ya me ocuparé de eso más tarde.*

Oigo a Jimbo inspirar bruscamente, y de repente su voz se vuelve alerta. “¿Qué necesitas, jefe?”

“Organizar una reunión con los otros Dons. En el Kings. Mañana temprano”.

“Considéralo hecho”, responde Jimbo sin vacilar.

“Y asegúrate de que nuestros chicos vengan a Perfezione para instalar un sistema de seguridad lo antes posible”, añado, irritado. No puedo confiar en que nadie proteja

adecuadamente esta tienda.

Cuando cuelgo, echo un último vistazo a Perfezione. Gino Timpone no tiene ni idea de lo que ha empezado. Pero está a punto de averiguarlo.

Ya no se trata sólo de negocios. Esto es personal. Y voy a asegurarme de que se arrepiente de haber tocado lo que es mío.

~

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Marco y yo llegamos al Kings. La discreta elegancia del exterior del local distrae la atención de su verdadera naturaleza. Las puertas de caoba pulida se abren silenciosamente, revelando un interior que combina a la perfección el encanto europeo del Viejo Mundo con el lujo moderno.

Las lámparas de araña de cristal proyectan un cálido resplandor sobre los sillones de cuero y los relucientes paneles de madera. El aire huele a puros caros y whisky añejo. Hay música de fondo, jazz suave que apenas se oye por encima del murmullo de las conversaciones en voz baja.

Saludo a Dimitri Vassa con la cabeza cuando entramos. Sus agudos ojos nunca pasan nada por alto, y con una ligera inclinación de la cabeza saluda y reconoce mi presencia. Como propietario del Kings, Dimitri es un hombre con clase, que se dirige y reúne a la élite de la ciudad, al tiempo que se mantiene neutral ante las transacciones menos agradables.

En la sala privada reservada para nuestra reunión, ya encuentro sentados a Alessandro De Luca, Valentino Barrone y Alberto Caputo. Estos hombres, todos ellos dones legítimamente poderosos, forman el núcleo de La Famiglia. Su palabra es ley en nuestro mundo, y sólo ellos tienen autoridad para refrenar a Gino o dar el visto bueno a su ejecución.

Sus guardaespaldas permanecen en silencio detrás de sus respectivos Jefes, una presencia imponente con ropas oscuras. Marco se coloca detrás de mí mientras yo me acomodo en mi asiento.

Dimitri se acerca con un vaso de cristal con whisky en la mano. “Lo de siempre, Don Pirelli”, dice, entregándome la bebida con un gesto elegante y experto.

Le doy las gracias con una inclinación de cabeza y bebo un sorbo lento del líquido ambarino. Su suave ardor me ayuda a mantener los nervios templados mientras me dispongo a exponer mi caso. Los destinos de Fee, Perfezione y Gino Timpone dependen de esta reunión.

Cuando dejo el vaso, me encuentro con los ojos de cada Don, uno tras otro. Sus rostros son impasibles, no revelan nada. Sin embargo, siento el peso de su mirada colectiva, que me evalúa y juzga incluso antes de que haya pronunciado una sola palabra.

“Caballeros”, empiezo, con voz firme a pesar de la gravedad de la situación, “tenemos un problema que requiere atención inmediata”.

“Nos lo imaginábamos, Angelo”, dice Alejandro, aburrido. “Si no, ¿por qué nos has convocado aquí a esta bendita hora de la mañana?”

Me inclino hacia delante y miro fijamente a Alejandro. “En primer lugar, me gustaría saber por qué no se materializó la protección que pedí el otro día”.

Alessandro parpadea, evidentemente sorprendido. Pero su máscara de Don vuelve rápidamente a su sitio. “Decidí que no merecía la pena destinar a mis hombres a una petición tan insensata”.

Me siento arder de ira. “Cuando pido un favor, se me debe conceder. Y punto”.

“No”, replica Alessandro con voz fría. “*Yo* decido qué favor debe concederse. Y punto”.

La tensión en la sala es palpable. Noto cómo las manos se cierran en puños bajo la mesa. Sin

embargo, antes de que pueda responder, Valentino interviene.

"Está claro que no es por esto por lo que Angelo nos ha convocado", dice, con voz suave pero con un deje de impaciencia. "¿Por qué no vamos al grano?"

Respiro hondo, obligándome a relajarme. Valentino tiene razón. Tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos.

"De acuerdo", digo, con voz tensa. "Gino Timpone ha ido demasiado lejos. Está amenazando territorios neutrales, exigiendo encajes de protección a precios desorbitados, y ahora incluso ha recurrido a quemar propiedades".

La ceja de Alessandro se alzó ligeramente. "¿Quemar? Es una acusación grave, Angelo".

"No es una acusación. Es un hecho". Respondo con firmeza. "Intentó quemar Perfezione anoche".

Valentino, que apenas levanta la vista de su teléfono, resopla. "¿Perfezione? No parece un asunto que merezca nuestra atención".

Aprieto la mandíbula, obligándome a mantener la calma. "Es algo más que una tienda. Es un elemento básico de la comunidad, un terreno neutral respetado por todas las Famiglias durante generaciones. Hubo un acuerdo entre Giuseppe Saldano y Antoni Timpone para que Perfezione se quedara tranquila".

Alberto, que parece incómodo en su nuevo papel, se aclara la garganta. "Aunque es lamentable, Angelo, ¿qué esperas que hagamos? No podemos controlar y microgestionar el territorio de cada Don".

"No se trata de microgestionar", replico. "Las acciones de Gino amenazan el delicado equilibrio que tanto nos ha costado mantener. Está enemistando a la comunidad atrayendo una atención innecesaria".

Alessandro se apoya en el respaldo, con el rostro lleno de cicatrices, pensativo. "Tienes razón. Pero intervenir en los asuntos de otra Famiglia... eso no es algo que se pueda hacer a la ligera".

Valentino cuelga por fin el teléfono. "Seamos sinceros. ¿Se trata realmente de la Comunidad, Angelo? Antes no te importaba una mierda de Perfezione".

"Apuesto a que Angelo conoció a esa sobrina tentadora de Zip Saldano", reflexiona Alessandro en voz alta, mirándome con una sonrisa burlona. "Por eso estás aquí".

Siento crecer mi ira ante la acusación de Alessandro, pero mantengo la calma. "Se trata de defender nuestro código. El código que Gino parece haber olvidado".

Alberto se remueve nervioso en su silla. "Aunque estuviéramos de acuerdo en que hay que hacer algo al respecto, ¿qué propondrías? No podemos simplemente... eliminarlo".

"¿Por qué no?" Un cierto desafío es bien audible en mi tono. "Es un estorbo. Sus acciones nos ponen a todos en peligro".

Alessandro levanta una mano. "Tranquilízate, Angelo. Destituir a un Don no es una decisión que se tome a la ligera".

Valentine asiente. "Además, ¿quién ocuparía su lugar? Mejor un enemigo conocido que uno conocido..."

Reprimo un suspiro de frustración. "Entonces deja que me encargue yo. Dame autoridad para ponerle en su sitio".

Los tres Dones intercambian una mirada. Pero antes de que puedan decir nada, la puerta se abre bruscamente y entra Gino acompañado de Dimitri, con una sonrisa en los labios. La sala se carga inmediatamente de tensión, los guardaespaldas se mueven de forma protectora hacia sus respectivos Dones. La mano de Marco se mueve discretamente hacia el interior de su chaqueta.

Los ojos de Gino recorren la sala y su sonrisa se ensancha. “Caballeros, espero no interrumpir nada importante”.

El rostro lleno de cicatrices de Alessandro permanece impasible. “Gino. Ésta es una reunión privada”.

“Oh, soy muy consciente de ello”, responde Gino, en tono fingidamente ligero. “Pero pensé que querrías oír algunas... noticias interesantes de Chicago”.

Valentino enarca una ceja. “¿Chicago? ¿Qué negocios tienes allí?”

La sonrisa de Gino se vuelve enigmática. “Digamos que he hecho nuevos amigos. Amigos poderosos”.

Dimitri Vassa, que observaba en silencio, se aclara la garganta. “Es cierto. Se rumorea que el Círculo de Chicago está muy prendado del Sr. Timpone”.

Se hace un gran silencio en la sala. Veo a los demás Dons procesando esta información, recalculando riesgos y alianzas en sus cabezas.

Alberto, con aspecto aún más incómodo que antes, toma la palabra. “¿Qué pasa con los irlandeses? ¿Cuál es su posición en todo esto?”

A Gino le brillan los ojos. “Es extraño que lo preguntes. Parecen bastante interesados en ampliar su... influencia en Nueva York”.

La insinuación permanece en el aire, tácita pero clara para todos. Gino no sólo amenaza. Está remodelando por completo todo el Consejo.

Me inclino hacia delante, con voz baja pero firme. “¿Y qué esperas ganar exactamente con esto, Gino?”

Se vuelve hacia mí, con una sonrisa inquebrantable. “¿Ganar? ¿Por qué, Angelo? Sólo intento proteger nuestros intereses mutuos. Después de todo, no querríamos que ningún incidente desagradable perturbara la paz que tanto nos ha costado mantener”.

Dimitri se adelanta y su voz corta la tensión. “Caballeros, me siento obligado a recordarles que la *Bratva* tiene un gran interés en mantener la paz. Si este conflicto se extiende a mi propiedad o afecta a mis negocios, no dudarán en intervenir”.

La sala se queda en silencio mientras las implicaciones de las palabras de Dimitri inundan a los Dons presentes. El rostro lleno de cicatrices de Alejandro frunce el ceño mientras la habitual despreocupación de Valentino da paso a un ceño fruncido. Alberto se mueve incómodo, claramente desconcertado.

Gino, en cambio, parece disfrutar de la creciente incomodidad, con una sonrisa en los labios. Sus ojos brillan con la satisfacción de quien cree que tiene todas las cartas.

Siento la ira que irradian los demás señores, su preocupación es palpable. Esta situación se está descontrolando rápidamente, amenazando con alterar el delicado equilibrio que hemos mantenido durante años.

Respirando hondo, me pongo en pie, atrayendo todas las miradas hacia mí. “Basta”, digo con voz firme y autoritaria. “Tenemos que dar un paso atrás. *Todos*”.

La sonrisa de Gino se ensancha, pero la ignoro, centrándome en los demás Dons. “Esta situación requiere un toque delicado. Una mayor escalada sólo conducirá a consecuencias que ninguno de nosotros quiere afrontar”.

Encuentro la mirada de cada Don, instándoles en silencio a que razonen. “Dadme tiempo. Encontraré una forma de manejar la situación que no ponga en peligro todo lo que hemos construido”.

La tensión en la sala es lo bastante densa como para cortarla con un cuchillo. Por un momento, nadie habla, el peso de la decisión flota en el aire.

Finalmente, Alejandro asiente lentamente. “Muy bien, Angelo. Te daremos la oportunidad de resolver este asunto. Pero no nos malinterpretes: nuestra paciencia no es infinita”.

Veo la satisfacción engreída en el rostro de Gino y me cabrea sobremanera. Su arrogancia es insoportable, pero me obligo a mantener la calma. Perder el control ahora sólo le daría más poder.

Antes de que pueda decir nada más, una fuerte explosión retumba en la habitación, sacudiendo las paredes y enviando una onda expansiva a través de nosotros. El sonido es ensordecedor y, por un momento, estalla el caos. Las ventanas traquetean y una nube de polvo llena el aire.

“¿Qué demonios ha sido eso?” Grita Alessandro, su voz apenas audible por encima del zumbido que oigo en mis oídos.

Miro a mi alrededor e inmediatamente se apodera de mí el instinto. Los guardaespaldas ya se están acercando, con las armas desenfundadas y los ojos escrutando el entorno en busca de posibles amenazas.

Mi mano sujeta mi arma oculta, preparada para defenderme si es necesario.

Conozco ese sonido.

Fue la explosión de un coche.

SOFIA

Mis manos están apretadas alrededor de una taza de café humeante mientras me apoyo en la encimera de la cocina. Los eventos de anoche siguen muy vivos en mi mente, pero los aparto con fuerza, tratando de mostrarme valiente.

Los ojos preocupados de Zip se encuentran con los míos. “Fee, ¿estás segura de que estás bien?” me pregunta en voz baja.

Asiento, tratando de parecer más segura de lo que realmente estoy. “Tengo que estarlo, Nonno. Por Lou.”

Zip suspira, dejando su taza. “Hoy iré a ver los daños.”

“Oh, no, Nonno. No quiero que te hagas daño...”

Zip levanta la mano, deteniendo mis protestas de inmediato. “Esta tienda es tanto mía como tuya, *tesoro*,” dice con severidad. “Hoy iré allí.”

Antes de que pueda responder, Lou irrumpe en la cocina y su rostro se ilumina al verme. “¡Mami, estás aquí!”

Logro esbozar una sonrisa sincera y dejo la taza para abrazarla. “Buenos días, *tesoro*. ¿Dormiste bien?”

Lou asiente con entusiasmo. “Sí, pero estaba preocupada por ti. ¿La tienda está bien?”

Intercambio una mirada rápida con Zip antes de responder. “Hablaremos de eso más tarde, cielo. Por ahora, ¿qué te parece si yo te llevo a la escuela hoy?”

Los ojos azules de Lou se agrandan con sorpresa y alegría. Aunque físicamente se parece a su padre, su expresión y sus gestos son idénticos a los míos. “¿En serio? ¿Tú me llevas?”

Su entusiasmo me provoca un sentimiento de culpa. Raras veces la llevo a la escuela, ya que siempre estoy demasiado ocupada con Perfezione. “Claro,” digo, forzando un tono alegre en mi voz. “¿Estás lista para irte?”

Mientras Lou corre a buscar su mochila, me vuelvo hacia mi abuelo. “Debo hacer más,” murmuro. “No debería estar tan emocionada por algo tan simple.”

Zip me aprieta el hombro. “Estás haciendo lo mejor que puedes, Sofia. Y Lou lo sabe.”

Asiento, pero la culpa persiste. Mientras observo a Lou regresar a la cocina, con la mochila en la mano y una sonrisa radiante en su rostro, me hago una promesa silenciosa. Pase lo que pase con la tienda, debo estar más presente para Lou. Es hora de que las cosas cambien.

“¿Lista para irnos, pequeña?” Pregunto, tendiendo la mano.

Lou la toma y sus pequeños dedos se entrelazan con los míos. “¡Sí!”

El sol de la mañana proyecta largas sombras sobre la acera mientras Lou y yo nos sumergimos en las calles abarrotadas de Nueva York. La ciudad ya está animada con el ruido del tráfico y los peatones apresurados.

“Mami, ¡mira ese mural tan bonito!” Lou señala entusiasmada una pintura de colores vivos que adorna un edificio cercano.

Sonrío, pero mi mente regresa a Perfezione. ¿Cuánto se habrá destruido? ¿Podremos recuperar algo? El pensamiento de perder todo lo que hemos construido me revuelve el estómago.

Pasamos frente a una pequeña cafetería, de donde provienen los aromas del café y los pasteles frescos. Me recuerdan a Angelo y siento un escalofrío recorrer mi pecho. Estoy tan agradecida de que estuviera conmigo anoche. Sin él...

Lou tira de mi mano, sacándome de mis pensamientos. “¿Podemos tomar chocolate caliente ahí alguna vez?”

“Claro, cielo,” respondo, apartando los pensamientos sobre Angelo.

Sin embargo, vuelven a invadir mi mente mientras esperamos en el paso de peatones. El recuerdo de nuestra noche juntos me da cierto calor. Sin duda, fue la mejor que he tenido, pero no puedo dejarme llevar por el corazón. Las relaciones son impredecibles, espontáneas. No se adaptan fácilmente a mi vida cuidadosamente ordenada.

Doblamos una calle arbolada, con las hojas empezando a mostrar los colores del otoño. Lou charla sobre su próximo proyecto de ciencias y me obligo a concentrarme en sus palabras.

Quizás las relaciones no sean para mí, pero esto, acompañar a mi hija a la escuela, manejar nuestra tienda, mantener la rutina predecible que hemos establecido, es lo que realmente importa. Es seguro. Es familiar. *Lo conozco*.

La escuela se alza frente a nosotras, un gran coloso de ladrillos, mientras cruzamos la calle. Veo un enjambre de estudiantes con sus padres que se arremolinan alrededor de las puertas.

“¡Sofia?”

Me giro bruscamente, el aliento se me queda atrapado en la garganta. Mis ojos se fijan en él. Alto, rubio y con esos familiares ojos azules que me miran con incredulidad. *Jonah Ansel*. Se me anuda el estómago.

No. No es posible.

El pánico comienza a abrirse paso en mí, un frío terror se cuela en mis huesos.

Me obligo a inspirar profundamente, a permanecer en el presente. La pequeña mano de Lou está caliente en la mía. Me inclino y le beso la mejilla, una promesa silenciosa de que estará segura. “Que tengas un buen día, cielo,” susurro, con la voz apenas audible en el tráfico matutino. Con un último apretón reconfortante a su mano, la veo desaparecer tras los portones de la escuela, buscando refugio en lo que le es familiar.

“¡Sofia!”

Vuelvo a escuchar la voz de Jonah, esta vez más cerca. Mis piernas se debilitan. Tengo que huir. Comienzo a caminar más rápido, con la mirada fija en la acera. Pero sus pasos me están alcanzando.

No puede ser verdad. Una sensación de malestar me invade el estómago. Solo anoche soñé con su agresión. Y ahora aquí está, el fantasma de mi peor pesadilla.

¿Cómo logró encontrarme? ¿Cómo? Mi mente busca respuestas desesperadamente. Y luego, la aterradora realidad me golpea. Lou.

El latido de mi corazón retumba en mis oídos. Ella es idéntica a él, tiene los mismos ojos azules y penetrantes, el mismo cabello rubio. Sería muy fácil para él conectar los puntos.

Por favor, que no la haya visto. Te lo ruego, Dios.

Las lágrimas me pican los ojos, nublándome la vista. Acelero el paso, pero él está detrás de mí. Siento su presencia como un peso físico que se cierne sobre mí. Me alcanza fácilmente, su

aliento caliente en mi cuello.

“Sofia,” dice, con voz vacilante. “¿Cómo estás?”

Su pregunta queda suspendida en el aire, pesada y cargada. No sé qué responder. ¿Cómo podría? Mi mente es un torbellino de miedo y rabia. Quiero gritarle, decirle que se mantenga alejado. Pero no sale ninguna palabra de mi boca.

“Vi las noticias esta mañana. Hablaban del incendio,” continúa, con la voz llena de una extraña mezcla de preocupación y algo más que no logro identificar. “Te vi allí. Venía a ver cómo estabas.”

Mi corazón se detiene. ¿Me vio en el noticiero? Y ahora está aquí, alegando estar preocupado por mí. ¿Dónde estaba ese interés hace nueve años, cuando me violó y me dejó embarazada? La rabia me invade, caliente y violenta. ¿Cómo se atreve a reaparecer así?

Los recuerdos del terror de anoche me invaden la mente, sus manos levantándome la falda, su aliento caliente en mi oído mientras me violaba. Estoy atrapada en una pesadilla sofocante y él es el monstruo que me persigue.

“Déjame en paz,” logro susurrar, mi voz apenas audible en el tráfico matutino. Las palabras parecen una pequeña piedra lanzada contra un gigante.

“Solo quiero hablar,” dice él, con voz suave pero insistente.

“No hay nada de qué hablar,” respondo, alzando la voz.

“No sabía que tenías una hija,” insiste, sus ojos escudriñan mi rostro.

Me siento casi paralizada por el miedo. *Dios mío, la vio*. “No es asunto tuyo,” escupo, con la rabia burbujeando dentro de mí. Me vuelvo para irme, pero su mano agarra mi brazo y me detiene.

El miedo, frío y cortante, me atraviesa. Aparto el brazo de su agarre, con las uñas clavándose en las palmas de mis manos. “¡No me toques!” Siseo.

Jonah, por un momento, parece desconcertado, luego su expresión se endurece. “¿Cuántos años tiene?”

“¡No es asunto tuyo, joder!” Grito, mi voz resuena en la tranquilidad matutina de la calle.

Sus ojos se estrechan y veo un brillo peligroso aparecer en ellos. “Vi bien su rostro,” dice lentamente, con voz baja. “Se parece a mi hermana.”

El latido de mi corazón es ensordecedor. No puedo respirar. Está conectando los puntos y la realidad es aterradora. “No,” susurro, mi voz es apenas un sonido.

“¿Es mía?” pregunta, apretando más mi brazo.

Sacudo violentamente la cabeza, mi negación es tan desesperada como inútil. “No,” repito, con voz temblorosa.

No me cree. Sus ojos se clavan en los míos, buscando una mentira. Me siento expuesta, impotente, como un animal herido. Quiero correr, esconderme. Pero estoy enraizada en el lugar, paralizada por el miedo.

Mi cuerpo está en estado de alerta máxima, cada terminación nerviosa me grita que huya. Este es el mismo hombre que me robó la inocencia, mi seguridad. Y ahora está aquí, a unos centímetros de mí, comportándose como si esto fuera una conversación normal. Intento mantener la voz firme, parecer racional, pero en mi mente hay una tormenta caótica.

“Aunque fuera tuya, me violaste para dejarme embarazada,” logro decir, con la voz temblorosa. “¿O tal vez no recuerdas cómo fue?”

Parece confundido, luego un destello de algo oscuro cruza su rostro. “¿De qué estás hablando?”

Quisiera golpearlo, hacerle sentir el dolor que me causó. Pero sé que no puedo. Debo

mantener la calma, por Lou. “Sabes muy bien de qué hablo,” digo, alzando la voz. “Me violaste.”

Jonah se queda boquiabierto. “¿*Violación*?” Sisea. “No te violé. Era más que evidente que te gustaba tener sexo conmigo.”

“¡Estaba borracha y tenía quince años!” Respondo de golpe, con el corazón latiendo con fuerza. “Te grité que me dejaras ir, que me dejaras volver a casa. Grité para que alguien me ayudara. ¿De qué manera eso fue consensuado, Jonah?”

Ese bastardo se limita a encogerse de hombros. Literalmente. “Tendremos que aceptar que no estamos de acuerdo en esto. Fue hace mucho tiempo. Probablemente tu memoria esté confundida, pero tú me deseabas, Sofia. Ahora, sobre nuestra hija…”

“*Mi hija*,” siseo. Quisiera golpearlo, hacerle sentir el dolor que me causó. Pero sé que no puedo. Debo mantenerme calma, por Lou.

Él me ignora. “Quiero una prueba de ADN.”

“Estás loco.” Resoplo, con el corazón que está a punto de salir de mi pecho. “Somos extraños. Debes dejarme en paz.”

Intento dar un paso atrás, pero él me bloquea el camino. Sus ojos están fijos en los míos y siento una oleada de pánico. Debo alejarme de él.

“Es una verdadera suerte haberte encontrado,” dice Jonah con ligereza, aunque sus ojos están lejos de ser amables. “Mi esposa y yo nos estamos divorciando. Ambos queremos hijos, pero nunca hemos podido tenerlos. Y descubrir que he tenido una hija todo este tiempo... Es maravilloso. Finalmente puedo ser padre.”

“¡Nunca serás su padre!” Grito.

Él extiende la mano y me toca el brazo. Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente pueda procesarlo. Grito, mi voz es un chillido agudo que resuena en el aire de la mañana. Golpeo con un puño su mandíbula. Él retrocede, sorprendido, emitiendo un grito de dolor. Aprovecho el momento y corro, con las piernas empujando a toda velocidad.

Lo escucho gritar mi nombre, pero me niego a darme la vuelta. Corro cada vez más rápido. Las piernas me arden, los pulmones gritan.

Aparece un callejón oscuro frente a mí, un faro de desesperada esperanza. Me lanzo dentro, con el corazón martillando en mi pecho. La pared de ladrillos está fría contra mi espalda mientras me dejo caer, con las rodillas doblándose bajo mí. Las lágrimas me corren por el rostro, nublándome la vista. Mi respiración se vuelve entrecortada, sollozante.

¿Qué debería hacer ahora? Jonah nunca debió encontrarme a mí ni a Lou. En Nueva York hay millones de personas. ¿Cómo logró cruzarse conmigo?

Esto no terminará aquí con Jonah. Quiere una prueba de ADN. Quiere ser el padre de Lou.

Oh, Dios, ¿y si me la quita?

Una oleada de terror me invade, amenazando con ahogarme. ¿Qué voy a hacer?

De repente, mi teléfono suena y yo inspiro profundamente. Saco el móvil del bolso y veo que tengo un mensaje de Shawn.

¡Hola, chica! Me acaban de sentar en el restaurante. ¡No puedo esperar a verte!

Oh, mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Me había olvidado por completo del brunch con mi mejor amiga, Shawn. ¿Dónde demonios se supone que nos encontraríamos?

Con las manos temblorosas, desplazo nuestros mensajes hasta encontrar nuestra conversación sobre el brunch. Parece que habíamos acordado un restaurante cerca de Perfezione y la escuela de Lou, así que, por suerte, está a unos minutos a pie de aquí.

¡Voy para allá!

Llego al restaurante a tiempo récord. Me aliso el cabello y respiro hondo cuando entro al

lugar. El corazón todavía me late fuerte por el encuentro con Jonah, pero me obligo a concentrarme en el presente. Shawn me está esperando y no quiero preocuparla.

La veo de inmediato, su piel color ébano brilla a la luz tenue del restaurante mientras examina el menú. Levanta la vista, sus ojos color avellana se iluminan al verme y me hace un gesto para que me acerque a la mesa.

"¡Fee! Aquí estás," dice, poniéndose de pie para darme un rápido abrazo. "Estaba empezando a pensar que te habías olvidado de mí."

Le sonrío mientras me deslizo en el asiento frente a ella. "Nunca. Perdón por el retraso."

Los ojos de Shawn se entrecierran ligeramente mientras estudia mi rostro. "Está bien, suelta la sopa. ¿Qué pasa?"

"¿Qué? No pasa nada," digo, quizá un poco demasiado rápido.

Ella levanta una ceja. "Fee, nos conocemos desde la secundaria. Sé reconocer cuando algo va mal. ¿Es la tienda? ¿Pasó algo?"

Suspiro, sabiendo que no puedo esconderle nada a Shawn. Ha sido mi roca en muchos momentos difíciles, siempre presente, con un oído atento y consejos sabios. Sabe todo sobre la paternidad de Lou y estuvo ahí cuando otros amigos me abandonaron.

"Es... mucho para contar," admito. "La tienda... hubo un incendio anoche."

Los ojos de Shawn se agrandan de sorpresa. "Oh, Dios mío, Fee. ¿Estás bien? ¿Todo está...?"

Niego con la cabeza. "Aún no lo sé. No es una destrucción total, pero... es grave."

Ella extiende un brazo sobre la mesa y me aprieta la mano. "Lo siento mucho. ¿Hay algo que pueda hacer? Puedo contactar a algunos de mis clientes y ver si están dispuestos a hacer pedidos por adelantado para ayudarte con los costos de reconstrucción."

Su oferta de ayuda, tan inmediata y genuina, me hace llorar. "Gracias, Shawn. Eso sería... sería increíble."

Ella asiente, luego entrecierra los ojos nuevamente. "Pero eso no es todo, ¿verdad? Hay algo más que te preocupa."

Dudo, debatida entre el deseo de desahogarme y la reticencia a revivir el encuentro de la mañana. Pero esta es Shawn, mi mejor amiga, la persona que ha estado a mi lado en todo.

"Yo... vi a Jonah esta mañana," susurro.

Shawn da un respiro brusco. "¿Jonah? ¿Te refieres a...?"

Asiento, sin poder mirarla a los ojos.

"Oh, Fee," dice dulcemente. "Lo siento tanto. ¿Quieres hablar de ello?"

Mientras miro su rostro preocupado, siento una oleada de gratitud. Pase lo que pase en la vida, sé que tengo a Shawn a mi lado. Y en este momento, eso significa más de lo que ella puede imaginar.

Le cuento todo: cómo Jonah se cruzó conmigo y cómo gracias al noticiero en televisión vio a Lou conmigo y ahora quiere una prueba de ADN. También le cuento sobre Gino y su amenaza, cómo fue él quien inició el incendio y cómo me atacó.

"Gracias a Dios que Angelo estaba allí..." Shawn levanta la mano y me interrumpe.

"¡Espera, espera! Vuelve atrás. ¿Quién es Angelo?" Pregunta, con las cejas alzadas de curiosidad.

Siento que me sonrojo y me doy cuenta de que me olvidé por completo de mencionárselo. "Oh, cierto. Angelo es... bueno, él..."

Shawn se inclina hacia adelante, claramente intrigada. "¡Vamos, suéltalo!"

Me río, sintiendo que un poco de la tensión abandona mi cuerpo. "Está bien, está bien. Angelo es un chico que vino a la tienda ayer. Me ayudó con toda la situación de Gino."

“¿Y...?” Shawn insiste, intuyendo que hay algo más.

Me muerdo el labio, intentando encontrar las palabras correctas. “Y... probablemente sea el chico más sexy que haya conocido.”

Los ojos de Shawn se iluminan de emoción. “¿Oh, de verdad? ¿Qué tan sexy...?”

Antes de que pueda responder, ya ha sacado el teléfono y sus dedos teclean rápidamente en la pantalla. “¿Cuál es su apellido?”

“Pirelli,” respondo, mirando mientras lo escribe.

De repente, Shawn jadea y sus ojos se agrandan mientras fija la vista en la pantalla del teléfono.

Levanta la mirada hacia mí, luego al teléfono, y de nuevo hacia mí.

“Fee,” dice, abanicándose dramáticamente, “cuando dijiste sexy, no estabas bromeando. ¡Este hombre está musculoso y es terriblemente sexy!”

No puedo evitar reírme de su reacción. “¡Te lo dije!”

Shawn sacude la cabeza incrédula. “Chica, ¿cómo puedes estar tan tranquila? Si yo tuviera a un hombre así cuidando de mí, me habría derretido como un charco en el suelo.”

Su entusiasmo es contagioso y por un momento me olvido de todo el estrés y las preocupaciones. Me encuentro sonriendo como una colegiala mientras Shawn y yo hablamos de los detalles más íntimos e interesantes de Angelo.

Es lindo reír, comportarse como una mujer normal que charla sobre un flechazo con su mejor amiga.

“¿Ya te acostaste con él?” Shawn me pregunta con voz provocadora. “Yo me le habría lanzado encima en cuanto me mirara.”

Siento que mi rostro se calienta con la pregunta de Shawn, y su exclamación de alegría solo hace que me sonroje aún más.

“¡Mira, mira, Sofia Saldano, picarona que no eres otra cosa!” exclama Shawn, su voz resuena en el restaurante.

“¡Shh!” La hago callar, riendo a pesar de la vergüenza. “Fue solo una aventura de una noche, ¿vale? Nada más.”

Los ojos de Shawn brillan con malicia. “¿Qué tan bueno fue?”

Mi cara debe estar roja como un tomate. “Mucho, Shawn. Nunca había llegado tan fuerte antes.”

Hablando de eso, necesito hacer una cita con mi ginecólogo para conseguir un nuevo anticonceptivo. No puedo permitirme tomar esto a la ligera y quedar embarazada accidentalmente.

Shawn se ríe y aplaude de alegría. “Vamos, Fee. ¡Esto podría ser el comienzo de algo grande! Necesitas desesperadamente una relación en tu vida.”

ANGELO

El humo se eleva en el cielo de la mañana. Estoy fuera del Kings, con los puños apretados, observando la escena frente a mí. El olor acre del caucho quemado y la gasolina asalta mis sentidos, mezclándose con el aire frío. Mi coche, o lo que queda de él, es ahora un esqueleto carbonizado. El vehículo, que una vez fue negro y elegante, está reducido a un montón de metal retorcido y humeante.

Marco está a mi lado, con la mandíbula apretada que endurece su rostro en una línea dura. También están presentes los otros Don de la Famiglia, murmurando entre ellos, con expresiones de preocupación mezclada con curiosidad en sus rostros. Están esperando a que haga un movimiento, que les muestre cómo un Pirelli manejará una falta de respeto tan descarada.

"Gino," llamo, con voz glacial.

Gino se adelanta, con una sonrisa socarrona en los labios. "Parece que realmente querían enviarte un mensaje, Angelo," dice con un tono casi burlón. "Está claro que has hecho enojar *mucho a alguien*."

Su fanfarronería me hace hervir la sangre. Sabe exactamente lo que significa. La bomba no es un simple acto de violencia al azar: es una advertencia bien calculada. Un recordatorio de cómo no llegué a tiempo para salvar a mi padre. Un eco cruel del pasado, destinado a sacudirme y herirme.

Doy un paso hacia Gino, pero él me detiene rápidamente, fingiendo quitarse pelusas del saco de su traje. "Vamos, vamos, Angelo. No hay necesidad de ser violento. Solo era una obviedad."

Su mueca alimenta más mi rabia y me hace desear borrar esa sonrisa de su cara. Sin embargo, me obligo a mantener el control. Golpear a Gino hasta convertirlo en pulpa solo demostraría debilidad de mi parte e invitaría a una guerra. Debo mantener la cabeza fría y pensar con claridad.

"¿Te parece gracioso, verdad?" Gruño.

Gino se encoge de hombros, pero su sonrisa no vacila. "Solo digo, Angelo. Alguien está intentando ponerte la zancadilla. Quizás te convenga averiguar quién es exactamente antes de golpear al primero que se te cruce."

Me lanzo hacia él, pero Marco me agarra del brazo y me retiene. "No aquí, jefe. No ahora," dice en voz baja, con un agarre firme.

Respiro hondo, dejando que la presencia tranquilizadora de Marco me devuelva la calma.

"Lárgate de mi vista, Gino," digo de golpe. "Antes de que cambie de opinión."

Gino hace una reverencia fingida, con esa sonrisa de gato de Cheshire todavía en su rostro. "Como desees." Da media vuelta y se va, desapareciendo entre la multitud.

Suelto un suspiro que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Los otros Don me

miran, esperando mi siguiente movimiento. No puedo permitirme mostrar ninguna debilidad, no ahora. Nunca.

"Marco, pon a trabajar a nuestros hombres. Quiero saber quién fue y por qué," ordeno, con voz firme.

Marco asiente, ya sacando el teléfono para hacer las llamadas necesarias. Me giro de nuevo hacia los restos humeantes de mi coche, con la mente corriendo en busca de respuestas. Quienquiera que haya sido, está jugando un juego peligroso. Lo han hecho algo personal y lo pagarán.

La imagen de mi padre, tendido en un charco de su propia sangre, me parpadea en la mente. No llegué a tiempo para salvarlo, pero no permitiré que la historia se repita.

La calle ahora está extrañamente silenciosa, las llamas se han apagado y solo han dejado los restos esqueléticos de mi coche como un sombrío recordatorio de lo sucedido. Los otros Don comienzan a dispersarse, sus conversaciones susurradas dejan entrever la tensión que este incidente ha provocado.

"Jefe," dice Marco, llamando mi atención. "Lo encontraremos. Quien haya sido no se saldrá con la suya."

Asiento, apreciando su lealtad inquebrantable. "¿Piensan que pueden asustarme con una puta bomba en mi coche? No tienen idea de lo que han comenzado."

~

ENTRO en el coche de Romero, mi apariencia de tranquilidad no revela nada de la agitación que siento en mi interior. La imagen de mi coche humeante sigue pasando por mi mente, como un duro recordatorio de lo rápido que pueden cambiar las cosas.

"Tengo que ver a Genesis, llévame hasta ella", le ordeno a Romero, con voz firme a pesar de la agitación que siento en el estómago.

Cuando aparcamos frente a la Galería de Arte Ardere, respiro hondo, intentando serenarme. Marco el número de Genesis y ella contesta con su rapidez habitual.

"¿Qué pasa? "

"Estoy aquí", me limito a responder, colgando inmediatamente.

Unos instantes después, Genesis aparece en la puerta. Lleva la cabeza prácticamente afeitada, dejando bien visible el gran y extenso tatuaje que cubre sus cicatrices de quemaduras. Sus ojos oscuros, brillantes de inteligencia y con una pizca de desconfianza, me cuadran rápidamente.

"Angelo", dice, con una voz mezcla de sorpresa y preocupación. "¿Qué haces aquí?"

Respondo a su mirada con firmeza. "Gino ha vuelto".

Los ojos de Genesis se abren ligeramente, comprendiendo el peso de esas dos simples palabras.

Se aparta y nos hace señas para que entremos.

Seguimos a Genesis hasta su estudio, y el familiar olor a pintura y aguarrás llena mis fosas nasales. El amplio espacio del almacén contrasta con la elegante y brillante fachada de la galería, con techos altos y paredes de ladrillo visto cubiertas de vívidas pinturas abstractas. Hay esculturas e instalaciones repartidas por todas partes, algunas terminadas y otras claramente en proceso. En una esquina, una escalera metálica conduce a un entresuelo, que sé que es donde suele dormir Genesis.

Sin embargo, la verdadera fuente de ingresos de Genesis son sus habilidades para la falsificación. Su alter ego, Fucina, es una leyenda en la comunidad mafiosa de Nueva York.

“Tengo algunos clientes nuevos que te he dirigido”, empiezo, intentando romper el hielo lentamente. “Y hay unos documentos que tenemos que falsificar para enviar esos coches personalizados a Sicilia...”.

Genesis me interrumpe con un gesto de la mano. “Olvídate de la cháchara, Angelo. Háblame de Gino. ¿Por qué ha vuelto?”

Antes de que pueda responder, Romero interviene. “Probablemente no llegó a Chicago, Álvarez. Tuvo que arrastrarse para causar problemas aquí”.

Los ojos de Genesis brillan y se vuelve hacia él. “¿Te he pedido tu opinión, Romero? ¿No? Entonces será mejor que te calles”.

La tensión entre ellos es palpable. Su relación siempre ha sido una extraña danza de antagonismo y atracción, en la que ninguno de los dos ha estado nunca dispuesto a admitir lo segundo.

Carraspeo, atrayendo de nuevo su atención hacia mí. Gino no sólo ha vuelto. Está empezando a mover ficha, y a lo grande. Tiene el apoyo de Chicago y ya no sigue las viejas reglas”.

La expresión de Genesis se vuelve seria. “¿Es muy grave?”

Dudo, la imagen de mi coche ardiendo vuelve a pasar ante mis ojos. “No tengo pruebas, pero presiento que fue Gino quien ordenó poner la bomba en mi coche. Y también sospecho que fue él quien prendió fuego a Perfezione”.

Genesis palidece. Por un momento, ambos recordamos el incendio de la floristería de su familia, la noche que nos marcó a los dos. La familia de Genesis había sido objetivo de los Timpone: querían extorsionarles y, como no podían pagar lo suficiente, Gino Timpone había prendido fuego a su tienda. Me apresuré a acudir al lugar porque oí que alguien gritaba pidiendo ayuda. Afortunadamente, conseguí sacar a Genesis del incendio y desde aquel día nos hicimos buenos amigos. Entonces era una niña, y nunca debería haber acabado siendo el blanco de semejante violencia. La reacción general amenazó los negocios y la influencia de la Famiglia Timpone, así que decidieron enviar lejos a Gino, obligándole a no volver nunca a Nueva York.

Al menos hasta la muerte de Antoni Timpone.

Genesis traga saliva y cruza su mirada con la mía. “Entonces... ¿volvió para terminar lo que empezó?”.

“Eso parece”, dice Romero en voz baja, metiéndose las manos en los bolsillos y balanceándose sobre los talones. “Pero esta vez no es sólo un inconformista como antes. Es el puto jefe de la Famiglia Timpone”.

Genesis se muerde el labio. “¿Qué quiere Gino de Perfezione? Esa sastrería es territorio neutral. Todo el mundo lo sabe”.

“El cabrón quiere encaje de protección”, escupo, recordando aún los gritos de Fee mientras la arrastraba fuera de la tienda. “Y pienso hacérselo pagar”.

Genesis mueve la cabeza hacia un lado. “¿Por qué te importa tanto?”

Dudo, sin saber cómo explicar mi conexión con Perfezione y Sofia. Genesis, perspicaz como siempre, levanta un dedo.

“Un momento”, dice entrecerrando los ojos. “¿Cuál *es exactamente* tu relación con Perfezione? Nunca lo habías mencionado”.

Me aclaro la garganta, sintiéndome repentinamente expuesta. Ignoro la sonrisa cómplice de Romero. “Es... complicado. La propietaria, Sofia, es...”.

“Ah”, me interrumpe Genesis, con una sonrisa cómplice dibujándose en su rostro. “Ya veo. Sofia, ¿eh? Háblame más de ella”.

Me muevo sobre mis pies, incómoda. “Es alguien a quien intento ayudar. Gino está causando

problemas en su tienda".

La sonrisa de Genesis se ensancha. "¿Sólo alguien *a* quien intentas *ayudar*? Angelo, te conozco desde hace años. Sé cuándo hay algo más en la historia".

"No es eso", protesto, pero incluso yo puedo oír la falta de convicción en mi voz.

"Me parece estupendo", dice Genesis, suavizando el tono. "Te mereces a alguien en tu vida, Ángel".

Sacudo la cabeza, mientras resurgen recuerdos del dolor del pasado. "El amor no es para mí, Genesis. Ya lo sabes. Las personas que me importan... siempre acaban siendo objetivos. Mi padre, tú... nunca están donde yo debería estar para detener la tragedia antes de que ocurra".

La expresión de Genesis se vuelve seria. "Ángel, no puedes seguir castigándote por cosas que no dependían de ti".

"¿No puedo?" murmuro, dirigiéndome a mí mismo más que a ella.

Genesis suspira y cambia bruscamente de tema. "Entonces, ¿cuál es el plan para Gino? Propongo que le demos caza ahora y nos ocupemos de su vida privada más tarde".

Sacudo la cabeza con decisión. "No, eso provocaría una guerra entre todas las Famiglias. Tenemos que jugar con inteligencia. Gino tiene que desaparecer, pero por motivos no relacionados con la Mafia".

Una sonrisa de satisfacción aparece en los labios de Genesis. "La venganza siempre es más dulce cuando es personal". Suspira. "Pero tienes razón, aunque fuera yo quien lo hiciera, podría resultar ser un golpe premeditado, dada nuestra historia".

"Exacto". Asiento con la cabeza. "Tenemos que ser cuidadosos, estratégicos. Un paso en falso y todo podría estallarnos en la cara".

Genesis pasea por la habitación, su mente reflexiona claramente sobre todas las opciones posibles. "¿Y si encontramos trapos sucios sobre él? ¿Algo que pueda poner a las otras Famiglias en su contra?"

"Eso es un comienzo", admito. "Pero necesitaríamos pruebas sólidas, Genesis. Y conociendo a Gino, probablemente haya cubierto bien sus huellas".

"Ese cabrón", murmura Genesis.

"Y no creas que puedes fingir nada", le advierto, sonriendo ante su expresión de fastidio. "Vamos, Gen. Eres la mejor de todo el estado. Sabes que eso no funcionaría".

Genesis abre la boca para contestar cuando suena mi teléfono. Es Sofia, y está casi histérica.

"Ángel, Lou ha desaparecido", dice con voz de pánico. "He ido a Perfezione a comprobarlo, pero no puedo entrar. Alguien ha instalado un nuevo sistema de seguridad. Ayúdame, por favor".

¡*Joder*, joder! Me había olvidado de contarle a Sofia lo del nuevo sistema de seguridad que había instalado.

"Ahora mismo voy", le digo antes de que cuelgue.

Genesis enarca una ceja. "¿Adónde vas?"

"Sofia necesita ayuda en Perfezione", digo, dirigiéndome ya hacia la puerta.

La sonrisa de Genesis se ensancha, recordando a la del Gato de Cheshire. "Ah, ya veo. Sofia necesita ayuda", dice, imitando ruidosamente el sonido de un beso.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo contener una pequeña sonrisa que curva mis labios. "Que te den, Genesis".

Mientras me alejo, vislumbro a Genesis y Romero, cuyas discusiones ya han comenzado de nuevo. En un momento están peleados y al siguiente trabajan juntos sin problemas. Como aquella vez que discutieron durante horas sobre qué estrategia aplicar, y luego idearon un plan brillante que nos salvó la vida a todos.

Es como si el conflicto les hubiera espoleado.

“Intentad no mataros mientras yo no esté”, digo por encima del hombro.

“No prometo nada”, refunfuña Romero, mientras Genesis se limita a sonreír.

Sacudiendo la cabeza, corro hacia el coche y me dirijo a Perfezione. Cuando acercamos el vehículo a la entrada, veo a Fee, casi histérica, saliendo de la tienda, con una mujer negra, alta y bien parecida, a su lado, intentando calmarla.

Miro las medidas de seguridad que he instalado: cerraduras reforzadas, un sistema de alarma de última generación y cristales blindados en las ventanas. Es lo último en protección, pero ahora me doy cuenta de que debería haberme coordinado mejor con Fee.

“¡Fee!” Grito, salgo del coche y corro hacia ella.

“Ángel”, exclama, arrojándose a mis brazos. “No encuentro a Lou. Me han llamado del colegio diciendo que había desaparecido, así que he venido corriendo, pero no puedo entrar y...”

“No pasa nada”, le digo, abrazándola con fuerza al sentir cómo tiembla entre mis brazos. “Tengo los códigos de acceso. Pronto podremos entrar y echar un vistazo”.

La mujer que está junto a Sofia me mira con curiosidad. “Así que éste es el famoso Ángel”, dice, con un deje de diversión en la voz.

Fee se sonroja ligeramente, incluso a través de las lágrimas. “Angelo, éste es mi amigo Shawn. Shawn, éste es Angelo”.

Le hago un gesto cortés con la cabeza y me vuelvo hacia Sofia. “Vamos a meterte dentro, ¿vale?”

Mientras introduzco el código de seguridad, siento los ojos de Shawn clavados en mí, evaluándome y estudiándome. Me pregunto qué le habrá contado Fee sobre mí.

La puerta se abre con un clic y Sofia exhala un suspiro de alivio antes de abrirla de par en par y precipitarse al interior.

El interior de Perfezione aún apesta a humo y hay agua goteando por todas partes. En definitiva, podría haber sido mucho peor.

La voz de Free rasga el silencio mientras grita el nombre de Lou y sube corriendo las escaleras, en dirección al piso. La sigo de cerca, con Shawn justo detrás de mí.

“¡Lou! Lou, ¿dónde estás?” La llama frenéticamente Fee, con su voz resonando en las paredes.

El corazón me late con fuerza en el pecho. Si Lou no estaba aquí, ¿dónde demonios podía estar? Mi mente recorre los peores escenarios, uno más aterrador que el otro. Destierro esos oscuros pensamientos, concentrándome en la tarea que tengo entre manos. Tenemos que encontrar a la chica.

Fee llega primero a la puerta del piso, con manos temblorosas intenta juguetear con las llaves. Me acerco, se las quito con cuidado y abro la puerta. Entramos en el piso y nuestros ojos recorren la habitación.

“¡Lou!” Vuelve a gritar Fee, con la voz entrecortada.

Entonces la vemos. Lou está acurrucada en un rincón del salón, con aspecto agotado y aterrorizado. Tiene la ropa sucia y las mejillas llenas de lágrimas. Me invade el alivio, pero rápidamente lo sustituye una profunda preocupación.

¿Qué le ha pasado a la pequeña Lou?

SOFIA

Sobresalto, con el corazón en la garganta, en cuanto veo a Lou, acurrucada en un rincón de la sala de estar, con su pequeño cuerpo temblando de miedo.

"¡Lou!" Grito mientras corro hacia ella. Me arrodillo y la tomo en mis brazos, abrazándola lo más fuerte posible, cuidando de no hacerle daño. "Oh, Dios mío, pequeña, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño?"

Lou se aferra a mí, enterrando su rostro en mi hombro. Sus pequeñas manitas agarran mi camisa y la siento temblar. "Mamá, había un hombre. Un hombre espantoso. Corrí, pero él me siguió…"

Siento que mi corazón se detiene al escuchar esas palabras, un miedo helado se esparce en mi pecho. Me aparto lo suficiente para mirarla, apartándole un mechón de cabello de la cara. "¿Un hombre? ¿Dónde lo viste, Lou?"

Antes de que ella pueda responder, Angelo se agacha junto a nosotras, con voz calmada y amable. El aroma de su colonia me envuelve como un dulce abrazo. "Lou, ¿puedes decirme cómo era ese hombre? ¿Recuerdas algo?"

Lou olisquea, secándose los ojos con el dorso de la mano. "Era alto, con el cabello rubio y los ojos azules."

Un sobresalto asustado casi se me escapa de los labios, pero logro reprimirlo. Siento los ojos de Angelo fijos en mí, llenos de curiosidad y preocupación, pero todavía no puedo darle explicaciones sobre ese hombre. No aquí, no ahora y mucho menos frente a Lou. Niego ligeramente con la cabeza, rogándole en silencio que lo deje pasar, al menos por el momento.

Su mirada se queda en mí por un instante antes de asentir, volviendo luego su atención hacia Lou. No me presiona, pero sé que está decidido a retomar el tema.

Shawn, de pie cerca de nosotras, cruza su mirada con la mía. Nuestra comunicación silenciosa es inmediata. Asiento levemente y sus ojos se agrandan mientras se deja caer lentamente en la silla. Entiende lo que estoy tratando de decirle, no hay necesidad de palabras.

Jonah.

La voz de Angelo rompe el tenso silencio, su tono es decidido. "Tenemos que llamar a la policía. Ese hombre debe ser encontrado."

Shawn interviene rápidamente, con voz firme pero con un trasfondo de urgencia. "Ya lo hizo la escuela, Angelo. Iban camino a la comisaría cuando salimos a buscar a Lou. Deberían llegar en cualquier momento."

Lou se aferra más a mí, su pequeño cuerpo aún temblando. La mantengo apretada contra mí, frotándole la espalda con movimientos lentos y tranquilizadores, tratando al mismo tiempo de calmar la tormenta de emociones que gira dentro de mí. La sola idea de que Jonah se acerque a

mi hija me llena de un miedo que no sentía desde hace años. Pero no puedo permitir que ese miedo me domine ahora.

"Lou, todo va a estar bien," le susurro entre el cabello, besándole la cabeza. "Mamá está aquí, y también están Angelo y Shawn. Ahora estás a salvo, pequeña. No dejaremos que te pase nada malo."

La puerta se abre de golpe y Zip irrumpe en el apartamento, con los ojos llenos de preocupación. "¿Lou está bien?" Lo pregunta con voz agitada, casi en un susurro.

La cabeza de Lou se levanta de golpe y, antes de que pueda decir algo, ella ya se ha soltado de mi abrazo y está corriendo hacia su bisabuelo. "¡Nonno!" Grita Lou, arrojándose a sus brazos.

El alivio invade el rostro de Zip mientras abraza a la niña, pero sus ojos se estrechan rápidamente. Escudriña la habitación, captando la tensión que aún flota en el aire.

Angelo, con los brazos cruzados, observa la escena con una ceja levantada. "¿Cómo lograste pasar el sistema de seguridad?" Pregunta, incrédulo.

Zip resopla, agitándose una mano con desdén. "Tu estúpido sistema de alarma no puede detenerme, chico. Forzaba cajas fuertes cuando tú aún usabas pañales."

Shawn y yo nos echamos a reír, mientras la irritación de Angelo aumenta. Su expresión es impagable: está a medio camino entre la admiración y el fastidio, y está intentando no dejarse afectar por el comentario de Zip. Pero es difícil no quedar impresionado por la actitud descarada de mi abuelo.

Zip se agacha y su voz se suaviza mientras habla dulcemente a Lou. "¿Ese hombre te hizo daño, *tesoro*?"

Lou niega con la cabeza, con voz débil. "No, nonno. Corrí, tal como mamá me enseñó."

"Así me gusta, mi niña," dice Zip, dándole un beso en la frente. La abraza un momento más antes de levantarse, y su actitud cambia al instante. El bisabuelo cariñoso y preocupado desaparece, reemplazado por un hombre cuyo rostro está lleno de ira. Se endereza y, a pesar de su pequeña estatura, proyecta una presencia imponente.

"Nos aseguraremos de que ese hombre sea llevado ante la justicia," dice, con voz baja y mortalmente seria. "Nadie puede asustar a mi niña y salir impune."

Pongo una mano en su brazo, intentando tranquilizarlo. "Nonno, la policía ya está llegando. No hagamos nada imprudente."

Sin embargo, Zip no tiene intención de tranquilizarse. Se sacude mi mano de encima, con los ojos ardiendo de ira. "¿Imprudente? Sofia, esta es nuestra familia. Nadie puede meterse con nosotros. Y mucho menos el miserable gusano que intentó perseguir a mi bisnieta."

Sus palabras me hacen sentir un escalofrío por la espalda. Sé cuán protector puede ser Zip y no quiero que haga algo de lo que luego pueda arrepentirse. Sin embargo, también soy consciente de que no hay manera de detenerlo cuando está en este estado, una concentración de pura determinación y legítima ira de pies a cabeza.

Me suena el teléfono en el bolsillo y contesto rápidamente. Es la policía, que me avisa de que han llegado y están abajo. "Gracias. Los hacemos subir enseguida," digo, colgando la llamada. Me dirijo a Angelo. "La policía está aquí abajo. ¿Puedes ir a buscarlos?"

Angelo asiente y me lanza una mirada tranquilizadora antes de salir por la puerta. No pasa mucho tiempo antes de que regrese con dos agentes de policía tras él.

El primero es un hombre alto y musculoso, con el cabello castaño cortado corto y una expresión seria. Su uniforme está limpio y ordenado, su mirada es aguda y capta cada detalle en cuanto entra en la habitación. El segundo agente es una mujer, más baja pero no menos imponente, con el cabello oscuro y rizado recogido en un moño ajustado y ojos marrones que

reflejan una mirada severa y concentrada. Ambos irradian una calma autoridad que me hace sentir inmediatamente más a gusto.

"Hemos encontrado a Lou a salvo en casa," les digo, con la voz temblando levemente mientras aprieto la mano de mi hija.

El agente más alto, cuyo distintivo dice Agente Hale, asiente y una expresión de alivio suaviza sus rasgos severos. "Me alegra escucharlo. Estábamos preocupados cuando recibimos la llamada."

Su colega, la agente Ramírez, se adelanta, con voz amable. "¿Podemos hablar con Lou por un momento? Solo para entender lo que pasó."

Lanzo una mirada a Lou, que me observa con ojos muy abiertos. "¿Te parece bien, cariño? Estos agentes solo quieren asegurarse de que estés a salvo."

Lou asiente con timidez y yo la guío hacia una silla, sentándome a su lado y sosteniéndole la mano para apoyarla. Siento el ligero temblor de sus dedos y le doy un apretón reconfortante. "Estoy aquí, Lou. Eres muy valiente."

Los agentes acercan un par de sillas hacia nosotras, colocándose de manera que no estén demasiado cerca y dejando espacio a Lou. Está claro que intentan ponerla lo más cómoda posible.

La agente Ramírez habla en voz baja, con un tono calmado y paciente. "Lou, ¿puedes decirnos qué pasó hoy? Queremos asegurarnos de que algo así no vuelva a suceder. ¿Viste a alguien que te asustara?"

Lou me mira, buscando consuelo, luego comienza a hablar. "Había un hombre. Era alto, con el cabello rubio y los ojos azules. Era... inquietante."

Se me encoge el corazón al escucharla hablar de Jonah, pero mantengo una expresión neutral por el bien de Lou.

"¿Ha visto a este hombre antes?" Pregunta el agente Hale, tomando notas en su libreta.

Lou sacude la cabeza vigorosamente, pero yo dudo. No quiero decir el nombre de Jonah frente a Lou, pero también quiero ser honesta con la policía.

"Sofia?" Los ojos oscuros de Zip escrutan los míos.

Suspiro, apretando la mano de Lou. "Sí," admito.

Todos giran sus cabezas hacia mí y me estremezco ante la repentina atención.

"Señorita Saldano," pregunta la agente Ramírez. "¿Sabe quién es?"

Angelo se acerca lentamente a mí y pone una mano reconfortante sobre mi hombro, dándome fuerza.

Zip observa cada uno de nuestros movimientos y sus espesas cejas se levantan por la sorpresa.

"Tuve una interacción con él recientemente," empiezo a relatar, dirigiéndome a los agentes. "Esta mañana, para ser precisa."

"¿Qué sucedió?" Pregunta el agente Hale.

Respiro hondo, haciéndome fuerte con la presencia de Angelo. "Me vio llevando a Lou a la escuela y, después de dejarla, él... se me acercó. No lo veía desde hacía años. Yo... no pensaba que se presentaría aquí…"

El agente Hale levanta una ceja. Mis palabras claramente han suscitado su interés. "¿Puede decirnos algo más sobre él, señorita?"

Asiento, el corazón late fuerte mientras cuento el encuentro. "Jonah... nos conocimos cuando éramos jóvenes. Fue un breve encuentro, en realidad."

"¿Por qué estaría interesado en Lou si no se han visto en años?" El agente Hale me acosa. Mi

corazón ya late con fuerza en mi pecho. No puedo permitir que Lou sepa quién es su padre. *No puedo.*

"Yo..." Las palabras mueren en mi garganta mientras mi respiración se vuelve agitada. ¿Por qué Jonah no nos dejó en paz? Me abandonó después de violarme y dejarme embarazada. Lou y yo estábamos *perfectamente* bien sin él. La niña no se ha perdido de nada no teniendo a su padre en su vida, y Zip ha hecho un excelente trabajo al proporcionarle una figura paterna.

"¿Señorita Saldano?" Insiste el agente Hale, mirándome con preocupación.

Sin embargo, estoy demasiado perdida en mis pensamientos como para prestarle atención. La única razón por la cual Jonah quiere a Lou es que él y su esposa no pueden tener hijos. ¿Piensa que puede llevarse a Lou y jugar a la familia feliz con su esposa? Tendrá que pasar sobre mi cadáver. *Nunca* se llevará a Lou. Ella es *mía*.

"Creo que este es un tema delicado para Sofia," dice Angelo con firmeza, su pulgar acaricia suavemente la nuca. "Podría ser más fácil para ella hablarles en privado."

Los ojos de la agente Ramírez se suavizan con comprensión. "Por supuesto," murmura. "Diría que es más que razonable."

Asiento, incapaz de hablar, pero agradecida con la agente Ramírez. "Gracias," susurro.

Ella me sonríe dulcemente antes de volver su atención hacia Lou. "¿Qué pasó cuando viste a ese hombre, Lou?"

Lou se aferra a mi mano y su pequeña vocecita rompe la tensión. "Estaba hablando con uno de mis compañeros durante el simulacro de incendio en la escuela. Él... me hizo sentir rara. Era inquietante."

Le aprieto suavemente la mano, animándola a continuar. "¿Qué te dijo, Lou?"

"Me dijo que era bonita," dice Lou, con voz baja. "Dijo que le recordaba a su hermana. Me preguntó si me gustaban los dulces e intentó darme algunos. Pero no los tomé. No parecía una buena idea."

La agente Ramírez asiente, alentándola a seguir. "Hiciste lo correcto, Lou. ¿Qué pasó después?"

Los ojos de Lou se llenan de lágrimas mientras recuerda. "El simulacro de incendio era ruidoso y todos corrían de un lado a otro. Luego uno de los niños de primer grado se asustó mucho y corrió hacia la calle. Todos los maestros se apresuraron tras él porque estaba a punto de ser atropellado por un coche."

Siento el corazón hundirse mientras Lou continúa con su relato, la voz aún temblorosa. "Fue entonces cuando ese hombre me agarró. Me tiró del brazo y también me tiró de la coleta. Me hizo daño."

Siento una ola de rabia y miedo, pero la contengo, concentrándome en Lou. "¿Qué hiciste, pequeña?"

"Grité, pero nadie me oía por el ruido. Así que me escapé. Corrí a casa lo más rápido posible." Lou se endereza en la silla, con un toque de orgullo en la voz. "Me siguió, pero yo fui más rápida. Logré escapar."

El agente Hale se inclina ligeramente hacia adelante. "¿Cómo lograste entrar, Lou?"

"No podía," admite ella. "Había un sistema de seguridad nuevo y extraño. Mi llave no funcionaba. Así que rodeé la parte trasera y subí por la escalera de incendios. Sabía que no me atraparía allí arriba."

La agente Ramírez le sonríe. "Fuiste muy valiente, Lou. Hiciste un gran trabajo escapando de él."

El rostro de Lou se relaja un poco, y el elogio ayuda a aliviar su miedo. Yo también no puedo

evitar sentir una punzada de orgullo, mezclada con el terror persistente de lo que pudo haber sucedido. Pero por ahora, solo estoy agradecida de que esté a salvo.

El rostro de Angelo es una máscara de furia contenida mientras escucha, sus ojos se oscurecen con cada detalle. “Lo encontraremos,” dice en voz baja, más para sí mismo que para nosotros. “No tendrá otra oportunidad.”

Shawn se adelanta rápidamente, con voz ligera y alegre. “¡Hey, Lou! Quiero mostrarte algo bonito en mi teléfono. Tengo nuevos dibujos y necesito tu opinión. Eres la mejor eligiendo los más lindos.”

Los ojos de Lou se iluminan con curiosidad y levanta la mirada hacia los agentes de policía. “¿Puedo ir con Shawn?”

La agente Ramírez sonríe amablemente. “Claro, Lou. Gracias por ser tan valiente y contarnos lo que pasó.”

Lou asiente y sigue a Shawn hacia el otro lado de la habitación, donde se reúnen alrededor del teléfono de Shawn. La tensión en la habitación se relaja un poco cuando Lou se sumerge en las imágenes y su miedo anterior es reemplazado por la emoción.

Una vez que Lou está ocupada, la expresión del agente Hale se vuelve seria. “Señorita Saldano, necesitamos saber más sobre este hombre. Cualquier cosa que pueda decirnos nos será útil.”

Respiro profundamente, el pecho me duele mientras me preparo para compartir la verdad que solo he contado a unas pocas personas. “Jonah... Jonah es el padre de Lou.” Las palabras salen en un susurro, cuyo peso se siente en el aire. “Pero no tiene la custodia. Ni siquiera está en el certificado de nacimiento.”

El agente Hale levanta una ceja, claramente sorprendido, pero permanece en silencio, esperando a que continúe. La mano de Angelo encuentra la mía, sus dedos cálidos y reconfortantes envuelven mis manos temblorosas. No dice nada, pero su sola presencia me da la fuerza para continuar.

“Conocí a Jonah cuando era adolescente,” digo, con un ligero temblor en la voz. “Él... me violó. Así fue como Lou fue concebida.”

En la habitación cae un pesado silencio. Siento los ojos de los agentes sobre mí, sus expresiones son una mezcla de shock y preocupación. La mano de Angelo aprieta la mía y él se acerca a mí, colocando la otra mano sobre mi hombro. El calor de su toque se filtra en mí, una fuerza estabilizadora que me impide derrumbarme.

“Lou no lo sabe,” continúo, con la voz apenas un susurro. “No sabe que él es su padre, y tengo la intención de mantener las cosas así. En cuanto a Jonah... lo mantuve fuera de nuestras vidas durante años, pero ahora... ahora ha vuelto y quiere llevarse a Lou.”

La agente Ramírez asiente, con una expresión comprensiva pero profesional. “Gracias por decírnoslo, señorita Saldano. Haremos todo lo posible para garantizar su seguridad y la de Lou.”

Asiento, agradecida pero aún aterrorizada. La mano de Angelo aprieta la mía de nuevo y yo me apoyo en su presencia reconfortante, sacando fuerza de ella. Su pulgar acaricia suavemente el dorso de mi mano, un pequeño pero poderoso gesto que me ayuda a contener las lágrimas.

Los agentes terminan de tomar mi declaración y hacen algunas otras preguntas antes de prepararse para irse. Mientras se dirigen hacia la puerta, el agente Hale se vuelve hacia mí. “Nos aseguraremos de que no se acerque más a usted o a Lou. Tiene nuestra palabra.”

“Gracias,” logro decir, con la voz aún temblorosa pero decidida.

Cuando finalmente la puerta se cierra tras ellos, dejo escapar un suspiro tembloroso que no me había dado cuenta de que estaba reteniendo. Angelo me envuelve en un suave abrazo, sus

brazos me rodean de manera protectora. Hundí mi rostro en su pecho, dejando que el calor y la seguridad de su abrazo calmaran el miedo que aún me atenaza.

"Lo lograremos, Fee," murmura entre mi cabello, con voz baja y reconfortante. "Te prometo que lo superaremos juntos."

ASIENTO CONTRA ÉL, sintiendo cómo una pequeña dosis de paz se deposita en mí mientras me aferro a la fuerza de su abrazo. Los eventos del día me han dejado agotada e insegura.

Angelo se vuelve hacia mí, con los ojos llenos de preocupación. "Sofia, creo que tú y Lou deberían quedarse en mi casa por ahora. Es más seguro, especialmente con todo lo que está sucediendo."

Dudo. La idea de depender de alguien más, de ser tan vulnerable, me incomoda. Pero antes de que pueda responder, Zip interviene.

"Es una buena idea, Fee," dice amablemente. "Especialmente si Jonah sabe sobre Perfezione. Necesitan un lugar seguro en este momento."

Me muerdo el labio, aún insegura de qué hacer. Luego miro a Lou, sentada junto a Shawn, inmersa en algunos bocetos de algún proyecto. "Lou, amor, ¿qué opinas de quedarnos con Angelo por un tiempo?"

Lou levanta la mirada, con ojos brillantes de esperanza. "¿Podemos? Me gusta Angelo. Es lindo."

Veo el rostro de Angelo iluminarse ante las palabras de Lou, una sonrisa curva sus labios. "Bueno, entonces está decidido," dice, con un tono cálido y complacido. Se aleja y saca su teléfono para llamar a alguien.

Una vez que Angelo está fuera del alcance del oído, Zip se acerca y me abraza. Su olor familiar, una mezcla de algodón y Old Spice, me envuelve y siento un poco de la tensión abandonar mi cuerpo.

"Todo estará bien, cariño," murmura Zip, con la voz ronca por la emoción. "Eres fuerte. Lo lograrás."

Me aferro a él, sintiéndome de nuevo como una niña, segura en los brazos del abuelo. "Tengo miedo, nonno", susurro. "Todo está transformándose... y tan deprisa".

Zip se echa un poco hacia atrás, cogiéndome la cara entre sus manos llenas de cicatrices de años. "El cambio no siempre es malo, Fee. A veces trae bendiciones inesperadas". Desvía la mirada hacia Angelo y luego de nuevo hacia mí. "Intenta mantener el corazón abierto, ¿vale?"

Asiento con la cabeza, sin confiar en poder hablar sin echarme a llorar. Miro a la gente reunida en el piso: Shawn y Lou riéndose por los dibujos, Angelo hablando suavemente por teléfono, la reconfortante presencia de Zip a mi lado... Todo me hace sentir una mezcla de miedo y esperanza.

Pase lo que pase, al menos sé que no lo afrontaré sola.



ZIP Y SHAWN se van poco después, seguros de que con Angelo estaremos a salvo.

Mientras preparamos nuestras cosas, Lou me mira, con el ceño fruncido. "Mamá, ¿quién era ese hombre fuera de la escuela? Dijo que me parecía a su hermana. ¿Cómo es posible?"

Mi corazón se hunde, pero intento mantener la voz firme. "Pequeña, a veces las personas

creen ver semejanzas en otros. No siempre significa algo."

Me arrodillo para ponerme a su nivel, fijando mi mirada en la suya. "Lo que importa es que eres mi hija y que te quiero más que a nada en el mundo. Si un extraño vuelve a acercarse a ti, recuerda decírselo de inmediato a un maestro o a otro adulto en quien confíes, ¿me entiendes?"

Lou asiente, pensativa. "Está bien, mamá. Lo haré."

Suspiro aliviada, agradecida de que por ahora parezca aceptar mi explicación. No estoy lista para decirle quién es su padre. Aún es muy pequeña.

Pronto, Angelo regresa a nosotras e informa que Marco nos está esperando con el coche. Lleva nuestras maletas sin dificultad y salimos.

Cuando entramos en la casa de ladrillo de Angelo en el Upper East Side, no puedo evitar quedarme boquiabierta. El espacio es impresionante, con un diseño de líneas armoniosas e impregnado de moderna elegancia. Las ventanas de piso a techo ofrecen una vista espectacular del horizonte de la ciudad. La sala de estar está amueblada con un lujoso sofá de varios asientos y un sistema de entretenimiento de última generación.

Los ojos de Lou se agrandan mientras contempla todo. "Wow," exclama. "¡Este lugar es increíble!"

Angelo sonríe, complacido por su reacción. "Me alegra que te guste. Dejen que les muestre sus habitaciones."

Nos guía por una escalera suspendida hasta el segundo piso. Las habitaciones de huéspedes son tan impresionantes como el resto del apartamento: espaciosas, con camas cómodas y baños privados.

No puedo evitar sentir una mezcla de gratitud e incomodidad mientras nos acomodamos. La amabilidad de Angelo es abrumadora, pero no estoy acostumbrada a depender de los demás de esta manera.

Sin embargo, al ver la emoción de Lou mientras explora su habitación, sé que por ahora estamos en el lugar adecuado.

Después de desempacar, echo un vistazo a la habitación de Lou y sonrío al verla admirar el panorama desde la ventana. Las luces de la ciudad brillan bajo ella, proyectando una luz cálida sobre su rostro.

"Oye, pequeña," la llamo suavemente. "¿Qué te parece preparar la cena para Angelo para agradecerle?"

El rostro de Lou se ilumina, sus ojos azules brillan de emoción. "¿Podemos hacer lasaña? ¡Es mi favorita!"

"Me parece perfecto," concuerdo, feliz de ver su entusiasmo.

Nos dirigimos a la cocina de Angelo, que es espaciosa y bien equipada. Los ojos de Lou se agrandan al ver los electrodomésticos relucientes y las encimeras de mármol.

"¡Wow, mamá! ¡Mira qué cocina!"

Me río suavemente, sacando los ingredientes del refrigerador. "Es realmente impresionante, ¿verdad? Ahora veamos si podemos darle buen uso."

Mientras trabajamos juntas, colocando capas de pasta, salsa y queso, Lou charla felizmente. Por un momento, casi logro olvidar el estrés de los últimos eventos, perdiéndome en la rutina familiar de cocinar con mi hija.

"Mamá," dice Lou de repente, con un tono pensativo. "Angelo ha sido muy amable con nosotras, ¿verdad?"

Asiento, sintiendo un calor en el pecho. "Lo ha sido, Lou. Por eso hemos organizado esta cena para agradecerle."

“Me gusta,” declara Lou, esparciendo con cuidado el queso sobre la capa superior de la pasta. “Te hace sonreír más.”

Su observación me toma por sorpresa y no sé cómo responder. Por suerte, la llegada de Angelo me salva de la situación.

Entra en la cocina y sus ojos se agrandan por la sorpresa. “¿Qué está pasando aquí?”

“¡Estamos haciendo *lasagnas*!” Lou lo anuncia orgullosa, con manchas de salsa en la nariz. “Es para agradecerte por acogernos aquí.”

El rostro de Angelo se suaviza, una sonrisa se dibuja en sus labios. “No tenían que hacerlo,” dice dulcemente, encontrando mi mirada.

Me encojo de hombros, sintiéndome de repente tímida. “*Queríamos* hacerlo. Es lo mínimo para agradecerte tu ayuda.”

La conversación fluye con facilidad una vez que nos sentamos a la mesa. Lou nos cuenta sobre sus días en la escuela, mientras Angelo y yo intercambiamos miradas por encima de su cabeza, compartiendo silenciosos momentos de diversión y calidez.

Por primera vez en días, me siento realmente relajada. La comida es deliciosa, la compañía es maravillosa, y por un momento puedo fingir que se trata de una cena familiar normal.

Mientras observo a Angelo reírse de una de las ocurrencias de Lou, me sorprende lo natural que se siente todo esto. Es como si se hubiera insertado perfectamente en nuestra pequeña unidad familiar, llenando un espacio que nunca había notado que estaba vacío.

ESTE PENSAMIENTO me emociona y me aterra al mismo tiempo. No estoy acostumbrada a depender de los demás, a dejar entrar a las personas. Sin embargo, al mirar alrededor sentada en esta mesa, veo el rostro feliz de mi hija y la cálida sonrisa de Angelo, y no puedo evitar pensar que tal vez, solo tal vez, podría valer la pena arriesgarse.

~

ME DESPIERTO SOBRESALTADA, con el corazón martillándome en el pecho. La pesadilla de Jonah llevándose a Lou parece tan real que, por un momento, no logro distinguir la realidad del sueño aterrador. Tengo la piel pegajosa por el sudor y la habitación de repente me parece demasiado pequeña y claustrofóbica.

Respirando profundamente, trato de calmarme, pero el miedo persistente de la pesadilla se niega a disiparse. Girándome, tomo el teléfono y veo que es la una de la madrugada.

Joder. Necesito aire, espacio, algo que me devuelva a la realidad. Escucho la lluvia golpear la casa, pero no me importa. No puedo quedarme aquí dentro. Necesito libertad.

En silencio, para no despertar a Lou en la habitación de al lado, me deslizo fuera de la cama. El suelo fresco bajo mis pies desnudos me ayuda un poco, pero todavía me siento atrapada. Mis ojos se posan en las puertas que dan al balcón y me dirijo hacia ellas, atraída por la idea de sentir el aire fresco y estar en un espacio abierto.

Sin pensarlo, alcanzo la manija y abro la puerta.

Inmediatamente, una alarma estridente y perforante rompe el silencio de la noche.

ANGELO

Estoy perdido en un sueño agradable, la sonrisa de Fee despierta cada parte de mí. Dios, es tan jodidamente hermosa en bikini. No veo la hora de quitárselo y abrirme camino dentro de ella una vez más. Desde que la tuve, nunca me ha bastado. Quiero más. *Necesito* más.

Un sonido estridente atraviesa de repente mi subconsciente. Por un momento, me quedo desorientado, la línea entre el sueño y la realidad se difumina. Luego, mi entrenamiento entra en acción y reconozco el ruido: es la alarma de seguridad.

Abro los ojos de golpe, la adrenalina comienza a bombear en mis venas. Alguien está forzando mi casa.

Salto de la cama, agarrando la pistola de la mesita de noche en un único movimiento fluido. Mientras corro hacia la puerta, echo un vistazo a mi teléfono, conectado al sistema de seguridad. La alarma indica que las puertas del balcón de la habitación de Fee han sido abiertas.

Con el corazón latiendo con fuerza, me lanzo por el pasillo. Fee. Lou. ¿Están bien? En los segundos que me toma llegar a la habitación de Sofia, mil escenarios pasan por mi cabeza, todos igualmente aterradores.

Entro corriendo por la puerta, empujándola, con la pistola lista, y encuentro a Fee de pie junto al panel de la alarma, con los ojos muy abiertos por el pánico. El alivio que me invade casi me hace sentir mareado.

“¡Angelo!” Susurra, su voz apenas audible con la alarma todavía resonando por la casa. “Lo siento mucho. No quería...”

Me acerco rápidamente al panel, introduciendo el código para apagar la alarma. Cuando el ruido se detiene, dejándonos en un repentino silencio, me giro hacia Fee.

“¿Estás bien?” Bajo la pistola, acercándome a ella.

Ella asiente, abrazándose a sí misma. “Tuve una pesadilla,” me explica, con voz débil. “Soñé que Jonah se llevaba a Lou. Solo quería un poco de aire fresco. No pensé que se activaría la alarma... Lo siento tanto.”

Siento una oleada de ternura al verla tan vulnerable en su pijama, con el cabello despeinado por el sueño.

“Oye, está bien,” le digo suavemente, extendiendo una mano para tocarle delicadamente el brazo. “No tienes de qué disculparte. Solo estoy contento de saber que estás bien y a salvo.”

Fee me mira, con los ojos brillantes de lágrimas que está conteniendo. “No quería despertarte. O asustarte...”

Niego con la cabeza y le ofrezco una sonrisa tranquilizadora. “No te preocupes. Pero la próxima vez que necesites aire, hay una manera más sencilla.”

La guío hacia un panel cerca de las puertas del balcón, mostrándole cómo desactivar la

alarma solo para esa sección. “¿Ves? De esta manera puedes tomar un poco de aire fresco sin despertar a todo el vecindario.”

Se me ocurre otra idea. “Sígueme,” le digo.

Conduzco a Fee al tercer piso y mi mano la guía suavemente por las escaleras. Cuando llegamos a la cima, escucho su leve suspiro de sorpresa.

Todo el tercer piso es un espacio abierto, con ventanas de piso a techo que ofrecen una vista panorámica de la ciudad. El sonido de la lluvia golpeando suavemente los cristales. Una esquina está ocupada por un pequeño jardín interior, con plantas exuberantes y un pequeño espejo de agua. Dispersas por la habitación hay sillas cómodas y también hay una pequeña cocina, discretamente ubicada a lo largo de una pared.

“Este es mi pequeño refugio,” explico, observando cómo los ojos de Fee se agrandan mientras asimila el ambiente a su alrededor. “Aquí no hay alarmas. Eres bienvenida cuando necesites aire o espacio, si el balcón no es suficiente para ti.”

Fee se vuelve hacia mí, con los ojos brillando de gratitud. “Angelo, esto es... increíble. Gracias.”

Sonrío, sintiendo un calor extenderse en mi pecho por su reacción. “Me alegra que te guste. Quiero que te sientas como en casa aquí.”

Me sonríe, y es una visión tan hermosa que me hace latir el corazón de emoción. Me aclaro la garganta. “¿Cómo es que Lou no se despertó con todo este alboroto?”

Fee ríe suavemente. “Lou siempre ha tenido un sueño pesado. Podría pasar una banda completa por su habitación y ni siquiera se despertaría.”

Compartimos un momento de risas tranquilas antes de que la expresión de Fee se vuelva seria de nuevo, sus ojos buscan los míos con una seriedad que hace que mi corazón lata más fuerte.

“Angelo,” dice suavemente. “¿Por qué eres tan amable con nosotras? ¿Por qué ayudas tanto a Lou y a mí?”

Trago con dificultad, sintiéndome de repente vulnerable bajo su mirada inquisitiva. Por un momento pienso en intentar desviar la conversación, en darle una respuesta vaga sobre que es solo porque creo que es lo correcto. Pero algo en sus ojos, en la tranquila intimidad de este momento, me empuja a ser sincero.

“Porque,” susurro, acercándome a ella y sintiendo mi corazón acelerarse, “desde el momento en que te conocí, Sofia, supe que eras especial. Tú y Lou... habéis traído a mi vida algo que ni siquiera sabía que me faltaba. Quiero protegerlo. Protegerte a ti.”

El aliento de Fee se acorta y puedo ver las emociones que cruzan su rostro: sorpresa, confusión y algo más que no puedo definir. Sus ojos brillan con una mezcla de incredulidad y esperanza y, por un momento, me pregunto si he dicho demasiado, si he cruzado algún límite no declarado entre nosotros.

“Angelo, yo...” empieza ella, pero yo coloco suavemente un dedo sobre sus labios.

“No tienes que decir nada,” murmuro. “Solo quiero que sepas que aquí estás a salvo. Las dos lo están. Por todo el tiempo que necesiten.”

Los ojos de Fee brillan con lágrimas no derramadas, muestra toda su vulnerabilidad mientras se acerca, acortando la distancia entre nosotros. Y luego, antes de que pueda comprender completamente lo que está sucediendo, presiona sus labios contra los míos, en un beso suave y cálido, pero lleno de una necesidad desesperada que refleja la mía.

El mundo a nuestro alrededor parece desvanecerse y me pierdo en la sensación de ella, en la forma en que sus labios se mueven contra los míos con un hambre que enciende algo profundo

dentro de mí. La lluvia golpea contra las ventanas, un fondo suave y rítmico frente a la repentina intensidad del momento. La atraigo más cerca, mis manos se deslizan para cubrir su rostro. Mi toque es tierno y posesivo al mismo tiempo, como si temiera que pudiera escaparse si no la sostengo lo suficiente.

Este beso es aún más apasionado que nuestro primer beso, una conexión cruda y primitiva que elimina cualquier reserva o fingimiento, y nos deja a ambos expuestos el uno al otro. Mis manos recorren su cuerpo, memorizando cada sensación de tenerla para mí y la suavidad de su piel bajo mis dedos. Cada toque, cada beso, es una promesa silenciosa, un juramento de protegerla, de mantenerla a salvo de las sombras que la persiguen.

Fee se derrite entre mis brazos, sus manos se aferran a mi camisa como si tuviera miedo de dejarla ir, como si este momento fuera lo único que la mantiene anclada a la tierra. Y en ese momento, me doy cuenta de que es lo mismo para mí. Se ha convertido en mi ancla en un mundo que cambia continuamente, un faro de luz en la oscuridad a la que estoy acostumbrado.

Nos conocemos solo desde hace dos días, pero es como si la conociera de toda la vida.

Nuestros besos se intensifican, se vuelven más urgentes, frenéticos, como si ambos estuviéramos tratando de sofocar los miedos y las dudas que habitan en los rincones de nuestras mentes. Sin embargo, hay algo más que un simple deseo en la forma en que nos aferramos el uno al otro: algo no dicho pero al mismo tiempo innegable.

La bajo conmigo al suave tapete del suelo, cada movimiento está lleno de ternura que contrasta con el deseo crudo que hierve justo bajo la superficie.

Los dedos de Fee se posan en mi pecho, su toque me provoca chispas de electricidad mientras pasa lentamente las manos bajo mi camisa. La miro, hipnotizado por la forma en que sus manos tiemblan ligeramente y la mezcla de vulnerabilidad y necesidad con la que me mira.

Sus ojos se fijan en los míos y en ellos veo reflejado todo lo que yo también siento: miedo, deseo, la desesperada esperanza de que este momento nunca termine.

Me acerco, capturando sus labios con los míos en un beso lento y profundo, saboreando su sabor, el calor de su boca contra la mía. Mis manos se mueven hacia el borde de su pijama y lo levanto con delicadeza por encima de su cabeza, revelando las curvas y la piel suave que ocultaba. Me tomo un momento para llenarme de esa vista, conteniendo la respiración ante esa visión: hermosa, perfecta y toda mía.

Uno a uno, nuestras prendas terminan en el suelo, hasta que entre nosotros no queda más que el calor de nuestros cuerpos presionados. La hago acostarse de espaldas, las fibras suaves de la alfombra amortiguan el suelo mientras me coloco suspendido sobre ella, sosteniendo mi peso con los antebrazos. Las manos de Fee me rozan la espalda, sus uñas acarician mi piel y yo beso su cuello, su clavícula y la suave redondez de su pecho.

Su respiración se vuelve agitada cuando mi boca encuentra su pezón y lo tomo entre mis labios, haciéndolo rodar suavemente sobre mi lengua. Ella se arquea bajo mí, sus dedos se enredan en mi cabello, empujándome a acercarme, y yo respondo dedicando las mismas atenciones al otro pecho, deseando darle todo lo que desea.

La piel de Fee es cálida y suave, y la sensación de tenerla debajo de mí, la forma en que su cuerpo responde a cada toque, a cada beso, me lleva al límite de perder el control. Sin embargo, me contengo, queriendo saborear este momento, hacerlo durar tanto como sea posible. Dejo que mi mano se deslice por su costado, sintiendo la curva de su cintura, la hendidura de su cadera, y finalmente llegando a la suave carne entre sus muslos.

Gime cuando la toco, su cuerpo tiembla bajo mi mano que la acaricia suavemente, sintiendo el calor húmedo de su excitación. Sus caderas se mueven al ritmo de mi mano, su respiración se

hace corta y rápida mientras la exploro, aprendiendo qué la hace estremecerse, qué la hace gemir mi nombre de esa manera entrecortada y desesperada que hace que mi sangre retumbe en mis oídos.

"Angelo," susurra, su voz es una súplica, y sé que está lista. Me contengo apenas. La necesidad de estar dentro de ella, de reclamarla, es tan fuerte que casi me abruma. Me posiciono entre sus piernas y, mientras me adentro en ella, un gemido se me escapa de los labios por la sensación de sentir mi polla rodeada por ella. Cálida. Apretada. *Perfecta*.

Fee arquea la espalda, sus uñas se clavan en mis hombros mientras la lleno, gradualmente y completamente. Permanezco quieto por un momento, dejando que ambos nos acostumbremos a la sensación de estar tan íntimamente conectados. Su respiración se mezcla con la mía, nuestras frentes están presionadas y saboreamos el momento, cuya intensidad hace que mi corazón lata desbocado.

Comienzo a moverme, inicialmente de manera lenta, el ritmo de nuestros cuerpos está perfectamente sincronizado, una danza tan antigua como el tiempo. Cada embestida es deliberada, controlada, una mezcla de pasión y ternura que nos deja a ambos sin aliento. Los gemidos de Fee se vuelven más fuertes, su cuerpo se mueve al ritmo del mío, encontrándome en cada movimiento, sus piernas me rodean la cintura para acercarme más a ella.

La alfombra bajo nosotros es suave, pero nada se compara con la suavidad de la piel de Fee y la sensación de tenerla debajo de mí... y alrededor de mí. Observo su rostro, la forma en que sus ojos se cierran y sus labios se separan con cada sobresalto de placer.

Hay algo profundamente íntimo en este momento, algo más que una simple conexión física: es como si nuestras almas estuvieran entrelazadas, unidas por algo mucho más grande de lo que cualquiera de nosotros pueda comprender.

Me inclino, capturando sus labios en un beso ardiente, derramando en él cada gramo de mis sentimientos. Fee responde con igual fervor, apretando sus manos sobre mí como si yo fuera lo único que la mantiene en la tierra. La siento apretarse alrededor de mí, una señal reveladora de que está cerca del clímax, y aumento el ritmo, impulsado por la necesidad de llevarla al límite.

Cuando finalmente grita, con el cuerpo sacudido por las convulsiones de éxtasis del orgasmo, la sigo, y la sensación de su liberación me empuja más allá del borde. Me corro dentro de ella, un gemido tembloroso se escapa de mis labios mientras me hundo aún más en ella, con el cuerpo sacudido por la intensidad de todo.

Durante un largo momento nos quedamos así, entrelazados, tumbados sobre la alfombra, con nuestras respiraciones mezclándose mientras nos recuperamos de nuestra dicha. La sostengo cerca, dándole un beso delicado en la frente y bajo la palma de mi mano siento cómo su ritmo cardíaco va disminuyendo gradualmente.

No puedo evitar apretar mi agarre sobre ella, sintiendo que aún no estoy listo para dejarla ir. El calor de su cuerpo presionado contra el mío, el suave subir y bajar de su pecho... todo en este momento me parece correcto, como si fuera exactamente el lugar donde deberíamos estar.

"Quédate conmigo esta noche," me encuentro diciendo, con voz baja, casi vacilante. No había planeado pedírselo, pero ahora que he pronunciado esas palabras, me doy cuenta de cuánto lo necesito. La quiero entre mis brazos, en mi cama. Quiero dormirme con ella a mi lado y despertarme encontrándola todavía allí.

Fee me mira, una tierna sonrisa curva sus labios. Se acerca y me toma el rostro con una mano, su pulgar roza suavemente mi mejilla. "Me encantaría, Angelo, pero..." Duda, su expresión se tiñe de pesar. "Debería quedarme en mi cama esta noche. Lou podría venir a mi habitación y asustarse si no me encuentra allí."

Siento una punzada de decepción, pero sé que tiene razón. Lou ha pasado por mucho en las últimas veinticuatro horas y lo último que Fee querría es aumentar los miedos de su hija. Asiento, comprensivo, aunque una parte de mí desearía que se quedara de todos modos.

"Claro," digo, soltándola mientras empieza a sentarse. "Tienes razón."

Fee se viste lentamente, como si estuviera reacia a irse, y yo la miro, memorizando la forma en que la luz tenue danza sobre su piel, y cómo su cabello cae sobre sus hombros mientras se pone la camiseta del pijama. Hay algo casi irreal en este momento, como si fuera un sueño del que no quiero despertar.

Antes de irse, Fee se vuelve hacia mí, con una expresión tierna en el rostro. Se acerca, y por un momento pienso que podría haber cambiado de opinión. En cambio, se inclina hacia mí y sus labios rozan los míos en un beso dulce y prolongado.

"Gracias," susurra, con la voz llena de emoción.

"¿Por qué?" pregunto, genuinamente curioso.

"Por todo," dice ella, con los ojos brillantes mientras se aleja ligeramente, su mano todavía descansando contra mi mejilla. "Por esta noche, por ayudarme con Lou, por... ser tú."

Trago con dificultad, sintiendo un calor repentino por sus palabras. "No tienes que agradecerme, Fee. Lo haría todo de nuevo sin pensarlo dos veces."

Ella sonríe ante eso, sus ojos suavizándose. "Lo sé." Se endereza, mirándome una última vez antes de girarse para irse. La observo irse, sintiendo un dolor en el pecho cuando sale de la habitación, fuera de mi alcance.

La habitación se siente vacía sin ella, el calor de su presencia ya desvaneciéndose, pero sé que estará solo al final del pasillo. Me recuesto, mirando al techo, mi mente repitiendo los eventos de la noche una y otra vez.

No sé qué está pasando entre nosotros, pero sé una cosa con certeza: no la dejaré ir. Ni ahora, ni nunca.

~

ME DESPIERTO con el aroma tentador del café y de algo dulce. Siguiendo el aroma, encuentro a Fee y Lou en la cocina, ocupadas en la estufa.

"Bueno, esto sí que es una agradable sorpresa," digo, sin poder evitar la sonrisa en mi voz. "Un hombre podría acostumbrarse a este tipo de trato."

Lou se gira, su rostro cubierto de harina. "No te acostumbres. Mamá solo sabe hacer panqueques y waffles," me informa solemnemente. "Nunca le pidas que haga huevos."

Fee ríe, extendiendo una mano para pellizcar la nariz de Lou juguetonamente. "¡Oye, mis panqueques son famosos en todo el mundo!"

"¿Famosos en todo el mundo, eh?" me burlo. "No me había dado cuenta de que estaba en presencia de una verdadera realeza culinaria. ¿Debo inclinarme antes de comer?"

Lou se ríe, mientras Fee rueda los ojos con buen humor.

Después de devorar su desayuno, Lou se apresura a prepararse para la escuela. Tan pronto como está fuera de nuestro alcance, noto que la actitud de Fee cambia.

"Estás preocupada por que vaya a la escuela," afirmo en voz baja.

Fee asiente, mordiéndose el labio. "Después de lo que pasó con Jonah ayer... no sé si es seguro."

Extiendo la mano y aprieto suavemente la suya. "Todo estará bien. He arreglado seguridad extra alrededor de la escuela. Nadie se acercará a Lou sin que lo sepamos."

Ella parece relajarse un poco con esto, pero luego sus ojos se agrandan repentinamente. “Oh, no,” jadea. “El funeral de Antoni Timpone es hoy. Lo olvidé por completo. Tu traje aún no está terminado.”

Hago un gesto despreocupado. “No te preocupes, Fee. Tengo otros trajes. No te preocupes por eso.”

“Pero...” empieza a protestar.

“En serio,” la interrumpo con suavidad. “Está bien. Tenemos cosas más importantes en las que concentrarnos ahora mismo.”

Mientras digo esto, me doy cuenta de cuán cierto es. El funeral, el traje, el negocio de ser un Don—todo eso palidece en comparación con asegurar la seguridad y la felicidad de Sofia y Lou.



MARCO NOS LLEVA a la escuela de Lou, y desde el coche observo a Fee mientras lleva a Lou hasta la entrada de la escuela. La directora las recibe, con una expresión que mezcla preocupación y tranquilidad. Su conversación parece intensa, con la directora asintiendo enfáticamente a todo lo que Fee dice.

Cuando Fee regresa al coche, levanto una ceja. “Parecía una charla seria.”

Fee suspira, abrochándose el cinturón de seguridad. “Lo fue. La directora me aseguró que están implementando nuevas medidas de seguridad. Prometió que Lou será vigilada de cerca en todo momento.”

Asiento, entendiendo su preocupación. “¿Te sientes mejor ahora?”

“Un poco,” admite Sofia. “Parecía que se tomaron muy en serio mis preocupaciones. La directora juró que no volvería a suceder algo como lo de ayer.”

Me acerco y le doy un suave apretón en la mano. “Eso es bueno. Y recuerda que también tenemos seguridad extra. Lou estará segura.”

Sofia me dedica una sonrisa agradecida, y veo cómo algo de la tensión abandona sus hombros.



CUANDO LLEGAMOS A LA FUNERARIA, la atmósfera está cargada de tensión. El lugar está lleno de miembros de La Famiglia, otros Dons y sus equipos de seguridad. Es una escena que he visto mil veces—el poder y la influencia a plena vista, todos reclamando su lugar en la jerarquía.

Marco aparca el coche, y antes de que salgamos, Fee duda. Se vuelve hacia mí, sus ojos sombreados por algo que no puedo identificar. “Mi madre estará aquí,” dice, su voz más baja de lo habitual.

Levanto una ceja. La única vez que Fee ha mencionado a su madre fue cuando me contó que se enfureció porque Fee quedó embarazada. “¿Y qué significa eso?” pregunto, inclinándome más cerca, tratando de leer su expresión.

Ella suspira, claramente reacia a profundizar en el tema, lo cual solo aumenta mi curiosidad. “Ella es... mucho,” dice Fee, con un tono evasivo, como si estuviera luchando por encontrar las palabras adecuadas. “Ya verás.”

Antes de que pueda presionarla para obtener más detalles, Marco nos hace un gesto para que lo sigamos. Los tres salimos del coche y nos dirigimos hacia la entrada, el aire lleno de

murmullos y el bajo zumbido de las conversaciones.

Dentro, la funeraria está tan llena como esperaba. Dons de varias Famiglias están esparcidos por la sala, sus guardias de seguridad cerca, con los ojos escaneando la multitud en busca de cualquier señal de peligro. Jimbo y Romero nos ven casi de inmediato y se dirigen hacia nosotros, con expresiones serias pero enfocadas. Marco nos sigue, su presencia tan sólida y tranquilizadora como siempre.

Pero solo estoy prestando media atención a ellos, mi mirada se fija en Fee mientras ella observa a la multitud, buscando a Zip. Lo veo primero, de pie a un lado de la sala, su postura rígida y formal. Y luego la veo a ella—Cher, la madre de Sofia.

Cher parece una versión mayor de Fee, pero hay una dureza en ella que Fee no tiene, una especie de arrogancia calculada que deja en claro que está acostumbrada a conseguir lo que quiere. Está vestida de pies a cabeza con ropa de diseñador, cada detalle meticulosamente cuidado—tacones altos, un vestido negro ajustado que resalta su figura y un peinado perfecto que parece no haber visto un día difícil en su vida.

Hay algo casi plástico en ella, en cómo se mueve y cómo se comporta, como si estuviera más preocupada por las apariencias que por cualquier otra cosa.

Está de pie junto a Zip, una mano descansando en su brazo mientras habla con alguien que no reconozco. La visión de ellos dos juntos hace que Fee gima suavemente, y puedo sentir la tensión que emana de ella mientras murmura: “Allí vamos...”

Me inclino hacia ella, bajando la voz. “¿Esa es tu madre?”

Fee asiente, con una expresión tensa. “Cher. Ella... bueno, siempre ha sido así. Siempre más preocupada por cómo se ven las cosas que por cómo son realmente.”

Tomo todo eso en cuenta—el contraste entre Fee y su madre, la forma en que Cher parece atraer la atención sin siquiera intentarlo, y cómo Fee parece encogerse ligeramente en su presencia. Está claro que no hay una gran relación entre ellas, y no puedo evitar sentir una oleada de protección hacia Fee.

A medida que nos acercamos, la mirada de Cher se posa en nosotros, sus cejas perfectamente cuidadas se arquean ligeramente. Nos observa de arriba a abajo, con una expresión indescifrable, y luego sonríe—una sonrisa que no llega a sus ojos.

“Ah, Sofia,” dice Cher, su voz suave y pulida. “¿Cómo está Lucille?”

“Está muy bien, mamá,” dice Fee con voz apagada. Me resulta interesante que Fee no le cuente a su madre sobre el casi secuestro de Lou.

Cher luego se vuelve hacia mí, sus ojos se agrandan ligeramente. “Don Pirelli.”

Mientras la mirada de Cher se desplaza entre Fee y yo, puedo ver cómo las ruedas giran en su mente, su expresión se afila con interés. Es como si estuviera tratando de armar un rompecabezas del que no se había dado cuenta. El cambio sutil en su actitud no me pasa desapercibido, y puedo sentir el peso de su escrutinio mientras nos estudia, sus ojos estrechándose ligeramente.

Antes de que pueda decir algo, Zip parece darse cuenta del cambio en su enfoque. Sus ojos van de Cher a mí, y casi puedo ver el instinto protector encenderse en él. No pierde tiempo.

“Cher, ¿no es esa la señora Moretti allá?” Zip dice, su tono firme mientras señala al otro lado de la sala. “Deberíamos ir a saludarla. Ahora.”

Cher parece momentáneamente sorprendida, como si no esperara ser alejada tan rápidamente, pero se recupera rápido, dándonos una última mirada antes de asentir. “Claro,” murmura, su voz suave como la seda. “Nos ponemos al día luego, Sofia.”

Sin esperar una respuesta, Zip casi arrastra a Cher, su agarre en su brazo firme. Los observo alejarse, sintiendo una mezcla de alivio y diversión. Zip podrá ser pequeño, pero sabe cómo

manejar a Cher.

Fee murmura en voz baja, su voz goteando sarcasmo. “Bueno, eso fue divertido.”

Me río suavemente, inclinándome hacia ella lo suficiente para que me escuche. “No bromeabas cuando dijiste que era bastante intensa.”

Ella suspira, levantando los ojos al cielo. “No tienes idea de cuán intensa puede ser.”

Antes de que podamos continuar la conversación, Jimbo me da un codazo en el hombro, desviando mi atención de Fee. “Debemos ir a rendir homenaje a la Famiglia de Don Antoni,” dice, con voz baja y respetuosa.

Asiento, sintiendo el cambio en la atmósfera mientras nos preparamos para hacer lo que vinimos a hacer. La habitación está cargada de dolor y tensión, un recordatorio del delicado equilibrio de poder que pesa sobre todos nosotros. Por mucho que quiera quedarme al lado de Fee, tengo deberes que cumplir.

Marco, Romero, Jimbo y yo comenzamos a acercarnos al ataúd, moviéndonos entre la multitud de personas en luto y hombres de la mafia. Fee nos sigue de cerca, pero veo que sus pensamientos están en otro lugar, probablemente todavía dirigidos a su madre y al drama que seguirá.

Mientras nos acercamos al ataúd, siento el peso del momento posarse sobre nosotros. Don Antoni Timpone no solo era una figura poderosa. Era el hombre que moldeó el mundo en el que vivimos, para bien o para mal.

Mientras nos acercamos al ataúd para rendir homenaje, en medio de un sombrío silencio, veo a Gino acercándose a nosotros. Tiene un paso arrogante, una sonrisa burlona en los labios, y siento que mi tensión aumenta solo por su presencia.

No pierde tiempo en cortesías. “Bueno, bueno, bueno,” se burla Gino, con los ojos saltando entre Fee, Jimbo, Romero y yo. “Miren quién decidió presentarse. Qué conmovedora demostración de lealtad.” Su voz destila sarcasmo, y siento a Fee tensarse a mi lado.

Le lanzo una mirada fría, pero antes de que pueda decir algo, Gino dirige su atención a Fee, con un destello cruel en los ojos. “Sabes, Sofia, es realmente lindo verte aquí rindiendo homenaje a mi viejo. Estoy seguro de que él apreciaría el gesto, sobre todo porque tenía un gran debilidad por tu querida madre.”

Los ojos de Fee se entrecierran, veo que aprieta la mandíbula, pero no responde a la provocación. Gino está tratando de provocarla, y todos lo sabemos.

“Y hablando de mi padre,” continúa Gino, con un tono cada vez más provocador, “he decidido hacer yo el elogio fúnebre. Al fin y al cabo, es justo que sea su único hijo quien hable por él, ¿tienen algo que decir?”

Ninguno de nosotros responde, pero eso no lo desanima. Gino levanta un poco la voz, atrayendo la atención de quienes nos rodean. “Señoras y señores, creo que es justo que todos aquí conozcan la confesión maldita de mi padre. ¿De qué se trata, se preguntan?”

El silencio cae, todos están pendientes de las palabras de Gino. Casi se pueden oír los corazones latiendo en la habitación.

Una fea sonrisa cruza el rostro de Gino. “Su secreto a confesar es que mi padre amaba a Cher Saldano.” Hace una pausa, dejando que la insinuación quede suspendida en el aire. “Tanto que compró el edificio donde se encuentra la sastrería Perfezione. Quería regalárselo a Cher. Romántico, ¿no lo creen?”

La multitud murmura y jadea. Mi estómago se revuelve y veo que los ojos de Fee se agrandan un poco, la sorpresa y la incredulidad son visibles en su rostro. Es la primera vez que lo escucha, y no me gusta el rumbo que está tomando esto.

Gino sonríe, disfrutando de la reacción que está obteniendo. “Pero el punto es que no hay ningún acuerdo escrito. No hay ningún regalo envuelto con un bonito lazo. Así que, por lo que a mí respecta, el edificio sigue siendo una propiedad de Timpone. Y como ahora soy yo quien maneja la herencia, eso significa que tienes un problema, Sofia.”

“¿Qué quieres, Gino?” Lo pregunto en voz baja, conteniendo apenas la rabia.

Él sonríe, saboreando el momento. “Dinero. Renta. Los alquileres atrasados. Todo el dinero que pueda exprimir de Perfezione. Mi padre pudo haber sido blando con ustedes, pero yo no lo soy. Sofia le debe a la Famiglia Timpone y tengo la intención de cobrarlo.”

El rostro de Fee palidece, pero se mantiene firme, mirándolo. “Tonterías, Gino. Tu padre nunca nos cobró alquiler ni a mí ni a mi nonno.”

“Ya no importa,” replica Gino. “Tienes tres meses para encontrar 4,9 millones de dólares para comprar el edificio, o presentaré los documentos judiciales que demuestran que no pagas desde hace meses. Contrato de alquiler o no, me darás lo que debes, con dinero o con sangre. No me importa cómo lo hagas, pero será mejor que lo hagas rápido.”

La amenaza queda suspendida en el aire, pesada y real. Los ojos de Gino brillan con maliciosa satisfacción, sabiendo que ha acorralado a Fee. Quisiera borrarle esa sonrisa de la cara, pero me contengo. Lo que está en juego es demasiado importante como para perder el control ahora.

“Ya veremos,” digo finalmente, con voz dura como el acero.

Gino se encoge de hombros, con indiferencia. “Tic-tac, Sofia. Tres meses. El tiempo corre.”

Con estas palabras, da media vuelta y se aleja, dejándonos allí, inmóviles, aplastados por el peso de su ultimátum.

SOFIA

Estoy todavía tratando de asimilar todo, parada en medio de la abarrotada sala de la funeraria, rodeada de susurros y miradas juzgadoras. Siento como si estuviera en una densa niebla, todo es amortiguado y distante, como si realmente no estuviera aquí. Las palabras de Gino continúan resonando en mi mente, cada revelación me golpea más profundamente que la anterior.

¿Perfezione fue dada a mi madre porque Don Antoni estaba enamorado de ella? No puedo encontrar sentido a todo esto. ¿Mi madre lo amaba a él también? Solo el pensar en ello me provoca una sensación de traición, como si algo sagrado hubiera sido transformado en algo feo y contaminado.

Miro a mi alrededor en la habitación, captando fragmentos de conversaciones, las miradas que la gente me dirige. Es como si todos supieran algo que yo no sé, como si estuvieran al tanto de algún terrible secreto. El corazón me late con fuerza y siento que el ambiente se estrecha, como si las paredes se cerraran sobre mí.

¿Por qué Zip nunca me habló de esto? ¿Lo sabía? Debía saberlo. Mi abuelo siempre ha sido ferozmente protector conmigo, siempre presente para protegerme del lado más feo de nuestro mundo. Pero esto... me parece un golpe bajo e inesperado, como si me hubieran arrojado al frío sin saber qué está pasando realmente.

Me siento hundida en el torbellino de preguntas en mi cabeza, cada una más pesada que la anterior. Si Antoni amaba a mi madre, ¿por qué ella nunca me habló de él? ¿Por qué nunca me dijo nada sobre el edificio o sobre todo esto? ¿Lo ocultaba porque se avergonzaba o hay algo más que me estoy perdiendo?

Intento concentrarme en las personas que me rodean, en los murmullos de condolencia y en la pesada atmósfera de dolor, pero todo está borroso. Lo único que me parece real es la confusión y la rabia que me invaden por dentro, haciéndome imposible pensar con claridad.

Veo a Zip al otro lado de la habitación, con el rostro preocupado mientras habla con algunos viejos amigos de la familia. ¿Lo sabía desde siempre? Claro, debe haberlo sabido. ¿No le dijo a Gino que él y Antoni tenían un acuerdo para que Perfezione siguiera siendo territorio neutral? ¿Ese fue el motivo del acuerdo? ¿Porque Antoni amaba a mi madre?

Las preguntas me arden en la garganta, pero no puedo enfrentarme a él ni a Cher, no aquí, no ahora. La verdad es que tengo miedo de lo que podrían decirme. Temo las respuestas que podría recibir.

Continúa el eco de las palabras de Gino en mi cabeza, tratando de armar el rompecabezas de las relaciones entre mi madre y este edificio que ha sido mi salvación. Pero cuanto más lo pienso, menos sentido tiene. Es como tratar de agarrar agua, que se escapa entre los dedos por más que

trate de retenerla.

La niebla en mi mente se espesa, haciéndome difícil respirar y concentrarme. Me siento como si estuviera al borde de algo, un precipicio del que no sabía su existencia, y un paso en falso podría hacerme caer en un abismo que no estoy lista para enfrentar.

La voz de Angelo atraviesa la neblina de mis pensamientos, trayéndome al presente. “Fee, respira,” dice dulcemente, su mano es una presencia reconfortante en mi hombro. “Tendremos respuestas, te lo prometo. En cuanto termine esta vigilia.”

Asiento, tratando de concentrarme en mi respiración y en la fuerza de la mano de Angelo. Pero el peso de todo lo que acabo de escuchar hace difícil pensar con claridad. Aun así, logro resistir hasta que el último de los invitados sale de la habitación.

Tan pronto como las puertas se cierran, no pierdo ni un segundo. Me dirijo directamente hacia mi madre y Zip, con la mente llena de rabia y confusión. Sin pensarlo, tomo el brazo de mi madre, mi voz baja y feroz. “Tenemos que hablar. *Ahora*.”

Mi madre parece asustada, su habitual aire de arrogancia se tambalea por un momento. Angelo, como siempre proyectando calma en la tormenta, da un paso hacia nosotros. “Vamos a un lugar más privado para hablarlo,” sugiere. “Mi tienda de autos no está lejos.”

Parpadeo, momentáneamente desconcertada por la idea de que Angelo tenga un taller mecánico. Parece algo tan... ordinario para él. Pero no tengo tiempo para pensar en eso. Asiento y nos dirigimos rápidamente hacia su tienda.

El viaje es tenso, el silencio está cargado de preguntas no dichas. Cuando llegamos, Angelo nos conduce a una pequeña oficina en la parte trasera, donde el olor a aceite y goma se percibe en el aire. Es muy diferente de la opulencia de la funeraria, pero al menos estamos en privado, y eso es lo que importa.

Tan pronto como la puerta se cierra tras nosotros, me vuelvo hacia mi madre, con la voz temblando por la rabia que apenas logro contener. “¿Qué está pasando, mamá? ¿Cuál es la verdadera historia entre nuestras familias? Necesito saber la verdad. Basta de mentiras.”

Mi madre suspira, un sonido profundo y cansado que parece envejecerla años. Duda, claramente luchando por decidir qué decir, pero estoy cansada de su constante evasiva a mis preguntas. “Ya me has mentido suficiente,” insisto, con voz dura. “Dime la verdad. *Toda*. Háblame de tu historia con Antoni Timpone, mamá. Está claro que esto es la manzana de la discordia con Gino.”

“Tuvimos una relación,” comienza Cher, con la voz más suave que jamás le he escuchado. “Durante años, antes de que nacieras. No era solo porque me amaba, Fee. Creía que tú eras su hija.”

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. El mundo parece inclinarse sobre su eje y mis piernas se doblan bajo el peso de lo que acaba de decir. No me sorprende que Antoni Timpone siempre haya sido tan amable conmigo.

Antes de que pueda derrumbarme, Jimbo toma rápidamente una silla y la coloca detrás de mí. Me dejo caer en ella, respirando con dificultad mientras trato de procesar esta noticia impactante.

“Esto significa...” Intento hablar, con voz débil mientras me obligo a hacer la pregunta que me atenaza la garganta. “¿Significa que Antoni es mi padre?”

Mi madre resopla, un sonido seco y desdeñoso. “No, Sofia. No era tu padre. Pero nunca corregí esos rumores porque así nuestra familia y nuestros negocios estaban protegidos.”

La cabeza me da vueltas mientras intento comprender la situación. Durante toda mi vida pensé que sabía quién era y de dónde venía, pero ahora, en cuestión de minutos, todo lo que pensaba saber se ha puesto patas arriba. El hombre que creía que no era más que un Don de la

mafia sin relación conmigo, podría haber sido mi padre si las cosas hubieran sido diferentes.

Y mi madre dejó que todos lo creyeran porque le resultaba *conveniente*.

Angelo se acerca, su presencia es un ancla reconfortante en medio de la tormenta de mis pensamientos. Alzo la vista hacia él, buscando en sus ojos algo a lo que aferrarme. No dice nada, pero la forma en que me mira, firme y seguro, me da un atisbo de fuerza.

"Entonces, Gino..." Lucho por encontrar las palabras adecuadas. "¿Está enfadado porque Antoni nos quería? ¿Por lo que le habías hecho creer?"

Mamá asiente, con una expresión amarga. "Sí. Gino siempre ha sido raro y cruel, pero esto... esto es su manera de desahogarse. El amor de Antoni por nosotras, por ti, era una debilidad a sus ojos. Y ahora quiere borrar por completo esa debilidad."

La revelación me golpea como una puñalada. "¿Pero por qué? ¿Por qué está tan decidido a destruirnos?"

"Porque nuestro éxito le recuerda lo que Gino considera la traición de su padre," dice mi madre, endureciendo la voz. "En su mente, representamos todo lo que hizo débil a Antoni. Y no puede tolerarlo."

Miro a Zip, que está cerca, junto a un hombre de cabello castaño claro y ojos avellana. Creo que se llama Romero. "¿Por eso Antoni Timpone y tú hicisteis ese acuerdo sobre Perfezione?"

Zip asiente, con aire infeliz. "Sí, *tesoro*."

"¿Gino sabe que en realidad no somos familia?" Me dirijo a mi madre.

Mamá duda. "Estoy bastante segura de que lo sabe, pero no sé si realmente lo cree."

Apenas puedo procesar lo que estoy escuchando. "Pero si Gino sabe todo esto, ¿por qué está tan empeñado en destruirnos? ¿No tendría más sentido que simplemente se distanciara por completo de nosotros?"

"Gino siempre ha sido complejo," dice mi madre, negando con la cabeza. "Quiere borrar por completo el recuerdo de que su padre era débil."

Angelo, que hasta entonces había permanecido en silencio, finalmente habla con voz grave. "La sed de sangre de Gino ya no tiene que ver con la Famiglia. Es una cuestión de poder y de venganza. Quiere demostrar que es más fuerte que su padre destruyendo lo que Antoni protegía."

Las piezas están encajando, pero el cuadro que se forma es aterrador. "Tengo que hablar con él," digo, mientras la idea echa raíces en mi mente. "Quizás, si hablo directamente con él, pueda hacerle entrar en razón."

El rostro de Angelo se oscurece, sus ojos parpadean con preocupación. "No, Sofia. Es demasiado peligroso."

"Tengo que intentarlo," insisto, con la voz temblando por la determinación. "No puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que destruya todo."

Con reluctancia, Angelo asiente, apretando la mandíbula. "De acuerdo, pero lo haremos a mi manera. Organizaré una reunión en el Kings. Es terreno neutral." Sus ojos se clavan en los míos, llenos de preocupación. "Pero yo iré contigo."

~

NO PASA mucho tiempo para que Gino acepte encontrarse con nosotros y, en menos de una hora, Marco se detiene frente al Kings. El corazón me late con fuerza en el pecho. La constante y reconfortante presencia de Angelo a mi lado es lo único que me mantiene con los pies en la tierra. Marco me sigue de cerca, con los ojos escaneando constantemente nuestro entorno.

De repente, el vello se me eriza y me giro bruscamente, con el corazón latiéndome con

fuerza. Me parece que alguien me está... *observando*.

"¿Todo bien?" Angelo me pregunta preocupado, mientras la mano de Marco vuela hacia su costado, donde está su pistola.

Miro la calle llena de gente que sigue con su vida y los coches que pasan. No hay nadie que parezca sospechoso.

Asiento y tomo una respiración profunda. "Sí, no es nada."

Cuando entramos, la penumbra y las conversaciones en voz baja no ayudan a relajar mis nervios. Dimitri nos recibe en la puerta, con una máscara de irritación apenas disimulada.

"Don Pirelli," dice, con voz cortante. "Tienen suerte de que les permita tener esta reunión después... del incidente."

Angelo asiente bruscamente. "Agradecemos tu discreción, Dimitri."

Dimitri nos guía a través del local, entre curiosos y conversaciones susurradas. Siento las miradas fijas en nosotros, observándonos y juzgándonos. Me cuesta toda mi fuerza de voluntad no retorcerme bajo esos ojos inquisitivos.

Llegamos a una habitación privada al fondo del local. Dimitri se detiene frente a la puerta, con la mano en la manija. "Ya está adentro," nos informa, su tono deja claro que desaprueba toda la situación.

Cuando Dimitri abre la puerta, vislumbro a Gino. Está sentado en una pequeña mesa, con una actitud relajada que encuentro exasperante.

"Ya era hora de que volvieras," dice Gino a Dimitri. "¿Dónde está mi whisky?"

Dimitri frunce el ceño. "Puedes servirte tú mismo. Como le dije a Don Pirelli, tienes suerte de que te haya permitido volver aquí dentro."

Gino parece aburrido.

"Esa pequeña bravata frente a mi local me costó caro," espeta Dimitri, con la voz ronca de ira. "¿Tienes idea de cuántos clientes de alto perfil tuve que rechazar? La reputación que me he construido..."

Gino lo interrumpe con un gesto despectivo de la mano. "No dramatices, Dimitri. Tu 'reputación' sobrevivirá."

"¿Dramatizar?" La voz de Dimitri se eleva. "¿Llamas dramatizar a hacer explotar un coche bomba? Esto no es una película de acción de mala calidad, Gino. ¡Esta es mi actividad principal!"

Gino pone los ojos en blanco, metiendo una mano en su bolsillo. Saca un gran fajo de billetes y se lo lanza con indiferencia a Dimitri. "Aquí tienes. Esto debería cubrir tus preciosas pérdidas y algo más. Ahora cierra la boca y trae mi maldito whisky."

Los ojos de Dimitri se entrecierran, mira el dinero y luego vuelve a Gino. "¿Crees que puedes lanzar dinero y resolver todos los problemas? No se trata de dinero. Se trata de respeto."

"¿Respeto?" Gino se ríe, una risa fría y sin humor. "¿Quieres respeto? Gánatelo. Hasta entonces, toma el dinero y agradece que me sienta generoso, joder."

Observo este intercambio, sintiendo una mezcla de disgusto y fascinación. Estos hombres, con toda su riqueza y poder, reducidos a pelear como escolares. Sería casi cómico si la situación no fuera tan grave.

Haciendo una respiración profunda, avanzo. "Gino," digo, con una voz más segura de lo que realmente me siento. "Necesitamos hablar."

Su mirada se fija en la mía, y siento un escalofrío recorrer mi espalda por el frío odio que veo en sus ojos.

"Vaya, vaya," dice Gino. "Mira quién está aquí, la pareja feliz. ¿Has venido a pedir

clemencia?”

Aprieto los puños, obligándome a mantener la calma. Esta es mi única oportunidad de razonar con él y encontrar una solución pacífica. No puedo permitir que sus provocaciones me hagan perder el control.

Angelo coloca una mano tranquilizadora en mi espalda mientras tomamos asiento frente a Gino. Marco se coloca junto a la puerta, una presencia silenciosa pero imponente.

“Gracias por aceptar reunirte con nosotros, Gino,” empiezo, orgullosa de que mi voz se mantenga firme. “Espero que podamos llegar a un acuerdo.”

Gino resopló. “Lo dudo mucho.”

Tomo una respiración profunda, reuniendo mi valor. “Tengo una propuesta. Hagamos una prueba de ADN, demostremos de una vez por todas que no somos parientes. Luego podremos discutir un acuerdo justo para el edificio de Perfezione.”

Por un momento, Gino me miró fijamente. Luego echó la cabeza hacia atrás y se río, con un sonido áspero y estridente que me provocó escalofríos por la espalda.

“¿Una prueba de ADN?” se burló. “¿Piensas que soy estúpido? Ya sé que no somos parientes, Sofia. Lo sé desde hace años.” Volvió a reírse. “¿De verdad pensabas que mi padre había embarazado a esa puta de tu madre? Oh, eres realmente divertida, joder.”

Siento el corazón hundirse. Había contado con esa revelación para cambiar las cosas. “Entonces, ¿por qué...” intento decir, pero Gino me interrumpe.

“¿Por qué te odio?” Sus ojos estaban fríos, llenos de un desprecio que me dejó sin aliento. “Porque tú y el éxito de tu familia son la representación física de la debilidad de mi padre. Hacen que todos parezcan débiles.”

Siento como si no pudiera respirar. Realmente pensé que podría hacer razonar a Gino, pero el odio en sus ojos me sugiere cuánto me estaba engañando.

Gino se levantó bruscamente y su silla golpeó ruidosamente contra el suelo. “Esta reunión ha terminado,” gruñó. “Qué puta pérdida de tiempo.”

Se dirigió a Angelo, la voz goteando maldad. “Puedes hacer algo al respecto y desatar una guerra, o la familia de Sofia puede pagar un precio obsceno y, con suerte, ir a la bancarrota. Tú decides.”

Con esto, salió de la habitación, dejándonos en un silencio atónito. Miro a Angelo, sintiéndome completamente derrotada.

“¿Y ahora?” Susurro, con la voz temblorosa.

Angelo tenía la mandíbula apretada, los ojos duros mientras miraba la puerta por donde Gino acababa de salir. Después de un largo momento, suspiró. “No estoy seguro, Fee. Es algo... complicado.”

Su admisión me hace sentir una ola de pánico. Si Angelo no sabe qué hacer, ¿cómo puedo esperar resolver yo la situación? Mi mente corre, tratando de comprender la tarea imposible que tengo por delante. “¿Cómo puedo conseguir 4,9 millones de dólares en tres meses?” Susurro, más para mí misma que para Angelo.

Dios, Lou y yo estamos a punto de quedarnos sin hogar. No podemos contar con Zip, y definitivamente no le pediré a mi madre si podemos quedarnos con ella.

Angelo se volvió hacia Marco. “Llévanos al taller,” le ordenó.

“¿El taller?” Pregunto débilmente. “¿A hacer qué?”

La expresión de Angelo se suavizó cuando me miró. “Daremos una vuelta en coche para aclarar nuestras ideas. Tal vez nos ayude a calmarnos y pensar con más claridad.”

Asiento, sin saber qué más hacer. Mientras seguimos a Marco fuera del Kings, me siento

entumecida. El peso de las amenazas de Gino, la enormidad de la suma que pide... parece demasiado para soportar.

Mientras subimos al coche, cruzo la mirada con Angelo. Se acerca y me toma suavemente de la mano. “Encontraremos una solución, Fee. Te lo prometo.”

No sé si esta vez le creo.



ANGELO CONDUCE el elegante Chevrolet Impala azul medianoche de 1967 con habilidad fluida por las calles. El ronroneo del coche recuerda a un gato contento, y sus interiores restaurados son una mezcla perfecta de encanto vintage y comodidad moderna. Los altavoces difunden un jazz suave, que contrasta con mis pensamientos frenéticos.

Miro las luces borrosas de la ciudad pasar por la ventanilla, tratando de concentrarme en el momento en lugar de en la amenaza inminente de las demandas de Gino. Poco después, nos detenemos en un lugar apartado bajo el puente de Brooklyn. El horizonte de Manhattan brilla sobre el agua, una vista impresionante que me distrae momentáneamente de mis preocupaciones.

Angelo apaga el motor pero deja la música de fondo. Permanecemos en compañía silenciosa durante unos minutos, ambos perdidos en nuestros pensamientos.

Finalmente, Angelo toma la palabra. “Fee, creo que tengo una solución. No es perfecta, pero podría ayudarnos.”

Me giro hacia él, con una chispa de esperanza encendiéndose en mi pecho. “¿De qué se trata?”

“Podría comprar la mitad de Perfezione. Así tendrías los fondos para pagarle a Gino y mantendrías el control de la empresa.”

Parpadeo, sorprendida. “¿Lo harías?”

Angelo asiente. “Sería una transacción comercial legítima. Obtendrías el dinero que necesitas y yo tendría una participación en otra empresa respetable. Una ventaja para todos.”

Considero su oferta. Es un salvavidas, una salida a esta situación imposible. Pero también significaría dejar que alguien más entrara en la empresa que mi familia ha construido.

“¿Zip y yo seguiremos tomando todas las decisiones para Perfezione?” Lo pregunto con cautela.

“Absolutamente sí,” me asegura Angelo. “Sería un socio silencioso. Esta es tu herencia, Fee. Solo quiero ayudarte a protegerla.”

Miro el horizonte, sopesando mis opciones. Pero después de todo, ¿qué otra opción tengo?

Me giro hacia Angelo. “De acuerdo,” digo, con voz firme a pesar de las mariposas en mi estómago. “Hagámoslo. Si sirve para mantener a Lou y a mí a salvo y salvar Perfezione, estoy dentro.”

Angelo sonríe y una vez más me sorprende lo guapo que es. Las luces de la ciudad proyectan un resplandor suave en sus rasgos, resaltando la amabilidad de sus ojos. Una ola de gratitud me inunda: por su ayuda, su apoyo, y por simplemente estar aquí, conmigo en este momento.

Sin pensarlo demasiado, me inclino hacia adelante, cerrando la distancia entre nosotros. Mis labios se encuentran con los suyos en un beso tierno e incierto. Por un momento, el mundo parece detenerse. Todas las preocupaciones y miedos que me afligían se desvanecen, sustituidos por el calor de su presencia.

Cuando me aparto, con el corazón latiendo con fuerza, busco los ojos de Angelo. Hay sorpresa, pero también algo más, un calor que me deja sin aliento.

“Fee,” murmura, con voz baja y tierna.

Siento un rubor subiendo por mis mejillas, pero no aparto la mirada. “Gracias,” susurro. “Por todo.”

Angelo se inclina y me toca suavemente la mejilla con la mano. “No necesitas agradecerme,” dice dulcemente. “Estoy aquí porque *quiero*. Porque vale la pena.”

Sus palabras me provocan un escalofrío. Por un momento nos miramos, el aire entre nosotros cargado de posibilidades. Luego, lentamente, Angelo se inclina, acercando una vez más sus labios a los míos.

Esta vez el beso es más urgente, una chispa se enciende entre nosotros. Su mano se desliza sobre mi nuca, atrayéndome más cerca mientras nuestras bocas se unen con un hambre creciente. Siento la intensidad aumentar, una necesidad que creció bajo la superficie y que ahora hierve.

Me presiono contra él, queriendo estar lo más cerca posible, para demostrarle cuán importante es su apoyo para mí, cuán importante es *él* para mí. Nuestros besos se vuelven más salvajes, desesperados, como si ambos intentáramos ahogar el mundo que nos rodea.

Las manos de Angelo vagan por mi cuerpo, su toque me hace estremecerme. No puedo evitarlo, lo necesito, necesito esta sensación. Mis manos exploran su amplio pecho, luego se deslizan hacia abajo hasta su regazo, donde puedo sentir la prueba de su deseo presionando contra la tela de sus pantalones.

Interrumpo el beso solo el tiempo necesario para mirar hacia abajo y una idea traviesa toma forma en mi cabeza. Quiero demostrarle mi gratitud de una manera que las palabras no pueden expresar. Con una sonrisa provocadora, tomo su cinturón y la desabrocho con habilidad.

“Fee,” dice Angelo, su voz densa con una mezcla de sorpresa y deseo.

“Déjame hacerlo,” murmuro, mis ojos fijos en los suyos mientras le desabrocho lentamente los pantalones. Mis manos están firmes, pero mi corazón late con fuerza por la excitación.

Bajo la cabeza, sintiendo el calor que emana mientras libero su polla de los confines de su ropa. La visión de su miembro grueso, duro y listo me hace estremecerme de deseo. Quiero hacerlo sentir bien como él me hace sentir a mí. De hecho, mejor.

Sin decir nada más, envuelvo mi mano alrededor de la base de su longitud, dándole un ligero apretón antes de bajar mis labios sobre él. El calor de él contra mi boca, el sabor de su piel, todo me abruma de la mejor manera posible. Paso la lengua alrededor de la punta, saboreando el sabor salado, y luego lo tomo en mi boca, centímetro a centímetro.

Angelo gime, un sonido profundo y gutural que resuena en el coche, haciendo que mi corazón se apriete por la necesidad. Su mano se desliza entre mi cabello, agarrándolo con fuerza, y me gusta la sensación de su control sobre mí, la forma en que se pierde por completo en esta sensación.

Comienzo con movimientos lentos y deliberados, moviendo la cabeza hacia arriba y hacia abajo mientras trabajo con la boca. Mi lengua se desliza a lo largo de la parte inferior de su eje, trazando cada cresta, cada vena, mientras lo tomo más a fondo. Sus caderas comienzan a moverse, empujándose hacia arriba para encontrarse con mi boca, sus gemidos se vuelven más fuertes con cada golpe.

“Fee... joder,” gruñe Angelo, su voz esforzada, llena de deseo crudo. El sonido de su pérdida de control me impulsa, haciéndome desear aún más llevarlo al límite.

Acelero el ritmo, hundiendo mis mejillas mientras lo tomo lo más profundo posible, sintiéndolo golpear la parte posterior de mi garganta. La sensación es intensa y apenas puedo respirar, pero no me importa. Todo lo que quiero es darle esto, demostrarle cuán importante es para mí.

La mano de Angelo en mi cabello se aprieta, guiándome mientras empuja más fuerte dentro de mí. El coche se llena de los sonidos húmedos y eróticos de mi boca trabajando sobre él, mezclados con sus gemidos desesperados y los ocasionales jadeos agudos.

Estoy completamente abrumada por lo mucho que me importa, por cuánto quiero satisfacerlo. Lo tomo aún más a fondo, con los ojos llenándose de lágrimas mientras supero mis propios límites, comenzando a esforzarme y casi haciéndome daño. Lo siento palpitar en mi boca, la tensión de su cuerpo es tan fuerte que sé que está cerca.

“Fee, estoy por...” La voz de Angelo es ronca, a punto de perder el control.

No disminuyo la velocidad. Al contrario, me esfuerzo más, tomándolo aún más a fondo, mi mano trabaja en sincronía con mi boca mientras siento que comienza a ceder. Sus caderas se sacuden hacia arriba, empujándose en mi garganta con una necesidad primitiva que me hace estremecerme de deseo.

Con un último gemido desesperado, el cuerpo de Angelo se tensa y finalmente se corre en mi boca. Su sabor inunda mis sentidos y trago, sin querer desperdiciar ni una gota. Sus gemidos llenan el coche, su mano apretando mi cabello casi dolorosamente mientras cabalga su orgasmo, perdido en el placer que le estoy dando.

Cuando termina, me aparto, con los labios hormigueando y el corazón latiendo con fuerza por la excitación. Lo miro, veo la satisfacción y el asombro en sus ojos y sé que le he dado algo que nadie más podría darle.

Angelo está sin aliento, su pecho jadeante mientras baja de su éxtasis. Lo miro, sintiéndome invadida por una ola de pura satisfacción. La forma en que sus ojos se oscurecen, llenos de un renovado deseo, hace que mi corazón vuelva a latir con fuerza.

“Fee,” gruñe, con voz baja y peligrosa. “Ahora te voy a follar como te mereces.”

Sus palabras envían un escalofrío por mi espalda y mi corazón late con anticipación. El calor entre nosotros es insoportable, el coche está denso con el olor del sexo y el deseo. Mi cuerpo duele por él, invadido por una necesidad desesperada de sentirlo dentro de mí.

Justo cuando se inclina hacia mí para acercarme más a él, listo para ordenarme que suba al asiento trasero, un ruido afuera llama nuestra atención.

Un ruido de pasos que se acercan rápidamente.

Alguien nos ha seguido hasta aquí.

ANGELO

Mierda. Mierda. *Mierda*. Alguien nos ha seguido hasta aquí.

Maldita sea. Marco me va a matar, joder. No quería que anduviera solo con Fee, ofreciéndose a acompañarnos él mismo, pero yo me negué hasta hacer valer mi posición y ordenárselo cuando intentó discutir conmigo. Ese bastardo no me perderá de vista nunca más.

"Joder", maldigo mientras me meto la polla en los calzoncillos y subo los pantalones. "Quédate en el coche", ordeno con voz baja y urgente.

Antes de que pueda protestar, salgo del coche y examino la zona. Llevo la mano a mi arma oculta, pero antes de que pueda sacarla, una figura se lanza hacia mí desde las sombras.

El puñetazo del agresor golpea mi mandíbula, provocándome una sacudida de dolor en el cráneo. Retrocedo tambaleándome, recuperando el equilibrio justo a tiempo para esquivar otro golpe. Mi entrenamiento toma el control y respondo con un rápido golpe directo a su plexo solar.

Gruñe, momentáneamente aturdido, pero se recupera rápido. Nos intercambiamos golpes, cada uno buscando una apertura en la guardia del otro. Él es bueno, pero yo lo soy más. Hago una finta a la izquierda, y cuando cae en la trampa, le barro las piernas con una patada.

Cuando cae al suelo, me lanzo sobre él al instante, inmovilizándolo con las manos en su grueso cuello. Joder, ¿este tipo es jugador de fútbol o algo así? En ese momento escucho la puerta del coche abrirse. *Maldita sea, ¡Fee!*

"¡Atrás!" grito sin apartar la mirada de mi agresor, un tipo de cabello rubio y ojos azul hielo que me miran con odio.

¿Quién diablos es este tipo?

Pero ya es demasiado tarde. El grito de Fee perfora el aire nocturno. "¡¿Jonah?!"

Me detengo por una fracción de segundo mientras reflexiono sobre el nombre. ¿Este sería Jonah? ¿El padre de Lou? ¿El hombre que infesta las pesadillas de Fee?

Entonces veo el parecido. Lou se parece bastante a él.

Mi agarre sobre él se aprieta instintivamente, la rabia me invade.

"Te has metido con las personas equivocadas", gruño.

Jonah me mira con los ojos llenos de odio. "Esto no ha terminado", escupe.

Aprieto el agarre y mi voz se baja a un susurro peligroso. "Oh, creo que sí lo está. No tienes idea de con quién te has metido. Ahora, ¿cómo diablos nos encontraste?"

Fee, cuya voz tiembla por una mezcla de miedo e ira, hace eco a mi pregunta. "Jonah, ¿cómo... por qué estás aquí?"

La risa de Jonah es fría y amarga. "No fue difícil. La funeraria, el Kings... no estás exactamente manteniendo un perfil bajo, Sofia."

Siento a Fee tensarse a mi lado y, de repente, recuerdo su incomodidad hacia el Kings, sus

ojos escudriñando a su alrededor como si se sintiera observada. La realización me golpea como un tren.

"La has estado acosando, joder", gruño, golpeando a Jonah contra el suelo con fuerza. Él gruñe de dolor, pero no aflojo el agarre.

Fee da un respingo y su rostro palidece.

Me vuelvo hacia Fee, manteniendo a Jonah inmovilizado. "Llama a la policía", le ordeno.

"¡No!" Jonah grita, la desesperación evidente en su voz. "Por favor, escúchame. Sólo intento entrar en la vida de mi hija. ¡Es sangre de mi sangre!"

Miro a Fee y veo la agitación en sus ojos. Esta situación es más complicada de lo que pensaba al principio y sé que debemos manejarla con cuidado.

"Ni siquiera sabes si es tu hija", suelta Fee, con la voz temblando de emoción.

Jonah se desahoga, sus ojos brillan. "Es obvio, Sofia. Es idéntica a mí y a mi hermana."

Por mucho que me disguste admitirlo, veo el parecido. El cabello rubio y los ojos azules de Lou son inconfundiblemente similares a los de Jonah. La forma de sus rostros, la estructura de sus mandíbulas: es como mirar fotos de un antes y un después.

"Todo lo que siempre quise fue ser padre", dice Jonah con voz más suave. "Por alguna razón, nunca lo logré. Solo quiero estar presente en la vida de mi hija. Por favor, dime al menos ¿cómo se llama?"

Fee duda y puedo ver la lucha interna en su rostro. Al final habla, con una voz apenas superior a un susurro. "Lucille. Pero se hace llamar Lou."

"Lou", repite Jonah con reverencia, como si estuviera saboreando el nombre. "Le queda bien. Por favor, Sofia. Todo lo que quiero es ser parte de la vida de Lou."

Siento una oleada de celos y rabia. ¿Este hombre, que causó tanto dolor a Fee, que la acosó, ahora quiere entrar en la vida de Lou? No se lo merece. Lou ya tiene una familia: Fee, Zip y... yo.

Este pensamiento me sorprende, pero me doy cuenta de que es verdad. Ahora estoy más que encariñado con Lou y quiero cuidar de ella.

Aprieto el agarre sobre Jonah, con voz baja y peligrosa. "¿Crees que puedes aparecer después de todos estos años y jugar a ser el papá? No funciona así."

Los ojos de Jonah se encuentran con los míos, con una mezcla de desesperación y odio. "Tengo derechos", insiste.

"¿Derechos?" La voz de Fee es incrédula, su boca abierta. "Perdiste todos los derechos cuando..."

Se detiene, el dolor en su rostro es evidente. Quisiera consolarla, pero no puedo soltar a Jonah. Aún no.

"Fee", le digo dulcemente. "¿Qué quieres hacer? La decisión es tuya."

Fee suspira y cierra los ojos por un momento. Cuando los abre, en sus ojos oscuros solo hay determinación y resolución. "Suéltalo."

Miro a Fee, con el rostro contraído por la confusión y la incredulidad. "¿Quieres que lo suelte? ¿Después de que admitió haberte acosado y de que me agredió?"

Los ojos de Fee se encuentran con los míos, su mirada es firme y decidida. "Dijiste que era mi decisión, Angelo. Quiero que lo sueltes."

Con reluctancia, dejo ir a Jonah, mientras cada instinto me grita que lo mantenga inmovilizado. Me pongo de pie, colocándome de forma protectora cerca de Fee, y mis ojos no se apartan de Jonah, que mientras tanto se levanta.

Fee toma una respiración profunda, su voz es firme cuando se dirige a Jonah. "Aceptaré la

prueba de ADN para ti y Lou, pero solo bajo ciertas condiciones."

Los ojos de Jonah se iluminan de esperanza, pero Fee continúa antes de que él pueda hablar.

"Tendrás que pasar por el tribunal de familia. Te someterás a un control de antecedentes. Las visitas serán supervisadas. Y tendrás que pagar la manutención de la niña de los últimos nueve años."

El rostro de Jonah se ensombrece. "No es justo", protesta.

La risa de Fee es amarga. "¿Justo? ¿Crees que te quiero en nuestra vida? Solo estoy pidiendo lo que el tribunal impondrá de todos modos. ¿De verdad pensabas que permitirían que una niña de nueve años pasara tiempo con un desconocido, un hombre que podría ser su padre, sin supervisión?"

Observo las emociones en el rostro de Jonah: rabia, frustración, desesperación.

La voz de Fee es fría mientras pronuncia su ultimátum. "Tómalo o déjalo, Jonah. Estas son mis condiciones."

La tensión en el aire es palpable mientras esperamos la respuesta de Jonah. Mantengo el cuerpo tenso, listo para intervenir si es necesario. Sea cual sea la decisión de Jonah, juro silenciosamente proteger a Fee y a Lou, cueste lo que cueste.

"Trato hecho", dice finalmente Jonah.

Fee asiente. "Ahora vete de aquí, joder."

Mantengo la mirada fija en Jonah hasta que desaparece de nuestra vista. En el momento en que se va, siento que Fee se desploma junto a mí. Me giro justo a tiempo para sostenerla mientras sus rodillas fallan.

"Estoy aquí", murmuro, abrazándola. Fee empieza a temblar.

"Oh, Dios", gime Fee con voz temblorosa. "¿Qué he hecho? Podría reclamar derechos sobre Lou. No puedo permitirme un abogado. No puedo..."

Tomo su rostro con suavidad, obligándola a mirarme a los ojos. "Oye, escúchame. Todo saldrá bien. Te daré a mi abogado para este caso. Es un maldito tiburón, Fee. Atará a Jonah en los tribunales durante años, si es necesario."

Los ojos de Fee se abren, una mezcla de gratitud e incertidumbre en su mirada. "Angelo, no tienes que hacerlo. Este es mi problema, mi desastre. No deberías limpiar todo tú."

Sacudo la cabeza con decisión. "Quiero hacerlo, Fee. Quiero protegerte a ti y a Lou. Ambas... son importantes para mí."

Por un momento nos miramos, con el peso de todo lo que ha pasado suspendido entre nosotros. Luego, lentamente, Fee se acerca y presiona sus labios contra los míos en un beso suave y dulce.

Cuando nos separamos, apoyo mi frente contra la suya. "Debemos irnos de aquí", digo en voz baja. "Antes de que Jonah decida volver."

Fee asiente y siento cómo un poco de tensión abandona su cuerpo. Volvemos al coche, mi brazo alrededor de su cintura, y me doy cuenta de lo correcta que se siente esta sensación... Fee y Lou se han convertido en parte de mi vida de una forma que nunca esperé, y estoy decidido a hacer todo lo necesario para mantenerlas a salvo y felices.

En cuanto nos subimos al coche, saco el teléfono y marco el número de mi abogado, Victor Rossi. Es un maldito bulldog en la corte, un metro sesenta de cerebro astuto capaz de atrapar a cualquiera y una actitud firme, a la altura de su aguda inteligencia.

"Victor", digo cuando responde, "necesito que encuentres todo lo que puedas sobre un tipo llamado Jonah Ansel. No dejes escapar nada, ¿entendido?"

La voz ronca de Victor me llega del otro lado de la línea. "¿Qué tipo de información

buscamos, jefe?"

"Todo, cada cosa. Este tipo es una mala bestia y no quiero que se acerque a Sofia ni a Lou Saldano."

"Dalo por hecho", responde Victor antes de colgar.

Me tomo todo el tiempo necesario para volver a mi casa, cruzando calles secundarias y callejones aleatorios, cortando el tráfico de manera impredecible. Fee me observa con curiosidad mientras conduzco en este patrón errante.

"Estamos tomando la ruta panorámica", explico. "Por si Jonah decide seguirnos."

Cuando finalmente llegamos a mi casa, seguros de haber perdido a cualquier potencial perseguidor, nos dirigimos al interior. Al entrar en la sala de estar, nos recibe una escena inesperada.

Romero y Zip están sentados en la mesa jugando a las cartas con Lou. Pero es Lou quien lleva la delantera, con una pila de fichas de póker ordenadamente apiladas frente a ella.

"¡Full!" declara Lou triunfante, mostrando las cartas.

Romero levanta las manos, exasperado. "¡Pero qué demonios! Es la tercera vez seguida. ¡Estás haciendo trampa, niña!"

Zip se ríe entre dientes, con los ojos brillando de diversión. "Vamos, vamos, Romero. No seas un mal perdedor. Simplemente le he enseñado bien a mi sobrina nieta, eso es todo."

"¿Bien?" balbucea Romero, con el rostro rojo y manchado. "¡Me está desplumando, joder! Te digo que tiene un as bajo la manga o algo así."

Lou sonríe inocentemente. "Tal vez no eres muy bueno en el póker, señor Romero."

No puedo evitar reírme de esta escena: Romero, mi duro ejecutor, ha sido miserablemente derrotado por una niña de nueve años. Fee se une a mí, olvidando momentáneamente la angustia de antes.

"Muy bien, Lou", dice Fee, aún riéndose. "Creo que es hora de dejar que el señor Romero conserve lo que queda de su dignidad. Y de su sueldo."

Mientras Lou empieza a recoger sus ganancias, Romero se recuesta en la silla, sacudiendo la cabeza incrédulo. "No sé si estar impresionado o aterrorizado", murmura.

Zip le da una palmada en el hombro. "Ambas están bien, amigo mío. Ambas están bien."

~

LA MAÑANA DESPUÉS, Zip llega a mi casa para acompañar a Lou a la escuela. Mientras se preparan para irse, Lou pregunta: "Mami, ¿por qué no puedes llevarme tú?"

Fee suspira y se arrodilla al nivel de Lou. "Lo siento, cariño. Tengo que ir a Perfezione para hablar con el agente de seguros."

Zip se ríe, despeinando el cabello de Lou. "¿Cuál es el problema, traviesa? ¿No te gusta que te vean en compañía de este viejo?"

Lou parece indignada por un momento, antes de que su rostro se ilumine por una repentina inspiración. Se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos y suplicantes. "¿Puedes venir tú también, Angelo? ¡Por favor!"

Me sorprende su petición, pero es difícil resistirse a esos ojos de cachorro. "Bueno, supongo que podría..."

"¡Ah!" se ríe Zip. "Mira nada más. El gran Don Pirelli, cediendo ante las súplicas de una niña."

Le lanzo una mirada de falso reproche antes de dirigirme a Fee. "Deberías llevar a Marco

contigo, para que pueda protegerte."

Fee niega con la cabeza con decisión. "No, puedo manejarlo sola."

Mientras Lou corre a buscar su mochila, Fee baja la voz. "Ya no estoy preocupada de que Jonah pueda hacerme daño. No ahora que he aceptado la prueba de ADN."

El rostro de Zip pierde repentinamente el color. "¿La prueba de ADN? Fee, ¿en qué estabas pensando?"

Los ojos de Fee centellean. "Pensaba en el hecho de que me estaba acosando, nonno. ¿Qué otra opción tenía?"

Intervengo, poniendo una mano tranquilizadora en el hombro de Zip. "Todo está bien, Zip. Mi abogado se está encargando de ello. Se asegurará de que Jonah no se acerque a tus chicas."

Zip no parece del todo convencido, pero cede de todos modos. "Está bien, pero debemos ser cuidadosos. Este Jonah..."

"Lo haremos," le aseguro. "Te lo prometo."

"¡Estoy lista!" Grita Lou, corriendo de regreso a la habitación con su mochila. Fee le da a Lou un rápido abrazo y un beso antes de salir.

Caminando por la calle con Lou en el medio y Marco detrás de nosotros, con su pequeña mano en la mía, no puedo evitar sentir que todo es tan correcto. Es como si me hubiera topado con una vida que no sabía que quería, y sin embargo ahora no puedo imaginarme sin ella.

Mientras nos acercamos a la escuela, un alboroto llama nuestra atención. Un niño más grande está empujando a un niño más pequeño contra la reja, burlándose de él en voz alta.

Sin dudarlo, Lou nos suelta las manos y se dirige hacia la escena. "¡Oye!" grita, con una voz sorprendentemente autoritaria para una niña de nueve años. "¡Déjalo en paz!"

El matón se gira, sonriendo despectivamente hacia Lou. "Métete en tus propios asuntos, mocosa."

Lou se mantiene firme, deteniéndose con las manos en las caderas y un ceño en el rostro. "Dije que lo dejaras en paz."

El matón se ríe y le da a Lou un empujón brusco, haciéndola tambalear hacia atrás. "¿Qué vas a hacer?"

Ese pequeño *cabrón*. Empiezo a dar un paso adelante, pero antes de que pueda moverme realmente, Zip me pone una mano en el brazo.

"Espera," murmura, "mira."

Lou se endereza, con una expresión decidida en el rostro. "Créeme, no quieres meterte conmigo," dice con calma.

El matón resopla. "¿Ah, sí? ¿Y por qué?"

Lou hace un gesto con el pulgar por encima del hombro, señalándome. "Porque ese es Don Pirelli, y no le gusta cuando la gente se mete con su familia."

Los ojos del matón se agrandan y me mira, reconociéndome. Su rostro se contrae de miedo. Claramente, mi reputación en el vecindario me precede.

"Lo... lo siento," balbucea, alejándose tanto de Lou como del niño al que estaba maltratando. "No volverá a suceder."

Mientras el matón se va, Lou se dirige al otro niño. "¿Estás bien?" le pregunta amablemente.

El niño asiente, mirando a Lou con una mezcla de gratitud y asombro. "Gracias," murmura.

Lou se encoge de hombros, con una ligera sonrisa en el rostro. "No hay problema. Los amigos están para eso."

Cuando Lou se reincorpora a nosotros, veo que los otros niños la miran con un nuevo respeto. Zip se ríe a mi lado.

“Bueno,” dice, “parece que Lou ha encontrado una nueva forma de manejar a los matones.”

Asiento, todavía procesando lo que acaba de suceder. Maldita sea, esta niña es impresionante. “Es realmente increíble, ¿verdad?”

Zip me da una palmada en el hombro. “Lo es. Y parece que también le tienes mucho cariño, Don Pirelli.”

Mientras despedimos a Lou y la vemos entrar a la escuela con la cabeza en alto, no puedo evitar sentir un profundo afecto. Esta niña valiente y amable se ha ganado un lugar en mi corazón, al igual que su madre.

De regreso a casa con Zip, me doy cuenta de que mi vida ha cambiado irreversiblemente. Y no lo cambiaría por nada del mundo.

Una vez que llegamos, me dirijo de inmediato a Marco. “Necesito ver a Genesis. Se me ocurrió una idea.”

Entro en el estudio de Genesis con la determinación escrita en el rostro. Ella me mira desde detrás de su caballete y arquea una ceja.

“Déjame adivinar, has venido a pedirme un favor que probablemente nos matará a ambos,” dice con sequedad. Hace un gesto hacia Marco. “Hola, Marco. Me alegra ver que Angelo te está arrastrando a otro plan descabellado.”

No puedo evitar sonreír. “Me conoces tan bien.”

“Suelta el rollo, Pirelli,” dice ella, cruzando sus brazos tatuados.

“Necesito billetes falsos. De excelente calidad.”

Genesis emite un silbido bajo. “Vaya, no eres de los que hacen las cosas a medias, ¿eh? ¿Y luego qué más quieres, que falsifique la Mona Lisa?”

“¿Puedes hacerlo o no?” Insisto.

Me mira fijamente con una mirada dura. “Claro que puedo hacerlo, imbécil. La pregunta es: ¿debería? No se trata solo de jugar con fuego, Angelo. Es como hacer malabares con nitroglicerina mientras bailas sobre una cuerda floja.”

Sostengo su mirada con firmeza. “Es por Fee y Lou. Necesito conseguir el dinero para comprar el edificio de Gino.”

La expresión de Genesis se suaviza un poco. “Ah, el dúmico dúo. Te has enamorado perdidamente, ¿verdad?”

Ignoro la pregunta. “¿Me ayudarás?”

Ella suspira dramáticamente. “De acuerdo. Pero cuando todo esto nos estalle en la cara, me reservo el derecho de decir 'te lo dije' mientras huimos de los federales.”

“De acuerdo,” concuerdo. Siento un gran alivio.

Genesis se cruje los nudillos. “Bien, es hora de cometer algunos delitos de alto nivel. Un día cualquiera, ¿no?”

SOFIA

Siento el corazón pesado mientras me acerco a Perfezione, los daños del incendio son visibles desde el final de la calle. Ver mi tienda tan dañada me destroza el alma.

Un hombre de cabello rojo, alrededor de los treinta, con traje elegante, me espera afuera con una carpeta en la mano. Debe ser el agente de seguros.

“Hola, soy Sofia Saldano,” me presento, extendiéndole la mano.

Él la toma y la sostiene un poco demasiado tiempo mientras su mirada recorre mi cuerpo. “James Porter. Un placer conocerla, señorita Saldano. Aunque desearía que fuera en mejores circunstancias.”

Retiro la mano, forzando una sonrisa educada. “¿Entramos?”

Una vez dentro, el olor a humo y material carbonizado invade mis sentidos. James emite un leve silbido. “Hay un buen desastre aquí. Pero no se preocupe, estoy seguro de que podemos... encontrar una solución.”

La forma en que lo dice me eriza la piel, pero lo ignoro. “El incendio comenzó aquí,” le explico, guiándolo hacia el agujero en la ventana donde es evidente que alguien arrojó el iniciador.

James me sigue de cerca, pero sus ojos se posan en mí en lugar de en los daños. “Entiendo. ¿Y estabas aquí cuando sucedió? Debió haber sido... caliente.”

Aprieto los dientes. “No, no estaba. Era de madrugada. ¿Podemos concentrarnos en la evaluación, por favor?”

“Claro, claro,” dice, anotando algo. “Entonces, háble me de su propiedad y de sus... cualidades.”

Tomo una respiración profunda, recordándome mantenerme profesional. Si lo enfado, podría rechazar mi solicitud. “El inventario de la tienda se destruyó en gran parte. Teníamos vestidos a medida y muchas telas vintage.”

Por suerte, solo se dañó la parte frontal de la tienda. La pequeña cocina, el área de lavado en seco y la biblioteca quedaron intactas.

James asiente y se acerca más. “¿Vintage, eh? Apuesto a que te ves estupenda con ropa vintage. O sin ella.”

Basta. Ya es suficiente. Me giro hacia él, con voz helada. “Señor Porter, le agradecería que mantuviera un tono estrictamente profesional. Estoy aquí para presentar una reclamación de seguro, no para ser acosada.”

Tiene la decencia de parecer al menos un poco avergonzado. “Mis disculpas, señorita Saldano. No quería ofenderla.”

“No hay problema,” miento. “Ahora, por favor, ¿podemos continuar?”

El resto de la inspección transcurre con más tranquilidad, aunque siento los ojos de James sobre mí todo el tiempo, pero lo ignoro. No tengo tiempo para ocuparme de él.

Ya es bastante difícil lidiar con los daños causados por el incendio sin tener que rechazar avances no deseados.

Miro alrededor de la tienda y todos mis recuerdos vuelven a mí. El primer vestido que hice. Lou dando sus primeros pasos justo allí. Zip enseñándome a usar sus viejas tijeras.

Las lágrimas me pican los ojos, pero las aparto. No puedo derrumbarme ahora. Hay demasiado en juego.

Mientras empiezo a limpiar lo que puedo, mi mente vaga hacia Angelo. Su fuerza, su bondad, la forma en que me mira como si fuera algo valioso. Por un momento, me permito imaginar un futuro en el que estamos juntos, en el que Lou y yo estamos seguras y felices.

Pero luego la realidad vuelve a imponerse. Las amenazas de Gino. La repentina reaparición de Jonah. La montaña de deudas que pesa sobre mí.

Sacudo la cabeza, obligándome a concentrarme en la tarea en cuestión. *Un paso a la vez, Fee. Así es como lo superaremos.*

Mientras trabajo, rezo en silencio para que el abogado de Angelo encuentre algo, cualquier cosa que nos ayude a mantener a Jonah a raya. Y que de alguna manera encontremos una manera de tratar con Gino.

Estoy terminando de doblar cuidadosamente algunas de las prendas menos dañadas cuando James emerge del almacén.

“Aquí está,” me dice, entregándome una pila de formularios. “Rellene estos y envíelos antes de que termine la semana. Procesaremos su solicitud lo más rápido posible.”

“Gracias, señor Porter,” respondo, aliviada de que esta pesadilla esté casi terminada. “Se los haré llegar esta noche.”

El timbre sobre la puerta suena y levanto la vista instintivamente. Mi corazón se hunde al ver a Jonah de pie en la puerta, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

“Bueno, bueno,” dice. “Es un placer encontrarte aquí, Sofia.”

Me enderezo, tratando de mantener la voz firme. “¿Qué quieres, Jonah?”

Él entra, con los ojos brillando de triunfo. “Oh, pensé que te interesaría saberlo. He recibido los resultados del ADN. Lou es mía.”

Siento que el mundo se derrumba a mi alrededor. “¿Qué? ¿Cómo... cómo conseguiste el ADN de Lou?”

La sonrisa de Jonah se ensancha. “Cuando la vi en la escuela, logré tomar algunos cabellos de su coleta antes de que se escapara. Fue fácil.”

La rabia hierve dentro de mí y mis manos se cierran en puños. *Quisiera matarlo, maldita sea*. “No tenías derecho a...”

“¡Tenía todo el derecho!” Jonah estalla, su humor cambia repentinamente. “¡Es mi hija! ¡Mía!”

James mira entre los dos, claramente incómodo. “¿Debería...?”

“Quédese,” ordeno, sin apartar los ojos de Jonah. Necesito un testigo, en caso de que Jonah intente agravar la situación.

Me dirijo a él. “Esto no cambia nada. No te acercarás a Lou sin una orden judicial.”

El rostro de Jonah se contorsiona de rabia. “No puedes mantenerla alejada de mí. ¡Soy su padre!”

“¿Padre?” Me burlo, sacudiendo la cabeza. “No eres más que un donante de esperma y un violador. Lou ya tiene una familia.”

“No, no, no,” murmura Jonah, comenzando a caminar alrededor. “No entiendes. La necesito. Es mía. Sangre de mi sangre.”

Hay algo raro en él. Sus ojos están demasiado brillantes, sus movimientos erráticos. Se me erizan los pelos de la nuca.

“Jonah,” digo con cautela. “¿Estás... bien?”

Se gira hacia mí. “¿Si estoy bien? ¡Maravillosamente! Soy un padre. ¡Un padre, Sofia! ¡¿Has escuchado, mundo?! ¡Soy un padre!”

Ahora está gritando, su voz resuena en la tienda dañada. James se acerca a la puerta.

“Jonah, debes calmarte,” intento, pero no me escucha.

“¿Calmarme? ¡Cómo puedo estar calmado? Mi hija está allá afuera y ni siquiera me conoce. Pero lo hará. Oh, pronto lo hará.”

Un escalofrío recorre mi espalda ante sus palabras. “¿Qué significa eso?”

Los ojos de Jonah se clavan en los míos, con un brillo maniaco. “Significa que tomaré lo que es mío, Sofia. No puedes detenerme. Nadie puede hacerlo.”

El pánico me invade, el corazón me late tan fuerte que lo siento en la garganta. “¡Si intentas llevarte a mi hija, te mataré!” grito, todo mi cuerpo tiembla de rabia y miedo.

James nos mira con los ojos muy abiertos y asustados mientras intenta abrir la puerta. “¿Debería irme, dejarlos hablar...?”

Jonah se lanza hacia él, con el rostro retorcido de furia. “¿A dónde crees que vas? ¿Quieres a Sofia para ti, verdad? ¿Quieres ser el papá de mi hija?”

“¿Qué? No, amigo, solo soy el agente de seguros,” balbucea James, el rostro pálido de miedo.

“¡Mentiroso!” Jonah ruge y se lanza sobre James con una velocidad inesperada.

Me apresuro a tomar el teléfono, marcando el 911 con dedos temblorosos. “Por favor, vengan rápido a Perfezione. Hay un hombre aquí, es peligroso...” Solo alcanzo a decir esas palabras antes de que el teléfono me sea arrebatado.

Entre Jonah y James estalla una pelea violenta. Los estantes caen al suelo, las telas se desgarran y el aire se llena de gruñidos y jadeos desesperados. Alzo la vista justo a tiempo para ver a Jonah sacar un cuchillo de su chaqueta.

“¡No!” grito, pero es demasiado tarde. Jonah hunde el arma en James repetidamente, haciendo que la sangre salpique el suelo y las telas cercanas.

Miro horrorizada, congelada en el lugar, mientras James se desploma. Sus ojos se cruzan con los míos por un breve momento, llenos de dolor y confusión, antes de nublarse.

Jonah, con los ojos llenos de furia salvaje y manchas de sangre en el cuerpo, me mira por una fracción de segundo. Su pecho jadea por el esfuerzo y en su mirada hay un vacío aterrador.

Luego, sin decir palabra, sale corriendo por la puerta, con el timbre sonando al cerrarse tras él.

Mientras las sirenas resuenan a lo lejos, me apresuro al lado de James, mis manos se posan inútilmente sobre su cuerpo ensangrentado. “¿James? ¿James, me escuchas?” Imploro, pero no hay respuesta.

La realidad de lo que acaba de suceder me golpea con olas de conmoción y terror. El olor de la sangre se mezcla con el persistente olor a humo del incendio, creando un cóctel nauseabundo que amenaza con sobrepasarme.

Me obligo a respirar profundamente, tratando de pensar con claridad a pesar del pánico. Jonah se ha ido, pero la amenaza de lo que podría hacer después está latente. Debo advertir a Angelo. Debemos proteger a Lou.

Con manos temblorosas, recupero el teléfono de donde cayó. Hay una grieta en la pantalla, pero aún funciona. Marco el número de Angelo, rezando para que responda.

"¿Fee?" Me responde con voz teñida de preocupación. "¿Qué pasa?"

"Angelo," intento decir, pero la voz se me quiebra. Mi pecho se llena de sollozos irregulares mientras miro la figura inmóvil de James. "Es Jonah. Él... estuvo aquí. Mató a alguien. Viene por Lou."

Dios mío. Acabo de ver a alguien ser *asesinado*.

Estoy a punto de vomitar.

Del otro lado escucho la respiración entrecortada de Angelo. "¿Dónde estás ahora? ¿Estás segura?"

"Estoy en Perfezione," digo casi histérica. "La policía viene, pero Angelo... tengo miedo. ¿Y si llega a Lou antes que nosotros?"

"Escúchame, Fee." La voz de Angelo es calma pero urgente. "Estoy en camino. Llamo a la escuela y hago que pongan a Lou en aislamiento. Nadie se le acercará, te lo prometo."

Cuando escucho las sirenas acercándose, asiento, aunque Angelo no pueda verme. "Está bien. Está bien. Por favor, date prisa."

"Lo haré. Quédate donde estás. No vayas a buscarlo sola, Fee. Prométemelo."

"Lo prometo," susurro, aunque cada instinto me grita que corra hacia mi niña.

Cuando cuelgo la llamada, miro alrededor de la tienda. El lugar que había sido mi refugio, mi sustento, ahora es una escena del crimen. El cuerpo de James yace inmóvil en el suelo, recordándome cuán rápidamente las cosas pueden torcerse.

Cuando el primer coche de la policía se detiene afuera, me recompongo. Jonah está afuera, inestable y peligroso. Y que me condene si dejo que se acerque a nuestra hija.

A cualquier costo, mantendremos a Lou segura. Aunque eso signifique tener que enfrentarnos a un asesino.

ANGELO

En el momento en que Fee cuelga el teléfono, la rabia me inunda como lava fundida. Le había dicho que llevara a Marco con ella. Se lo dije, maldita sea, y ella se negó a hacerlo. Y ahora mira lo que ha pasado.

Con un rugido de frustración, golpeo la pared más cercana. El dolor explota en mis nudillos, pero apenas lo percibo a través de la niebla de la rabia y el miedo.

Genesis levanta una ceja, con manchas de pintura en la frente. "¿Te hizo sentir más hombre?" pregunta secamente.

Me abalanzo hacia ella, gruñendo: "No ahora, Genesis. No es momento para tu maldito sarcasmo. ¡Jonah mató a alguien frente a Fee y amenazó con llevarse a Lou!"

Levanta las manos en señal de falsa rendición, pero puedo ver la preocupación en sus ojos. Me conoce lo suficiente como para saber cuándo estoy realmente alterado.

"¡Marco!" grito, ya dirigiéndome hacia la puerta. "Tenemos que irnos de aquí. Ahora."

Marco aparece al instante, con las llaves en la mano. "¿Adónde, jefe?"

"Perfezione," digo de inmediato, abriendo la puerta del auto. "Lo más rápido posible."

Mientras aceleramos por las calles de Nueva York, Marco probablemente rompe todas las leyes de exceso de velocidad. Pero no me importa. Los Pirelli tienen a la mitad de la policía de Nueva York en el bolsillo.

Mi mente corre más rápido que el coche, imaginando todos los peores escenarios. Fee, herida o peor. Jonah alcanzando a Lou antes de que podamos detenerlo. El solo pensamiento hace que mi sangre hierva en mis venas.

"Más rápido," gruño, aunque sé que Marco ya está superando los límites de lo posible en el tráfico de la ciudad.

Llamo a Romero y lo pongo en altavoz. "Ve a la escuela de Lou. Ahora mismo. Que nadie se acerque a ella, ¿entendido? *Nadie*."

"Enseguida, jefe," responde Romero, sin hacer preguntas. Por eso confío en él con mi vida y ahora con la de Lou.

Mi corazón casi se detiene cuando frenamos frente a Perfezione. Los coches de policía rodean el lugar, sus luces tiñen la calle de rojo y azul alternadamente. Por un momento, me quedo paralizado por el miedo de lo que podría encontrar dentro.

Pero entonces la veo. Fee, envuelta en una manta metálica, está hablando con un detective. Está pálida y temblorosa, pero viva. El alivio que me inunda es tan intenso que casi duele.

Salgo del coche antes de que Marco pueda detenerse por completo, pasando entre los agentes para llegar hasta ella. "¡Fee!"

Se gira al escuchar mi voz y la expresión en sus ojos, una mezcla de alivio, miedo y algo más

que no puedo nombrar, casi me hace caer de rodillas.

"Angelo," susurra, y luego está en mis brazos, temblando como una hoja en una tormenta.

La sostengo con fuerza, con una mano rodeando su nuca. "Estoy aquí," le murmuro entre el cabello. "Ahora estás a salvo. Estoy aquí."

Jonah pagará por esto. También Gino, y cualquiera más que ose amenazar lo que es mío.

Porque eso es lo que Fee y Lou son ahora. Mías y para proteger. Para cuidar.

Y que Dios ayude a quien intente arrebatármelas.

El cuerpo de Fee tiembla, sacudido por los sollozos, y se aferra a mí. Por encima de su cabeza, observo con tristeza una camilla cubierta que está siendo sacada de Perfezione. Marco se persigna, murmurando una oración.

Un agente de policía se acerca a nosotros. "¿Señor Pirelli? Soy el detective Ramírez. Nos gustaría hacer algunas preguntas más a la señorita Saldano."

Niego con la cabeza. "No ahora. Ya ha pasado suficiente. Pueden contactar a su abogado para cualquier otra pregunta."

El detective parece querer discutir, pero cambia de opinión. "Muy bien. Nos mantendremos en contacto."

Con delicadeza, guío a Sofia hacia Marco. "Llévala al coche," le digo. "Necesito hacer una llamada."

Mientras Marco se lleva a Sofia, saco el teléfono y marco un número que rara vez uso.

"¿Valentino? Soy Angelo. Necesito un favor."

Escucho la voz ronca de Don Valentino Barrone. "Debe ser algo serio si me llamas, Pirelli. ¿Qué necesitas?"

"Todo lo que puedas encontrar sobre un tipo llamado Jonah Ansel. Es peligroso y está buscando a alguien a quien quiero."

Por un momento, el silencio cae entre nosotros, luego Valentino baja la voz. "¿Esto tiene algo que ver con el incidente en Perfezione?"

Aprieto la mandíbula. "¿Ya lo has oído?"

"Las noticias viajan rápido en nuestro mundo, Angelo. Lo sabes." Suspira profundamente. "Está bien, veré qué puedo averiguar. Pero me debes un favor."

"Hecho," acepto sin vacilar. "¿Cuánto tiempo necesitas para darme información?"

"Dame una hora. Reúnete con Cecilia en el lugar de siempre. Tendrá lo que necesitas."

Asiento, aunque él no pueda verme. "Gracias, Valentino. Lo aprecio mucho."

"No me agradezcas todavía," me advierte. "Y Angelo, ten cuidado. Ese Jonah parece una presencia siniestra."

"Lo haré," le aseguro antes de colgar.

Me vuelvo hacia el coche donde Sofia está sentada, con el rostro pálido y marcado por las lágrimas. Mi corazón se encoge al verla así. He enfrentado a Famiglias rivales, policías corruptos y empresarios despiadados, pero ver a Fee de esa manera... me destroza.

Cuando me siento en el asiento trasero junto a ella, me mira con los ojos enrojecidos. "¿Y ahora?" Susurra.

Le tomo la mano, apretándola suavemente. "Ahora luchamos. Tengo a alguien que está reuniendo información sobre Jonah. No se acercará a Lou."

Asiente, apoyando la cabeza en mi hombro. Le rodeo los hombros con un brazo y la estrecho contra mí.

"Marco," digo al asiento delantero. "Llévanos a casa. Tenemos una hora antes de tener que movernos otra vez."

No puedo evitar mirar la tienda mientras nos alejamos de Perfezione. El lugar que significaba tanto para Fee, ahora es una escena del crimen.

Lo lograremos, me digo. Reconstruiremos todo. ¿Y Jonah? Lamentará el día en que puso un pie en nuestras vidas.

Porque ahora es algo personal. Y cuando es personal, nada puede detenerme.



UNA HORA DESPUÉS, Marco se detiene frente a una casa anodina de Brooklyn. La pintura desconchada y los arbustos demasiado crecidos la hacen parecer una de tantas propiedades descuidadas típicas de la zona. Yo, sin embargo, sé que no es así. Esta es una de las muchas casas seguras de la Famiglia Barrone, un lugar donde se llevan a cabo negocios demasiado delicados para estar al alcance de ojos indiscretos.

Fee me mira con aire interrogante cuando bajamos del auto. "¿Qué es este lugar?"

"Un lugar donde podemos encontrar respuestas," respondo, guiándola por los escalones desgastados. Marco toma posición afuera, siempre vigilante y alerta.

Dentro, el contraste es marcado. Alfombras suaves amortiguan nuestros pasos y obras de arte de excelente gusto adornan las paredes. Nos conducen a un estudio en la parte trasera de la casa, donde nos espera Cecilia Barrone, la hermanastra de Valentino.

Cecilia es una contradicción única. Su traje a medida le da un evidente aspecto de tiburón de las finanzas, pero al mismo tiempo, los tatuajes vivos que sobresalen de su cuello dejan entrever un lado más salvaje. Sus agudos ojos verdes nos evalúan atentamente mientras entramos, con una ligera sonrisa que se curva en sus labios.

"Angelo," me saluda, volviéndose luego hacia Fee. "Y tú debes ser Sofia Saldano. He oído... cosas interesantes sobre ti y tu madre."

Fee se irrita ligeramente, así que trato de tranquilizarla poniendo una mano en su espalda. "¿Qué tienes para nosotros, Cecilia?"

La sonrisa de Cecilia se desvanece cuando abre un grueso expediente sobre el escritorio. "Jonah Ansel. 29 años. Y déjenme decirles, este tipo es un verdadero pedazo de mierda."

Esparce varios documentos sobre la mesa. "Estuvo casado, pero su esposa, Sarah, se está escondiendo de él. Presentó declaraciones en vídeo para el divorcio, ya que se niega a asistir al juicio en persona."

Fee da un respingo, sofocando un leve grito. Le aprieto la mano para tranquilizarla mientras Cecilia sigue hablando.

"Al parecer, Jonah estaba obsesionado con tener hijos. Cuando no lograron concebir, empezó a... fijarse en los hijos de otros."

Aprieto la mandíbula. "¿Qué quieres decir con *fijarse*?"

Los ojos verdes y felinos de Cecilia se encuentran con los míos, con una mirada dura y seria. "Hubo un incidente en un parque. Jonah comenzó a acosar a una niñera y al niño que cuidaba. Su esposa finalmente logró disuadirlo y hacer que desistiera, pero para ella fue la gota que colmó el vaso. Pidió el divorcio y al día siguiente desapareció."

Siento a Fee a mi lado empezar a temblar. "Oh, Dios," susurra. "Y ahora está tras Lou..."

Cecilia asiente, con una expresión sombría. "La situación es aún peor de lo que parece. A Jonah le diagnosticaron un trastorno bipolar tipo uno, con rasgos psicóticos. Ha dejado de tomar sus medicamentos desde hace al menos seis meses."

"Dios mío," murmuro. "No me sorprende que esté tan inestable."

“Hay más, lamentablemente,” dice Cecilia, sacando otro documento. “Ha hecho varios intentos de adopción, todos rechazados debido a su historial clínico de salud mental. El descubrimiento de la existencia de Lou...”

“Ha desencadenado una crisis psicótica,” concluyo, mientras todas las piezas del rompecabezas finalmente encajan.

Cecilia asiente. “Exactamente. Es peligroso, Angelo. Impredecible. Y ahora que ha matado...”

Cierro la carpeta con los documentos, mi mente es un torbellino de pensamientos. “Gracias, Cecilia. Esto me ha sido de gran ayuda. Y, por favor, transmite mis agradecimientos también a Don Barrone.”

“Por supuesto,” responde Cecilia con desparpajo, su cabello rojo y brillante reflejando la luz de la habitación. “Espero que esta información pueda serles útil. Una orden de restricción podría ser un buen comienzo para frenar a Jonah.”

El teléfono de Fee suena, rompiendo la tensión. Mira la pantalla y frunce el ceño. “Es el nonno. Tengo que contestar,” dice, saliendo de la habitación.

Tan pronto como la puerta se cierra tras ella, el comportamiento de Cecilia cambia sutilmente. Sus ojos, agudos y calculadores, se fijan en los míos.

“Sabes, Angelo,” empieza a decir, con voz engañosamente despreocupada, “encuentro interesante la rapidez con la que aceptaste ofrecer un favor a los Barrone. No es propio de los Pirelli. Suele seris tan... tacaños con las deudas.”

Me inclino hacia adelante, poniendo inmediatamente la guardia en alto. “¿Qué estás insinuando exactamente, Cecilia?”

Ella se encoge de hombros, una imagen de inocencia. “Oh, nada. Nada en absoluto.” Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa. “Solo espero que seas capaz de cumplir la promesa cuando los Barrone te pidan el favor de vuelta.”

La amenaza no dicha queda suspendida en el aire entre nosotros. Sé que Valentino tiene la sartén por el mango y, por la expresión satisfecha de Cecilia, ella también lo sabe. Me irrita, pero me obligo a mantenerme compuesto. Hice lo que tenía que hacer para proteger a Fee y a Lou.

“Un Pirelli siempre paga sus deudas,” digo con voz plana, sosteniendo su mirada.

“Bueno saberlo,” dice Cecilia, con voz baja como el ronroneo de un gato, justo cuando la puerta se abre y Fee regresa.

La actitud de Cecilia cambia de nuevo, llena de calidez y hospitalidad. “Bien, ¿los acompaño a la salida?”

Cuando llegamos a la puerta principal, Cecilia se dirige a Fee. “Buena suerte con todo, Sofia. Con Jonah y...” Sus ojos parpadean rápidamente hacia mí. “Y con Gino.”

Fee se pone tensa junto a mí al mencionar a nuestro enemigo. Caminamos hacia el coche, y sin embargo, no puedo deshacerme de la sensación de que acabo de hacer un trato con el diablo.

Que se joda. Lo haría de nuevo sin pensarlo dos veces.

“¿A dónde quieres ir ahora, jefe?” pregunta Marco.

“A ver a Genesis,” respondo. “Necesitamos encontrar una solución al problema de Gino.”

Fee me mira con curiosidad. “¿Qué tipo de solución?”

“Esperemos a llegar allí. Quiero que conozcas primero a Genesis.”

Cuando llegamos al estudio, los ojos de Fee se agrandan mientras observa el ambiente ecléctico y excéntrico.

“Así que este es el rostro que hizo armar a ejércitos enteros,” dice Genesis acercándose a nosotros y limpiándose la pintura con la mano en los pantalones. “Puedo entender por qué. Eres

hermosa."

Pongo los ojos en blanco mientras Fee frunce el ceño, confundida. "¿Una cita de la poesía de Marlowe, Genesis? ¿En serio?"

Genesis se encoge de hombros. "Es lo primero que me vino a la mente. Demándame." Extiende la mano hacia Fee. "Genesis Alvarez. Un placer conocerte. He oído mucho sobre ti."

Fee parece impresionada y un poco intimidada. Genesis, después de todo, es una presencia imponente, con su cabeza rapada y los tatuajes intrincados que cubren sus cicatrices de quemaduras. "¿Todo bien, espero?"

Genesis se ríe. "Oh, cielo, no tienes idea de *cuánto*."

Marco contiene una risa y se gira para mirar con falso interés algo en la pared cuando nota que me vuelvo hacia él para lanzarle una mirada.

"Entonces, ¿qué te trae por aquí, Angelo?" pregunta Genesis, sentándose en un taburete cercano y observándonos con vivo interés. "Saliste disparado como un murciélago del infierno para salvar a nuestra Helena de Troya italiana."

Fee se sonroja.

"No tuvimos oportunidad de terminar nuestra conversación sobre el dinero falso," respondo. "Tengo una idea, pero quiero tu opinión."

"Espera, ¿qué quieres decir con dinero falso?" Fee se lanza hacia mí, con el rostro pálido.

Le explico mi plan: imprimir diez mil dólares en billetes falsos, usarlos para comprar bienes robados y luego revenderlos por dinero real. Es arriesgado, pero podría darnos el dinero que necesitamos rápidamente.

Para mi sorpresa, Fee niega con la cabeza. "Aprecio el pensamiento, Angelo, pero no puedo hacerlo. No quiero estafar a nadie, ni siquiera para pagar a Gino."

Genesis levanta una ceja. "La chica tiene principios. Es algo refrescante en este mundo. Me gusta, Angelo. Podría enseñar un par de cosas también a Romero."

Fee se muerde el labio, reflexionando. "Pero me has dado una idea. ¿Y si organizamos una fiesta para la reapertura de Perfezione? Invitemos a todos mis clientes más adinerados y clientes potenciales, y podríamos organizar una subasta y pedirles que donen algo. Podría ofrecer servicios gratuitos a cambio de sus donaciones."

Lo pienso por un momento. Es menos arriesgado, más legal y aprovecha los puntos fuertes de Fee.

"Podría funcionar. Deberíamos hacerlo un evento imperdible."

Genesis asiente con entusiasmo. "Me gusta. Es elegante, es inteligente y te mantiene las manos limpias. Bueno, dentro de lo posible," añade con una sonrisa en mi dirección. Se inclina hacia nosotros. "¿Qué opinas, Marco?"

Marco levanta el pulgar.

Los ojos de Fee se iluminan. "Podríamos organizar la fiesta con el tema de la reconstrucción y el nuevo comienzo. Aprovechar el aspecto comunitario. A estas personas les gusta sentir que están haciendo algo bueno mientras gastan dinero."

Me encuentro sonriendo. Esta es la Fee que conozco: ingeniosa, decidida, brillante. "Cuenta conmigo. Donaré uno de mis autos clásicos para la subasta."

Genesis abre la boca y Fee parece sorprendida. "Vaya, Pirelli. Esos autos son como hijos para ti."

Tomo la mano de Fee y la aprieto suavemente. "Tú y Lou son más importantes que cualquier coche."

Genesis finge tener arcadas. "Son repugnantemente adorables. Pero yo también estoy dentro.

Donaré algunas obras de arte. Mis trabajos se están volviendo bastante populares últimamente.”

Joder, me cuesta creerlo. Este plan podría realmente funcionar. Y sobre todo, viendo a Fee animarse con entusiasmo, vuelve a resonar en mi mente la razón por la que me enamoré de ella.

Pase lo que pase con Gino y con Jonah, lo enfrentaremos juntos. Y mirando a Fee, ahora, con los ojos brillantes de determinación, sé que saldremos victoriosos.

Porque eso es lo que hacen los Pirelli. Y lo sepa o no, Sofia Saldano ahora es definitivamente una Pirelli.

SOFIA

Me recuesto en el sofá de cuero de Angelo, con la mente dando vueltas a los eventos del día. La imagen de James apuñalado me cruza fugazmente la mente, provocándome un escalofrío. Pero luego pienso en el plan de la subasta y una pequeña llama de esperanza se enciende en mi pecho.

"Angelo," le digo, volteándome hacia él. "¿Qué te parece usar el dinero que sobre de la subasta para donarlo a la familia de James?"

Angelo levanta la mirada, sus ojos oscuros se estrechan. "¿Quién es James?"

"El agente de seguros. El que Jonah mató," consigo decir mientras las imágenes de Jonah apuñalando a James cruzan mi mente. Puede que haya sido un cretino inapropiado, pero no merecía morir.

Los ojos de Angelo se suavizan y se inclina para besarme dulcemente. "Es una idea excelente, Fee. Es considerada y generará más buena voluntad."

Mientras nos acomodamos para discutir los diferentes detalles, siento un sentido de determinación renacer en mí. "Bien, tenemos que hacer una lista de posibles donantes y participantes," empiezo.

Angelo asiente y saca una libreta. "Correcto. Puedo contactar a algunos de mis socios de negocios. Siempre están en busca de buenas oportunidades de relaciones públicas."

"Y yo contactaré a mis clientes de alto nivel," añado. "Quizá podríamos ofrecer como incentivo diseños exclusivos o piezas personalizadas."

Estamos en plena fase de planificación cuando la puerta principal se abre. Romero entra en la habitación, seguido de Lou. Mi corazón se hunde cuando veo el ojo morado que está empezando a formarse en el rostro de mi hija.

"¡Lucille!" Exclamo y me apresuro hacia ella. "¿Qué ha pasado?"

Lou baja la mirada, agitándose sobre sus pies. "No es nada, mamá. Estoy bien."

Romero se aclara la garganta. "Hubo un incidente después de la escuela. Ese matón de esta mañana... no tomó bien la lección que le dio Lou."

El rostro de Angelo se oscurece. "Cuéntanos qué pasó exactamente."

Lou suspira. "Después de que te fuiste esta mañana, todo iba bien. Pero luego, después de la escuela, Jake Thompson, el matón, nos arrinconó a mí y a otros chicos. Estaba diciendo cosas malas y empujando a todos. ¡No podía quedarme ahí sin hacer nada!"

El orgullo y la preocupación luchan dentro de mí. Lou tiene un fuerte sentido de la justicia.

"Ay, amor," murmuro, atrayéndola hacia mí.

"¿Y qué hiciste?" pregunta Angelo, con voz cuidadosamente neutral.

Lou levanta la mirada, con un toque de desafío en los ojos. "Le dije que se fuera. No le gustó,

así que intentó empujarme. Pero yo bloqueé su empujón y terminó cayéndose. Entonces se enfadó mucho y me golpeó."

Miro a Romero. "¿Y tú dónde estabas durante todo esto?"

Romero tiene la decencia de parecer al menos avergonzado. "No estaba allí, Fee. Cuando llegué, Lou ya había derribado al chico."

A pesar de todo, siento una oleada de orgullo. Mi niña defendiendo a sí misma y a los demás. Pero aún así...

"Lou," digo suavemente, "me siento orgullosa de ti por defenderte a ti misma y a los demás. Pero la violencia no siempre es la respuesta a todo. Tenemos que encontrar una mejor manera de tratar con los matones."

Angelo y Romero se intercambian una mirada antes de resoplar.

"Venga, Fee," dice Angelo. "A veces hay que demostrarles a los matones que no eres un objetivo fácil."

Romero asiente con entusiasmo. "¡Exactamente! Hay que golpearles donde duele." Hace un ademán de dar un puñetazo, sonriendo.

Le lanzo a Romero una mirada fulminante. "La violencia *no* siempre es la respuesta," repito, pronunciando cada palabra para darle una enseñanza adecuada a Lou.

Angelo niega con la cabeza. "Mira, Fee, entiendo tu punto de vista. Pero los matones se aprovechan de aquellos que perciben como débiles. Y Lou," dice, poniendo una mano en su hombro, "no es una débil, ¿verdad?"

Lou se endereza, con la barbilla en alto en señal de desafío. "No soy una débil," declara, con voz cargada de indignación.

"Claro que no lo eres," concuerda Angelo. "Eres una luchadora. Eres fuerte."

Suspiro, sintiéndome en minoría. "No me refería a eso, pequeña. Claro que no eres una débil. Solo que no quiero que te hagas daño o te metas en problemas."

"No se meterá en problemas," replica Angelo. "Me aseguraré de eso. Lou, muéstrame cómo das un puñetazo."

El rostro de Lou se contrae por la concentración mientras aprieta la mano. Sostiene el pequeño puño en alto, con orgullo, esperando a que sea inspeccionado por los dos hombres.

Angelo y Romero se acercan, examinándolo con una seriedad exagerada.

"Mmh," reflexiona Angelo, acariciándose la barbilla. "No está mal, nada mal."

Romero asiente. "Una técnica bastante buena para una principiante."

Lou se indigna. "¿Una *principiante*?"

Angelo toma con suavidad la pequeña mano de Lou. "Solo hay un pequeño ajuste que hacer. ¿Ves tu pulgar aquí?" Indica el lugar donde el pulgar de Lou está cerrado en el puño. "Si golpeas a alguien así, podrías romperte los dedos."

Los ojos de Lou se abren más. "¿De verdad?"

"Sí," interviene Romero. "Tienes que mantener el pulgar por fuera, entre los dedos. Así." Le hace una demostración con su mano.

Angelo guía el pulgar de Lou a la posición correcta. "Listo. Ahora tienes un puño sólido que no te hará daño cuando lo uses."

Gimo mientras Lou practica hacer puños, su rostro concentrado. "¿Así?"

"Perfecto," la felicita Angelo. "Ahora te mostraremos otras técnicas de defensa personal."

Observo con una mezcla de exasperación y admiración cómo Angelo y Romero empiezan a enseñar a Lou las técnicas de defensa personal. A pesar de mis reservas iniciales, no puedo evitar sentirme conmovida por la escena que se desarrolla ante mí.

Aunque no pueda estar de acuerdo con la afirmación de Romero y Angelo de que la violencia puede ser la respuesta, aprecio el hecho de que estén tratando de ayudar a mi hija, sobre todo porque ella es del tipo que no retrocede ante una pelea.

"Mira, Lou," dice Romero, adoptando una postura de combate. "Cuando alguien viene hacia ti, tienes que usar su impulso en su contra."

Angelo asiente y se adelanta. "Exactamente. Mira, Lou, déjame mostrarte. Romero, ven hacia mí como si quisieras empujarme."

Cuando Romero se lanza hacia adelante, Angelo se aparta con un movimiento fluido, aprovechando el impulso de Romero para pasar por encima de él. Los ojos de Lou se abren con interés.

"¿Ves?" le explica Angelo. "No tienes que ser más fuerte, solo más inteligente. Todo es cuestión de equilibrio y tiempo."

Lou asiente entusiasmada. "¿Puedo intentarlo?"

Romero tiene que irse poco después, pero durante la siguiente media hora observo a Angelo guiar pacientemente a Lou en varias maniobras defensivas. Le muestra cómo bloquear y desviar y, lamentablemente, a pesar de mis protestas, también le muestra cómo ejecutar un gancho correctamente.

"Recuerda," dice Angelo a Lou mientras le muestra dónde golpear a alguien. "Si te metes en problemas solo por defenderte, llámame. Yo me encargaré de todo."

"¡Angelo!" Grito, pero él me guiña un ojo.

"Pero recuerda golpear solo si es estrictamente necesario. Tu primera reacción siempre debería ser alejarte de manera segura. ¿Entendido?"

Lou asiente solemnemente, su anterior valentía reemplazada por una tranquila determinación. "Lo entiendo. Gracias, Angelo."

Me sorprende la naturalidad con la que Angelo se relaciona con Lou. Es paciente, alentador y lo suficientemente estricto para mantenerla concentrada. Es un lado de él que nunca había visto antes y que me hace hinchar el corazón de amor.

"Está bien, *chico duro*," intervengo. "Creo que la sesión de Fight Club ya es suficiente por hoy. ¿Qué les parece si ponemos hielo en el ojo y pedimos una pizza?"

El rostro de Lou se ilumina. "¿Podemos pedir una con doble queso?"

Angelo se ríe, revolviéndole el cabello. "Doble queso será. Te lo has ganado, mi Louisville Slugger."

Lou se alegra por el apodo mientras nos dirigimos a la cocina. La pequeña comienza a charlar entusiasmada sobre sus nuevas habilidades, y cruzo la mirada con Angelo. Hay una calidez, un sentido de pertenencia que nunca hubiera esperado encontrar. A pesar del caos del día y las amenazas persistentes que se ciernen sobre nosotros, un sentimiento de paz me invade.

Aquí está, es esto. Así es tener una familia.

Después de la cena, arropo a Lou, acariciando y peinando hacia atrás su cabello rubio, apartándolo de su frente. Ella me mira con los ojos abiertos y serios a la luz suave de la lámpara de noche.

"Mamá?" me pregunta, con voz débil. "¿Angelo será mi papá?"

Mi corazón se aprieta con la pregunta, una mezcla de esperanza y miedo gira dentro de mí. "Oh, pequeña," digo suavemente. "No puedo prometerlo. Pero lo que sé es que Angelo nos quiere mucho."

La frente de Lou se frunce ligeramente. "Nos mantiene seguras, como haría un papá."

Asiento, tragando con dificultad, sintiendo un nudo en la garganta. "Es así. Y sé que no

permitirá que nos pase nada malo."

"¿Ni siquiera que venga Jonah?" Lou susurra, con un toque de miedo en su voz.

Me inclino y le doy un beso en la frente. "Especialmente no Jonah. Angelo, Romero y muchas otras personas están trabajando duro para mantenernos a salvo."

Lou parece reflexionar por un momento. "¿Y qué pasa con Perfezione? ¿La perderemos?"

La inocencia de su pregunta, la preocupación infantil por nuestra tienda mezclada con preocupaciones tan adultas, casi me rompe el corazón. "Estamos haciendo todo lo posible por mantener Perfezione," la tranquilizo. "Trata de no preocuparte por eso, ¿sí?"

Ella asiente, con los párpados empezando a caer. "Está bien, mamá. Te quiero."

"Yo también te quiero, cariño. Más que a nada en el mundo."

Cuando cierro silenciosamente la puerta de Lou, casi me da un infarto del susto. Angelo está de pie justo fuera de la habitación, en el pasillo, con una expresión dulce en el rostro.

"Perdona," dice en voz baja. "Estaba subiendo a mi habitación y escuché."

Siento un rubor subiendo por mis mejillas. "¿Cuánto escuchaste?"

"Lo suficiente," dice acercándose. "Y realmente pienso lo que dije antes. No dejaré que Jonah o Gino se acerquen a ti o a Lou. Las dos son... importantes para mí."

La sinceridad en su voz hace que mi corazón se acelere. "Gracias, Angelo. Por todo."

Extiende la mano y me oculta delicadamente un mechón de cabello detrás de la oreja. "No tienes que darme las gracias. Me importan ustedes dos."

Me apoyo en su toque, repentinamente abrumada por los eventos del día. "Será difícil volver a dormir en el sofá cama."

Los ojos de Angelo se suavizan. "Tú y Lou podrán quedarse aquí hasta que compremos el edificio y lo reformemos. Les daremos a ambas un lugar cómodo donde vivir, no solo un dormitorio estrecho. Pueden quedarse el tiempo que quieran."

Mi garganta se cierra, abrumada por su generosidad. En toda mi vida, el único hombre que realmente se ha preocupado por mí ha sido Zip. Nunca conocí a mi padre, y los otros hombres de mi vida... bueno, no han sido gran cosa.

Angelo, en cambio... nos está ofreciendo un hogar, seguridad y comodidad. Es más de lo que jamás había osado esperar.

"Angelo, yo..." Empiezo, pero no consigo encontrar las palabras. ¿Cómo puedo expresar lo que significa para mí?

En lugar de hablar, actúo por impulso. Me lanzo a sus brazos, con las manos cubriéndole el rostro y mis labios posándose sobre los suyos. El beso es feroz, desesperado, lleno de todas las emociones que no logro expresar con palabras.

Angelo responde de inmediato, sus brazos me envuelven y me atraen hacia él. Siento la fuerza de su abrazo, la promesa de protección y mucho más.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respirando con dificultad, apoyo mi frente contra la suya. "Gracias," susurro, con la voz cargada de emoción. "No tienes idea de lo que significa para mí... para nosotras."

La mano de Angelo se acerca para acariciar mi mejilla, su toque es delicado. "Tú y Lou, ahora son familia para mí. Y en la familia, uno cuida del otro."

Mirándolo a los ojos, veo un futuro que nunca pensé posible. Un futuro en el que Lou y yo estamos a salvo, amadas, parte de algo más grande que nosotras mismas.

Es aterrador y emocionante al mismo tiempo.

Sin decir más, Angelo se inclina y me besa de nuevo, pero esta vez es diferente: lleno de pasión y promesas. Sus labios se mueven sobre los míos con un hambre que me hace temblar las

rodillas. Respondo con impaciencia, mis manos se enredan en su cabello mientras su beso se profundiza, reclamándome con cada movimiento.

Las manos de Angelo me agarran la cintura, tirándome más cerca de él hasta que no queda espacio entre nosotros. Siento el calor que irradia de su cuerpo, y me recorre un escalofrío de excitación por la espalda. Cuando finalmente se aleja, con su aliento caliente contra mi oído, gruñe: “Deberíamos movernos a mi habitación.”

“Está bien,” susurro, apenas logrando formular las palabras.

Me guía hacia su habitación y me tomo un momento para admirarla. La habitación es masculina, con muebles de madera oscura y colores ricos y profundos que irradian calidez y confort. Una gran cama domina el espacio, con las sábanas más suaves que haya visto. Todo está ordenado pero a la vez vivido, un reflejo del hombre mismo que la habita.

Antes de que pueda asimilarlo todo, Angelo cierra la puerta tras de sí y su boca vuelve a la mía. Este beso es aún más intenso, más urgente, como si estuviera vertiendo en él todas las emociones que no puede expresar. El corazón me late con fuerza en el pecho mientras me derrito contra él, completamente perdida en el momento.

Cuando los labios de Angelo se posan sobre los míos, una descarga de emociones me inunda. Me abruma la gratitud de que ese día Angelo haya entrado a Perfezione, cambiando mi mundo de la mejor manera posible.

Todo ha sucedido tan rápido, pero nunca me he sentido así con nadie antes. Angelo hace que mi corazón cante de amor. Me siento viva y, por primera vez en mucho tiempo, amada.

El beso se hace más profundo, cada vez más cálido, mientras nuestro deseo se apodera de nosotros. Mis manos suben por su pecho, sintiendo los músculos duros bajo la camisa, y no puedo resistir tirar del tejido, deseosa de sentir su piel contra la mía. Angelo se aparta lo justo para agarrar el dobladillo de la camisa y tirarla por encima de su cabeza, lanzándola sin pensarlo dos veces. Su cuerpo es todo fuerza y poder y no puedo evitar pasar mis manos por sus anchos hombros, saboreando el calor y la firmeza de su piel.

Las manos de Angelo están sobre mí, ahora, y desabrochan los botones de mi blusa con una facilidad experta que me hace estremecer. Aparta el tejido, revelando el encaje del sujetador, y su mirada se oscurece de deseo. Sus manos se deslizan hacia mi cintura y sus dedos se enganchan a la falda. Con un tirón rápido, la hace deslizar por mis piernas, dejándome solo con la ropa interior.

Apenas puedo pensar mientras agarro su cinturón, con los dedos temblando por la urgencia. Angelo me mira, con la respiración pesada, mientras libero la hebilla y le quito el cinturón de los pantalones.

Con un movimiento rápido, se quita los zapatos y me ayuda a quitarle los pantalones, dejándolo solo con los boxers. La vista de él, fuerte y listo, hace que el corazón me lata con fuerza en el pecho.

Sin interrumpir el contacto visual, se estira detrás de mí y me desabrocha el sujetador, dejándolo caer al suelo. Se toma un momento para admirarme, con los ojos llenos de algo más que simple lujuria, una chispa que me hace apretar el pecho.

Angelo se agacha entre mis piernas, y sus labios depositan besos calientes a lo largo del interior de mi muslo. Cada toque de su boca me hace estremecer y mi cuerpo quiere más. Cuando finalmente llega a mi centro, un espasmo me sacude, incapaz de contener un gemido. Su boca está sobre mí, su lengua me provoca y estimula de una manera que me vuelve loca. “Oh, Dios, Angelo,” gimo, mi voz es fuerte y llena de deseo mientras trabaja con su lengua contra mí. Sabe exactamente cómo tocarme, sus movimientos son calculados y decididos. Mis manos se

aferran a las sábanas, apretándolas en mis puños, mientras el placer aumenta cada vez más y cada golpe de su lengua sacude todo mi cuerpo.

Angelo gime contra mí, y siento ese sonido vibrar dentro de mí. La intensidad de todo es demasiado para soportar. Sus manos sujetan firmemente mis caderas mientras se sumerge más profundamente, su lengua moviéndose más rápido, siempre más decidida y llevándome cada vez más cerca del límite. “No te detengas,” jadeo, mi voz es casi un grito de necesidad. No puedo controlar los gemidos que me escapan: cada gemido, cada grito es más fuerte que el anterior mientras él me lleva cada vez más alto, hasta el clímax. Mi cuerpo está en llamas, el placer me envuelve por completo, apretando la presa en respuesta a los movimientos de la boca de mi hombre.

Cuando finalmente me derrumbo, cedo con un grito fuerte y ahogado que resuena en la habitación. Mi espalda se arquea sobre la cama, mis piernas tiemblan, pero Angelo no me deja, prolongando mi orgasmo hasta que estoy completamente exhausta, sin aliento y vibrando bajo él.

Sin aliento y aturdida, apenas puedo susurrar. “Joder...”, es todo lo que puedo decir, con la voz sacudida por el placer que aún me atraviesa. Angelo se aparta ligeramente, sus labios se curvan en una sonrisa mientras me mira con ojos oscuros y llenos de satisfacción. “Tienes un sabor jodidamente bueno,” murmura, con voz baja y seductora. “Como miel, joder.” Se inclina más cerca de mí, su aliento es cálido contra mi oído. “Pero aún no he terminado contigo, Fee. Ni de lejos.”

Antes de que pueda recuperar el aliento, las manos de Angelo están nuevamente sobre mí, su agarre es firme y delicado al mismo tiempo. Me hace girar, poniéndome boca abajo. Cuando me levanta, haciéndome poner a cuatro patas, empiezo a jadear, y el aire fresco que roza mi piel acalorada me provoca un ligero escalofrío. Hay un breve momento de quietud en el que solo puedo escuchar el sonido de nuestras respiraciones agitadas, la tensión entre nosotros chisporrotea como un cable eléctrico al descubierto.

Las manos de Angelo bajan por mi espalda y su toque enciende mis nervios. Me abre un poco las piernas, sus dedos rozan mis pliegues húmedos, provocándome hasta hacerme gemir, deseando más. “Estás tan mojada para mí,” gruñe, su voz densa de deseo. “Te voy a follar tan duro que no podrás pensar en otra cosa.” Gimo ante sus palabras, mi cuerpo tiembla por la anticipación mientras se coloca detrás de mí. La punta de su polla presiona contra mi entrada e inspiro bruscamente, con el cuerpo dolorido por la inmensa necesidad de tenerlo dentro.

“Angelo,” consigo jadear al fin, mi voz es un susurro suplicante.

Él no me hace esperar más. Con una embestida poderosa, se abre camino dentro de mí, llenándome por completo. Grito, mis dedos se clavan en las sábanas mientras me abre desde dentro: la sensación es tan intensa que no puedo contener el gemido fuerte y desenfrenado que se escapa de mis labios.

Angelo no me da tiempo para acostumbrarme. Empieza a moverse, sus caderas chocan contra las mías con una fuerza que me hace tambalear. Cada embestida es profunda y dura, me lleva al límite con cada movimiento. La habitación se llena del sonido de nuestros cuerpos chocando, los ruidos húmedos y obscenamente sensuales de nuestra conexión me vuelven loca. “Oh, Dios, Angelo,” gimo, mi voz es fuerte y desesperada mientras él me folla cada vez más fuerte y rápido. La angulación es perfecta, cada embestida toca ese punto dentro de mí que me hace ver estrellas. Mi cuerpo se mueve con el suyo, nuestro ritmo es primitivo y duro, mi mente se pierde en el placer abrumador que nos envuelve.

“Joder, Fee, me haces disfrutar tanto,” gime Angelo, con la voz tensa y agotada por el esfuerzo de contenerse. Sus manos agarran mis caderas, tirándome hacia él con cada embestida,

presionándome más profundamente sobre él hasta que grito su nombre y mi voz resuena en las paredes.

El placer aumenta rápidamente, la intensidad de sus movimientos me lleva cada vez más alto, hasta que estoy al borde de perder el control una vez más. Mi cuerpo se tensa, cada músculo se contrae, esperando mi liberación final. “Ven para mí, Fee,” gruñe Angelo, con voz ronca y autoritaria. “Quiero sentirte correrte alrededor de mi polla.”

Sus palabras son mi perdición: grito su nombre mientras el orgasmo me devasta, mi cuerpo cae presa de las convulsiones. El placer es abrumador, me consume por completo y me derrumbo alrededor de él, con mis paredes apretándose espasmódicamente alrededor de su polla.

Angelo gime con fuerza, sus embestidas se vuelven irregulares mientras él también llega al límite. Con una última, poderosa embestida, me sigue más allá del clímax, su agarre en mis caderas se aprieta y se corre profundamente dentro de mí. Sus gemidos se mezclan con los míos y los sonidos de nuestro mutuo placer llenan la habitación.

Por un momento, ninguno de los dos se mueve. Ambos respiramos pesadamente, nuestros cuerpos aún unidos. El aire está denso del olor del sexo, la habitación está caliente y aún resuena con los ecos de nuestra pasión.

Cuando las últimas oleadas de placer se disipan, Angelo se desliza lentamente fuera de mí. Sus manos se quedan en mis caderas como si fuera reacio a soltarme. Me siento débil, completamente exhausta, y sin embargo, un calor se extiende en mí que no tiene nada que ver con la intensidad de lo que acabamos de compartir.

Angelo me hace tumbarme suavemente en la cama, tirándome entre sus brazos. A pesar de la humedad de nuestra piel y las sensaciones pegajosas de los fluidos derivados de nuestra pasión, me acurruco contra él sin dudarlo. Su abrazo es fuerte, reconfortante y, por primera vez desde que tengo memoria, me siento completamente segura.

Su latido es constante bajo mi oído, un ritmo relajante que me arrulla en un estado de satisfacción. La mano de Angelo acaricia mi cabello, su toque es tierno y posesivo al mismo tiempo, como si me estuviera prometiendo en silencio que siempre estará ahí para mí.

Dejo escapar un suspiro suave, cerrando los ojos y acercándome más a él. “Nunca me he sentido así antes,” susurro, mi voz apenas audible en la habitación silenciosa.

“Yo tampoco,” murmura Angelo, su aliento es cálido contra mi frente. “Pero me alegra sentirme así contigo, Fee.”

Una sonrisa toca mis labios y me relajo completamente entre sus brazos. En este momento, nada más importa: ningún miedo, ninguna preocupación, ninguna amenaza. Solo nosotros dos, envueltos el uno en el otro, encontrando consuelo en el vínculo que hemos creado.

Mientras el sueño comienza a reclamarme, me aferro a la sensación de los brazos de Angelo alrededor de mí, de su cuerpo presionado contra el mío y de la sensación de sentirme en casa que llena mi corazón. Por primera vez en mi vida, me quedo dormida con un sentido de paz, sabiendo que con Angelo a mi lado estoy exactamente donde estoy destinada a estar.

ANGELO

El estruendo del incendio me paraliza. Me paraliza, en medio de la calle, observando las llamas que envuelven la tienda de flores de la Famiglia Álvarez. El olor acre del humo llena mis fosas nasales y el calor del fuego logra quemar mi piel a pesar de la distancia.

Los gritos de Genesis atraviesan el fragor de las llamas, un sonido que me perseguirá durante años y años. Sus padres están desesperados y luchan contra los agentes de policía que los retienen. La señora Álvarez tiene el rostro surcado de lágrimas y la voz ronca y seca por el humo mientras suplica que alguien, cualquiera, salve a su hija.

Esto es algo profundamente incorrecto. Todo está profundamente mal. Los niños nunca deberían verse atrapados en el fuego cruzado de nuestro mundo. Los pecados de los padres no son suyos. Esta vez Gino Timpone se ha pasado.

Escucho a un bombero gritar órdenes a su equipo, preparándose para entrar en el infierno. Pero ya no hay tiempo. Los gritos de Genesis se vuelven cada vez más débiles.

Sin pensarlo dos veces, me lanzo hacia el edificio en llamas. Alguien grita, ordenándome detenerme, pero lo ignoro. El calor se intensifica mientras rompo la puerta, siendo inmediatamente asaltado por un humo negro y denso.

El interior de la tienda es irreconocible. Las flores que alguna vez trajeron belleza y alegría ahora no son más que combustible para el fuego que arde. Un vidrio estalla a mi izquierda y me agacho instintivamente.

"¡Genesis!" Grito, mi voz es apenas audible sobre el crepitar de las llamas.

Entonces la veo, acurrucada en una esquina, con el cuerpo sacudido por los sollozos y temblando de dolor. El fuego le roza la piel y esta visión me revuelve el estómago.

Me apresuro hacia ella y la tomo en brazos. Justo cuando me doy la vuelta para irme, un dolor punzante se extiende por mi espalda. El fuego ha destruido mi camisa, llegando a quemarme la piel.

Aprieto los dientes, tratando de encontrar fuerzas a pesar de la agonía y sosteniendo a Genesis contra mí. Sus gemidos de dolor alimentan mi determinación. Tenemos que salir de aquí. Ahora.

El humo ahora es más denso, dificultando la respiración y la visión. Me dirijo con dificultad hacia la puerta, rezando por ir en la dirección correcta.

El calor es insoportable, el rugido del fuego ensordecedor. Pero sigo adelante, un paso a la vez. Genesis me necesita. No puedo fallarle.

Justo cuando pienso que estamos perdidos, veo un débil destello de luz. ¡La puerta! Con un último impulso de energía, me lanzo hacia adelante, saliendo finalmente a la calle.

Cuando el aire fresco entra en mis pulmones, escucho gritos de alivio. Los paramédicos se

apresuran hacia nosotros y coloco a Genesis en una camilla.

"Ahora estás a salvo," le susurro, con la voz ronca por el humo. "Todo estará bien."

Mientras se la llevan, el mundo comienza a girar a mi alrededor. Lo último que veo, antes de que todo se vuelva oscuro, son los padres de Genesis, con los rostros surcados de lágrimas de gratitud.

Me despierto sobresaltado, empapado en sudor, con el recuerdo del olor a humo aún en las fosas nasales. Me toma un momento darme cuenta de que estoy en mi habitación, a salvo. El incendio fue hace años, pero el recuerdo todavía me persigue.

Paso una mano temblorosa por el cabello, tratando de regular la respiración mientras mi estómago se revuelve, atrapado por una punzada de náusea. Mirando a mi izquierda, veo a Fee durmiendo pacíficamente a mi lado, completamente ajena al tumulto que arde dentro de mí.

El recuerdo de aquella noche, cuando salvé a Genesis de la tienda de flores en llamas, está impreso en mi mente de manera indeleble, exactamente como las cicatrices de las quemaduras en mi cuerpo. Además de la pérdida de mi padre, es el evento más traumático que he vivido. Y sigue infestando mis pesadillas.

Inconscientemente, llevo la mano a las marcas de las quemaduras en mi hombro izquierdo y en mi espalda. Son un recordatorio constante de esa noche, de cuánto arriesgué mi vida. Pero no son nada en comparación con las cicatrices de Genesis, que eligió cubrir con intrincados tatuajes.

Acerco las rodillas al pecho, tratando de regresar al presente. Inhalo, contando cuatro segundos, luego exhalo lentamente, llegando a ocho. Repito el proceso una vez más: es una técnica que aprendí hace años para manejar los ataques de pánico después del incendio.

Después de unos minutos, cuando siento que puedo moverme sin que mis piernas cedan, me levanto con cuidado de la cama. Me pongo los boxers y la camiseta, sobresaltándome ligeramente cuando la tela roza mi piel marcada.

Me siento atraído por el balcón, anhelando el aire fresco y el espacio abierto. Cuando salgo, la fresca brisa nocturna me golpea, ayudándome a disipar la niebla de los recuerdos en mi mente. El horizonte de Nueva York se extiende ante mí, un tapiz de luces que se recorta contra el cielo oscuro.

Me apoyo en la barandilla, dejando que la vista familiar de la ciudad me tranquilice. Han pasado años desde aquella noche, pero el impacto que tuvo en nuestras vidas aún hoy tiene diversas repercusiones.

La Famiglia me honró por haber salvado a Genesis, elevando mi estatus dentro de la organización. Sin embargo, la represalia para los Timpone fue rápida y severa. Gino fue expulsado, desterrado de Nueva York, y se le ordenó no regresar jamás.

Hasta hoy.

El pensamiento de que Gino haya vuelto a la ciudad, amenazando a Fee y a Lou, hace que mi sangre hierva. Aprieto con fuerza la barandilla, mis nudillos se vuelven blancos. No le permitiré hacerle daño a nadie más. Ni a Genesis, ni a Fee, ni a Lou. Nunca más.

"¿Angelo?"

Me doy la vuelta y veo a Fee de pie en el umbral del balcón. Está envuelta en mi bata, y se la aprieta mientras sale a mi encuentro. La vista de ella con los ojos somnolientos y preocupados hace que mi corazón lata con fuerza.

"¿Qué haces despierto?" Intento mantener un tono ligero.

Ella se acerca y me toca el brazo suavemente. "Tuve una pesadilla. Sobre Jonah tomando a Lou," revela. Ahora que está cerca de mí, puedo ver su rostro pálido y las lágrimas que aún le surcan las mejillas. "Cuando me desperté, sentí el aire fresco y te vi aquí afuera." Sus ojos

escrutan mi rostro. “Angelo, ¿qué pasa?”

Intento desviar la cuestión. “No es nada. No podía dormir.”

Sin embargo, la mirada oscura de Fee es fija, su voz firme. “No lo hagas. No me excluyas de tus pensamientos. Por favor, déjame entrar y ábrete a mí.”

Será por el cansancio y el estrés, pero sus palabras, tan sinceras y afectuosas, atraviesan mis defensas. Tomo una respiración profunda y me vuelvo por completo hacia ella.

“Yo también tuve una pesadilla,” le confieso. “Sobre la noche en que salvé a Genesis del incendio.”

Los ojos de Fee se abren con sorpresa. “¿Así fue como la conociste?” pregunta.

Asiento.

Toma mi mano y entrelaza nuestros dedos. “Cuéntamelo todo,” dice dulcemente.

Y así lo hago. Le cuento sobre las llamas, el calor, el miedo. De cuando escuché a Genesis gritar y supe que tenía que salvarla. Del dolor del fuego quemando mi piel.

Mientras hablo, Fee me escucha con atención, su pulgar traza círculos relajantes en mi mano. Cuando termino mi relato, se levanta y me acaricia suavemente el rostro.

“Eres increíblemente valiente, Angelo,” susurra. “Gracias por compartirlo conmigo.”

Me apoyo en su toque, sintiendo un peso levantarse de mis hombros. “Aún tengo las cicatrices,” le digo. “En la espalda y en el hombro.”

Los labios de Fee se abren en una “O” de asombro. “Me preguntaba de dónde venían esas cicatrices,” murmura. “Pero no quería preguntarlo.”

Me encojo de hombros, sintiéndome un poco avergonzado. “Bueno, ahora lo sabes.”

Fee asiente, con los ojos llenos de compasión. “Todos tenemos cicatrices, algunas visibles, otras no.”

“¿Cuáles son las tuyas?” pregunto, dándome cuenta de que quiero saberlo todo sobre ella.

Hace una respiración profunda y su mirada se posa en nuestras manos entrelazadas. “Bueno, están las físicas, las del parto de Lou,” comienza. “Pero las más profundas... son por Jonah, por el abandono de mi madre, por los años de lucha para mantener a flote Perfezione.”

La escucho mientras se abre a mí sobre su pasado, sobre el dolor y la soledad que ha tenido que soportar. Me habla de sus miedos por Lou y de las preocupaciones por su futuro. Con cada palabra, siento que me enamoro aún más de ella.

Cuando termina, permanecemos en silencio por un momento, con el peso de nuestras vulnerabilidades compartidas aún suspendido entre nosotros. Luego, lentamente, la atraigo entre mis brazos.

“Gracias,” murmuro entre su cabello. “Por confiar en mí.”

Fee me mira, con los ojos llenos de lágrimas no derramadas. “Gracias a ti, por confiar en mí.”

En ese momento, bajo el vasto cielo de Nueva York, me doy cuenta de algo muy profundo. Nuestras cicatrices, nuestro pasado... no son debilidades. Son la prueba de lo que hemos sobrevivido, de lo que hemos superado. Y juntos, por todo eso, somos aún más fuertes.

Me inclino, capturando los labios de Fee en un beso tierno, pero me separo antes de profundizarlo. Le sonrío dulcemente. “Ven,” le digo, tirando de su mano. “Volvamos a la cama.”

Somos un equipo. Una familia.

Y nada, ni Jonah, ni Gino, ni nuestros propios miedos, pueden destruirlo.



LA MAÑANA SIGUIENTE, Jimbo, Romero y yo nos reunimos para discutir nuestros asuntos. Me acomodo en mi silla, mientras Jimbo y Romero toman sus lugares habituales frente a mí. La luz del sol de la mañana se filtra a través de las cortinas, proyectando largas sombras en mi oficina.

"Bien, caballeros," comienzo, envolviendo mis manos alrededor de mi taza de café. "¿Cuáles son las últimas novedades sobre nuestros envíos desde Nueva Jersey?"

Jimbo se aclara la garganta, el rostro marcado por el tiempo asume una expresión seria. "Hemos tenido un contratiempo, jefe. Los estibadores del puerto están pidiendo un porcentaje mayor."

Romero se inclina hacia adelante, con voz baja y calmada. "Podría hablar con su representante sindical. Recordarle nuestro... acuerdo."

Reflexiono por un momento, dejando la taza y tamborileando con los dedos sobre la superficie brillante del escritorio. "Aún no. Primero intentemos negociar. Mejor evitar arruinar demasiado las cosas, al menos por ahora."

Jimbo asiente con aprobación. "Buena elección, Angelo. Hablando de elecciones..." Hace una pausa, con un brillo en los ojos. "¿Cómo van las cosas con Sofia y Lou?"

Siento cierta tensión acumularse en mis hombros, pero me esfuerzo por mantener una expresión neutral. "Eso no tiene que ver con los negocios, Jimbo."

Romero sonríe, imitando ruidos exagerados de besos. "Oh, claro que sí. Nuestro temible jefe sigue a Fee como un cachorrito y con los ojos llenos de corazones. Es empalagosamente dulce."

Frunzo el ceño, inclinándome hacia Romero para golpearlo, pero la voz severa de Jimbo me detiene.

"Dejen de pelear, los dos," dice, con aire del tío que reprende con desaprobación a dos niños. "Angelo, te lo pregunto porque me importa y me interesa. ¿Qué sientes por Sofia?"

Dudo, sin sentirme cómodo con la dirección que está tomando esta conversación. Sin embargo, la mirada paciente de Jimbo tiene la ventaja y finalmente cedo.

"Yo... me importa ella," admito con reticencia. "A ella y a Lou. Pero no es amor. No puede ser."

Romero alza una ceja. "¿Por qué no, jefe?"

Aprieto la mandíbula. "Porque el amor no es para mí. Las personas que amo se convierten en objetivos o resultan heridas. No puedo correr ese riesgo con Fee y Lou."

Jimbo se recuesta, con los ojos pensativos. "El amor siempre es un riesgo, Angelo. Pero también es lo que hace que la vida valga la pena."

Romero asiente con entusiasmo. "Sí, jefe. Tienes que estar abierto a eso. También mereces ser feliz, ¿lo sabes?"

"Pero igual debes ser cauteloso," me advierte Jimbo, con el rostro arrugado repentinamente serio. "Especialmente con Gino suelto."

Me inclino hacia adelante, con los ojos entrecerrados. "¿Qué quieres decir con Gino, Jimbo?"

El rostro de Jimbo se ensombrece. "Se dice que colocó una bomba en el coche de Alberto Caputo. No explotó, pero el mensaje fue claro."

Siento una ola de rabia, pero mantengo la voz firme. "Es un movimiento jodidamente audaz. Tenemos que eliminarlo."

"No es tan simple, jefe," interviene Romero. "Necesitamos saber cuán profundos son sus lazos con Chicago."

Asiento y se me ocurre un plan. *Tiene razón*. "Romero, te quiero en Chicago. Encuentra las respuestas que necesitamos."

Una sonrisa lenta y peligrosa se dibuja en el rostro de Romero. "Con gusto, jefe."

El resto del día es una sucesión de reuniones. Negociaré un nuevo acuerdo territorial con la Famiglia Rossetti, recordándoles sutilmente las consecuencias de interferir con los Pirelli. Autorizo la eliminación de un traidor dentro de nuestras filas, con voz fría mientras firmo lo que equivale a su sentencia de muerte. En todo esto, mantengo la máscara de Don Pirelli: calculador, despiadado, intocable.

Sin embargo, justo cuando concluyo la última reunión, las palabras de Jimbo y Romero vuelven a resonar en mi mente. ¿Merezco ser feliz? El pensamiento de la sonrisa de Fee, de la risa de Lou, me hace sentir un calor en el pecho, que rápidamente me apresuro a reprimir.

Casi sin pensarlo, saco el teléfono y le envío un mensaje a Fee.

"¿Qué estás haciendo?"

Responde de inmediato.

"Espero ir a ver la situación en Perfezione, pero sigue siendo una escena del crimen. Me siento un poco perdida."

En mi mente toma forma un plan.

"Está lista en una hora. Póngase algo lindo."

Una hora después, llego a mi propiedad con uno de mis autos clásicos, un Rolls-Royce Silver Shadow gris de 1965. Fee sale poco después, espléndida, con un simple vestido negro.

"¿A dónde vamos?" me pregunta, acomodándose en el asiento del pasajero.

Le dirijo una sonrisa dulce y sincera, una de esas que rara vez hago. "Es una sorpresa."

"¿Y Lou? ¿Quién la recogerá de la escuela?"

Dios, es tan jodidamente adorable. "Lou pasará una tarde divertida con la tía Shawn," respondo.

Atravesamos la ciudad, con el cielo de un tono azul increíblemente brillante. Conduzco hasta llegar a un pequeño restaurante exclusivo, escondido en un rincón tranquilo de la ciudad. El mêitre me saluda por mi nombre y nos lleva a un balcón privado que da a un jardín interior.

Los ojos de Fee se agrandan mientras observa las luces brillantes colgando sobre nosotros y el verde exuberante del patio de abajo. "Angelo, es hermoso aquí."

Pedimos y, mientras esperamos la comida, me encuentro abriéndome con ella como pocas veces en mi vida.

"Venía aquí con mi padre," le digo dulcemente. "Era nuestro lugar especial."

Fee extiende un brazo sobre la mesa y toma mi mano. "Gracias por compartirlo conmigo."

Mientras comemos, hablamos de todo y de nada. Fee me habla de sus sueños para Perfezione, sus ojos se iluminan cuando describe los diseños que le gustaría crear. Me encuentro compartiendo con ella historias de mi infancia, recuerdos que no repasaba desde hace años.

Después de la cena, en lugar de regresar a casa, damos un paseo en coche a lo largo de la costa. Aparcamos en un lugar apartado con vista al agua, con las luces de la ciudad brillando a lo lejos.

Fee se gira hacia mí, con los ojos brillando con una luz dulce a la luz de la luna. "Gracias por esto, Angelo. Lo necesitaba más de lo que pensaba."

Extiendo la mano hacia ella y le acaricio suavemente una mechón detrás de la oreja. "Me haces feliz, Fee. Quiero que lo sepas."

Al sentir mi toque, Fee se apoya en mi mano, con una sonrisa en los labios. "Tú también me haces feliz."

Mientras me acerco para besarla, siento que algo se mueve dentro de mí. Las murallas que construí alrededor de mi corazón, esas que pensaba eran impenetrables, están empezando a derrumbarse.

Y por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo de lo que eso pueda significar.

El beso comienza tierno, pero se profundiza rápidamente cuando la conexión entre nosotros se enciende. Hay una nota diferente esta noche, una chispa que parece el comienzo de algo a lo que ninguno de los dos puede resistirse.

Nuestro beso se vuelve más apasionado, más urgente. Mis manos recorren su cuerpo, sintiendo las curvas que había esperado tocar. El recuerdo de la última vez que estuvimos en este coche vuelve a mí, de cómo me la chupó y de cómo me dejó, con un inmenso deseo de más, antes de que ese cabrón de Jonah nos interrumpiera.

Esta noche no me detendré.

Deslizo la tiranta del vestido de Fee, mis labios recorren la curva de su hombro antes de bajar al bulto de su pecho. “Joder, Fee,” murmuro contra su piel, sintiéndola estremecerse. “No tienes idea de cuánto he imaginado esto.”

Ella gime ligeramente, enredando los dedos en mi cabello y arqueando la espalda para presionarse contra mí. “Entonces deja de pensarlo,” susurra, con voz entrecortada, “y tómame.”

Es el aliento que necesitaba. Sin interrumpir nuestro beso, nos movemos al asiento trasero de mi Rolls-Royce, con movimientos apresurados y desesperados. La piel del coche está fría contra mi cuerpo, pero el calor entre nosotros es abrasador. Le subo el vestido, llevándolo a sus caderas, revelando el encaje de sus bragas.

“Dios mío, Fee,” gimo, deslizando la mano por el tejido y sintiendo la humedad que ya lo impregna. “Estás tan jodidamente mojada para mí.”

Ella muerde su labio, los ojos oscuros de deseo mientras me mira. “Solo para ti, Angelo. Siempre solo para ti.”

Meto los dedos bajo la cintura de sus bragas y las deslizo hacia abajo, tirándolas lejos. Su respiración se detiene cuando deslizo la mano entre sus muslos, encontrándola cálida y lista. “Eres perfecta,” le digo, con voz baja y ronca. “Tan jodidamente perfecta.”

“Por favor,” susurra, sus caderas se mueven contra mi mano. “Te necesito dentro de mí.”

No la hago esperar. Me deshago de los pantalones, mi polla ya dura y palpitante. Me dirijo a su entrada, provocándola un momento antes de deslizarme dentro de ella. La estrechez, el calor... nunca había sentido nada igual.

Fee deja caer la cabeza hacia atrás, sobre el asiento, un gemido escapa de sus labios mientras la lleno por completo. “Oh, joder, Angelo,” jadea, sus uñas se clavan en mis hombros. “Es tan bueno...”

“¿Te gusta?” Gruño, empujando dentro de ella con un ritmo lento y firme que la hace gemir. “¿Te gusta cómo te follo, Fee?”

“Sí,” grita ella, sus manos agarran mi espalda mientras me hundo más profundo. “Me gusta. Amo cómo me follas.”

Sus palabras me impulsan, mi ritmo se acelera mientras la tomo más fuerte, el sonido de nuestros cuerpos chocando llena el auto. Las ventanas se empañan, el olor a sexo es denso en el aire, y todo lo que puedo pensar es en lo bien que se siente tenerla alrededor de mí, y cuán desesperadamente quiero que grite mi nombre.

“Dilo de nuevo,” ordeno, con la voz ronca de necesidad. “Dime cuánto te gusta.”

“Lo adoro,” gime ella, con la voz quebrándose con cada embestida. “Amo la forma en que me follas, Angelo. No pares. Por favor, no pares.”

“No me detendré hasta que te corras en toda mi polla,” le prometo, mis manos aprietan sus caderas mientras la penetro con una fuerza implacable. “Quiero sentirte correrte, Fee. Quiero sentirte apretar fuerte.”

Sus gemidos se hacen más fuertes, su cuerpo tiembla mientras se acerca al límite. Extiendo una mano entre nosotros, encontrando su clítoris y frotándolo al ritmo de mis embestidas, llevándola cada vez más cerca del éxtasis.

“Oh, joder,” jadea, su cuerpo se arquea en el asiento. “Joder, Angelo. Estoy a punto de...”

“Hazlo,” la animo, con la voz ronca de necesidad. “Córrete para mí, Fee. Córrete en mi polla.”

Su orgasmo la envuelve como una ola, sus paredes se aprietan a mi alrededor mientras grita mi nombre. La vista de su éxtasis, el sonido de su placer... es demasiado para mí. Con una última embestida profunda, me corro dentro de ella, gimiendo mientras el placer me consume.

Colapsamos juntos, nuestros cuerpos cubiertos de sudor y ambos con la respiración agitada. Me retiro de ella y la atraigo de inmediato a mis brazos, abrazándola contra mí. Aunque ambos estamos húmedos y pegajosos, Fee se acurruca contra mí y un suspiro satisfecho escapa de sus labios.

Le dejo un beso en la cabeza, con el corazón lleno de un sentimiento al que no sabría ponerle nombre. Lo único de lo que estoy seguro es que nunca me había sentido tan seguro y en paz como en este momento, con Fee entre mis brazos.

Dios mío, ya estoy jodido.

SOFIA

Unos días después de la noche en el coche con Angelo, estoy llevando a Lou a la escuela, disfrutando del aire fresco de la mañana, cuando mi teléfono suena. Es un mensaje de él.

La Perfezione ya no es una escena de crimen activa. Ahora tienes libre acceso.

Me detengo en seco, haciendo que Lou levante la cabeza con una mirada curiosa. “Mami, ¿qué pasa?”

“No pasa nada, cariño,” la tranquilizo, mientras sigo mirando incrédula mi teléfono.

Escribo rápidamente una respuesta.

¿Cómo lo hiciste?

Angelo no tarda en responder.

Tengo mis métodos. Además, hice que un constructor te encontrara en La Perfezione después de que dejaras a Lou.

Parpadeo, aturdida. ¿Un constructor? ¿Ya? Sacudo la cabeza, maravillándome de la eficiencia de Angelo.

¿Cómo diablos hiciste para encontrar una empresa tan rápido?

Me debía un favor.

No puedo evitar reír mientras escribo.

¿Cuántas personas te deben favores?

La respuesta de Angelo es inmediata y presuntuosamente segura de sí misma.

Las suficientes como para reconstruir todo Nueva York, si quisiera.

Suelto una carcajada, atrayendo nuevamente la atención de Lou.

“¿Qué es tan gracioso, mami?” La pequeña me tira de la mano, mirándome con sus ojos azules llenos de curiosidad. Aunque se parece a Jonah, sigo viendo mucho de mí en ella.

Le muestro el intercambio de mensajes. “Angelo está siendo un tonto,” le explico, guardando el teléfono en mi bolsillo.

Lou sonríe. “Me gusta cuando es tonto. Normalmente es tan serio.”

Mientras continuamos el camino, me encuentro sonriendo. La idea de volver a La Perfezione y finalmente comenzar a reconstruir me llena de una mezcla de entusiasmo y aprensión. Pero saber que Angelo está detrás de mí, apoyándome en cada paso, hace que todo parezca posible.

“Oye, Lou,” le digo, apretándole la mano. “¿Qué te parecería ayudarme a arreglar la tienda hoy después de la escuela?”

El rostro de Lou se ilumina. “¿De verdad? ¿Puedo?”

Asiento, sintiendo una oleada de amor por mi hija. “De verdad. Tenemos mucho trabajo por delante, pero creo que juntas podremos hacer que La Perfezione sea incluso mejor que antes.”

Envío un último mensaje a Angelo.

Gracias. Por todo.

Su respuesta hace que mi corazón lata con fuerza.

Cualquier cosa por ti y Lou.

Mientras nos acercamos a las puertas de la escuela, una figura se precipita repentinamente hacia nosotras. Mi corazón se hunde cuando reconozco a Jonah, con aspecto despeinado y una mirada salvaje.

"Lou, quédate detrás de mí," digo con urgencia, tratando de sacar mi teléfono.

Sin embargo, Jonah ya está sobre nosotras antes de que pueda marcar el número. "Sofia," dice, con los ojos que se mueven entre nosotras. "No puedes mantener a la niña lejos de mí."

Lou se pone tensa, su voz es cortante. "¡Aléjate de nosotras!"

Jonah extiende una mano temblorosa. "Eres tan hermosa," murmura a Lou. "Justo como te imaginaba."

Lou le da un manotazo en la mano. "¡No me toques!"

"¿Ves lo que has hecho?" Jonah gruñe, con los ojos llenos de odio. "La has envenenado, la has puesto en mi contra."

"¡Deja en paz a mi mamá!" grita Lou, su pequeño cuerpo tiembla de rabia mientras le da una patada en las espinillas. "¡Eres un extraño! ¡Vete!"

El rostro de Jonah se deforma por la ira. "¡No soy un extraño! ¡Soy tu padre!" explota. "Ella nos ha mantenido separados, pero yo soy tu verdadero papá."

No. No puedo creer que esto esté sucediendo. No es así como quería que Lou descubriera quién era su padre biológico.

Los ojos de Lou se agrandan, llenos de incredulidad. "¡Estás mintiendo!"

Veo a una mujer pasar cerca de nosotras con el teléfono en la mano, grabando el incidente. ¿En serio está grabando?

"¡Llama a la policía!" Grito, el miedo me paraliza. "¡Este hombre ha matado a alguien y nos está acosando!"

La mujer intenta usar el teléfono, pero Jonah se lanza hacia adelante, agarrando el brazo de Lou.

"Nos vamos. Ahora."

"¡No!" grito, agarrándome a él para que suelte a Lou. "¡Suéltala!"

Lou se retuerce, pateando las espinillas de Jonah. "¡Ayuda! ¡Alguien, ayúdennos!"

La gente comienza a reunirse, pero nadie interviene. El agarre de Jonah se aprieta, sus ojos se vuelven más salvajes. "¡Es mi hija! ¡La llevaré a casa!"

"¡Mami!" grita Lou, con la voz aterrorizada.

Siento el pánico crecer en mi pecho. ¿Dónde está la policía? ¿Dónde está Angelo? Necesitamos ayuda, ya.

"Por favor," le suplico a Jonah, tratando de mantener la voz tranquila. "La estás asustando. Este no es el camino."

Los ojos de Jonah se encuentran con los míos y por un momento veo un destello del hombre que alguna vez fue. Pero luego desaparece en un instante, reemplazado por una determinación maníaca.

"Ya no puedes mantenernos separados," gruñe.

Justo antes de que Jonah pueda llevarse a Lou, un hombre se lanza hacia adelante, placando a Jonah y tirándolo al suelo. El impacto obliga a Jonah a soltar a Lou, quien corre de inmediato hacia mí, sollozando.

Tomo a Lou en mis brazos y la abrazo fuerte. "No mires, pequeña," susurro, apoyando su

rostro contra mi pecho. Siento su pequeño cuerpo temblar de miedo y confusión.

Detrás de nosotras, escucho los sonidos de una pelea. Gruñidos e improperios llenan el aire mientras Jonah y el hombre se enfrentan en el suelo. La voz de una mujer se abre paso en el caos mientras grita frenéticamente por su teléfono: "¡Por favor, rápido! Es violento y hay una niña involucrada."

De repente, se escucha un crujido nauseabundo seguido de un grito de dolor. Me atrevo a mirar por encima del hombro y veo a Jonah levantarse, con los nudillos manchados de sangre. El hombre que lo placó está en el suelo, con el rostro entre las manos.

Los ojos salvajes de Jonah se cruzan con los míos por una fracción de segundo antes de girarse y correr, empujándose entre la multitud que se ha reunido. Desaparece tras una esquina justo cuando el sonido de las sirenas de la policía llena el aire.

Pocos minutos después, estamos rodeadas de agentes tomando las declaraciones de los testigos. Uno de ellos se arrodilla frente a nosotras para estar a nuestro nivel. "Señora, ¿puede decirnos qué sucedió?" Su voz es calmada y amable.

Trato de mantener un tono firme por el bien de Lou, pero puedo sentir que está temblando. "Él... es el padre biológico de mi hija. Es inestable. Nos ha estado acosando. Intentó llevarse a Lou."

Lou me mira, con los ojos muy abiertos y rojos por las lágrimas. "Mami, ¿es verdad? ¿Es realmente mi padre?"

El miedo y la confusión en su voz me rompen el corazón. "Oh, pequeña," digo, incapaz de mentir. "Biológicamente, sí. Pero no es tu padre en ninguno de los sentidos que realmente importan."

El agente hace algunas otras preguntas, pero apenas puedo concentrarme en sus palabras. Solo puedo pensar en la devastación en los ojos de Lou, en cómo su mundo acaba de cambiar drásticamente.

Tan pronto como la policía se va, saco el teléfono con manos temblorosas y llamo a Angelo.

"¿Fee? ¿Qué sucede?" Su voz está inmediatamente preocupada.

A duras penas logro contarle lo ocurrido, entre sollozos. "Jonah... estaba en la escuela. Intentó llevarse a Lou. Ahora ella lo sabe, Angelo. Sabe que es su padre biológico."

Escucho a Angelo tomar una respiración profunda, seguida de una serie de maldiciones. "¿Están bien las dos? ¿Les hizo daño?"

"Físicamente estamos bien," intento decir. "Pero Lou... está tan asustada y confundida."

La voz de Angelo está llena de ira. "Estoy en medio de algunas reuniones importantes, pero llamaré a mi abogado de inmediato. Pediremos una orden de restricción y me aseguraré de que la escuela sepa que no puede acercarse a Lou."

Asiento, aunque él no pueda verme. "Gracias," susurro.

"Fee." La voz de Angelo se suaviza ligeramente. "Lamento mucho no haber estado allí. Te prometo que arreglaremos todo. Jonah no se acercará más a ninguna de las dos."

Cuando cuelgo la llamada, miro a Lou, todavía aferrada a mí. Su mundo ha sido trastornado y no sé cómo arreglarlo.

Lou aún tiembla entre mis brazos y tomo una decisión repentina. "Lou, no tienes que ir a la escuela hoy si no quieres. Podemos volver a casa."

La cabeza de Lou se alza de golpe, con ojos muy abiertos y suplicantes. Niega con la cabeza frenéticamente, enterrando de nuevo su rostro en mi pecho. "Por favor, no me dejes, mami," susurra, con voz ahogada mientras presiona su cara contra mi camisa.

Mi corazón se rompe por ella. Mi niña, normalmente independiente, ahora está reducida a

este estado. No había sido tan pegajosa desde que era pequeña. Una oleada de odio hacia Jonah me inunda. *Él* le ha hecho esto a mi niña.

"Está bien, pequeña. Vamos a casa," la tranquilizo, acariciándole el cabello.

Las personas se agolpan a nuestro alrededor, sus voces son una mezcla de preocupación y curiosidad.

"¿Están bien?" "¿Necesitan algo?" "¿Debemos llamar a alguien?"

Siento una oleada de rabia. ¿Dónde estaban todas estas personas "útiles" cuando Jonah intentaba llevarse a Lou? Ignoro sus preguntas con un brusco movimiento de cabeza. "Estamos bien," murmuro, atrayendo a Lou más cerca de mí.

Mis ojos se posan en el hombre que enfrentó a Jonah. Está sentado en un banco cercano y sostiene una bolsa de hielo contra su rostro. Su nariz está hinchada y claramente rota, testimonio de la violencia de Jonah.

Me acerco a él, con Lou aún aferrada a mi costado. "Gracias," digo, con la voz cargada de emoción. "Por intervenir. No sé qué habría pasado si no hubieras estado..."

Él descarta mis palabras con la mano libre. "No hace falta decir nada. Solo hice lo que cualquiera debería haber hecho."

Asiento, sintiendo un nudo en la garganta. Tiene razón: todos deberían haber intervenido. Pero no lo hicieron. Lo hizo él.

"Vamos, Lou," digo suavemente. "Vamos a casa."

Mientras nos alejamos de la escuela, siento el peso de las miradas en nuestras espaldas. Los susurros nos siguen, pero los ignoro. En este momento, lo único que importa es llevar a Lou a un lugar seguro, donde se sienta protegida.

Saco el teléfono para enviarle un mensaje a Angelo.

Llevo a Lou a casa. Está demasiado afectada para ir a la escuela. Te explicaré mejor más tarde.

La respuesta de Angelo es rápida.

Puedo cancelar al constructor si quieres.

Oh, maldición. Me había olvidado de que el constructor vendría a Perfezione. Bajo la mirada hacia Lou. "El constructor iba a venir hoy. ¿Quieres ir allí o prefieres volver con Angelo?"

Lou me mira, con los ojos todavía húmedos por el llanto. "¿Podemos... podemos ir también?" pregunta con un hilo de voz.

Asiento, aliviada de que quiera algo de normalidad.

No. Vamos ahora a Perfezione.

En el camino, veo la pastelería favorita de Lou. "¿Qué te parece un pastelito?" Intento tentarla, ya dirigiéndome hacia la tienda. Pronto se encuentra apretando una bolsa de papel caliente con su dona favorita y una taza de chocolate caliente.

Mientras caminamos hacia Perfezione, la vocecita de Lou rompe el silencio. "¿Mami?" dice, con voz temblorosa. "¿Jonah me llevará porque es mi papá?"

Siento el corazón romperse por el miedo en su voz. Me detengo, arrodillándome frente a ella. La bulliciosa calle de Nueva York desaparece a nuestro alrededor mientras miro los ojos llenos de lágrimas de mi hija.

"Lucille Saldano, escúchame," digo, con voz firme pero amable. "Jonah nunca, nunca te llevará lejos de mí. ¿Entiendes?"

Lou asiente con duda, pero puedo ver la incertidumbre en sus ojos.

Tomo una respiración profunda, eligiendo mis palabras con cuidado. "Jonah será tu padre biológico, pero eso no lo hace tu papá. Un *verdadero* papá es alguien que te ama, te protege y

está a tu lado todos los días. Jonah no es esa persona."

El labio inferior de Lou tiembla. "Pero él dijo..."

"Sé lo que dijo," la interrumpo dulcemente. "Pero no está bien, Lou. Está enfermo y necesita ayuda. Por eso se comporta de una manera tan aterradora. Pero te aseguro que Angelo y yo estamos trabajando duro para asegurarnos de que Jonah nunca más se acerque a ti."

Le tomo el rostro entre las manos, mirándola directamente a los ojos. "Eres mi hija, Lou. Mía. Y nadie, ni Jonah ni nadie más, podrá cambiar eso o llevarte lejos de mí. Siempre te protegeré. Siempre."

El rostro de Lou se arruga ligeramente y de repente la tengo entre mis brazos, su pequeño cuerpo sacudido por los sollozos. La abrazo fuerte, sintiendo que también de mis ojos comienzan a brotar lágrimas.

"Tengo miedo, mami," me susurra sobre el hombro.

"Lo sé, pequeña," murmuro, acariciándole el cabello. "Yo también tengo miedo. Pero lo superaremos juntas. Tú, yo y Angelo. Somos un equipo, ¿recuerdas?"

Siento que asiente contra mí. Nos quedamos así por un largo momento, abrazadas en la acera concurrida, mientras la gente pasa a nuestro alrededor. En este momento, sin embargo, nada más importa: ni Perfezione, ni el constructor, ni siquiera Angelo. Solo mi niña en mis brazos, que necesita el consuelo de su madre.

Finalmente, los sollozos de Lou se calman. Se retira, secándose los ojos con el dorso de la mano. "¿Mami?" dice, con voz pequeña pero firme.

"¿Sí, *tesoro*?"

"Te quiero. Y... estoy feliz de que seas mi mamá."

Más lágrimas se acumulan en mis ojos mientras la atraigo hacia mí para otro abrazo. "Oh, Lou. Yo también te quiero. Más que a cualquier otra cosa en el mundo."

Mientras nos levantamos, de la mano, siento la determinación fluir dentro de mí. A cualquier costo, mantendré a mi hija a salvo. De Jonah, del mundo, de todo lo que amenace con hacerle daño.

Porque no es solo mi hija. Es mi corazón, caminando fuera de mi cuerpo. Y lucharé contra el cielo y la tierra para protegerla.

~

MIENTRAS NOS ACERCAMOS A PERFEZIONE, noto a una mujer de pie frente a la tienda, con los ojos escrutando el edificio de manera atenta y crítica. Está evidentemente embarazada, su vientre redondeado presionando contra un par de monos de trabajo bien desgastados. Su cabello oscuro está recogido con un pañuelo de colores vivos, azules y verdes, que parecen estar en línea con su actitud enérgica.

Siento la mano de Lou apretarse en la mía y un pequeño gemido escaparse de sus labios. Le doy un apretón tranquilizador antes de dirigirme a la mujer.

"Disculpe, ¿puedo ayudarla?" Le hablo cautelosamente, sin estar segura de quién es.

La mujer se gira y su rostro se transforma en una sonrisa luminosa y contagiosa. "¡Oh, hola! Usted debe ser Sofia. Soy Edith Bonetti, pero por favor, llámame Edie y tutéame. Soy la constructora de la empresa."

Me detengo, sorprendida. ¿Esta mujer alegre y embarazada es la constructora enviada por Angelo? Me esfuerzo por encontrar las palabras correctas, sin querer ofenderla.

Edie parece leer la confusión en mi rostro y suelta una risa cálida, mostrando sus dientes

ligeramente torcidos. “No te preocupes, recibo a menudo esta reacción,” dice, con los ojos brillando de diversión. “Pero sí, soy la constructora y, si me permites decirlo, una de las mejores en el negocio.”

No puedo evitar sonreír por su confianza. “Lo siento, no me esperaba...”

“¿Una mujer? ¿O alguien que parece que va a dar a luz en cualquier momento?” Edie termina la frase por mí, acariciándose cariñosamente la barriga.

Río, sintiendo que la tensión de antes se disipa. “Ambas cosas, supongo.”

¿Qué clase de favor podría deberle a Angelo esta mujer tan alegre? Es difícil imaginar que esté involucrada en algo que la llevaría a deberle algo a un hombre como él.

“Bueno,” dice Edie dando palmas. “¿Echamos un vistazo adentro?”

Asiento, guiando a Lou hacia adelante mientras desbloqueo la puerta y entro. Observo a Edie moverse dentro de Perfezione, con los ojos captando cada detalle. Hace algunas preguntas sobre la disposición y los daños del incendio antes de que su mirada se detenga en Lou.

Una amplia sonrisa se dibuja en el rostro de Edie. “¿Y quién es esta pequeña señorita?” pregunta, con voz cálida y amable.

Lou se retrae, pegándose a mi costado. Paso una mano por su cabello para tranquilizarla. “Lo siento,” le explico a Edie. “Tuvimos una mañana bastante traumática. Esta es mi hija, Lou.”

El rostro de Edie se suaviza con compasión. “Oh, cielo,” dice. “Lo siento mucho. ¿Sabes qué siempre me hace sentir mejor después de un día difícil? Helado. Quizás podamos convencer a tu madre de que nos compre uno más tarde, ¿eh?”

A pesar del miedo, veo que Lou se siente interesada por el comportamiento amigable de Edie. Hace una pequeña sonrisa, que Edie corresponde con un guiño divertido.

Mientras Edie sigue con su evaluación, mi curiosidad toma el control. ¿Cómo conoce esta mujer a Angelo? ¿También forma parte de la mafia? No puede ser...

“Bueno, Edie,” comienzo con cautela. “¿Cómo conociste a Angelo?”

Edie se vuelve, con un brillo travieso en sus ojos color avellana. “Oh, ¿quieres saber qué favor le debía, verdad?”

Siento mis mejillas calentarse, sorprendida por su franqueza. “Yo... quiero decir, si no te molesta compartirlo...”

Edie ríe, con un sonido brillante y contagioso. Me acaricia el brazo de manera tranquilizadora. “No te preocupes, no es nada siniestro. Perdí una apuesta con él. ¿Puedes creerlo?”

Mis cejas se elevan por la sorpresa. No era lo que esperaba. “¿Una apuesta?”

Edie asiente, levantando los ojos teatralmente al cielo. “Sí. Aposté a que los Red Sox ganarían la Serie Mundial contra los malditos Yankees. Pero de alguna manera, en el último partido de la serie, esos malditos Yankees lo lograron.” Resopla, riéndose. “Apuesto a que Angelo de alguna manera trucó el partido para asegurarse de que yo perdiera. Bastardo.”

No puedo evitar reír por la inesperada explicación. “¿Y es por eso que estás aquí? ¿Por una apuesta de béisbol?”

“Oye, una apuesta es una apuesta,” dice Edie encogiéndose de hombros. “Y Angelo Pirelli no es un hombre al que se le quiera deber un favor por mucho tiempo. Así que, aquí estoy, lista para hacer mi magia en tu tienda. A propósito, tengo algunas ideas que se me ocurrieron...”

Mientras Edie se lanza a sus planes de renovación para Perfezione, me relajo por primera vez después del incidente de esta mañana. Hay algo en la presencia de Edie, en su calidez, humor y evidente competencia, que me hace sentir que todo puede salir bien.

Miro a Lou, notando que poco a poco se va acercando a Edie, atraída por las descripciones

animadas de la mujer. Es una pequeña cosa, pero ver a Lou finalmente involucrarse después del trauma de esta mañana, me llena de esperanza.

Edie y yo definimos los detalles de la renovación de Perfezione, incluidos los horarios de trabajo, el plazo para la reapertura y la subasta, y finalmente siento una sensación de alivio. Tener un plan concreto hace que todo parezca más manejable.

De repente, Edie se lleva una mano a su vientre redondeado. “Bueno, señoras,” anuncia con una sonrisa. “Mi pequeño quiere helado. ¿Y quién soy yo para negarle algo a mi bebé?”

Lou, que hasta ahora había observado en silencio, interviene. “¡Pero es temprano para el helado!”

Edie se encoge de hombros, con los ojos brillando. “El helado es bueno, ya sabes. Tiene leche, huevos, y si tomas un cono, también cereales. ¡Es un desayuno equilibrado!”

Los ojos de Lou se iluminan ante esta lógica y no puedo evitar gemir en broma. “Ay, Edie,” río. “¡Ahora Lou usará esa excusa todas las mañanas!”

“No veo nada de malo,” dice Edie con un guiño, dando un codazo juguetón a Lou.

Antes de darme cuenta, ya estamos las tres caminando hacia la heladería más cercana. Edie paga nuestro pedido a pesar de mis fuertes protestas. “Es lo mínimo que puedo hacer,” dice mientras me esquiva y paga con su tarjeta. “Todos conocen All Around. Es un honor arreglarlo para ustedes.”

Los ojos me arden por las lágrimas que intento contener, y trato de disimular el inminente llanto tomando los helados mío y de Lou, para luego sentarme en una mesa cercana. Edie me sigue con un gran helado de galleta con chispas de chocolate en un vaso.

“Sabes,” dice Edie, lamiendo la cuchara. “Voy a dar a luz en unas seis semanas, pero no te preocupes. Perfezione estará más hermosa que nunca antes de eso.”

Asiento con gratitud, luego me acuerdo de enviar un mensaje a Zip sobre nuestros avances con la tienda. Su respuesta llega rápidamente.

Nos vemos en Perfezione en una hora. Quiero ver cómo estamos salvando el edificio.

Mientras miro a Lou y Edie discutir sobre los méritos de los diferentes sabores de helado, con Lou defendiendo con vehemencia que la fresa es el mejor sabor, mientras Edie insiste en que la fruta no pertenece al helado, siento un calor crecer en mi pecho.

Esta mañana comenzó con terror y trauma, pero de alguna manera hemos terminado aquí, comiendo helado en el desayuno con una constructora embarazada que está rápidamente convirtiéndose en una amiga.

Tomo otra cucharada de mi helado, saboreando la dulzura. Quizá Edie tenga razón. A veces, el helado en el desayuno es justo lo que se necesita.



UNA HORA después salimos de la heladería. Observo con una mezcla de sorpresa y calidez a Lou abrazar la barriga redonda de Edie. Es la primera vez que se acerca a alguien después del incidente de esta mañana.

“¿Puedo estar contigo cuando empieces a trabajar en Perfezione?” pregunta Lou, con la voz llena de emocionada expectativa.

Edie sonríe, despeinando el cabello de Lou. “¡Claro, pequeña! Siempre y cuando no interfiera con la escuela, ¿vale?” Me guiña un ojo.

Lou se vuelve hacia mí, con ojos suplicantes. Dudo, sin querer hacer promesas que no pueda cumplir. “Ya veremos, cielo. La escuela es muy importante.”

Lou gime. “No eres divertida.” Pone un puchero y Edie ríe.

Nos despedimos y volvemos hacia Perfezione. “Entonces, ¿qué opinas? ¿Qué dirá el nonno sobre los proyectos?” le pregunto a Lou.

Ella salta a mi lado, con una ligera sonrisa en el rostro. “Le gustarán mucho, mamá. Especialmente el área de exhibición nueva.”

Llegamos a Perfezione y entramos. Los familiares aromas de tela y cuero me golpean, ahora mezclados con el persistente olor a humo. Lou se apresura hacia la parte trasera de la tienda, ansiosa por ver si Zip ya ha llegado.

De repente, un grito desgarrador rasga el aire. El corazón se me sube a la garganta mientras corro detrás de Lou.

“¡Lou! ¿Qué pasa?” grito, atenazada por el miedo.

Doblo la esquina y me detengo abruptamente. El mundo parece derrumbarse mientras observo la horrible escena que se desarrolla frente a mí.

El cuerpo de Zip yace inmóvil en el suelo, su rostro normalmente vivaz está pálido e inerte. Hay sangre, mucha sangre.

“¡¡Nonno!!” El grito angustiado de Lou me saca del shock.

Me apresuro hacia adelante, con las manos temblorosas mientras busco el pulso de Zip. “Lou, llama al 911. *¡Ahora!*”

ANGELO

En la habitación hay un silencio sepulcral, tanto que se podría escuchar caer un maldito alfiler al suelo. Me inclino hacia adelante, con los ojos fijos en Don Ricci, sentado al otro lado de la mesa. La tensión en el aire es lo suficientemente densa como para poder cortarla con un cuchillo. Esta negociación podría hacer posible o no nuestras operaciones en Queens durante toda la próxima década.

"Con todo el respeto, Don Ricci," digo, con voz calmada pero afilada como una cuchilla. "Tu propuesta es inaceptable. Ambos sabemos que los muelles valen el doble de lo que estás ofreciendo."

Veo el rostro de Ricci enrojecer de rabia, pero antes de que pueda replicar, mi teléfono comienza a vibrar en el bolsillo. Sin romper el contacto visual, lo apago en silencio. Sea lo que sea, puede esperar.

"Ahora," continúo, "veamos si podemos discutir un acuerdo que no sea una pérdida de tiempo para ambos."

Durante la siguiente hora, conduzco magistralmente la negociación, con mi agudeza y resolución inquebrantable que gradualmente debilitan la resistencia de Ricci. Cuando nos damos la mano, la Famiglia Pirelli se ha asegurado no solo el puerto, sino también una parte lucrativa de las operaciones de juego de los Ricci.

Mientras Don Ricci y sus hombres se van, Jimbo me da una palmada en el hombro. "Buen trabajo, Angelo. Al final, prácticamente lo redujiste a suplicar como un perro."

Me permito una pequeña sonrisa de satisfacción antes de tomar el teléfono. Es hora de descubrir quién demonios intentaba interrumpirme.

Me paralizo cuando veo que son veinte llamadas perdidas de Fee.

"Mierda," murmuro, llamándola inmediatamente.

Fee responde de inmediato, y su voz, al borde de la histeria, me llega desde el otro lado de la línea con tanta fuerza que incluso Jimbo puede escucharla. "¡Angelo! Oh, Dios, Angelo... se trata de Zip. Estamos en el hospital."

Mi agarre sobre la silla se aprieta, los nudillos se ponen blancos. Mi mente corre hacia el peor escenario: Zip ha muerto. Pero las siguientes palabras de Fee logran abrirse paso a través de mi creciente pánico.

"Está vivo, pero fue atacado. Está grave, Angelo. Te necesitamos."

"Estoy en camino," digo, poniéndome de pie de un salto. "¿Qué hospital?"

Mientras Fee me da los detalles, Jimbo ya está al teléfono con Marco, ordenándole que traiga el coche a la salida.

"¿Qué ha pasado?" Me pregunta Jimbo mientras nos apresuramos hacia el ascensor.

“Zip fue atacado,” gruño, olvidando mi triunfo anterior ante esta nueva crisis. “Alguien va a pagar caro por esto.”

En el coche, mi mente se arremolina con los posibles culpables. Debe haber sido Gino o Jonah. Son las únicas dos personas que tienen problemas con los Saldano.

Pero una cosa es segura: quienquiera que haya sido *lo pagará*.

Marco atraviesa el tráfico, y mientras tanto aprovecho para hacer una serie de llamadas rápidas: a mi equipo de seguridad, ordenando una mayor protección para Fee, Lou y ahora también Zip, luego a mis contactos en el departamento de policía, pidiéndoles que prioricen la investigación.

Cuando nos detenemos frente al hospital, he puesto en marcha una maquinaria de personas y favores que no dejará nada al azar para encontrar al agresor de Zip.

Jimbo logra convencer a la recepción para que nos dé el número de habitación de Zip, y después de unos minutos ya estamos en camino al piso superior. Una vez que llegamos a la sección correcta, veo a Fee caminando nerviosamente fuera de una habitación.

“Sofia.”

Su cabeza se levanta de golpe, y cuando me ve, su rostro se descompone en lágrimas. Se lanza a mis brazos, sollozando, y la estrecho contra mí, respirando su aroma familiar, tratando de darle todo el consuelo posible.

“¿Qué dijeron los médicos?” Le pregunto suavemente, acariciándole el cabello.

Fee solloza, lucha por no atropellarse con las palabras, sacudida por el llanto. “Dijeron... dijeron que tiene una fuerte conmoción cerebral y... y algunas costillas rotas. Pero... pero no hay hemorragia interna. Lo mantendrán en observación.”

Suspiro aliviado. El viejo es duro, pero necesitará mucho tiempo para recuperarse.

Entramos en la habitación del hospital, y la visión de Zip acostado inconsciente en la cama me golpea fuerte. Parece tan frágil, su rostro aún más pálido rodeado de las sábanas blancas. Tubos y cables lo conectan a varias máquinas que emiten un pitido constante para monitorear sus signos vitales.

Mi mirada se posa en Lou, acurrucada en una silla en la esquina. Su rostro está vacío, los ojos fijos en la nada. Su chispa habitual ha desaparecido, reemplazada por una expresión sombría que no le queda nada bien a la niña normalmente radiante.

“Lou... ella encontró a Zip,” me dice Fee en voz baja, secándose los ojos. “Estaba cerca de la oficina trasera.”

Jimbo se aclara la garganta. “Voy a buscar café para todos,” se disculpa, escabulléndose de la habitación.

Maldito bastardo. Siempre ha odiado los hospitales y todo lo que implique emociones.

Me siento junto a Lou, tratando de mantener un tono de voz suave y dulce. “Hey, Louisville. ¿Cómo te sientes?”

La cabeza de Lou se vuelve hacia mí, sus ojos brillan de rabia. “NO me siento bien,” estalla. “Hoy ha sido un día horrible. ¿Por qué todos quieren hacerle daño a nuestra familia?”

Asiento, comprendiendo su frustración y miedo. “Lo entiendo, Lou. Ha sido un día difícil.”

Se vuelve hacia otro lado, su pequeño cuerpo está rígido por la tensión. La observo por un momento, con el corazón apretado por esta niña que ha tenido que enfrentar tantas cosas en tan poco tiempo.

“Hey,” le digo suavemente. “¿Qué tal si vamos a buscar un refrigerio en la máquina expendedora? Podría hacerte sentir un poco mejor.”

Lou duda pero sacude la cabeza. “No.”

“Vamos, Lou,” se une Fee, agachándose frente a su hija y tratando de acariciarle la mano de manera reconfortante. Lou se aparta del toque de su madre.

“No. No quiero,” responde, con el ceño fruncido.

“Te dejaré tomar lo que quieras,” le digo a Lou. “Cualquiera que sea tu refrigerio o dulce favorito.”

Lou me mira mal. “Dije: *no*.”

“Lucille Saldano,” dice Fee bruscamente, y Lou también la mira sorprendida. “No te he educado para ser grosera. Angelo te está pidiendo amablemente si quieres un dulce de la máquina expendedora. La respuesta que espero de ti es *'sí, gracias'*. ¿Me he explicado bien?”

Lou lanza una mirada fulminante a su madre, pero se levanta de la silla y baja. “Está bien,” dice entre dientes, saliendo de la habitación.

Dios, ayúdame, por favor.

Caminamos por el pasillo del hospital, las duras luces fluorescentes proyectan un brillo nauseabundo en las paredes de color verde pálido. El aire está denso de desinfectante, que apenas enmascara el olor de las enfermedades y las preocupaciones. Las enfermeras se apresuran a pasar, sus zapatos crujen sobre el suelo de linóleo brillante, mientras el *bip* constante de las máquinas resuena desde las habitaciones cercanas.

“Odio los hospitales,” murmuro, más para mí mismo que para Lou.

Ella alza la mirada hacia mí, sus ojos azules brillan con aguda inteligencia. “¿Es porque has hecho que mucha gente termine aquí?”

Mierda, no esperaba una respuesta *así*.

Me detengo, quedándome quieto en mi sitio. Lou cruza los brazos, mirándome con una expresión demasiado consciente para sus nueve años. Suspiro, pasando una mano por mi cabello.

“No, pequeña. No es eso,” digo, decidiendo ser sincero. “La última vez que estuve en un hospital, llegué demasiado tarde para salvar a mi padre.”

Lou parece calmarse y sus ojos se suavizan ligeramente. Claramente no se esperaba eso. “¿Qué le pasó?”

Dudo, pero algo en su mirada me dice que puede soportar la verdad. “Su coche explotó. La explosión le perforó un riñón. Y yo... no llegué a tiempo para darle el mío.”

No necesita saber cuán a menudo sueño con ese día.

El rostro de Lou permanece inexpresivo, pero su voz es dulce cuando vuelve a hablar. “¿Era una buena persona? ¿Tu padre?”

Los recuerdos de mi padre me asaltan de repente: su sonrisa, su risa estruendosa, su capacidad para ser el mejor Don que jamás había visto... Asiento, sintiendo un nudo en la garganta. “Sí, era el mejor del mundo.”

“Debe haber sido bonito,” dice Lou, con una repentina amargura en la voz. “Mi padre apesta. Intentó secuestrarme.”

Antes de que pueda responder, ella se aleja de nuevo, dejándome con la sensación de haber sido atropellado por un tren de mercancías cargado de emociones. Esta niña, con su mente aguda y su lengua aún más afilada, logra desconcertarme cada vez.

Miro al techo, como si pudiera encontrar allí las respuestas que necesito. Estoy completamente perdido con esta niña.

Lou casi ha llegado a la máquina expendedora y me apresuro a seguirla. Cuando la alcanzo, ya está mirando los bocadillos expuestos, con el ceño fruncido por la frustración.

“Todos estos dulces apestan,” murmura.

Saco la cartera, intentando mantener un tono ligero. “Vamos, seguro que aquí dentro hay

algo que te guste. ¿Qué te parece el chocolate? Hay Reese's y a todos les encanta...”

Lou se gira hacia mí, con los ojos brillando de rabia. “¡No! Odio todos los dulces de aquí. Y también te odio a ti. *¡Déjame en paz!*”

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Me siento sorprendido, pero trato de recordarme que sólo se trata de una niña traumatizada. Aun así, a pesar de mis esfuerzos, siento que mi irritación sube a la superficie.

“Bueno, perdóname por intentar ayudarte,” respondo, con la voz más cortante de lo que pretendía. “La próxima vez te dejaré mirar la máquina en silencio.”

Lou parece sorprendida por mi respuesta, pero endereza los hombros y me lanza una mirada furiosa. “Todo iba bien hasta que llegaste a Perfezione,” replica. “Desde que entraste en nuestras vidas, siguen ocurriendo cosas malas.”

¿Qué demonios? ¿En serio me está culpando por todo esto? ¿Qué mierda he hecho yo? Si acaso, debería culpar a ese idiota de Gino Timpone, ya que *él* fue quien comenzó todo este desastre.

De repente, comprendo su situación. No se trata de mí ni de los bocadillos. Lou está asustada, abrumada por todo lo que ha pasado. Y yo soy el blanco más seguro para su rabia: el último en llegar a su vida, alguien con quien puede desahogarse sin miedo a perderlo.

Tomo una respiración profunda, obligándome a calmarme. “Lou,” digo, con una voz más suave que antes. “Sé que tienes miedo. Hoy han pasado muchas cosas aterradoras. Pero te prometo que no soy la causa de estas malas cosas: estoy aquí para ayudar, para protegerte a ti y a tu madre.”

Los ojos de Lou se entrecierran, su incredulidad es evidente en su rostro. “Si eso es cierto, entonces ¿por qué no protegiste a Zip? ¿Por qué no detuviste a Jonah? ¿O a Gino?” Hace una pausa, luego lanza el golpe final. “Ni siquiera pudiste proteger a tu propio padre.”

Joder, eso *duele*.

Veo rojo, mis manos se aprietan en los costados y me toma toda la fuerza de voluntad para no abofetearla, aquí y ahora. Me recuerdo continuamente que es sólo una niña, pero las palabras que ha dicho queman igual.

“Lou,” digo con voz severa. “Te hablo de mi padre porque quería ser honesto contigo sobre por qué odio los hospitales. Eso *no* te da derecho a usar su muerte contra mí. No vuelvas a hacer algo tan estúpido.”

El labio inferior de Lou tiembla, pero se mantiene firme, mirándome con desafío.

Respiro profundamente de nuevo. “Lamento lo que le pasó a Zip. Estoy haciendo lo mejor que puedo para detener a Jonah y a Gino. Pero no puedo estar en todas partes al mismo tiempo.”

De repente, la dura fachada de Lou se desmorona. Las lágrimas llenan sus ojos. “Tengo mucho miedo,” susurra.

Su vulnerabilidad me toma por sorpresa. Dios, ¿y ahora qué hago? Ni siquiera sé qué necesitan los niños cuando están tristes o alterados.

“¿Quieres... un abrazo?” Vacilo, ofreciéndolo.

Lou asiente, luego se lanza a mis brazos, su pequeño cuerpo sacudido por los sollozos.

“Estoy tan enfadada,” solloza, con la cara presionada contra mi camisa. “Siempre.”

Le acaricio suavemente el cabello. “Lo entiendo, pequeña. La rabia es algo difícil de manejar. ¿Sabes qué me ayuda a mí?”

Levanta la mirada hacia mí, curiosa a pesar de las lágrimas. “¿Qué?”

“Respirar profundamente,” digo. “Y contar hasta diez. A veces, cuando estoy muy enfadado, imagino que pongo toda la rabia en un globo y luego lo dejo volar.”

Lou piensa en ello, mordiéndose el labio inferior mientras reflexiona. “¿Funciona?”

Asiento. “La mayoría de las veces. Pero requiere práctica.”

Se queda en silencio por un momento, luego susurra: “Lo siento, Angelo. No te odio de verdad.”

“Lo sé, pequeña,” le digo con dulzura. “Lo sé.”



POR LA NOCHE, cuando regresamos a mi casa, el peso de los eventos del día cae sobre todos nosotros. Mientras Lou sube a su habitación, me vuelvo hacia Fee, notando el cansancio en su rostro.

“¿Estás bien?” Le pregunto suavemente, abrazándola con delicadeza.

Fee se apoya en mí, dejando escapar un suspiro profundo. “No lo sé, Angelo. Todo esto es... demasiado.”

Nos movemos hacia la sala y no puedo evitar apretar los puños al pensar en la confirmación que Zip me dio después de despertar por la tarde. Confirmó que fue Gino quien lo atacó. Personalmente. “Esta vez Gino ha ido demasiado lejos,” gruño.

Fee me mira con preocupación, sus ojos empañados por las lágrimas. “¿Qué vamos a hacer?”

Paso una mano por mi cabello, con la mente trabajando rápidamente para encontrar una solución. “Hay algo más profundo en juego. No se trata solo del odio de Gino hacia lo que representas. Necesitamos hablar con tu madre sobre Antoni y el acuerdo entre Perfezione y los Timpone.”

Fee se tensa en mis brazos. “No lo sé, Angelo. Mi madre y yo... ya sabes, es complicado.”

“Lo sé,” digo suavemente, besándola delicadamente en la frente. “Pero necesitamos respuestas. Esta podría ser nuestra mejor oportunidad para entender qué está pasando realmente.”

Fee duda, luego suspira con resignación. “Está bien, la llamaré.”

La observo mientras hace la llamada, notando la tensión en sus hombros y su mirada fija. La conversación es breve y cuando Fee cuelga, su rostro es una máscara de irritación.

“¿Y bien?”

“Aceptó vernos mañana. En su casa,” dice Fee, con gran reticencia en su voz.

Asiento, sintiendo una mezcla de alivio y aprensión. “Bien. Es un comienzo.”

A la mañana siguiente, Fee organiza con Shawn para que lleve a la pequeña a la escuela. Lou no quería ir, pero Fee se lo impuso de todos modos. Una vez que Lou está segura con Shawn, nos dirigimos a Staten Island.

Marco embarca el coche en el ferry, y el horizonte de Manhattan se aleja lentamente detrás de nosotros. Miro a Fee, notando cómo se inquieta en el asiento, moviendo nerviosamente los dedos sobre su regazo.

Me acerco y entrelazo nuestros dedos. “¿Qué te preocupa?”

Fee duda, con la mirada fija en el agua. “Es... mi madre,” dice finalmente. “Hay algo que deberías saber antes de llegar a verla.”

Levanto una ceja. “Te escucho.”

Toma una respiración profunda antes de exhalar lentamente. “Mi madre estaba casada con un médico muy rico, el doctor Dexter Schultz. Se divorciaron hace unos años.”

“¿Dexter Schultz?” La interrumpo, sorprendido. “¿El famoso cirujano plástico?”

Fee asiente. “Sí, él mismo. Consiguió un muy buen acuerdo de divorcio. Ahora vive... bueno, ya lo verás.”

Su respuesta críptica me desconcierta, pero no insisto. Mientras bajamos del ferry y recorremos las sinuosas calles de Staten Island, noto cómo las casas se vuelven cada vez más grandes y opulentas.

Finalmente, Marco gira en una avenida con verja y abro la boca de asombro. La casa, más bien la mansión, que tenemos delante es simplemente espectacular. Es una propiedad extensa de estilo mediterráneo, toda de estuco blanco y tejas de terracota. Está rodeada de jardines cuidados, con fuentes y lo que parece ser una cancha de tenis asomando desde detrás de la casa.

"Dios mío," murmuro. "¿Aquí es donde vive tu madre?"

Fee asiente, su rostro es una mezcla de vergüenza y algo más. ¿Rabia, tal vez? "Bienvenido a Casa Cher," dice, con voz cargada de sarcasmo.

Mientras nos detenemos frente a la gran entrada, me golpea el marcado contraste entre esta mansión opulenta y el modesto apartamento sobre Perfezione donde Fee ha criado a Lou. Dice mucho sobre el tipo de persona que debe ser Cher, y me irrito en nombre de Fee.

Mantente tranquilo. No puedes desquitarte con Cher en este momento. Aún no.

Nos dirigimos hacia la enorme puerta de dos hojas y tocamos el timbre. Después de solo un momento de espera, un hombre con traje y corbata abre la puerta y nos mira como si fuéramos polvo bajo sus zapatos.

"¿Puedo ayudarles?" pregunta.

"Estamos aquí para ver a la señora Schultz," dice Fee, usando la voz que utiliza con los clientes en la tienda. "Nos está esperando. Soy su hija, Sofia Saldano."

El mayordomo, cuyo rostro es una máscara de indiferencia aburrida, nos conduce a una sala que podría contener fácilmente todo el apartamento de Fee. Arañas de cristal cuelgan de techos ornamentados y las paredes están adornadas con obras de arte de valor incalculable.

Cher llega pocos momentos después, vestida de pies a cabeza con ropa de diseñador, con una expresión de fingida sorpresa. "¡Sofia, querida! Y... Don Pirelli. ¡Qué sorpresa!"

Ignora completamente a Marco, nos pasa la mirada como si no existiera.

"¿Cómo está papá?" pregunta, en un tono más coloquial que preocupado.

Siento a Fee tensarse a mi lado, su cuerpo está rígido. "Se está recuperando," dice secamente.

Cher asiente distraídamente. "Bueno, ¿qué te trae hasta Staten Island? Estoy terriblemente ocupada, ya sabes. Hoy tengo varias reuniones importantes con las damas."

Algo en mí estalla. "¿Reuniones con las damas?" Casi gruño. "Tu padre está en el hospital, tu hija y tu nieta viven casi en la pobreza, y tú te preocupas por *las reuniones con las otras damas*?"

Los ojos de Cher se abren de par en par. Evidentemente no está acostumbrada a que le hablen así. "Perdón..."

"No," la interrumpo. "¿Sabes al menos que la Famiglia Timpone está tratando de obligar a Fee y a Zip a entregarles Perfezione? ¿Qué Gino Timpone quiere 4.9 millones de dólares de Fee?"

Cher se encoge de hombros, su rostro es una máscara de indiferencia. "No veo cómo pueda ser mi problema."

Ignoro la mirada de advertencia de Fee, mientras mi rabia estalla. "Es *tu* problema porque se trata de *tu* familia. ¿Por qué no le das a Sofia el dinero para comprar Perfezione? Es obvio que tienes más que suficiente."

El rostro de Cher se endurece. "¿Ese lugar?" escupe. "Odio Perfezione. Me niego a tener nada que ver con esto."

"¿Aunque eso signifique que tu hija y tu nieta puedan acabar en la calle?" Estoy incrédulo.

Los ojos de Cher se entrecierran. "Sofia tomó sus decisiones. Prefirió esa tienda a una

verdadera carrera, a una vida real, desde que abrió las piernas y se dejó embarazar. No voy a alimentar su locura."

¿Habla *en serio*, joder?

Siento la mano de Fee en mi brazo, tratando de calmarme, pero ya estoy más allá de esas etapas.

"*¿Locura? ¿Abrir las piernas?* Tenía quince años, maldita sea. Fue *agredida sexualmente*. Está criando a *tu* nieta. Está manteniendo viva la herencia de tu padre, joder. ¿Eso sería locura para ti?"

Cher agita una mano, despidiéndome. "No puedes entender. Ahora, si no hay nada más, realmente debo prepararme para mis reuniones."

Cuando se da la vuelta para irse, pregunto: "Necesitamos saber sobre el acuerdo entre Antoni Timpone y Perfezione. No es solo un acuerdo de caballeros que involucra a Antoni y Zip. ¿Por qué no nos lo cuentas?"

Cher se detiene, dándonos la espalda. Por un momento, la habitación cae en completo silencio, el único sonido es la respiración irregular de Fee. Luego, lentamente, se vuelve hacia nosotros, con el rostro ilegible. "¿De verdad quieres abrir esa lata de gusanos, Angelo Pirelli? Confía en mí, algunos secretos es mejor dejarlos enterrados."

No. Jódete. No se va a salir con la suya con esta excusa de mierda. Me levanto, enderezándome en toda mi altura, mi presencia llena la habitación. Mi voz se vuelve más baja, con un tono peligroso que suelo reservar para las Famiglias rivales y los traidores.

"Siéntate, Cher," ordeno, sin apartar los ojos de los suyos. "Este secreto va a salir, de una forma u otra. La forma más sencilla es que nos lo cuentes ahora. La forma difícil... bueno, digamos que no quieres descubrir en qué consiste."

Los ojos de Cher se abren de par en par, una astilla de miedo cruza su rostro. Se sienta, dejándose caer en una silla cercana, su fanfarronería se desmorona.

"Muy bien," escupe, mirándome fijamente. "¿Quieres la verdad? Aquí la tienes."

Toma una respiración profunda, sus ojos se mueven entre Fee y yo. "Antoni Timpone y yo tuvimos una relación salvaje y apasionada durante años. Él me amaba y yo lo amaba a él. Pero Antoni se volvió demasiado oscuro, demasiado poderoso. Me enamoré de otro. David Bingham."

Fee parece desconcertada. "¿Quién es?"

Cher cierra los ojos, con expresión dolorida. "Tu padre."

Siento la respiración de Fee volverse agitada. "¿Mi padre?" susurra.

Cher asiente, su rostro es una máscara de dolor y pesar. "Los celos y el carácter de Antoni... eran de proporciones épicas. Cuando me alejé definitivamente de él, se enfureció. Una noche... mató a David en un ataque de celos."

La habitación cae en completo silencio, el peso de sus palabras recae sobre todos nosotros, suspendido en el aire.

"Desde entonces me ha pagado para que guardara silencio sobre el asesinato," continúa Cher, con voz vacía. "Eso incluía pagar también Perfezione. Dejamos que todos creyeran que era por la bondad de su corazón, pero en realidad... era dinero sucio. Manchado de sangre."

Siento a Fee temblar a mi lado. Instintivamente, la rodeo con un brazo.

"¿Y ahora?" Mi voz es dura.

Cher se encoge de hombros, indiferente. "Ahora Antoni está muerto. No puedo culpar a Gino. A él no le importan los pecados de su padre."

Elaboro esta información, mi mente trabajando rápidamente. "Entonces Gino no quiere Perfezione solo por lo que representa. Está tratando de borrar todas las pruebas de la culpabilidad

de su padre.”

Cher asiente, su labio inferior tiembla mientras retuerce las manos sobre su regazo.

“Exactamente. Y no se detendrá hasta que consiga lo que quiere.”

SOFIA

El zumbido en mis oídos ahoga todo lo que me rodea mientras intento procesar las palabras de mi madre. Mi padre... David Bingham. Un nombre que nunca conocí. Un rostro que nunca veré. Asesinado por Antoni Timpone en un ataque de celos. Es demasiado para asimilar.

Junto a mí, la voz de Angelo corta la niebla que envuelve mi mente, su tono afilado por la rabia. "¿Se lo ocultaste todos estos años? Dejaste que luchara, que Lou creciera prácticamente en la pobreza, cuando podrías haberla ayudado. Tenías suficiente dinero para hacerlo, maldita sea."

Veo el rostro de mi madre parpadear entre la vergüenza antes de endurecerse con un aire desafiante. "No lo entiendes," replica. "Tenía miedo. De Antoni, de la verdad que podría salir a la luz. Pensé que la estaba protegiendo."

Sus palabras me golpean como una bofetada y siento las lágrimas subir a mis ojos. "¿Protegerme... *a mí*?" Mi voz sale ahogada, llena de emociones contradictorias. "No, nunca me protegiste. Tuviste una serie interminable de hombres en tu vida y siempre me ignoraste. ¿Por qué debería creerte ahora?"

Cher retrocede, como si la hubiera golpeado. "Sofia, por favor. Tienes que entender que..."

"¿Entender qué?" La interrumpo, mientras la rabia finalmente logra abrirse camino a través del shock. "¿Que me dejaste creer que nunca sería suficiente? ¿Qué me viste luchar por criar a Lou, por mantener a flote Perfezione, y no hiciste nada? Y todo mientras tú vivías en este... en este palacio?"

Señalo furiosa la opulenta habitación que nos rodea, sintiéndome enferma por el marcado contraste entre esta vida y la que yo tuve que vivir.

"No sabía cómo decírtelo," suplica Cher, con los ojos llenos de lágrimas. "¿Cómo le dices a tu hija que su padre fue asesinado por tu culpa?"

"¡Le dices la verdad y punto, joder!" Grito, dejando salir años de frustración y dolor reprimidos por demasiado tiempo. "¡La apoyas! ¡No abandonas a ella y a su hija!"

El brazo de Angelo alrededor de mis hombros me estrecha, devolviéndome la calma. Tomo una respiración temblorosa, intentando recuperar el control.

"Durante todos estos años," empiezo a decir, con una voz más calmada pero no menos intensa, "pensé que había algo mal en mí. Que no era lo suficientemente buena para ser amada por ti. Pero en realidad era la culpa, ¿verdad? No podías soportar mirarme porque te recordaba a él."

El silencio de Cher es la confirmación que necesitaba. Siento algo romperse dentro de mí y al mismo tiempo recomponerse. El peso de su rechazo, que he llevado conmigo durante tanto tiempo, de repente se levanta de mis hombros.

"Que te jodan," escupo, sorprendiéndome incluso a mí misma por el veneno en mi voz. "He

pasado toda mi vida buscando una explicación para tu comportamiento, encontrando excusas para justificar por qué no podías amarme. Pero ahora veo la verdad. Solo eres egoísta."

Los ojos de Cher se abren de par en par, su boca se abre y se cierra como la de un pez. Por una vez, parece haberse quedado sin palabras.

"Espero que tengas una vida fantástica," continúo, con la voz empapada de sarcasmo. "Porque yo he terminado. He dejado de intentar obtener tu aprobación, de esperar que pudieras ser la madre que siempre necesite. Llegué hasta aquí sin ti y seguiré adelante."

Me pongo de pie de golpe, con las piernas temblorosas pero una firmeza decidida. "Vámonos," ordeno, sin mirar ni a Angelo ni a Marco. "Aquí hemos terminado."

Mientras me dirijo hacia la puerta, oigo a mi madre llamarme por mi nombre, con una voz desesperada. Sin embargo, no miro atrás. No puedo. Si lo hiciera, podría derrumbarme y me niego a darle esa satisfacción.

Que se quede ardiendo en su culpa, pienso amargamente. Si es que es capaz de sentir algún tipo de culpa.

Salgo de la casa y la luz del sol me ciega momentáneamente. No me detengo, continúo hacia el coche, con la vista empañada por las lágrimas que no he derramado.

Una vez dentro del auto, finalmente me permito derrumbarme. Mi cuerpo es sacudido por sollozos mientras años de dolor, confusión y anhelo se derraman sobre mí. Siento el brazo de Angelo rodeándome y sus palabras reconfortantes, pero parecen tan lejanas.

Todo lo que puedo sentir es la herida abierta donde debería haber estado el amor de mi madre. Sin embargo, entre el dolor se mezcla una extraña sensación de liberación. La verdad, por devastadora que sea, me ha liberado de una vida buscando una aprobación que nunca obtendría.

Mientras Marco pone el auto en marcha, tomo una respiración temblorosa y me limpio los ojos. He dejado de ser víctima de las decisiones de mi madre.

Angelo me acaricia la espalda, trazando círculos relajantes mientras intento recomponerme.

"Sabes," dice, con un toque de humor negro en la voz. "Siempre puedo hacer que mis hombres se encarguen de Cher, si eso te haría sentir mejor."

A pesar de todo, no puedo evitar reír. "No, no. Como le dije a Lou, la violencia no siempre es la respuesta a todo."

Suspiro pesadamente, dejándome llevar por el abrazo de Angelo. "Al menos ahora entiendo por qué Gino odia tanto a mi familia y a mí. Solo desearía que tuviéramos algo con lo que amenazarlo para que desistiera de su objetivo de hacerse con Perfezione."

Angelo asiente pensativo. "Zip identificó a Gino como su agresor, pero no será suficiente. Incluso un abogado no muy brillante podría argumentar que Zip estaba confundido, dada su edad y el trauma sufrido."

Permanecemos en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. De repente, la voz de Marco irrumpe desde el asiento delantero.

"Perdón por interrumpir," dice con duda. "Las cámaras que Don Angelo hizo instalar en Perfezione... ¿funcionan?"

Parpadeo, sorprendida por la pregunta. "Sí, funcionan perfectamente. ¿Por qué?"

Los ojos de Marco se encuentran con los míos en el espejo retrovisor. "Bueno, si funcionan, ¿no deberíamos revisar las grabaciones? Podríamos tener una prueba en video de la agresión de Gino a tu nonno."

Todo queda en silencio en el auto mientras Angelo y yo procesamos esta información. Luego, el rostro de Angelo se ilumina con una amplia sonrisa.

"Marco, eres un maldito genio," exclama.

Siento una oleada de esperanza, como si la Navidad hubiera llegado temprano. “¡Oh, Dios mío, tienes razón! ¡Podríamos haberlo grabado con la cámara!”

Angelo ya está sacando su teléfono. “Voy a pedir que me envíen de inmediato la grabación para revisarla. Además, Romero está en Chicago, reuniendo información sobre los aliados de Gino.”

Se vuelve hacia mí, sus ojos oscuros brillando con determinación. “Fee, podríamos haber encontrado la palanca que necesitábamos.”

Por primera vez desde que salí de la casa de mi madre, siento una sonrisa genuina extendiéndose por mi rostro. “Vamos a hundir a ese bastardo,” digo, con la voz cargada de renovada determinación.

Mientras aceleramos hacia la ciudad, siento un cambio en el aire. Ya no estamos reaccionando a las jugadas de Gino. Ahora estamos pasando al ataque.

Gino Timpone ni siquiera sabrá qué lo golpeó.



UNA VEZ de vuelta en la casa de Angelo, me doy cuenta de que Lou solo tuvo medio día de clases hoy y que pronto tendremos que ir a recogerla.

“Bien, vayamos entonces”, dice Angelo mientras Marco le lanza las llaves. “Y dado que ayer tuvo un día de mierda, vamos a comprarle también un dulce. ¿Cuál es su favorito?”

“Starbucks”, respondo, pensando en cuántas veces Lou me ruega que le compre una de sus bebidas.

Angelo pone una mueca. “Starbucks, ¿en serio? Pero su café es una mierda.”

Me encojo de hombros. “Me preguntaste cuál es su favorito.”

Angelo suspira. “Sí, ya veo. No importa, igual la haré conocer un buen café de verdad. No esa porquería que sabe a quemado.”

Mientras nos acercamos al drive-thru de Starbucks, Angelo se inclina hacia adelante, entrecerrando los ojos hacia el tablero del menú.

“¿Qué demonios es un Frappuccino?”, murmura.

No puedo evitar reírme. “Es el favorito de Lou. Pide un Frappuccino grande de caramelo.”

Angelo hace una mueca y luego habla al micrófono del drive-thru con su habitual tono autoritario. “Necesito un... Frappuccino de caramelo grande.”

La alegre voz del barista responde de inmediato. “¿Lo quiere con crema batida?”

Angelo me mira, con pánico en los ojos. Asiento, alentándolo.

“Sí. Crema batida. Por favor”, agrega, pensándolo mejor.

El barista nos da el total e indica acercarse a la ventanilla. Angelo se sobresalta cuando escucha el precio.

“¿Seis dólares por una maldita bebida como esa?” Parece horrorizado. “¿Y quién demonios le pone crema batida al café?”

“No es un café real”, digo, riéndome de su expresión. Está tan disgustado como si un perro acabara de orinarle en el zapato. “Es una bebida que es una mezcla entre un batido y un café helado.”

“¿Pero seis dólares?”

Me duelen los costados de tanto reír. “Angelo, ¿*nunca* has estado en Starbucks?”

“Claro que no.” Parece ofendido por la pregunta. “Ningún italiano que se respete va a Starbucks a tomar café. Mi padre debe estar revolviéndose en la tumba al saber que estoy aquí.”

Cuando nos detenemos en la ventanilla, Angelo examina la bebida como si pudiera explotar. “¿Estás segura de que es esto? Parece... raro.”

Le acaricio el brazo, tranquilizándolo. “Confía en mí, está perfecto. A Lou le encantará.”

Cuando nos acercamos a la escuela, veo a Lou cerca de las puertas. Estoy a punto de saludarla, pero mi corazón se encoge cuando veo que está enfrentándose de nuevo al matón, Jake. Comienzo a abrir la puerta, pero la mano de Angelo en mi brazo me detiene.

“Espera”, me dice suavemente. “Debe arreglárselas sola.”

Miro al matón, que se cierne sobre Lou, con el corazón en la garganta. Pero mi hija se defiende, su pequeña figura irradia determinación.

El matón hace el primer movimiento, lanzando un puñetazo torpe hacia adelante. Lou lo esquiva sin problemas, tal como le enseñó Angelo. Cuando el matón pasa tambaleándose junto a ella, Lou gira sobre un pie y su puño derecho golpea a Jake directamente en la mandíbula.

El matón retrocede tambaleándose, con la cara sorprendida. Lou no le da tregua y lo sigue con un rápido golpe directo que choca contra su plexo solar, haciéndolo caer de espaldas. Mi pequeña pone un pie sobre él y lo hace rodar fácilmente.

“Déjame en paz”, dice Lou con firmeza, su voz resonando en el patio de la escuela. “O la próxima vez será peor.”

El matón asiente frenéticamente, tirado bajo ella. Hay un momento de silencio atónito, luego los otros estudiantes estallan en aplausos.

Antes de que pueda reaccionar, Angelo sale del auto y corre hacia Lou. La agarra de la mano, levantándola en el aire como si acabara de ganar una pelea de boxeo. “¡Esa es mi chica!” grita, radiante de orgullo. “¡La campeona Louisville, la Golpeadora!”

Salgo del auto justo cuando un maestro corre hacia los niños, dispersando a la multitud de estudiantes que vitorean. “Jake, a la oficina del director. Ahora”, ordena, antes de dirigirse a Lou. “Tú también, señorita.”

“Oye, ella solo se estaba defendiendo”, comienza a argumentar Angelo.

El maestro lo interrumpe bruscamente. “Tenemos una política de tolerancia cero para las peleas. No se hacen excepciones.”

Pongo una mano en el brazo de Angelo. “Yo me ocupo”, digo con dulzura. “Lou y yo volveremos a casa caminando.”

Angelo niega con la cabeza, pero corre hacia el auto y vuelve con el Frappuccino. Los ojos de Lou se iluminan y lo toma con entusiasmo.

“Aquí está tu recompensa por finalmente patearle el trasero a ese matón”, dice Angelo en voz alta, sonriendo.

El maestro parece a punto de explotar. “No estás ayudando”, susurro, guiando a Lou hacia la escuela.

Lou lanza una mirada a Angelo, guiñándole un ojo cómplice.

Santo cielo. Es una influencia terrible.

De repente, un hombre se acerca corriendo, con el rostro rojo de ira. Llega frente a mí, poniéndose cara a cara, escupiendo saliva y gritando. “¡Vi lo que pasó! ¡Tu mocosa atacó a mi hijo! ¡Exijo que sea castigada!”

Abro la boca para responder, pero Angelo se interpone entre nosotros. Su actitud cambia inmediatamente: sus ojos se endurecen y agarra el brazo del hombre. “Vamos a dar un paseo”, dice, con voz baja y peligrosa.

El hombre se aparta de su agarre. “¡Vete al diablo! ¿Quién te crees que eres?”

Angelo no retrocede. Al contrario, se acerca, con la voz apenas más alta que un susurro, pero

con un tono amenazante que me congela la sangre.

“Soy el hombre que sabe sobre sus deudas de juego, señor Thompson. Esas que ha escondido de su esposa. Esas que podrían costarle su trabajo si salieran a la luz... Oh, sí, lo sé todo. Desde que mi pequeña me contó cómo su hijo la acosa a ella y a otros niños, hice algunas investigaciones.” La mano de Angelo se aprieta. “Ahora vamos a dar ese paseo y escuchará con mucha atención lo que tengo que decir sobre el problema de intimidación de su hijo. ¿Estamos claros?”

Cualquier rastro de color desaparece del rostro del señor Thompson. Asiente temblando y deja que Angelo lo conduzca lejos.

Permanezco inmóvil, asombrada, mientras Angelo toma el control de la situación sin esfuerzo. Me recuerda quién es, el poder que ejerce. Y mientras una parte de mí se siente perturbada, otra parte se siente extrañamente segura.

Mientras llevo a Lou al interior de la escuela, no puedo evitar preguntarme qué otras sorpresas guarda Angelo bajo la manga.

Una cosa es segura. La vida con él nunca será aburrida.

ANGELO

Camino rápidamente, prácticamente arrastrando a Thompson lejos de la escuela, con un firme agarre en su brazo. Se queja furiosamente, protestando, con una voz que me irrita hasta el punto de ponerme los nervios de punta.

"¡Esto es una violación de mis derechos!" balbucea, intentando liberar su brazo. "¡No puedes hacer esto! ¡Te demandaré personalmente, delincuente! ¡¿Sabes quién soy?"

Alzo los ojos. "Sí, sé exactamente quién eres. Un pequeño contable con un problema de juego que está a punto de perderlo todo si no cierra esa maldita boca y me escucha."

El rostro de Thompson palidece, pero no se detiene. "¡Tú... tú no sabes nada! ¡Llamaré a la policía!"

"Oh, por favor, hazlo. Salúdame al capitán. Somos grandes amigos."

Thompson abre la boca para responder, pero ya he tenido suficiente. Con un movimiento rápido, abro el maletero de mi auto y lo empujo dentro, cerrando con él y sus protestas adentro. Sus gritos ahogados resuenan en el auto mientras me meto en el asiento del conductor, subiendo el volumen de la música para no escucharlo.

Doblo la esquina hacia un callejón cercano y apago el motor. El silencio repentino solo es interrumpido por los golpes frenéticos de Thompson en el maletero. Me tomo un momento para saborear la calma antes de salir del auto.

Con tranquilidad, voy hacia la parte trasera del coche y abro el maletero. El olor a orina recién hecha me golpea las fosas nasales y frunzo el ceño con disgusto. "Qué asco, Thompson," murmuro.

Tiene los ojos llenos de miedo mientras me mira, acurrucado en el maletero. Bien. El miedo es exactamente lo que necesito de él en este momento.

"Ahora," digo con voz ligera y divertida. "¿Estás finalmente listo para escuchar? ¿O necesitamos dar un paseo más largo?"

Thompson sacude frenéticamente la cabeza. "¡Por favor!" gimotea, suplicante. "Te escucharé. Solo... no me hagas daño."

Sonrío. Dios, esto es delicioso. "¿Hacerte daño? No, no te haré daño, Thompson. Te ayudaré. Mira, sé de los cincuenta mil dólares que debes a Big Mike. Sé del dinero que has sustraído de tu empresa para cubrir tus apuestas. Y sé que, si tu esposa o tus jefes se enteraran, tu cómoda vida terminaría en un abrir y cerrar de ojos."

Frunce el ceño. Evidentemente, no pensó que estuviera diciendo la verdad cuando lo arrastré fuera de la escuela. Qué idiota.

"¿Cómo... cómo sabes todo esto?"

Me toco el costado de la nariz. "Es mi deber saber las cosas, Thompson. Esto es lo que va a

suceder. Retirarás cualquier reclamo contra Lou Saldano. Inscribirás a ese imbécil de tu hijo en algún curso antibullying y te asegurarás de que nunca vuelva a ponerle las manos encima a Lou. A cambio, haré desaparecer tu deuda con Big Mike."

Los ojos de Thompson se abren de par en par. "¿Tú... tú puedes hacer eso?"

Asiento. "Puedo. Pero si siquiera llego a oír que tu hijo ha mirado a Lou de manera equivocada, bueno..." Dejo que la amenaza quede en el aire.

"Está bien." Thompson asiente frenéticamente. "De acuerdo, lo haré. Lo juro."

Le dedico una sonrisa de oreja a oreja. "Buena elección. Ahora, veamos cómo sacarte de aquí. Apestas a orina."

Thompson baja la mirada y su rostro se pone tan rojo como una remolacha al darse cuenta de la evidencia física de su miedo.

"¿Quién eres?" solloza.

El impulso de decirle a Thompson que soy su peor pesadilla es casi demasiado tentador, pero me contengo. No sería digno ser tan banal.

En cambio, me acerco. "Digamos que soy el tipo que se asegura de que los niñatos como tú no se meen en público nunca más."

El rostro de Thompson palidece, sus ojos se abren de par en par por el terror.

Lo ayudo a salir del maletero, frunciendo el ceño por el olor. Thompson me mira esperanzado. "¿Puedes... puedes llevarme de regreso a la escuela?"

Resoplo. "Claro que no. Acabas de contaminar mi coche con tu orina. Ahora tengo que hacer que lo limpien." Señalo con el pulgar sobre mi hombro. "La escuela está a una cuadra, por allí. Disfruta tu paseo de la vergüenza."

Thompson abre la boca para protestar, pero yo ya estoy de vuelta en el asiento del conductor.

"Recuerda nuestro acuerdo," digo mientras enciendo el motor. "Mantén a raya a tu hijo, o la próxima vez daremos un paseo mucho más largo."

Salgo del callejón, dejando a Thompson de pie con los pantalones sucios. Mientras me dirijo hacia mi taller de autos, no puedo evitar soltar una risita. A veces, este trabajo tiene sus ventajas.

Ahora solo tengo que convencer a uno de mis chicos para que limpie el maldito maletero. Y tal vez conseguir un poco de desodorante para el ambiente. Los olores de miedo y orina no combinan bien con los asientos de cuero.

~

ENTRO EN MI TALLER, los olores familiares a aceite y caucho me reciben apenas salgo del auto. Joey, uno de mis mejores mecánicos, se acerca a mí, limpiándose las manos con un trapo.

"¡Jefe! No esperaba verte hoy. ¿Cuál es la ocasión?"

Sonrío, dándole una palmada en el hombro. "Joey, amigo mío. Tengo un trabajo especial para ti."

Los ojos azules de Joey se entrecierran con sospecha. "¿Por qué tengo la sensación de que no me va a gustar?"

"Porque eres un tipo listo." Me río. "Necesito que limpies el auto. Por dentro y por fuera. Especialmente el maletero."

Joey gime. "Oh, vamos, jefe. Soy un mecánico, no un mayordomo."

Me acerco, bajando la voz con tono cómplice. "Haré que valga la pena. ¿Qué te parece un bono? Digamos... el doble de tu tarifa diaria."

Joey finge pensarlo, acariciándose el mentón. "Hagamos el triple, y el trato está hecho."

“Eres un duro, Joey.” Me río. “De acuerdo, que sea el triple.”

Joey sonríe triunfante y llama a los otros chicos. “¡Hey, chicos, reúnanse! ¡El jefe tiene un trabajo especial para nosotros!”

Los demás mecánicos se amontonan alrededor de Joey mientras él abre el maletero. En el momento en que lo hace, el olor lo golpea como un camión. Se aparta dramáticamente, tapándose la nariz.

“¡Jesús, José y María! ¿Qué diablos ha muerto aquí dentro?”

Los demás chicos empiezan a aullar de risa, mientras el rostro de Joey se contrae de disgusto.

“Jefe,” dice, con la voz amortiguada detrás de la mano. “Vas a tener que triplicar todo mi salario después de esto. No, cuadruplicarlo.”

No puedo evitar unirme a las risas. “Lo siento, Joey. Un trato es un trato. Tarifa triple y te doy una botella de buen licor.”

“Hagamos dos botellas,” rebate Joey, “y no haré preguntas sobre por qué tu maletero huele como el baño de una fraternidad.”

“Trato hecho,” concordamos, todavía riéndonos.

Mientras Joey empieza a recoger, a regañadientes, el material para limpiar, Mike, otro mecánico, se acerca a mí.

“Entonces, jefe,” dice, con voz baja pero los ojos brillando con malicia. “¿A quién metiste en el maletero esta vez? Por favor, dime que fue a ese idiota de la pizzería que siempre racanea con el queso.”

Le lanzo una mirada severa, aunque fingida. “Vamos, Mike, sabes que no hablo de mis relaciones románticas.”

Esto desata otra serie de risas y burlas amistosas. Me apoyo en un coche cercano, absorbiendo la atmósfera. Este taller, estos chicos... es un mundo aparte respecto a las negociaciones y juegos de poder de mi otra vida. Aquí, soy solo el jefe que de vez en cuando trae autos misteriosamente sucios y paga bien por su discreción.

Miro a Joey que empieza a lavar el maletero, fingiendo arcadas dramáticas.

“Muy bien, idiotas,” digo, sin poder evitar que la sonrisa se filtre en mi voz. “El espectáculo ha terminado. Volvamos al trabajo. ¡Y Joey!”

“¿Sí, jefe?”

“Asegúrate de limpiar hasta el último rincón. No quiero oler ni un rastro de orina cuando termines.”

Joey saluda con un gesto teatral. “A sus órdenes, capitán. Te espera una carroza sin orina a tu regreso.”

Mientras me dirijo hacia mi oficina, los sonidos de las risas y las bromas amistosas me siguen. Un día más en el taller de Angelo Pirelli, donde los autos siempre están limpios, los chistes son sucios y el maletero del jefe a veces huele como un baño público.

Pero, bueno, son solo negocios.

Cuando me siento en el escritorio, saco el teléfono y le mando un mensaje a Fee.

Estoy en el taller. Llegaré tarde a casa.

La respuesta de Fee llega casi de inmediato.

No hay problema. Shawn ha venido a ver cómo estamos y Lou está haciendo una dramática recreación de su pelea con Jake.

Se me escapa una carcajada mientras imagino la entusiasta narración de la victoria de Lou. Esa chica tiene agallas, joder, eso seguro.

Estoy inmerso en el papeleo, lidiando con el delicado equilibrio entre nuestras operaciones

legales y el lado no tan legal de las cosas, cuando mi teléfono empieza a sonar. En la pantalla parpadea un número privado y me detengo, con la mano suspendida sobre el dispositivo.

El instinto me dice que lo ignore. Los números desconocidos rara vez traen buenas noticias en mi línea de trabajo. Pero la curiosidad puede más que yo. Me aclaro la garganta, adoptando mi mejor voz de *no intentes joderme* y respondo.

"Habla Pirelli."

Al principio, del otro lado no se escucha más que una respiración pesada. Se me erizan los pelos en la nuca. Más vale que no sea un niñato haciendo una broma.

"¿Quién habla?" pregunto, con la voz lo suficientemente afilada como para romper vidrio.

La respiración sigue, entrecortada e inquietante. Luego, de fondo, escucho una música. Cuando la melodía se vuelve más clara, la sangre se me hiela en las venas.

Es "*Volare*" de Domenico Modugno. La canción favorita de mi padre.

La habitación de repente parece demasiado pequeña, el aire demasiado denso. No puede ser una coincidencia. Mi padre ha estado muerto durante años y esa canción... la tocamos en su funeral. Muy pocas personas conocen su significado.

"¿Quién demonios es?" rujo en el teléfono, mi compostura empezando a abandonarme. "¿Cómo conseguiste este número?"

La música se hace más fuerte, sofocando la respiración al otro lado de la línea. Casi puedo ver a mi padre cantando en la cocina, un domingo por la mañana, con la voz desafinada pero llena de alegría.

"*Nel blu, dipinto di blu… Felice di stare lassú...*"

"¡Respóndeme, maldita sea!" grito, mi mano libre apretándose en un puño tan fuerte que los nudillos se vuelven blancos.

La canción sigue, burlándose de mí con su alegre melodía. Luego, tan abruptamente como comenzó, se detiene. Hay un momento de silencio, cargado de amenazas no dichas.

Una voz, distorsionada e irreconocible, susurra: "Los pecados del padre, Angelo. Siempre vuelven para perseguirnos."

"¿Qué demonios significa eso?" gruño, mi corazón latiendo con fuerza.

Una risa escalofriante llega hasta mi oído. "Oh, Angelo. Siempre tan rápido para enojarte. Dime, ¿cómo piensas salvar Perfezione si ni siquiera pudiste salvar a tu padre?"

Mi agarre en el teléfono se endurece aún más. Es lo único que puedo hacer para evitar que me tiemblen las manos. "¿Quién habla? ¿Qué quieres?"

"Y Sofia..." continúa la voz, alargando su nombre de una manera que me pone la piel de gallina. "*So-fi-a*. ¿Cómo la protegerás?"

"¿Estoy hablando con Gino?" pregunto, mientras el sudor frío empieza a perlar mi frente. "Escucha, pedazo de mierda, si te atreves a acercarte a ella..."

"¿Qué?" me dice la voz. "Eres impotente, Angelo. Igual que lo fuiste cuando tu padre murió. Como lo serás cuando te quite todo."

Mi mente corre, mil pensamientos compitiendo por mi atención. Necesito colgar esta llamada, ver cómo está Fee. Asegurarme de que esté a salvo. Pero no puedo colgar, no puedo librarme de esta conversación de pesadilla.

"No sabes con quién estás tratando," gruño, intentando recuperar el control de la situación.

"Oh, sí que lo sé," dice con voz baja y ronca. "Lo sé todo, Angelo. Sobre tu padre, sobre Sofia, sobre la pequeña Lou. Sé de las pesadillas que te despiertan en las horas frías y oscuras de la noche. Sé de la culpa que te consume, día tras día. Te sientes tan culpable por no haber podido salvar a tu padre."

El aire se me atasca en la garganta. ¿Cómo sabe todo esto?

De repente la voz cambia, volviéndose inconfundiblemente la de Gino. Ríe, un sonido que me congela hasta los huesos.

La música de fondo también cambia. En lugar de "Volare", escucho el tic-tac constante y amenazante de un reloj.

"El tiempo se acaba, Angelo," dice Gino, con voz baja y amenazante. "Para ti, para Sofia, para todos los que te importan. Tic-tac, tic-tac."

El tic-tac se vuelve más fuerte, casi parece sincronizarse con los latidos de mi corazón.

"¿Qué quieres, Gino?" Mi voz es apenas un susurro.

"Todo," responde. "Y lo tomaré, pedazo a pedazo, hasta que de ti no quede más que una cáscara vacía. Igual que tu padre."

La llamada se corta, dejándome en el silencio roto solo por mi respiración agitada.

Miro el teléfono, con la mente dando vueltas. Sea cual sea el juego de Gino, acaba de subir la apuesta a un nivel que nunca habría imaginado. Ya no está intentando conseguir Perfezione. Está intentando cazarme a mí, a mi familia, a todo lo que me importa.

Todo porque me alié con los Saldano.

Las manos me tiemblan mientras marco el número de Fee que tengo guardado entre las llamadas rápidas. Un pensamiento resuena en mi mente. *Que me condenen si lo dejo ganar.*

A cualquier costo, protegeré lo que es mío. Y Gino acaba de firmar su maldita sentencia de muerte. *Que se joda lo que diga La Famiglia*. Esto es personal.

El teléfono suena, cada segundo me parece una eternidad mientras espero que Fee conteste. *Por favor, que esté bien. Que todo esto sea un perverso farol.*

Hola, soy Sofia Saldano de Perfezione. No puedo responder al teléfono en este momento, así que, por favor, deje un mensaje.

Un terror helado se apodera de mí mientras cuelgo. Mis dedos ya están marcando el número de Shawn antes de que pueda pensarlo.

Contesta al primer tono. "¿Hola?"

"Shawn, soy Angelo," disparo, con la voz tensa por la preocupación.

"¿Angelo? ¿Angelo *Pirelli*? ¿Cómo diablos conseguiste mi número?"

La interrumpo, la impaciencia y el miedo vuelven mis palabras cortantes. "No importa. ¿Dónde está Fee? No contesta el teléfono."

Hay una pausa y casi puedo sentir la confusión de Shawn. "Se fue a Perfezione. Dejó a Lou conmigo hasta que vuelva."

Golpeo el escritorio con la mano y el pánico me recorre como una corriente eléctrica. ¿Fee se fue a Perfezione justo después de recibir una llamada de Gino que se burlaba de mí por intentar proteger la tienda? No puede ser una coincidencia.

"¿Por qué? ¿Por qué fue allí?"

"Yo... no lo sé," admite Shawn, con voz débil. "Nos la estábamos pasando bien, luego recibió un mensaje. Su cara se puso blanca y me pidió que vigilara a Lou. Fue hace unos diez minutos."

Cuelgo sin decir más, mi mente trabajando a mil por hora. Diez minutos. Ya podría estar...

No. No puedo permitirme ni pensarlo.

Salgo disparado de la oficina, casi arrancando la puerta de las bisagras. Mis empleados me miran mientras paso a su lado, con expresiones asombradas como si les costara procesar lo que está sucediendo.

Me lanzo a uno de mis autos clásicos, un Camaro del '69, y el motor ruge. Las llantas chirrían al salir del taller, dejándome el olor a caucho quemado.

El corazón me late en el pecho, cada latido me recuerda los segundos que pasan. El rostro de Fee parpadea en mi mente: su sonrisa, sus ojos, la forma en que me mira como si fuera una persona digna de ser amada.

No puedo perderla.

La ciudad se difumina a mi alrededor mientras avanzo a toda velocidad entre el tráfico, ignorando los semáforos en rojo y los bocinazos. Cada retraso, cada segundo atrapado detrás de un auto lento, me parece un agravio personal.

“Vamos, vamos,” murmuro, con los nudillos blancos por la fuerza de mi agarre en el volante.

El miedo es como algo vivo en mi pecho, una entidad que me araña las entrañas. ¿Y si llego demasiado tarde? ¿Y si Gino ya...

Sacudo la cabeza, alejando ese pensamiento. No puedo pensarlo. Debo creer que Fee está bien. Tiene que estar bien.

Mientras me acerco a Perfezione, hago una oración silenciosa a un Dios en el que ya no estoy seguro de creer. *Por favor, que esté a salvo. Que llegue a tiempo.*

Si algo le hubiera pasado a Fee, no habría fuerza en esta tierra capaz de impedirme hacer pedazos a Gino Timpone con mis propias manos.

Me detengo frente a Perfezione, sin preocuparme por haber estacionado mal. El corazón me late tan fuerte que lo siento en la garganta mientras salgo del auto apresuradamente.

La tienda está extrañamente silenciosa, como una tumba. Ninguna señal de vida, ningún movimiento. El pánico que se ha acumulado desde esa llamada amenaza con abrumarme.

Saco la pistola, sintiendo su peso familiar y reconfortante en mi mano. “¡Sofia!” La llamo, mi voz resuena en la tienda vacía mientras me asomo, revisando cada rincón, cada sombra.

Nada.

El silencio es opresivo y alimenta mis peores temores. ¿Dónde está? ¿Y si llegué demasiado tarde?

Doblo la esquina hacia la trastienda y de repente me detengo. La escena que tengo frente a mí es tan inesperada, tan surrealista, que por un momento no puedo procesar lo que estoy viendo.

Sofia está allí, de pie, viva y aparentemente ilesa. Pero a sus pies...

No es el cuerpo de Gino el que yace en el suelo, como casi esperaba.

Es Jonah.

SOFIA

Siento la mente nublada, desconectada de la realidad, mientras fijo la mirada en el cuerpo inmóvil de Jonah en el suelo. *¿Cómo llegué aquí? ¿Qué ha pasado?*

Destellos de recuerdos repentinos me asaltan, desconectados y confusos. Mi teléfono vibrando por un mensaje. Un número desconocido parpadeando en la pantalla. Las palabras borrosas.

Reúnete conmigo en Perfezione. Ahora. De lo contrario, no volverás a ver a Lou.

Recuerdo el miedo, la urgencia. Pedirle a Shawn que cuide de Lou. El viaje en coche hasta aquí, con el corazón latiendo desbocado.

Luego... Jonah. Su rostro distorsionado por la ira. Se abalanzó sobre mí. Mis manos lo empujaron. Una pelea. Un ruido fuerte. Luego... silencio.

Parpadeo, intentando enfocar. El mundo a mi alrededor parece amortiguado, distante. Escucho a alguien llamarme por mi nombre, pero es como si estuviera bajo el agua, todo está distorsionado y lejano.

"¡Sofia!"

La voz atraviesa la niebla de mi mente. *Angelo*. ¿Cuándo llegó aquí?

Levanto la mirada y encuentro sus ojos. Están muy abiertos por el pánico, el miedo está grabado en su rostro.

"Fee, háblame. ¿Qué ha pasado?"

Abro la boca, pero no salen palabras. ¿Cómo puedo explicárselo si ni siquiera yo lo entiendo?

Otro destello. Las manos de Jonah alrededor de mi cuello. El terror. La lucha desesperada por respirar.

Sacudo la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos. "Yo... no lo sé," logro decir finalmente, pero mi voz suena extraña hasta para mis propios oídos. "Él... me envió un mensaje. Dijo que lo encontrara aquí."

Las manos de Angelo están en mis hombros y me sostienen. *¿Cuándo empecé a temblar?*

"Me atacó," continúo, las palabras fluyen sin control. "Reaccioné. Hubo una pelea y luego..."

Hago un gesto impotente hacia el cuerpo de Jonah. Angelo sigue mi mirada, apretando la mandíbula.

"Tenemos que llamar a la policía," dice, ya sacando su teléfono.

Policía. La palabra penetra en la neblina de mi cerebro, provocándome un escalofrío de pánico. "¡No!" grito, agarrándole el brazo. "No podemos. Lou... ¿y Lou?"

Angelo hace una pausa, la indecisión es evidente en su rostro. "Fee, tenemos que hacerlo. Esto es defensa propia. Te estabas defendiendo."

¿Es así? El recuerdo es tan borroso. ¿Y si lo estoy recordando mal? ¿Y si...

Otro destello. Jonah cayendo. El golpe nauseabundo de su impacto contra el suelo. El repentino y ensordecedor silencio.

Angelo me atrae hacia él, sus brazos me envuelven. El calor de su cuerpo, el latido constante de su corazón me ancla a la tierra.

"Todo está bien," murmura entre mi cabello. "Estás en estado de shock. Es normal. Encontraremos una solución."

Me aferro a él, buscando desesperadamente algo sólido en esta pesadilla surrealista. "¿Qué haremos?" susurro.

Angelo se aparta ligeramente y sus ojos encuentran los míos. "Tienes que decirme qué pasó," me dice suavemente.

Tomo un respiro tembloroso, los recuerdos vuelven a fragmentos y de manera desconectada. "Jonah... estaba enfadado. Intentó zarandearme, diciendo que le estaba ocultando a su hija. Me dio una bofetada y yo... tomé las tijeras de podar y..."

Mis piernas ceden y Angelo me atrapa antes de que caiga al suelo. Me sienta con cuidado y saca su teléfono. Lo escucho hablar con Shawn en voz baja, pero las palabras son indistintas, sofocadas por el recuerdo del metal deslizándose en la carne y el sonido nauseabundo que le siguió.

El mismo ruido se repite en mi cabeza, una y otra vez. La resistencia cuando las tijeras encontraron la piel, luego el súbito ceder cuando se hundieron más profundo. El jadeo de sorpresa de Jonah, sus ojos abiertos de par en par, incrédulos. El calor de su sangre en mis manos.

Angelo se sienta a mi lado, su brazo es un peso reconfortante alrededor de mis hombros. "Shawn cuidará de Lou por ahora," dice suavemente. "La llevará a su casa para una pijamada entre tía y sobrina."

Asiento, aturdida. *Soy una asesina*. ¿Cómo podré mirar a mi hija a los ojos después de esto? Después de todas mis charlas sobre que la violencia no es la respuesta...

"¿Y ahora qué hacemos?" susurro, mi voz apenas audible.

La voz de Angelo es firme. "He cambiado de opinión. No llamaremos a la policía. Nos ocuparemos de esto a la antigua: nos desharemos del cuerpo nosotros mismos."

Lo miro, horrorizada. "¿Cómo?"

Él detalla su plan con una eficiencia escalofriante. "Primero, borraremos las grabaciones de las cámaras de seguridad. Luego llamaré a Jimbo para que nos ayude a limpiar todo y encargarse del cuerpo."

Mientras Angelo habla, siento una extraña sensación de desapego, como si estuviera presenciando la vida de otra persona. ¿De verdad esta se ha convertido en mi vida? ¿Deshacerse de cadáveres con un mafioso?

Pero cuando miro el cuerpo inmóvil de Jonah, la sangre que mancha mis manos, me doy cuenta de que no hay vuelta atrás. Esta es mi realidad ahora.

"¿Fee?" La voz de Angelo me trae de vuelta al presente. "¿Estás conmigo?"

Asiento lentamente. "Sí. Yo... creo que sí. ¿Qué quieres que haga?"

"Primero, tenemos que limpiarte," dice, ayudándome a ponerme de pie. "¿Puedes llegar al baño?"

Doy un paso inseguro, mis piernas tiemblan, pero me sostienen. "Creo que sí."

Mientras nos dirigimos al baño, me veo en un espejo. Apenas reconozco a la mujer que me mira. Sus ojos están desorbitados, el cabello despeinado, sangre manchada en el rostro. *¿De*

verdad soy yo?

En el baño, Angelo me ayuda delicadamente a lavar la sangre de mis manos y mi cara. El agua corre rosada, luego clara. Si solo fuera tan fácil lavar el recuerdo.

"Angelo," digo, con la voz quebrándose. "¿Y Lou? ¿Cómo podré enfrentarla después de esto?"

Me gira hacia él, con una mirada intensa. "Escúchame, Fee. Hiciste lo que tenías que hacer para protegerte a ti misma y a tu hija. Lou lo entenderá. Te encargaste de un abusador, tal como lo haría Lou."

Quiero creerle. Dios, cuánto quiero creerle. Pero el peso de lo que he hecho se cierne sobre mí como un sudario.

Cuando volvemos a la tienda, veo de nuevo el cuerpo de Jonah y una oleada de náuseas me golpea. Angelo me sostiene, siento su mano cálida en mi espalda.

"Todo estará bien," dice, y por un momento casi le creo. "La primera vez que matas siempre es la más difícil. Lo superaremos juntos."

"Está bien," digo con un hilo de voz, todavía no estoy segura de poder creerle realmente. "¿Y ahora?"

Angelo me aprieta la mano. "Ahora nos limpiamos. Y luego... hacemos que esto nunca haya sucedido."

Hoy he cruzado un límite que nunca pensé que cruzaría. Pero cuando pienso en Lou, a salvo con Shawn, sé que lo haría de nuevo en un instante.

Dios es mi testigo, haría cada cosa de nuevo.

Observo a Angelo llamar a Jimbo, con la voz baja y llena de palabras en código que no entiendo.

Parece que han pasado solo unos segundos antes de que Jimbo llegue, con su presencia llenando la habitación. Echa un vistazo a la escena, al cuerpo de Jonah, a la sangre, a mi rostro manchado de lágrimas y se detiene.

"Sofia... ¿has sido tú?" me pregunta, con una voz sorprendentemente amable.

Asiento sombría, incapaz de formular palabras.

El rostro marcado de Jimbo se suaviza.

"Hiciste lo correcto. No te preocupes, nos encargaremos de esto."

Su tono tranquilizador rompe algo dentro de mí. De repente, me encuentro sollozando, con todo el peso de lo que he hecho derrumbándose sobre mí.

Angelo se me acerca, pero Jimbo llega primero. Me abraza y me da unas palmaditas en la espalda, torpe pero reconfortante.

"Soy una asesina," digo entre sollozos.

Jimbo se ríe suavemente.

"Todos en esta habitación lo somos, cariño. No significa que seamos malas personas."

Hace una pausa, luego añade irónico: "Bueno, en realidad, Angelo y yo probablemente sí lo somos. Pero tú... mataste a alguien porque tú y tu niña estaban amenazadas. Eso no te hace mala. Te hace una mamá osa."

Lo miro, sorprendida por la calidez en sus ojos. Es casi... paternal.

"Pero Lou..." Intento replicar, pero Jimbo me interrumpe suavemente.

"Lou tiene una madre que haría cualquier cosa por protegerla. Eso es algo de lo que estar orgullosa, no de lo que avergonzarse."

Sus palabras, tan inesperadas de este hombre hosco que apenas conozco, me ofrecen un consuelo extraño. Me apoyo en él, dejando escapar un suspiro tembloroso.

“Gracias,” susurro.

Jimbo me da otra palmadita en la espalda antes de alejarse.

“Está bien, basta de estas tonterías sentimentales. Tenemos trabajo que hacer.”

Angelo se acerca a mí, sus ojos llenos de preocupación.

“Fee, ¿por qué no subes a descansar? Jimbo y yo nos ocuparemos de esto.”

Niego con la cabeza.

“No, yo... debo ayudar. Este es mi lío que limpiar.”

Jimbo resopla.

“Niña, créeme, no quieres participar en esta limpieza. Vete, deja que se encarguen los profesionales.”

Mi mirada pasa entre ambos, dividida entre el deseo de asumir la responsabilidad y el impulso irrefrenable de huir de esta pesadilla.

Angelo toma mi mano, apretándola suavemente.

“Vete, Fee. Nosotros nos encargamos. Te llamaré cuando todo termine.”

Finalmente, cedo y asiento. Mientras subo las escaleras hacia mi apartamento, escucho la voz ruda de Jimbo.

“Muy bien, jefe. ¿Por dónde empezamos?”

Cierro la puerta tras de mí y me desplomo en el sofá. El ambiente familiar me parece surrealista después de lo que acaba de suceder abajo. Cierro los ojos, intentando bloquear los recuerdos, pero el rostro de Jonah sigue apareciendo en mi mente.

Camino nerviosamente por el pequeño apartamento, mi mente corre en un torbellino de pensamientos. ¿Cómo pueden Angelo y Jimbo limpiar todo esto? Había tanta sangre... ¿Y la familia de Jonah? A su exesposa puede que no le importe, pero él habló de una hermana. ¿No se preguntarán dónde está?

Me abrazo a mí misma mientras las duras palabras de Jonah resuenan en mi cabeza. “*No puedes mantenerla lejos de mí para siempre, Sofia. Me llevaré a Lou y no podrás hacer nada para evitarlo.*”

Me escapa un gemido mientras me dejo caer en el sofá cama, mirando la pared con la mirada perdida. El tiempo no ha significado mientras me quedo allí sentada, atrapada en mis pensamientos.

Finalmente, después de horas, un ligero golpe en la puerta me devuelve a la realidad. Abro y encuentro a Angelo de pie frente a mí.

“Hemos terminado,” dice suavemente.

Quiero preguntar qué han hecho, cómo lo han logrado, pero Angelo niega con la cabeza, anticipándose a mis preguntas.

“También se borraron las grabaciones. No hay rastro de Jonah o de ti entrando en la tienda, o... de lo que sucedió después.”

Confundida y entumecida, lo sigo abajo. Me sorprende ver la tienda inmaculada, sin ninguna señal del horror que ocurrió aquí. Marco ha llegado y está pasando algún tipo de aparato por el suelo.

Jimbo nota mi confusión y me explica, con un toque de orgullo en la voz.

“Comprueba si hay rastros de sangre. Pero hicimos un trabajo de limpieza tan bueno que ni el mejor equipo forense podría decir que aquí sucedió algo.”

Angelo coloca una mano sobre mi hombro.

“El próximo paso será rastrear el lugar donde Jonah se estaba quedando y borrar cualquier rastro de él. Haremos que parezca que dejó la ciudad.”

Asiento, incapaz de pronunciar palabra. La eficiencia con la que han borrado la existencia de un hombre es aterradora y al mismo tiempo extrañamente reconfortante.

"¿Qué... qué hacemos ahora?" Finalmente logro formular una pregunta.

"Ahora nos vamos a casa," dice Angelo con firmeza. "Y dejamos todo esto atrás."

Más fácil decirlo que hacerlo.



APENAS VOLVEMOS A CASA DE ANGELO, me precipito a ducharme. Mi piel todavía siente la sensación fantasma de la sangre de Jonah, y parece que no puedo llegar al baño lo suficientemente rápido. Apenas escucho la voz preocupada de Angelo mientras cierro la puerta tras de mí.

Me tiemblan las manos cuando abro el agua, empujándola al máximo de temperatura. El vapor llena el baño casi al instante, pero no es suficiente. Nunca será suficiente.

Me quito la ropa, tirándola en un montón en el suelo. Me miro en el espejo: pálida, con los ojos desorbitados y manchas de sangre seca todavía visibles en el cuello. Maldita sea, ¿cómo no me di cuenta?

Desvío la mirada rápidamente, incapaz de enfrentarme a la desconocida reflejada frente a mí.

El agua quema cuando me coloco bajo la ducha, pero recibo el dolor con gusto. Es real, tangible, a diferencia del caos que tengo en la cabeza. Cojo la esponja, exprimiendo medio frasco de gel de ducha sobre ella, y luego empiezo a frotar.

Cada centímetro de mi cuerpo recibe el mismo tratamiento: movimientos bruscos y repetitivos que hacen que mi piel se ponga rosa y finalmente roja. Froto hasta que me duele, luego continúo. El dolor físico es mejor que el tumulto emocional que amenaza con ahogarme.

Mientras me lavo, los sollozos sacuden mi cuerpo y los eventos del día se repiten en mi mente en un ciclo cruel. El rostro de Jonah, deformado por la rabia. Sus manos en mí, sacudiéndome. El sonido de las tijeras penetrando en su cuerpo. La mirada de sorpresa en sus ojos mientras caía al suelo.

"*No puedes mantenerla lejos de mí para siempre, Sofia,*" su voz resuena en mi cabeza. "*Me llevaré a Lou y no podrás hacer nada para evitarlo.*"

"¡No!" Grito, mi voz resuena en las paredes de azulejos. "¡Nunca la tocarás!"

Froto más fuerte, como si pudiera lavar el recuerdo junto con la sangre. Mi piel está roja y ardiente, pero no me importa. Solo necesito sentirme limpia.

Sin embargo, por mucho que me esfuerce en frotar, y a pesar del calor del agua, no consigo deshacerme de la sensación de la sangre de Jonah en mis manos. El peso de lo que he hecho se cierne sobre mí como una manta asfixiante.

He matado a un hombre. Soy una asesina.

No me importa lo que haya dicho Jimbo. ¿Cómo podré volver a mirar a Lou a los ojos? ¿Cómo podré abrazarla con estas manos que han quitado una vida?

Los sollozos se hacen más fuertes y me desplomo en el suelo de la ducha. El agua cae sobre mí mientras me encojo, con las rodillas al pecho, mientras mis gritos sofocan el sonido del chorro.

No sé cuánto tiempo permanezco ahí, pero finalmente escucho la voz de Angelo a través de la puerta.

"¿Fee? ¿Estás bien ahí dentro?"

Quisiera responder, decirle que estoy bien, pero no consigo encontrar la voz.

No estoy bien. No volveré a estar bien.

Mientras el agua comienza a enfriarse, me doy cuenta de una verdad fundamental. No importa cuánto me frote, no importa cuánto tiempo pase, nunca seré capaz de lavar lo que he hecho. Este momento, esta elección, me acompañará por siempre.

Y no estoy segura de poder vivir con ello.

Siento la puerta del baño abrirse, seguida del suspiro suave de Angelo. El agua se detiene abruptamente y siento sus manos cálidas sobre mi piel.

"Maldita sea, Fee," murmura, siseando mientras mira más de cerca mi piel enrojecida y arañada.

Sus brazos fuertes me levantan delicadamente, acunándome contra su pecho mientras me lleva a la cama. La voz de Angelo es baja y relajante. Me seca con cuidado, su toque es ligero como una pluma sobre mi piel sensible.

"Todo está bien, Fee. Estoy contigo," murmura. Siento su aliento cálido contra mi oreja.

Tiemblo, en parte por el aire fresco sobre mi piel húmeda y en parte por la intensidad de su cercanía. Angelo me mete bajo las sábanas, con movimientos delicados y precisos.

Escucho el susurro de la ropa cayendo al suelo, luego el calor del cuerpo de Angelo deslizándose bajo las mantas junto a mí. Su piel presiona contra la mía, una presencia reconfortante en el caos de mi mente. Pone un brazo alrededor de mi cintura, acercándome más a él.

No quiero pensar más. Los recuerdos de Jonah, la sangre y la violencia, están demasiado frescos, demasiado crudos. Solo quiero sentir otra cosa, cualquier otra cosa.

Girándome hacia él, encuentro la mirada intensa de Angelo. Sus ojos oscuros se clavan en los míos, llenos de preocupación y algo más profundo que me deja sin aliento. El aroma familiar de su colonia me envuelve, una mezcla de madera de sándalo con una esencia solo suya. Noto la barba que le oscurece la mandíbula, el ligero surco en la frente.

Sin pensarlo, me acerco, buscando sus labios. Necesito este lazo, este momento en el que siento algo diferente a la culpa y al miedo. Angelo duda un momento, sus ojos buscan los míos.

"Fee," susurra con voz ronca. "¿Estás segura?"

En respuesta, cierro la distancia entre nosotros, presionando mis labios contra los suyos. Al principio el beso es delicado, casi vacilante. Luego algo cambia, y de repente todo es calor y urgencia.

La mano de Angelo envuelve mi nuca, sus dedos se enredan en mi cabello húmedo. Exploro con las manos su amplio pecho y los músculos fuertes de su espalda. Cada caricia, cada sensación, aleja el horror del día.

Mientras nos perdemos el uno en el otro, siento una chispa de calor cortar el frío terror que me consume.

Sé que mañana la realidad volverá a estrellarse sobre mí. Habrá consecuencias que enfrentar, decisiones difíciles que tomar. Pero por ahora, en la seguridad de los brazos de Angelo, me permito olvidar. Me permito sentir.

Pase lo que pase, al menos no lo enfrentaré sola. Y en este momento, eso es suficiente.

Mis manos se mueven sobre su pecho, sintiendo los músculos duros, la fuerza que se oculta bajo su piel. Cada caricia es electrizante y manda chispas de calor que atraviesan el frío terror que envuelve mi corazón.

Profundiza el beso, su lengua explora la mía con un hambre que me deja sin aliento. Es como si tratara de reclamarme, de hacerme olvidar. Siento un destello de vida, una chispa de calor. No solo estoy sobreviviendo. Estoy sintiendo. Estoy deseando.

Las manos de Angelo bajan, rozan mi cintura, mis caderas, y me arqueo contra él, deseando más. Nuestras respiraciones se mezclan, los movimientos se vuelven frenéticos mientras nos perdemos en el momento. Sus labios descienden por mi cuello, mordisqueando mi piel, y no puedo contener el gemido que se me escapa. El sonido es crudo, necesitado, y parece solo alentarlo.

"Angelo," suspiro, inclinando la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso. "Te deseo."

Se aparta lo justo para mirarme, con los ojos oscuros de deseo. "¿Estás segura?" Lo pregunta de nuevo, y su voz ronca me hace estremecer.

"Sí," susurro, mi voz tiembla por la necesidad. "Te quiero, Angelo. Te necesito."

Su expresión cambia, una mirada posesiva, casi depredadora, se apodera de sus rasgos. "¿Confías en mí?"

"Sí," gimo, la palabra es apenas un susurro. "Confío en ti."

Una sonrisa maliciosa curva sus labios y se aparta ligeramente, sin dejar de mirar mis ojos. El aire entre nosotros crepita de tensión, con la promesa de lo que está por venir. Se gira, se acerca al cajón de la cama y lo abre. Mi corazón late con fuerza mientras lo veo sacar un par de esposas plateadas, cuya vista me provoca un escalofrío de excitación.

Las sostiene en la mano, con los ojos brillando por lo que planea hacer. "Deja que te muestre cuánto te deseo," dice con voz oscura y autoritaria.

Trago saliva con fuerza, mi cuerpo ya está reaccionando a la vista de las esposas, a la anticipación de lo que está por hacer. Asiento, sin poder encontrar la voz, y la sonrisa de Angelo se ensancha.

"Bien," murmura, volviendo hacia mí con movimientos lentos y deliberados. "Date la vuelta, Fee. Pon las manos detrás de la espalda."

ANGELO

El corazón me late con fuerza mientras Fee se da la vuelta, cruzando las muñecas tras la espalda, tal como le dije. Verla así, voluntariamente sometida a mí, me envía una descarga de deseo directo al miembro.

Mis manos tiemblan mientras tomo las esposas y las cierro alrededor de sus muñecas. El chasquido discreto del cierre provoca en mí una ola de excitación, sabiendo que ahora está completamente a mi merced. Puedo oír su respiración entrecortada, un sonido que no hace más que aumentar mi deseo por ella.

Mis manos se deslizan por sus hombros y bajan por sus brazos. Mi toque es ligero, provocador. Su piel es tan suave bajo mis dedos que no puedo evitar acercarme, rozándole la oreja con los labios.

“Eres hermosa,” susurro, con la voz cargada de deseo. “No tienes idea de cuánto he deseado hacer esto.”

Me presiono contra ella, sintiendo el calor de nuestros cuerpos desnudos. Ella tiembla y siento cómo se empuja contra mí, buscando más contacto. Mis manos bajan por su torso desnudo y acaricio sus pechos, mis pulgares rozan sus pezones y ella gime suavemente, arqueando la espalda contra mí.

El sonido de su gemido, la sensación de tenerla en mis manos, hace que mi miembro palpite de necesidad. Froto mis caderas contra ella, haciéndole sentir lo duro que me ha puesto. “Joder, Fee,” gimo, acercando mi boca a su oído. “Me estás volviendo loco.”

Mis manos recorren sus curvas, mi toque se vuelve más posesivo, más exigente. La giro para ponerla frente a mí, mis ojos se clavan en los suyos, ardiendo de deseo. Ella me mira, con los ojos muy abiertos, llenos de necesidad, y sé que está sintiendo el mismo calor que yo.

“No tienes idea de lo que me haces,” le digo rudamente, con la voz cargada de lujuria. “Me tomaré mi tiempo contigo, te haré sentir cosas que nunca has sentido antes.”

La visión de ella ahí, con las manos esposadas tras la espalda, completamente desnuda, es casi suficiente para hacerme perder el control. Pero me contengo, queriendo saborear este momento.

Deslizo una mano entre sus piernas, presionándola contra su sexo. Está ya mojada, su excitación me empapa, y saber que está así por mí, me enciende las venas. Froto mi pulgar sobre su clítoris, observando su rostro mientras cierra los ojos y abre los labios en un gemido suave.

Su cabeza cae hacia atrás, un quejido necesitado se escapa de sus labios, y lo tomo como una invitación para deslizar un dedo dentro. Jadea, sus caderas se mueven contra mi mano y sonrío, amando la forma en que responde a mi toque. Añado otro dedo, bombeando dentro y fuera de ella, lentamente, mientras mi pulgar sigue trabajando su clítoris.

“Angelo,” gime ella, con la voz entrecortada, llena de deseo. “Por favor...”

“¿Por qué me ruegas, Fee?” Mis dedos se curvan dentro de ella, encontrando ese punto que la hace gritar cada vez. “Dime qué quieres.”

“Quiero... te quiero a ti,” jadea, sus caderas se balancean contra mi mano. “Quiero sentirte dentro de mí.”

Sus palabras están a punto de hacerme ceder, pero mantengo el control, queriendo prolongar esto un poco más. Retiro los dedos y los llevo a mis labios, saboreándola. Ella me mira, el pecho agitado, los ojos oscuros de lujuria.

“Así, Fee,” murmuro, mientras el pulgar rodea su clítoris con deliberada lentitud. “Házmelo sentir. Quiero saber cuánto te gusta.”

Me muevo de nuevo detrás de ella, presionando mi cuerpo contra su espalda, y mis manos suben para tocar sus pechos una vez más. Pellizco sus pezones entre los dedos, haciéndolos rodar suavemente, y ella gime, con la cabeza cayendo sobre mi hombro.

“Te gusta, ¿verdad?” Susurro, con voz baja y ronca. “Te gusta estar a mi merced, sentir mis manos sobre ti, mi miembro presionando contra ti.”

“Sí,” respira ella, con la voz temblorosa. “Me gusta. Me encanta cómo me haces sentir.”

Gimo, mi miembro palpita contra su espalda, deseoso de estar dentro de ella. Pero quiero hacer esto durar más, llevarla al límite y verla derrumbarse antes de tomarla. La giro de nuevo y la empujo sobre el colchón, con las manos todavía esposadas tras la espalda, para luego deslizarme sobre ella. Mi boca encuentra la suya en un beso profundo y hambriento.

Beso su cuello y su pecho, tomo un pezón en mi boca y lo chupo suavemente. Su espalda se arquea sobre la cama, un gemido agudo se escapa de sus labios, y paso al otro pezón, dedicándole la misma atención.

Mis manos vagan por su cuerpo, explorando cada curva, cada centímetro de piel.

Me bajo, besando su vientre y mis manos sujetan sus caderas. Le abro las piernas y me acomodo entre ellas, mi boca se posa sobre su centro. Veo cuán mojada está, su excitación brilla a la luz de la luna, y no puedo resistir la tentación de provocarla un poco más.

“Dime qué quieres, Fee,” murmuro, mi aliento cálido contra ella. “¿Quieres mi boca sobre ti? ¿Quieres correrte en mi lengua?”

“Sí,” gime ella, con voz desesperada. “Por favor, Angelo. Te necesito.”

Sonrío, satisfecho con su respuesta, y finalmente bajo mi boca sobre ella. Comienzo con una lamida lenta y deliberada, probándola, saboreando la forma en que gime, levantando las caderas del colchón. Rodeo su clítoris con la lengua, rozándolo suavemente, luego con más firmeza, succionándolo en mi boca. Sus gemidos se hacen más fuertes, más frenéticos, su cuerpo tiembla bajo mí.

“Joder, tienes un sabor tan bueno,” murmuro contra ella, mis dedos se deslizan una vez más dentro, empujando al ritmo de los movimientos de mi lengua. “Podría hacer esto toda la noche, hacerte correrte una y otra vez en mi lengua.”

Sus caderas se mueven, sus gemidos se transforman en gritos y sé que está cerca. Acelero el ritmo, mis dedos bombean más fuerte, mi lengua se mueve más rápido sobre su clítoris. Se retuerce bajo mí, su respiración sale en jadeos cortos, y finalmente, llega. Su cuerpo se arquea sobre la cama, un gemido fuerte y necesitado sale de su garganta.

No me detengo, intentando prolongar su orgasmo, amando cómo se desmorona bajo mí, cómo grita mi nombre. Cuando finalmente desciende del éxtasis, su cuerpo tiembla, la respiración entrecortada. Me aparto y la miro. Sus ojos están vidriosos de placer, sus labios entreabiertos y parece completamente destruida.

“Oh, joder...” susurra, con voz ronca, y no puedo evitar sonreír.

“Aún no has visto nada,” digo, con voz baja y llena de promesas. “No he terminado contigo, Fee. Ni remotamente.”

Estoy tan excitado que me cuesta razonar. Su sabor aún está en mis labios, el recuerdo de su colapso bajo mí está grabado en mi mente. Su aroma llena el aire, mezclado con ligeras trazas de sudor y sexo, y me vuelve loco. Me siento sobre mis talones, mirando a Fee, su cuerpo extendido sobre la cama, las manos aún atadas detrás de ella.

Su pecho se eleva y cae con cada respiración temblorosa y tiene los ojos entrecerrados, pesados de deseo. Sé que debería tomarme un momento para respirar, pero no puedo evitarlo. La quiero de nuevo. Quiero llevarla al límite, ver cuánto puede soportar.

“¿Alguna vez has probado algún kink antes?” Mi voz está ronca de deseo. Apenas la reconozco como mía.

Ella niega con la cabeza, parece casi tímida, pero no hay miedo en sus ojos, solo confianza. “No,” susurra, mordiéndose el labio inferior. “Pero me sentiría cómoda... contigo. Confío en ti, Angelo. Sé que no me harías daño.”

Sus palabras me atraviesan como una inyección de adrenalina. Siento una ola de posesividad, la necesidad de demostrarle cuán capaz soy de cuidarla, de llevarla a lugares donde nunca ha estado antes. Me acerco a ella, mis dedos rozan su mejilla y luego bajan por su cuello.

“No tienes idea de cuánto me haces disfrutar,” murmuro, acariciando con el pulgar el hueco de su garganta.

Me inclino y la beso con pasión, dejando que se pruebe a sí misma en mi lengua. Mis manos se deslizan por su cuerpo y encuentran las esposas, probando la fuerza de la cadena que las une. Son sólidas y mantienen sus muñecas unidas. Está a mi merced y el pensamiento hace que mi miembro tiemble de anticipación.

Rompo el beso, alejándome para mirarla. “Quiero llevarte más lejos,” le digo sinceramente. “Ver hasta dónde estás dispuesta a llegar. Pero en el momento en que te sientas incómoda o quieras detenerte, dímelo. ¿Entendido?”

Ella asiente, con los ojos muy abiertos, llenos de una mezcla de excitación y nerviosismo. “Lo haré,” promete. “Te quiero, Angelo. Te deseo.”

Sonrío, invadido por una profunda satisfacción. “Buena chica,” la elogio, amando la forma en que responde a mis palabras. Extiendo la mano hacia abajo, deslizándola sobre su garganta y envolviéndola suavemente con los dedos. No aprieto, solo la mantengo ahí, sintiendo el latido de su corazón contra mi palma. Sus ojos se abren un poco más, su respiración se detiene por un momento, pero no se aparta.

“Es tan hermoso sentirte bajo mis manos, joder,” le digo, bajando la voz hasta un gruñido profundo. “¿Te gusta esto, verdad? Estar a mi merced, saber que puedo tomarte como quiera.”

Ella traga saliva, su corazón late más rápido bajo mi mano. “Sí,” susurra. “Me encanta.”

Aprieto un poco más, no lo suficiente para hacerle daño, solo para que sienta la presión. Sus ojos se cierran, un gemido suave se escapa de sus labios y el sonido hace que mi miembro palpite dolorosamente.

Me inclino sobre ella, besándola con fuerza, mientras mi otra mano se desliza entre sus piernas, encontrándola aún mojada y lista. Introduzco dos dedos dentro de ella, curvándolos hacia ese punto que la hace gemir.

“Estás tan mojada,” murmuro contra sus labios, moviendo los dedos dentro y fuera, mientras mi pulgar roza su clítoris. “¿Te gusta esto, verdad? Estar atada, sentir mi mano alrededor de tu garganta. Eres una sumisa natural, Fee.”

Ella gime, sus caderas se balancean contra mi mano, su respiración llega en cortos jadeos llenos de necesidad. “Angelo... por favor...”

Dejo su garganta y mi mano se desliza por su costado, haciéndola girar boca abajo. Las esposas le raspan la espalda y la levanto sobre sus rodillas, separándole las piernas. Paso mis manos por su trasero, agarrándolo y apretándolo antes de darle una palmada firme. Ella se estremece, su cabeza se levanta de golpe y lo hago de nuevo, amando la marca roja que florece en su piel.

Hurgo en el cajón de la mesita de noche, saco un pañuelo de seda y se lo ato alrededor de los ojos. Su respiración se acelera, pero no protesta. “Quiero que sientas todo, Fee,” le digo dulcemente. “Sin distracciones, solo sensaciones.”

Beso su espalda, mis manos recorren su cuerpo, provocándole los pezones, acariciándole los muslos. Siento cómo tiembla bajo mi toque, su respiración se acelera con cada caricia. Envuelvo nuevamente mi mano alrededor de su garganta, apretándola ligeramente mientras presiono mi cuerpo contra el suyo. Mi miembro se desliza entre sus piernas, rozando su humedad.

“¿Lo sientes?” Le gruño al oído. “Esto es lo que me haces. Me lo pones tan duro, Fee. No puedo esperar para estar dentro de ti.”

Me deslizo dentro de ella con una sola embestida fluida, llenándola por completo. Ella grita, su cuerpo se arquea y la mantengo firme, conmigo profundamente enterrado, saboreando la sensación de estar dentro de ella. Comienzo a moverme, primero lentamente, luego más fuerte, más rápido, con mi mano aún alrededor de su garganta y la otra agarrándole la cadera, tirándola hacia mí.

“Joder, estás tan apretada,” gimo, mis caderas chocan contra las suyas, el sonido de nuestros cuerpos encontrándose llena la habitación. “Estás hecha para esto, Fee. Hecha para tomar mi miembro. Eres tan jodidamente perfecta.”

Sus gemidos son fuertes, desesperados, cada uno de ellos me provoca una oleada de placer. Aprieto un poco más su garganta, amando la forma en que jadea por respirar, cómo su cuerpo se aprieta a mi alrededor. Bajo la mano, encontrando su clítoris y frotándolo al compás de mis embestidas. Sus gemidos se convierten en gritos, su cuerpo tiembla y sé que está cerca.

“Córrete para mí, Fee,” ordeno, con voz dura y autoritaria. “Córrete en mi miembro.”

Ella emite un grito, su cuerpo se tensa, sus músculos se aprietan a mi alrededor mientras alcanza el clímax. La vista, el sonido, la sensación de ella derrumbándose bajo mí es demasiado, y me dejo ir, empujando con fuerza dentro de ella, encontrando mi propia liberación. Me corro con un gemido, mi mano aprieta su garganta, manteniéndola firme mientras me vacío dentro de ella.

Colapsamos sobre la cama, ambos respirando con dificultad, su cuerpo aún temblando bajo mí. Le libero suavemente las muñecas, quitándole las esposas y el pañuelo de seda, luego rodeo sus brazos, atrayéndola hacia mí. Aunque ambos estábamos húmedos de sudor, la abrazo con fuerza, sintiéndola acurrucarse contra mí. No hay otro lugar en el que quisiera estar, ninguna otra persona con la que quisiera estar que no sea ella.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento completamente en paz y caigo en un sueño profundo y sin soñar.

~

A LA MAÑANA SIGUIENTE, me despierto y mi mano busca instintivamente el cuerpo cálido de Fee. En cambio, no siento nada más que las sábanas frías. Confundido, me incorporo, apartando las

últimas trazas de sueño de mis ojos. El reloj digital en la mesita de noche marca las 6:23 de la mañana. Es temprano, incluso para Fee.

Me visto rápidamente y bajo al piso de abajo, con un nudo de preocupación en el estómago. Cuando llego a la cocina, la veo. Fee está sentada en la mesa, con las manos apretadas alrededor de una taza de té y la mirada perdida en el vacío. Su vista, tan inmóvil y silenciosa, me da un escalofrío.

"Fee, ¿estás bien?" Lo pregunto con dulzura, sin querer asustarla.

Ella se encoge de hombros, sin encontrar mi mirada.

"¿Es por anoche?" Intento adivinar, pero la preocupación se cuela en mi voz. Parecía que le había gustado mucho, y había tenido todo el poder siempre entre sus manos, pero ahora temo que se esté arrepintiendo.

Niega con la cabeza. "No, anoche fue... me gustó cada momento."

Me siento a su lado y tomo su mano entre la mía. Su piel está fría y siento un ligero temblor. "¿Es por Jonah?"

Sus ojos se llenan de lágrimas mientras asiente, suspirando. "No puedo dejar de pensar en sus últimos momentos. En cuánto miedo tuve cuando me atacó. La mirada en sus ojos cuando..."

Respiro hondo, mientras los recuerdos de mi pasado emergen. "Recuerdo mi primer asesinato," digo en voz baja. "Era más joven que tú, quizá diecinueve o veinte años. Era el ejecutor de una Famiglia rival. Pensé que estaba listo, pero nada te prepara para ese momento."

Fee me mira, con sus ojos oscuros muy abiertos. "¿Qué pasó?"

"Apreté el gatillo, lo vi caer. Luego vomité en un callejón y no pude dormir durante semanas. Las pesadillas eran brutales. Seguía viendo su rostro, escuchando el sonido del disparo."

"¿Cómo lo superaste?" Su voz apenas supera un susurro.

Le aprieto suavemente la mano. "El tiempo, Fee. El tiempo lo cura todo. No lo borra, pero lo hace... manejable. Aprendes a vivir con ello, a entender por qué hiciste lo que hiciste."

De repente, se echa a llorar. "Tengo tanto miedo, Angelo. ¿Y si alguien descubre que está muerto? ¿Y si me encuentran? No puedo ir a la cárcel. Y luego... ¿Lou?"

La atraigo hacia mí, abrazándola con fuerza. "Oye, escúchame. Nos estamos ocupando de todo, ¿recuerdas? No quedarán rastros. Y aunque alguien empiece a hacer preguntas, siempre me tendrás a mí. No permitiré que te pase nada ni a tí ni a Lou."

Ella se aferra a mí, su cuerpo sacudido por los sollozos. Le acaricio el cabello, murmurándole palabras tranquilizadoras. Mientras la abrazo, me doy cuenta de lo importante que es para mí. Siempre he protegido a mi familia y a mis hombres, pero esto... esto es diferente.

"¿Crees que Genesis podría ayudarnos?" Fee me lo pregunta con la cabeza apoyada en mi hombro, mientras sus sollozos comienzan a disminuir.

Asiento, aprobando la sugerencia de Fee. "De hecho, es una excelente idea. ¿Cómo no se me ocurrió antes?"

Saco el teléfono y marco el número de Genesis. Responde al cuarto tono, con la voz adormilada e irritada.

"Será mejor que sea algo importante, joder, Pirelli. Es demasiado temprano para tus tonterías."

Me río entre dientes. "Buenos días para ti también, rayo de sol. ¿Estabas entreteniendo a un invitado, verdad?"

"Lo estaba haciendo," gruñe ella. "Hasta que lo arruinaste todo."

Estallo en risas, ganándome una mirada curiosa de Fee. "Bueno, no quisiera interrumpir *tu gimnasia matutina*. Estoy segura de que debe ser un buen ejercicio."

Genesis resopla. “Vete al diablo, Angelo. ¿Qué quieres?”

“Fee y yo necesitamos verte. ¿Cuándo podría ser un buen momento?”

Hay una pausa. “¿Por qué?” pregunta bruscamente.

“Necesitamos a Fucina,” digo con soltura.

Genesis gime. “Joder, *vale*. Pasen en una hora. Y no te atrevas a presentarte antes, o te juro por Dios que te convertiré en una obra de arte moderna.”

“Ni lo soñaría,” le aseguro antes de colgar.

Fee me mira, expectante. “¿Y bien?”

“Tenemos una cita en una hora,” le digo. “Lo que nos da justo el tiempo para un café y un buen desayuno. Confía en mí, es mejor no enfrentar a Genesis con el estómago vacío.”



UNA HORA DESPUÉS, estamos frente a la Galería Ardere. Genesis abre la puerta, su rostro es una máscara de irritación.

“Fee, cielo, entra,” dice cálidamente antes de volverse hacia mí con un ceño fruncido. “Contigo sigo enojada.”

Sonrío, incapaz de resistir la tentación de provocarla. “Vamos, Gen. ¿Por qué Fee recibe a la Genesis dulce y yo a la cabrona?”

“Porque Fee no es quien me molestó al amanecer, pedazo de espina en el trasero que eres,” replica ella.

Me llevo dramáticamente la mano al pecho. “Me has herido, de verdad. Y yo que pensaba que nuestro lazo era indestructible.”

Fee se burla, tratando de ocultar su diversión.

Genesis pone los ojos en blanco. “¿Qué quieres, Angelo? Debe ser algo importante para que vengas aquí a las ocho de la mañana.”

La pongo al día rápidamente sobre la situación. Mientras hablo, observo el cambio de actitud de Genesis. Su irritación desaparece, reemplazada por una concentración intensa. Es Fucina, la excelente mente criminal, quien toma el control.

“Bien,” dice, completamente en modo de negocios, mientras se apresura hacia la computadora y sus dedos teclean furiosamente en el teclado. “Puedo hacer que parezca que Jonah dejó Nueva York. Crearemos un rastro de papel, registros de vuelo, todo. Desaparecerá sin dejar rastro.”

Fee parece aliviada, pero luego frunce el ceño. “¿Y su familia? Hablaba constantemente de una hermana.”

Fucina niega con la cabeza, sus ojos revisan una página de la computadora. “Su hermana está muerta. Lo está desde hace años. La única familia que tiene es una exesposa que se esconde de él. Y créanme, estará encantada de saber que se ha ido.”

Observo a Fee mientras procesa esta información y veo una mezcla de emociones en su rostro.

“¿Así que... eso es todo?” La voz de Fee es débil. “Simplemente lo hemos... borrado?”

Fucina asiente, sus ojos se suavizan ligeramente. “Así es. Cuando termine, Jonah Ansel será solo un fantasma.”

Mientras Fucina se pone a trabajar, me acerco a Fee, sintiendo cómo tiembla ligeramente.

“Todo va a estar bien,” murmuro. “Saldremos de esto.”

Fee asiente, apoyándose en mí.

Los dedos de Fucina golpean el teclado, su concentración es intensa. “Dame unas horas y Jonah Ansel no será más que un fantasma digital.”

Asiento. “Gracias, Gen. Te debo una.”

Ella resopla, sin levantar la vista de la pantalla. “¿Una? Podría llenar un libro de tres volúmenes con todos los favores que me debes, Pirelli.”

“Añádelo a mi cuenta entonces.”

Fucina nos despide con un gesto de la mano. “Saben dónde está la salida. Tengo trabajo que hacer.”

Me río entre dientes, volviéndome hacia Fee. “Es el lenguaje de Genesis para decir *que nos larguemos y la dejemos trabajar*.”

“Dije que se vayan, no que narren su salida, listillo,” me señala Fucina.

Fee parece un poco abrumada mientras nos vamos. “¿Siempre es así?”

“Solo en los mejores días.” Sonrío. “¿Y ahora a dónde vamos?”

“¿Podemos ir a ver a Zip al hospital?” Fee me lo pregunta dulcemente.

“Claro,” respondo, acompañándola al auto.

Apenas hemos llegado al estacionamiento del hospital cuando suena mi teléfono. Es Joey del taller.

“Jefe, tenemos un cliente aquí. Dice que tiene algo vintage para cambiar y está buscando algo específico. Pensé que querrías echarle un vistazo.”

Suspiro, mirando a Fee. “De acuerdo, llegaré tan pronto como pueda.”

Cuelgo y me giro hacia Fee. “Tengo que ir al taller. ¿Estás bien aquí? Puedo pasar a buscarte más tarde.”

Fee asiente, apretando mi mano. “Estaré bien. Ve, haz lo que tengas que hacer.”

Mientras la veo entrar al hospital, no puedo deshacerme de la sensación de que algo está fuera de lugar. Pero el trabajo llama y tengo un negocio que manejar.

Solo espero que todo esté bien con Zip. Y que la magia de Fucina haga sus milagros. Porque en este momento necesitamos toda la ayuda posible.

Cuando llego al estacionamiento del taller, me dirijo hacia el interior. Joey señala mi oficina. “El cliente está ahí dentro. Le dije que estabas en camino.”

“Gracias, Joe,” murmuro mientras avanzo hacia la oficina en la parte trasera. Cuando empujo la puerta de mi oficina, el tiempo se detiene. Gino está sentado detrás de mi escritorio, con los pies apoyados y una sonrisa satisfecha en la cara.

“Bien, bien,” dice. “Si no es Don Pirelli en persona. Has sido muy amable al venir a verme.”

En un instante tengo la pistola en la mano, apuntando directo a su pecho. “Vete de aquí, Gino,” le gruño. “Tienes suerte de que no te dispare en cuanto te veo por las estupideces que hiciste ayer.”

Gino se ríe, y ese sonido me crispa los nervios. Se levanta lentamente, sin apartar la mirada de la mía. “Vamos, vamos, Angelo. Ambos sabemos que no lo harás. A menos que quieras comenzar una guerra con La Famiglia. Y ambos sabemos que no eres tan estúpido.”

Aprieto los dientes, manteniendo firme la pistola. Cada instinto me grita que apriete el gatillo, para acabar con esta amenaza de una vez por todas. Pero tiene razón, maldita sea. No puedo arriesgarme a una guerra. No ahora.

“¿Qué coño quieres?” Gruño. “No tienes nada que yo pueda desear.”

“Oh, en eso no estoy de acuerdo.” Gino sonríe. Mete la mano en su chaqueta y yo me tenso, preparándome para un arma. En cambio, saca una cinta de video. “Mira, este es el objeto 'vintage' que tengo para intercambiar. He puesto los ojos en Perfezione desde que regresé a la

ciudad. Y tal vez no lo sepas, pero ayer alguien entró... pero no salió. Interesante."

La sangre se me congela, pero mantengo el rostro inexpresivo. Años de práctica en esta vida me han enseñado a no mostrar nunca debilidad. "¿De qué estás hablando?"

La sonrisa de Gino se ensancha y tengo que resistir el impulso de borrarla de su cara con un golpe. "Digamos que el precio del edificio ha aumentado. De manera significativa."

Siento el peso de la pistola en mi mano y la tentación de acabar con esto aquí y ahora es casi irresistible. Pero me obligo a pensar. Si lo que dice es cierto, si realmente tiene pruebas...

"Dime tu precio," gruño, odiando las palabras incluso mientras salen de mi boca.

Gino se apoya en mi silla, claramente divertido. "Oh, Angelo. Apenas hemos comenzado."

SOFIA

Las llantas del coche de Angelo chirrían cuando se aleja del hospital y yo me apresuro a entrar, dirigiéndome hacia la habitación de Zip. Mientras me acerco, veo a un médico hablando con mi abuelo y acelero el paso. "¡Nonno!" Lo llamo en cuanto entro en la habitación.

El rostro de Zip se ilumina al verme. Tiene mejor aspecto del que esperaba: sigue pálido, pero está alerta y sentado en la cama. Los moretones en su cara se han vuelto de un amarillo enfermizo.

"¡Fee!" Grita. "Ven aquí, déjame verte."

El doctor se dirige a mí con una sonrisa. "Debe ser su nieta. Le estaba diciendo al señor Saldano que está haciendo grandes progresos. La conmoción cerebral está sanando bien y las costillas están en proceso de recuperación."

Siento una ola de alivio ante esas palabras y sonrío. "Es una noticia maravillosa. ¿Cuándo podrá volver a casa?"

"Si sigue mejorando a este ritmo, tal vez mañana," responde el médico.

Cuando el doctor se va, Zip toma mi mano. "Ahora cuéntamelo todo. ¿Cómo estás? ¿Cómo está Lou? ¿Y Angelo?"

Las preguntas en cascada me toman por sorpresa. "Yo... nosotros estamos bien, nonno. Lou está con Shawn y Angelo me ha apoyado mucho."

Los ojos de Zip se entrecierran mientras estudia mi rostro. "No tienes buen aspecto, *tesoro*. Estás pálida y hay algo en tus ojos... ¿Qué sucede?"

Intento restar importancia a su pregunta. "No es nada, nonno. Sólo estoy preocupada por ti, eso es todo."

Pero Zip no se lo traga. Su voz adquiere un tono severo que rara vez he escuchado. "Sofia Saldano, conozco a mi niña. Y sé cuando algo no va bien. Dime qué está pasando."

Me muerdo el labio, indecisa. Una parte de mí quiere confesarlo todo, sobre Jonah, sobre lo que hice. Tengo la sensación de que Zip entendería, quizá incluso aprobaría. Pero no puedo permitirme contárselo, no ahora que aún se está recuperando. Y no en un lugar público como un hospital, donde cualquiera podría escucharme.

"Ha sido una situación difícil de manejar," digo al final. "La tienda, Lou, la preocupación por ti..."

La mano de Zip aprieta la mía. "Fee, mírame."

Encuentro su mirada con reticencia.

"Sea lo que sea, pase lo que pase, lo enfrentaremos juntos. ¿Entiendes? No estás sola en esto."

Sus palabras, tan similares a las de Angelo, me hacen brotar lágrimas en los ojos. Asiento, sin

confiar en mi voz para hablar sin romper a llorar.

Zip me abraza con dulzura, teniendo cuidado con sus heridas. “Esa es mi niña. Ahora, cuéntame más sobre esta situación con Angelo. ¿Te está tratando bien?”

No puedo evitar reír entre lágrimas. “Sí, nonno. Es... ha sido fantástico.”

“¿Y Lou? ¿Qué ha hecho mi pequeña?”

No puedo evitar reír mientras le cuento la victoria de Lou sobre el matón. “Deberías haberla visto, nonno. ¡Parecía una pequeña ninja!”

Zip suelta una carcajada, secándose las lágrimas de los ojos. “¡Esa es mi niña! Siempre supe que Lou tenía lo necesario para lograrlo. Las mujeres Saldano son luchadoras, de principio a fin.”

Mientras describo la expresión en el rostro del matón cuando Lou lo derribó, de repente e involuntariamente, una imagen reaparece como un rayo en mi memoria. La resistencia de la carne de Jonah cuando clavé mis tijeras y el shock en sus ojos. El estómago se me revuelve y siento cómo la risa muere en mi garganta.

La expresión de Zip cambia inmediatamente. “Está bien, Fee. Cuando es demasiado, es demasiado. Hay algo que te está consumiendo, y quiero saber qué es. Ahora.”

Miro la puerta, asegurándome de que esté cerrada. Me tiembla el labio mientras me vuelvo hacia Zip. “Nonno, yo... hice algo terrible.”

Tomo un respiro profundo y luego confieso todo. El enfrentamiento con Jonah, el miedo, las tijeras. Mientras hablo, el rostro de Zip permanece impasible, pero veo que su boca se tensa cuando empiezo a llorar.

“Oh, *tesoro*,” dice suavemente cuando termino, extendiendo la mano para tomar la mía. “Ven aquí.”

Me recuesto en su abrazo, teniendo cuidado de no hacerle daño.

“Escúchame, *tesoro*,” dice Zip, con voz dulce pero firme. “Hiciste lo que tenías que hacer. Jonah era una amenaza para ti y para Lou. Te protegiste a ti misma y a tu hija. No hay nada de lo que debas sentirte avergonzada o culpable.”

Levanto la mirada hacia él, llorando. “Pero maté a alguien, nonno. Soy una asesina.”

Zip niega con la cabeza. “No, eres una sobreviviente. Y una madre que protege a su hija. Jonah tomó su decisión cuando vino a buscarte. Tú solo te aseguraste de que fuera su última decisión equivocada.”

Sus palabras, tan concretas, me arrancan una sonrisa.

“Ahora,” continúa Zip, “lo hecho, hecho está. Lo importante es seguir adelante. Angelo te está ayudando, ¿verdad?”

Asiento.

“Bien. Confía en él, Fee. Y recuerda, tú eres una Saldano. Somos sobrevivientes. Enfrentamos nuestros problemas de frente y salimos más fuertes.”

No estoy segura de creerle, pero el hecho de que no me esté juzgando o alejando con horror me ayuda mucho. “Gracias, nonno,” susurro.

Zip me besa en la frente. “Siempre, *tesoro mio*. Ahora háblame más de Angelo. Creo que debo tener una charla con ese joven que se ha robado el corazón de mi nieta.”

~

ME QUEDO HABLANDO con Zip durante otra hora, hasta que me doy cuenta de que se está cansando, y luego me despido. Mientras espero el ascensor, le mando un mensaje a Angelo.

Salgo del hospital. Voy a casa.

No espero una respuesta. Lo que sea que estuviera pasando en la tienda parecía importante, así que pido un conductor a través de Uber para que me lleve de vuelta a la casa de Angelo.

Mientras el Uber serpentea por las calles de la ciudad, no puedo deshacerme de las imágenes que me pasan por la cabeza. El rostro de Jonah, retorcido por la ira. Las tijeras en mi mano. El sonido repugnante cuando perforaron su carne.

Todos me siguen diciendo que hice lo correcto. Zip, Angelo, incluso Jimbo, aunque de una manera brusca. Dicen que me estaba protegiendo, que estaba protegiendo a Lou. Que no soy culpable.

Pero si eso es cierto, ¿por qué me siento así?

La culpa es un peso físico que me aplasta el pecho y me dificulta respirar. Cada vez que cierro los ojos, veo a Jonah caer, la vida desvaneciéndose de sus ojos. He quitado una vida. ¿Cómo puedo vivir con eso?

Me reflejo en la ventana del coche. La mujer que me devuelve la mirada en el reflejo parece atormentada, con los ojos oscuros por la conciencia de lo que ha hecho. ¿Es eso lo que soy ahora? ¿Una asesina?

El pensamiento me produce una ola de náuseas. Soy la mujer que le predica a Lou sobre la no violencia, que cree en las segundas oportunidades. Y sin embargo, en un momento de miedo y desesperación, me convertí en todo aquello contra lo que siempre he luchado.

El coche se detiene frente a la casa de Angelo y veo a Jimbo de pie frente a la puerta de entrada, con su habitual ceño fruncido. Casi parece un oso, con sus anchos hombros y una presencia intimidante, pero en este momento parece preocupado.

"¡Jimbo?" Lo llamo mientras me apresuro a salir del coche.

Él se gira y su ceño se agrava. "Fee. ¿Está Angelo en casa? He llamado y enviado mensajes, pero no responde."

Niego con la cabeza. "Tuvo que ir al taller. ¿Todo está bien?"

Jimbo maldice por lo bajo. "Maldición. No, no está todo bien."

Trasteo con las llaves y nos adentramos en la casa. "¿Tiene esto algo que ver con..." No puedo terminar la frase.

Jimbo niega con la cabeza. "No. Se trata de negocios."

"Oh." ¿Por qué no me siento más aliviada? "¿Quieres algo de beber mientras lo esperamos?"

Jimbo asiente y me sigue a la cocina. Mientras preparo el café, siento sus ojos sobre mí.

"¿Estás bien, chica?" Lo pregunta con su habitual voz brusca. "Parece que has visto un fantasma."

La ironía de sus palabras casi me hace reír. Un fantasma. Eso es exactamente lo que Jonah es ahora, ¿cómo no?

Y todo por mi culpa.

"Estoy bien," miento, concentrándome en la cafetera para evitar su mirada. "Solo estoy cansada."

Sin embargo, mientras sirvo el café, me tiemblan las manos y casi derramo el líquido caliente. Jimbo sujeta la taza y su gran mano envuelve la mía.

"Fee," dice, con una voz inusualmente suave. "Lo que pasó no es tu culpa. ¿Me entiendes?"

Asiento, sin confiar en mi voz para hablar. Dentro de mí, sin embargo, la culpa sigue royéndome. Porque, sin importar lo que se diga, la verdad permanece. He *quitado* una vida. Y nada podrá cambiar eso.

Jimbo me observa por un momento. "¿Te sientes culpable por Jonah, verdad?"

Asiento, sin poder contenerme más. “Me está matando, Jimbo. No puedo dejar de pensar en ello. He quitado una vida. ¿Cómo puedo vivir con eso?”

Permanece en silencio durante un largo momento, luego suspira. “Mira, normalmente no lo digo, pero tengo cierta formación en psicología. Nunca la ejercí, quede claro. Solo era para ayudar al padre de Angelo a manejar a la Famiglia.”

Esta revelación me sorprende y levanto la vista de mi taza. “¿En serio?”

Jimbo asiente. “Sí. Y deja que te diga: lo que estás sintiendo? Es *normal*. Pero eso no significa que seas una mala persona.”

Se inclina hacia adelante, con voz suave. “Hiciste lo que tenías que hacer para protegerte a ti y a Lou. Eso no te convierte en una asesina. Te convierte en una sobreviviente.”

Sus palabras hacen eco de las de Zip, y algo dentro de mí comienza a aliviarse.

“Pero aquí está el punto,” continúa Jimbo. “No puedes dejar que esto te consuma. Porque si lo haces, afectará todo: tu relación con Lou, con Angelo, incluso la forma en que te ves a ti misma.”

Tomo un respiro tembloroso. “¿Cómo hago para detenerlo?”

Jimbo me ofrece algunos consejos prácticos: técnicas de atención plena, formas de redirigir mis pensamientos cuando la culpa se hace presente. Mientras habla, siento que un poco del peso se aligera de mis hombros.

Luego dice algo que me toma por sorpresa. “Sabes, Angelo sufre del mismo tipo de ansiedad que tenía su padre: ambos creen que no merecen la felicidad porque sienten que no pueden estar presentes cuando sus seres queridos los necesitan.”

“Pero no es cierto,” protesto. “Angelo siempre ha estado ahí para mí.”

Jimbo asiente. “Exactamente. Y eso es muy importante para él. Tú y Lou son algo bueno para él. Pero a veces necesita que se lo recuerden.”

Mientras asimilo todo esto, me doy cuenta de que Jimbo me ha dado mucho más que simples estrategias para enfrentar la situación. Me ha dado una perspectiva sobre Angelo, sobre nosotros.

“Gracias, Jimbo,” digo suavemente. “De verdad.”

Él me despide con un ademán brusco, pero puedo ver el calor en sus ojos. Por primera vez desde aquel terrible momento con Jonah, siento un rayo de esperanza. Quizás, solo *quizás*, pueda superar esto.

“Bueno, bueno. ¿Estoy interrumpiendo un momento de paz y *kumbaya*?”

La repentina llegada de Angelo me hace sobresaltar. Tiene su característica sonrisa en los labios, pero mi alivio al verlo se transforma rápidamente en preocupación. Está pálido y noto que sus manos tiemblan ligeramente. Algo no está bien.

Antes de que pueda preguntar, Jimbo interviene. “Te has tardado, jefe. ¿Te perdiste en el camino a casa?”

Los ojos de Angelo se entrecierran. “El tráfico era un asco. ¿Qué es tan urgente?”

Jimbo se inclina hacia adelante, bajando la voz. “He tenido noticias de nuestro amigo en el puerto. La carga se ha visto comprometida.”

Los ojos de Angelo se agrandan por una fracción de segundo antes de que su rostro se endurezca. “Mierda. ¿Qué tan grave es?”

“Lo suficiente como para que tengamos que movernos. *Ahora*.”

Angelo maldice, luego se vuelve hacia mí. “Fee, lo siento, pero tengo que encargarme de esto. Hablaremos después, ¿está bien?”

Quisiera protestar, preguntar qué está pasando realmente, pero veo la tensión en sus hombros. Sea lo que sea, es algo serio.

“Está bien,” digo con dulzura. “Ten cuidado.”

Él me da un beso rápido, luego él y Jimbo salen por la puerta, dejándome sola con mis pensamientos.

Me mantengo ocupada durante todo el día y, cuando llega la hora, voy a recoger a Lou a la escuela. Se me estruja el corazón cuando la veo bajar las escaleras, con el rostro iluminándose en cuanto me ve.

“¡Mami!” Grita, corriendo a mis brazos. “¡Estás aquí!”

La abrazo fuerte, respirando su aroma familiar. “Claro que estoy aquí. ¿Cómo estuvo tu día?”

Mientras caminamos a casa, Lou charla entusiasmada sobre su día con Shawn. “Nos divertimos muchísimo, mami. Vimos películas y jugamos, ¡y adivina qué?”

“¿Qué?” Me siento agradecida por este momento de normalidad.

Lou sonríe traviesa. “¡Shawn me dejó comer pastel para el desayuno!”

Hago un chillido de falso horror. “¡Pastel para el desayuno? Oh, no, me imagino que eso significa que ya no puedes ir más con Shawn.”

La expresión de absoluto horror en el rostro de Lou es tan cómica que no puedo evitar soltar una carcajada.

“¡Mami! ¡No! ¡Solo estaba bromeando!” Lou protesta frenéticamente.

Le revuelvo el cabello, aún riendo. “Yo también, pequeña. Pero quizá lo del pastel para el desayuno se quede entre nosotras, ¿de acuerdo?”

Lou asiente vigorosamente, con un profundo alivio pintado en su rostro. Mientras seguimos caminando, escucho todos sus relatos, saboreando este momento de simple felicidad.

Una vez que llegamos a casa, Lou se dirige de inmediato a la mesa del comedor. “Tengo que hacer la tarea,” anuncia, sacando los libros.

“Vale. Comienzo a preparar la cena,” respondo, dirigiéndome a la cocina.

Mientras corto las verduras y sazono el pollo, me relajo en la rutina familiar. El sonido rítmico del cuchillo sobre la tabla de cortar y el chisporroteo del aceite en la sartén son casi meditativos.

Después de aproximadamente una hora se abre la puerta de casa y escucho la voz de Angelo. “¿Hola? ¿Hay alguien en casa?”

“¡Estamos aquí!” Grito en voz alta.

El rostro de Lou se ilumina al escuchar la voz de Angelo, pero rápidamente transforma su expresión en una desenvuelta indiferencia. “Oh, hola, Angelo,” dice con despreocupación, sin levantar la vista de sus deberes.

Tengo que reprimir una risa ante su intento de hacerse la indiferente. Angelo me mira y me guiña un ojo, entendiendo perfectamente que Lou está actuando.

“Hola, Louisville,” dice, despeinándole el cabello mientras pasa. “¿Cómo te fue en la escuela?”

Lou se encoge de hombros, manteniendo su fachada de desinterés. “Fue bien, creo.”

Cuando nos sentamos a cenar, la conversación se centra en Perfezione. El entusiasmo de Lou por las obras de renovación es contagioso y pronto todos hablamos de proyectos potenciales e ideas para la subasta.

“¡Podríamos hacer un desfile de moda!” Lou lo sugiere con gran entusiasmo. “¡Con todos tus mejores diseños, mamá!”

Sonrío ante su entusiasmo. “Es una excelente idea, cielo. ¿Qué opinas, Angelo?”

Sin embargo, Angelo parece distraído. “Oh, sí, me parece una gran idea,” dice, con la mente claramente en otra parte.

Lo miro, levantando una ceja, preguntándole en silencio qué es lo que lo preocupa. Él sacude ligeramente la cabeza: *no ahora*.

Después de la cena, mientras Lou se prepara para ir a la cama, tengo la sensación de que algo no está bien. Angelo está en silencio, casi encerrado en sí mismo.

Una vez que le he arropado, encuentro a Angelo en la sala, bebiendo un vaso de whisky.

“Bien, escúpelo,” digo, sentándome a su lado. “¿Qué pasa?”

Angelo suspira profundamente, pasándose una mano por el cabello. “Es Gino,” dice finalmente. “Tiene una grabación de Jonah entrando en Perfezione y... no hay salida.”

El mundo parece venirse abajo. Siento un pitido en los oídos que casi ahoga todo lo demás a mi alrededor. “¿Qué?” Mi voz apenas sale, siendo poco más que un susurro.

“Ha estado vigilando este lugar desde que regresó a la ciudad,” explica Angelo, cuyas palabras suenan lejanas y apagadas en el rugido ensordecedor de mis oídos. “Y ahora lo está usando como palanca.”

El corazón me late tan fuerte que siento que casi llega a mi garganta. Me cuesta respirar, el pánico me aprieta el pecho. “¿Cómo... cómo es posible? Fuimos tan cuidadosos...”

“Fee, respira,” dice Angelo, poniéndome las manos en los hombros y tratando de tranquilizarme.

Trato de concentrarme en su rostro, en su mirada firme, pero siento que la habitación está dando vueltas.

“¿Qué quiere?” Pregunto, temiendo la respuesta.

“Perfezione, naturalmente,” dice Angelo con semblante sombrío. “Pero no es todo. También quiere mis negocios. Mis autos y... Fucina.”

Las implicaciones de sus palabras son como una bofetada. No solo mi tienda, sino todo el negocio de Angelo. Y todo por lo que hice.

Es solo mi culpa.

ANGELO

El rostro de Fee palidece, sus ojos se agrandan por el horror. Comienza a temblar, su respiración se hace entrecortada. Está entrando en pánico.

“Es todo mi culpa,” susurra, con lágrimas llenando sus ojos. “Solo he traído problemas a tu vida. Yo... creo que necesito espacio. No quiero seguir haciéndote daño.”

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. “Fee, no,” digo, tomando sus manos. “No es tu culpa.”

Pero veo que el pánico sigue creciendo en ella, sus ojos recorren la habitación como si buscaran una vía de escape. “¿Cuándo te lo dijo Gino?” pregunta con voz temblorosa.

“Era el cliente 'vintage' del que me habló mi empleado,” le revelo, frunciendo el ceño al recordar la cara satisfecha y provocadora de Gino sentado en mi oficina. “Ese bastardo me estaba esperando en el taller.”

Fee respira agitadamente y deja escapar un gemido suave y doloroso. “Oh, Dios, Angelo. ¿Qué he hecho? He arruinado todo.”

Trato de acercarme a ella, de consolarla, pero ella se resiste, alejándose. “Fee, por favor. Escúchame. Podemos encontrar una solución.”

Ella niega con la cabeza, las lágrimas corren por su rostro. “No, no, no. No entiendes. Soy un veneno. Todos los que me rodean salen lastimados. Primero Jonah, ahora tú...”

“Fee,” digo con firmeza, intentando detener su espiral de pensamientos autodestructivos. “No eres un veneno. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.”

Por un momento, pienso que la he convencido. Pero luego su rostro se endurece y vuelve a apartarse de mí. “No te creo. La única razón por la que Gino está tratando de castigarte es porque te pusiste de mi lado. No puedo permitirlo. No puedo ser la razón por la que lo pierdas todo. Yo... tengo que irme.”

Siento el pánico que me atenaza, un nudo frío en el corazón. Me lanzo hacia adelante, agarrando el brazo de Fee. “¿Qué quieres decir con que *tienes que irte*? ¿A dónde vas?”

Los ojos de Fee están llenos de lágrimas y su voz se quiebra. “Lou y yo... nos quedaremos en casa de Zip. Desde mañana.”

Siento como si el suelo se desmoronara bajo mis pies. No puede ser verdad. Es como cuando no pude salvar a mi padre: la misma sensación de impotencia y dolor. No merezco la felicidad. Nunca la he merecido.

“¿Por qué?” logro decir con voz entrecortada. “¿Por qué estás huyendo de mí? Estoy tratando de ayudarte, de protegerte.”

El rostro de Fee se cierra, las lágrimas ruedan por sus mejillas. “¿No lo entiendes?” grita, con la voz rota. “¡Solo te hago daño! Gino quiere quitarte todo por mi culpa.”

Sus palabras son puñaladas en el corazón. Niego con la cabeza desesperadamente. “No, Fee, no es cierto. No es tu culpa.”

“¿Cómo puedes decir eso?” vuelve a gritar, casi histérica. “Tu negocio, Fucina, todo lo que has construido... todo está en riesgo por mi culpa. Porque maté a Jonah.”

Me acerco a ella, intentando desesperadamente hacerla razonar. “Fee, por favor. Podemos enfrentarlo juntos. No me apartes.”

Pero ella retrocede, rodeándose con los brazos. “No puedo, Angelo. No puedo ser la razón por la que pierdas todo. Es mejor así.”

Siento que me estoy ahogando. Estoy viendo cómo todo lo que me importa se escapa de mis manos. “Fee, por favor,” susurro, odiando la desesperación en mi voz. “No lo hagas. No te vayas.”

Por un momento, veo una duda en sus ojos. Pero luego se arma de valor y se seca las lágrimas. “Lo siento, Angelo. Es mejor así.”

“¡Mami?”

Fee y yo nos giramos y vemos a Lou en las escaleras, con los ojos muy abiertos, en pijama.

Fee se sobresalta. “¡Lou! ¿Qué... qué escuchaste?”

Lou mira entre nosotros, con una expresión confundida. “Solo a Angelo pidiéndote que no te fueras. ¿A dónde te vas?”

Los ojos de Fee se posan en mí y luego de nuevo en Lou. “Nos... nos mudamos al apartamento del nonno Zip mañana, pequeña.”

“¿Qué? ¿Por qué?” Lou alza la voz.

“Porque tenemos que hacerlo,” dice Fee, con la voz forzada.

El rostro de Lou se frunce por la ira. “¡Eso no es un motivo! ¡No podemos irnos así!”

“Lou, por favor, intenta entender...” Fee intenta convencerla, pero Lou la interrumpe.

“¡No! ¡No quiero irme! ¡No puedes obligarme a dejar a Angelo! ¡Me gusta estar aquí!”

Observo impotente cómo la discusión se intensifica, con Fee volviéndose cada vez más frenética y Lou cada vez más decepcionada y testaruda.

“¡No hay discusión, Lou!” grita Fee, su voz se quiebra y en sus mejillas se forman dos manchas rosas. “Soy tu madre y harás lo que te digo.”

Cae un pesado silencio mientras el rostro pálido de Lou se contrae por el dolor y la ira. “Te odio,” escupe, antes de subir corriendo las escaleras.

El silencio que sigue es ensordecedor. Fee se queda ahí, con el pecho agitado y las lágrimas corriendo por su rostro. Antes de que pueda alcanzarla, se precipita escaleras arriba. Escucho una puerta cerrarse de golpe.

Me quedo solo en la sala, invadido por la desesperación. ¿Cómo pudo desmoronarse todo tan rápido? Y Gino... el odio arde en mi pecho. *Él* es la causa de todo esto.

Mientras me desplomo en el sofá, con la cabeza entre las manos, me siento abrumado por un sentido de impotencia. Fee y Lou se han convertido en mi familia y ahora se me están escapando como arena entre los dedos.

Por primera vez en años, no sé qué hacer para arreglarlo. El gran Don Pirelli, puesto de rodillas por el amor y un rival vengativo.

~

FEE ES fiel a su palabra y, a la mañana siguiente, encuentro las maletas de ella y Lou ordenadamente apiladas frente a la puerta de entrada. Es una situación extraña, y el silencio

malhumorado de Lou llena la habitación.

“Lou, es hora de irnos”, dice Fee con una alegría forzada, negándose a encontrarse con mi mirada.

Lou se gira hacia mí, sus ojos suplicantes.

“Angelo, ¡no puedes hacerla detenerse? ¡Dile que no tenemos que irnos!”

Me arrodillo a su altura, con el corazón rompiéndose por ella. “Lo siento, Louisville. Lo intenté, pero tu madre... cree que es mejor así.”

El rostro de Lou se contrae por la frustración y la ira. “¡Pero no es justo! ¡Éramos felices aquí!”

Veo las lágrimas aflorar en sus ojos y me cuesta todo mi ser no tomarla en brazos y negarme a dejarlas ir.

Antes de que pueda responder, Lou se dirige a mí nuevamente, con voz decidida. “¿Aún puedes llevarme a la escuela? ¿Y recogerme?”

Veo que Fee está a punto de objetar, pero me adelanto rápidamente. “Absolutamente sí. E incluso podemos salir a cenar, si quieres.”

El rostro de Lou se ilumina. “Me gustaría. Pero solo nosotros dos”, dice antes de lanzar una mirada venenosa a Fee. Está tan llena de dolor y rabia que incluso yo me estremezco. Nunca había visto a Lou mirar a su madre de esa manera, y es evidente que Fee también lo siente.

La voz de Fee está forzada cuando habla. “Lou, despídete de Angelo y dale las gracias.”

Sin embargo, Lou la ignora, lanzándose en mis brazos y abrazándome con fuerza. “Nos vemos pronto, Angelo”, dice antes de salir por la puerta.

El silencio que sigue es ensordecedor. Fee y yo nos quedamos allí, con mil palabras no dichas que nos separan. Quisiera rogarle que se quede, que lo reconsidere, pero las palabras se atascan en mi garganta. El aire está cargado de tensión y de despedidas no pronunciadas.

Fee aprieta sus bolsas, sus nudillos blancos. “Gracias por todo, Angelo”, dice suavemente, con la voz apenas un susurro.

No puedo contenerme. En dos pasos, estoy frente a ella y la atraigo hacia mí en un beso ardiente. En él vierto todo lo que siento: mis emociones, mi miedo, mi desesperada necesidad de que se quede. Mis manos cubren su rostro, mis dedos se enredan en su cabello mientras intento transmitirle todo lo que no puedo decir en voz alta.

Fee jadea contra mi boca y, por un momento, se derrite contra mí. Sus bolsas caen al suelo mientras sus manos se elevan para agarrar mi camisa. El beso se vuelve más profundo, casi frenético. Puedo saborear la sal de sus lágrimas, sentir el temblor de su cuerpo contra el mío. Sus labios son suaves pero insistentes, se mueven contra los míos con una desesperación que coincide con la mía.

Por un instante, pienso que tal vez, solo tal vez, he logrado convencerla. Siento su determinación tambalearse, su cuerpo se apoya en el mío como si estuviera luchando contra el impulso de quedarse.

Pero luego se aleja, sus ojos llenos de lágrimas no derramadas. Sus labios están hinchados por nuestro beso, sus mejillas enrojecidas. “Adiós, Angelo”, susurra, su voz se quiebra al decir mi nombre.

Y así se va, dejándome solo en una casa que de repente me parece demasiado grande, demasiado vacía. El fantasma de su beso perdura en mis labios, un recuerdo agridulce de lo que estoy perdiendo.

Cuando la puerta se cierra tras ella, siento que algo dentro de mí se rompe. Pero junto al dolor arraiga una feroz determinación. Esto no ha terminado. Ni de cerca.

Soy un Pirelli, y los Pirelli no se rinden. Lo arreglaré todo. Traeré de vuelta a Fee y Lou a casa. Y que Dios ayude a quien intente detenerme, especialmente a Gino Timpone. No tiene idea de lo que ha desatado.

Porque ahora no se trata solo de negocios. Se trata de familia. Y yo siempre protejo lo que es mío, cueste lo que cueste.



DESDE QUE FEE y Lou se mudaron con Zip, he entrado en una nueva rutina. Cada mañana llevo a Lou a la escuela con Marco siguiéndonos de cerca. Es algo pequeño, pero se ha convertido en lo más destacado de mi día.

Una mañana, mientras caminamos, Lou lanza una noticia bomba. "¿Sabías que el nonno Zip está con la abuela Cher?"

Por poco me tropiezo con mis propios pies. "¿Qué? Pensé que volvería a su casa."

Lou se encoge de hombros y patea una piedra en la acera. "No. La abuela Cher lo tiene en su casa grande y lujosa para *'asistencia las 24 horas'* o algo así."

Estoy realmente sorprendido. Cher siempre me había parecido demasiado egocéntrica para un gesto así. "Es... sorprendente. Pensé que tu abuela era..."

"¿Una bruja egoísta?" Lou termina la frase por mí, sonriéndome.

Una risa sorprendida se escapa de mis labios. "Mierda, Lou. ¿Qué te diría tu madre si te escuchara decir eso?"

Lou se encoge de hombros. "Al menos no dije la palabra que empieza con la m."

No tengo respuesta para eso.

El rostro de Lou se vuelve pensativo mientras patea otra piedrita errante en la acera. "Mami dice que la abuela Cher ha cambiado mucho. No lo sé. Los adultos son raros."

A pesar de esta noticia, me aseguro de mantener vigilado el apartamento de Zip. Puedo respetar la necesidad de espacio de Fee, pero maldita sea si no voy a mantener a salvo a mis chicas.

Con el paso de las semanas, Lou y yo hemos establecido un ritmo agradable. Nuestras caminatas matutinas están llenas de charlas sobre la escuela, sus amigos y sus últimos proyectos artísticos. Me encuentro esperando con ansias escuchar esa perspectiva única suya sobre el mundo.

Una tarde, la voy a buscar a la escuela y ella prácticamente salta de alegría. "¡Angelo! ¡Saqué una A en mi proyecto de historia!"

"¡Eso es fantástico, Louisville!" Siento una ola de orgullo. "¿Qué te parece si lo celebramos con un helado?"

Sus ojos se iluminan. "¿De verdad? Mami nunca me deja comer helado antes de la cena."

Le guiño un ojo. "Bueno, lo que mami no sepa no le hará daño, ¿verdad?"

No he vuelto a ver a Fee desde que se fue. Lou siempre me espera en el pasillo, lista para ir a la escuela o para regresar a casa. Nunca veo el interior del apartamento, nunca vislumbro a Fee. Es como si se hubiera convertido en un fantasma, presente solo en los relatos de Lou y en mis recuerdos.

La voz de Jimbo resuena en mi cabeza. "*Rompe esa maldita puerta y ya, Angelo. Haz que te enfrente*."

Una parte de mí quiere seguir su consejo, entrar por la fuerza, pedirle a Fee que me enfrente, que hablemos. Sin embargo, sé que podría volverse en mi contra de manera espectacular. Fee es

testaruda, e insistir demasiado solo podría alejarla aún más.

La extraño. Dios, cómo la extraño. El sonido de su risa, el calor de su sonrisa, la sensación de tenerla entre mis brazos. Es un dolor constante, un espacio vacío en mi pecho que nada más puede llenar.

Quiero compartir mis preocupaciones sobre el negocio, pedirle consejo. Quiero abrazarla, besarla, recordarle que juntos somos más fuertes que separados.

Pero no puedo hacer nada de eso.

Seguiré regresando, intentándolo, todo el tiempo que sea necesario. Porque Fee y Lou son mi familia ahora.

Y yo no me rindo. No renunciaré a mi familia. Nunca.



UNA NOCHE ENTRO AL KING, incapaz de soportar mi villa vacía. El familiar murmullo de conversaciones y vasos tintineando me envuelve. Marco me sigue como una sombra, escudriñando la sala con ojos atentos. Esta noche está lleno de gente, un verdadero '*gran gala*' de la élite y del bajo mundo de la ciudad.

Dimitri me hace un gesto mientras paso y una camarera se materializa con mi whisky habitual. Tomo un sorbo, saboreando el sabor ardiente mientras me acomodo en un cómodo sillón.

"Vaya, vaya. Si no es el gran Don Pirelli."

Mi mano se aprieta sobre el vaso al escuchar esa voz. Gino se sienta en el sillón frente a mí, su sonrisa satisfecha me hace picar el dedo que suele apretar el gatillo.

"Gino," gruño con voz baja y peligrosa. "Tienes mucha cara al presentarte aquí."

Él se reclina hacia atrás, la imagen perfecta de una arrogancia relajada. "Me preguntaba cuándo te decidirás a firmarlo todo. Me estoy impacientando."

Coloco el vaso con fuerza controlada. "Esperarás hasta que el infierno se congele, entonces, Gino. No renuncio a lo que es mío."

Sus ojos se entrecierran y toda apariencia de cordialidad desaparece. "No seas estúpido, Angelo. Sabes lo que tengo."

"Y tú sabes de lo que soy capaz," replico, inclinándome hacia adelante. Mi voz baja a un susurro amenazante. "¿De verdad quieres comenzar una guerra? Porque incendiaré esta maldita ciudad antes de dejarte ganar."

La tensión en nuestra mesa es eléctrica. Las conversaciones a nuestro alrededor se apagan mientras la gente agudiza el oído en nuestro intercambio, percibiendo la inminente violencia.

La mano de Gino se mueve hacia su chaqueta y yo me pongo de pie en un instante, con la mano lista para sacar mi arma oculta. Marco se acerca, listo para intervenir.

"Cuidado, Gino," lo advierto, sin apartar la mirada de él. "No querrás hacer nada estúpido en casa de Dimitri. Conoces las reglas."

Por un momento estamos en un punto muerto. Luego, Gino aparta lentamente la mano, con una sonrisa fría que se le ensancha en el rostro. "Tienes dos semanas, Pirelli. Es todo lo que tienes. Luego empezaré a hacer llamadas."

Permanezco de pie, imponiéndome sobre él. "Estás jugando un juego peligroso, Timpone. Recuerda que en nuestro mundo, el ganador de hoy es el cadáver de mañana."

Gino se pone de pie, alineándose conmigo. Estamos a pocos centímetros el uno del otro, el aire chisporrotea con hostilidad. "Eres tan poético, Angelo. Tal vez puedas ser un poeta en tu

próxima vida.” Tic-tac. El tiempo se está acabando para ti y para tu pequeña costurera.”

“Lárgate de mi vista,” gruño. “Antes de que me olvide de que estamos en público.”

Mientras Gino se aleja, siento los ojos de los presentes en el local puestos sobre mí. Acabo de lanzar el guante de desafío y ahora todos lo saben.

Bebo el resto del whisky de un trago, luego hago un gesto a Marco. Tenemos que movernos rápido. Porque una cosa es segura: no le daré a Gino nada.

Ni mis negocios y ciertamente no a Fee.

Es hora de acabar con esto, de una vez por todas.



ENTRO A LA GALERÍA de arte y la puerta se cierra con un golpe tras de mí. El fuerte ruido resuena en el ambiente, haciendo girar a Genesis, cuyos ojos brillan con rabia.

“¿Qué coño, Angelo?” gruñe. “¡No puedes irrumpir aquí como si fueras el dueño del lugar! Tengo clientes, insensato que no eres...”

Se detiene de golpe, la furia en sus ojos se transforma en preocupación al observar mi expresión. “¿Qué pasa?”

Le explico rápidamente las amenazas de Gino, con la voz rota por una rabia apenas contenida. Con cada palabra, el rostro de Genesis se oscurece y sus manos se aprietan en puños a los costados.

Finalmente, explota. “¡Ese bastardo chupapollas, come mierda, hijo de puta!” gruñe, levantando la voz con cada palabra. “¡Le arrancaré las pelotas y se las haré comer! ¡Le meteré el pie tan profundo en el culo que solo sentirá sabor a cuero durante una semana!”

Incluso las cejas de Marco se levantan ante su colorida amenaza. Conozco a Genesis desde hace años, pero rara vez la he visto tan enojada.

Genesis camina por la habitación, nerviosamente, con movimientos bruscos y agitados. Derriba un tarro de pinceles, haciéndolos caer y resonar en el suelo. Sin embargo, no parece importarle.

“¿Cómo se atreve?” Comienza a desahogarse. “Perfezione es una bendición para esta ciudad. Y Fee es un dulce ángel. ¿Cree que puede venir y llevarse todo? ¿Cree que puede quedarse con Fucina? ¡Fucina es *mía*!”

La miro, sintiendo una mezcla de gratitud por su lealtad y oscura satisfacción por su furia. Corresponde al infierno que arde en mi pecho.

Finalmente, Genesis toma una respiración profunda, tratando visiblemente de calmarse. Se gira hacia mí, con los ojos duros y decididos. “¿Cómo puedo ayudar?”

Cruzo su mirada, con voz firme. “Esperaba que me lo preguntaras. Necesito que me prepares algunos documentos. Escrituras de venta, permisos municipales, todo. Deben ser lo suficientemente buenos como para convencer a Gino de que son auténticos.”

Ella asiente y se dirige de inmediato hacia la computadora. El clic del teclado llena la habitación mientras empieza a trabajar. “¿Y luego?” pregunta, sin levantar la vista de la pantalla.

“Luego llevaré a Gino a un lugar de encuentro para entregarle los documentos. Y ahí terminará todo.”

Los dedos de Genesis se detienen en el teclado. Me mira y en sus ojos se abre camino la comprensión. “Lo matarás.”

No es una pregunta, pero asiento de todos modos. “Es la única forma de acabar con esta historia.”

Sus ojos oscuros se encuentran con los míos. “A la Famiglia no le gustará.”

Me encojo de hombros. “Me importa una mierda.”

El silencio cae en la habitación, el peso de lo que estamos planeando permanece suspendido en el aire. Puedo ver a Genesis procesándolo todo, su mente brillante repasando sin duda todos los posibles resultados.

Finalmente, asiente. “Bien. Dame algunos días. Tendré todo lo que necesitas.”

Mientras Genesis vuelve a trabajar y sus dedos golpean frenéticamente el teclado, siento un peso levantarse de mis hombros. Esta historia terminará aquí. Gino Timpone no tiene idea de lo que le espera.

Miro a mi alrededor en la galería y observo las hermosas obras de arte que adornan las paredes. Es un contraste marcado con la violencia que estamos planeando.

Pero este es nuestro mundo: belleza y brutalidad, lado a lado.

Marco cruza la mirada conmigo y me hace un ligero gesto de asentimiento. Está conmigo, pase lo que pase.

Me vuelvo hacia Genesis, observando su trabajo. Mi mente ya está corriendo hacia adelante, planeando los siguientes pasos. Porque una cosa es segura: nunca permitiré que Gino amenace a mi familia de nuevo.

Esta historia termina aquí. Y que Dios ayude a quien se interponga en mi camino.

SOFIA

Han pasado diez días desde la última vez que vi a Angelo y el dolor en mi pecho es como una herida abierta. Lo extraño tanto que a veces me duele respirar.

Pero es mejor así, me recuerdo a mí misma. Si no estoy con él, Gino no lo volverá a tomar como objetivo. O al menos, eso es lo que sigo repitiéndome, aunque la duda consume lentamente mi determinación.

Una puerta se cierra de golpe y oigo a Lou caminar pesadamente hacia su habitación. Últimamente está tan enojada que se niega a dejar que la acompañe a la escuela. “Solo quiero a Angelo”, declaró la primera mañana que nos mudamos al apartamento de Zip, con el mentón en alto en señal de desafío.

No tengo fuerzas para discutir. La verdad es que estos días no tengo energía para hacer mucho. Estoy constantemente cansada, un cansancio profundo que parece llegar hasta los huesos y que ninguna cantidad de sueño parece capaz de aliviar. Y las náuseas... vienen en oleadas, dejándome débil y aturdida.

Probablemente debería ir al médico, pero la idea de salir del apartamento me llena de miedo. ¿Y si Gino me estuviera vigilando? ¿Y si decide cumplir sus amenazas?

Así que me quedo aquí, atrapada en este autoexilio. Me digo que es para proteger a Angelo y a Lou. Sin embargo, en los momentos más oscuros y desesperados, me pregunto si simplemente estoy siendo una cobarde.

Zip está decepcionado de mí: lo noté en su voz cuando le expliqué la situación. Ahora habla con más fuerza, pero aún puedo sentir la decepción en sus palabras. No lo dice abiertamente, pero sé que piensa que estoy cometiendo un error al alejar a Angelo.

Tal vez tenga razón. Solo que no puedo enfrentarme a esa posibilidad ahora mismo.

“¿Cómo está el nonno?” Lou se asoma a la habitación. Me sorprende que me hable voluntariamente, pero es mejor que ignorarme y seguir enfadada y desconfiada.

Me esfuerzo por sonreír. “Está mucho mejor. La enfermera de la abuela Cher se está ocupando de él.”

Las cejas de Lou se levantan. “Aún no puedo creer que la abuela Cher se haya vuelto amable.”

Yo tampoco, la verdad. No es propio de mi madre ser altruista, abrir su casa y pagar por una asistencia continua. Una parte de mí se pregunta si nuestro último enfrentamiento finalmente la convenció de cambiar y si está tratando de enmendarse.

Sin embargo, otra parte de mí, una parte más grande, está demasiado cansada para preocuparse. El repentino cambio de corazón de mi madre no borra años de abandono y desilusión.

“A veces la gente puede sorprendernos”, le digo a Lou, sin estar segura de si realmente lo creo.

Oigo un golpe en la puerta y doy un respingo. Es Angelo, lo sé.

Lou toma su mochila y se despide de mí, dejándome sola en este apartamento vacío.

Casi puedo sentir los brazos de Angelo alrededor de mí, su voz diciéndome que todo estará bien.

Pero él no está. Y es mi culpa.

Una oleada de náuseas me golpea y me dirijo al baño. Mientras vomito en el inodoro, con las lágrimas corriendo por mi rostro, me viene a la mente un pensamiento aterrador.

¿Cuándo fue mi última menstruación?

La repentina realización me golpea como un puñetazo en el estómago. No. No puede ser. No ahora. No cuando todo está desmoronándose a mi alrededor.

Me dejo caer al suelo del baño y mi mano se desplaza inconscientemente hacia mi estómago. En ese momento, lo sé.

Todo acaba de volverse mucho más complicado.

~

ENVÍO UN MENSAJE A SHAWN.

¿Puedes venir a verme? Por favor.

Sí, claro. ¿Estás bien?

No...

~

MIRO las dos pruebas de embarazo en la encimera del baño, cuyos resultados positivos parecen mirarme a su vez con aire acusador. La cabeza empieza a darme vueltas y me aferro al borde del lavabo para mantenerme firme.

¿Cómo pudo suceder? La parte racional de mi cerebro sabe exactamente cómo, por supuesto. En medio del caos con Gino y Jonah, olvidé renovar la receta de mi anticonceptivo. Un descuido tan simple, y ahora...

Una oleada de náuseas me golpea y no sé si es por el embarazo o puro pánico. Los recuerdos de mi embarazo con Lou vuelven a mi mente, desagradables y opresivos. El miedo, el aislamiento, el juicio en los ojos de mi madre cuando se lo dije. Entonces no era más que una adolescente asustada, sola y aterrorizada.

¿Y ahora? Soy mayor, pero el miedo es igual de paralizante.

Me deslizo por el suelo de baldosas frías, con la espalda apoyada en la bañera. Mi mano se desplaza inconscientemente hacia el vientre aún plano y soy golpeada por un torbellino de emociones confusas. Hay miedo, sí, pero también un destello de algo más. ¿Esperanza? ¿Amor? Reprimo esos sentimientos, no estoy lista para examinarlos demasiado de cerca.

Apenas me doy cuenta de un golpe en la puerta, sumida en mi estado de shock. No puedo moverme, mi mente está centrada solo en esas dos pequeñas líneas rosas que acaban de cambiar mi mundo.

Mi teléfono suena, sacándome de mi aturdimiento. Es Shawn.

“¿Fee? ¿Estás bien? Estoy fuera de tu puerta. ¿Qué pasa? Me estás asustando.”

Me obligo a ponerme de pie, como en un sueño. Abro la puerta y veo el rostro preocupado de Shawn.

Sin decir una palabra, le muestro un test de embarazo en mi mano.

Los ojos de Shawn se abren y su boca se queda entreabierta. “Mierda,” exclama.

Esa sola palabra rompe algo en mí. Me derrumbo en los brazos de Shawn, los sollozos sacuden mi cuerpo. Me abraza con fuerza, murmurando palabras tranquilizadoras que apenas entiendo.

“No puedo hacerlo de nuevo,” digo entre sollozos. “No puedo estar sola con esto. No otra vez.”

Shawn nos lleva al sofá. Pasa sus dedos por mi cabello de una manera tranquilizadora, pero no es suficiente para calmar la tormenta de emociones que se está desatando dentro de mí.

“¿Se lo has dicho a Angelo?” Shawn me pregunta con voz suave.

Niego con la cabeza, sollozando entre lágrimas. “N-No. Acabo de enterarme. Dios, Shawn, ¿cómo puedo decírselo? Después de todo esto...”

“Fee, cielo, *tienes* que decírselo. Merece saberlo.”

La idea de enfrentarme a Angelo, de admitir esta nueva complicación, me hace sentir una nueva oleada de pánico. “Tal vez... tal vez no tenga que decírselo. Tal vez podría simplemente...”

“Sofia Saldano,” me interrumpe Shawn con voz firme. “No te atrevas a terminar ese pensamiento. No le ocultarás esto a Angelo. Él *no* es Jonah.”

“¿Y si no lo quiere?” Susurro, dando voz a mi miedo más profundo. “¿Y si piensa que lo atrapé?”

Shawn se aparta, obligándome a encontrarme con sus ojos. “Fee, ese hombre te ama. Ha estado presente para Lou, para ti, en todo este caos. ¿De verdad crees que se iría ahora? La única razón por la que ese hombre no está aquí es porque tú no se lo permites.”

Niego con la cabeza, pero la duda permanece. “Tengo miedo, Shawn. ¿Y si me convierto en mi madre? ¿Y si no soy lo suficientemente buena?”

“Detente ahora mismo,” dice Shawn con firmeza. “*No* eres *en absoluto* como tu madre. Eres una madre fantástica para Lou y también lo serás para este bebé. ¿Y Angelo? No se volverá loco de celos. Ha sido racional en todo lo que han tenido que enfrentar. Es el amor de tu vida, Fee. Dale una oportunidad.”

Sus palabras penetran lentamente, abriéndose paso en medio de mi pánico. Tiene razón. Angelo merece saberlo.

“Lou debería saberlo primero,” digo finalmente, secándome los ojos. “¿Puedes quedarte conmigo hasta que se lo diga?”

Shawn me abraza con fuerza. “Claro que puedo.”

Las horas parecen pasar lentamente, mi estómago se revuelve mientras esperamos que Lou regrese de la escuela. La presencia de Shawn es reconfortante, pero no logra disipar por completo mi ansiedad por la amenaza de Gino o por la complejidad de mi situación. Mantengo estos pensamientos más oscuros para mí, sin querer cargar a Shawn o arriesgarme a involucrarla de alguna manera.

Finalmente, oímos la llave en la cerradura. Lou entra y se detiene cuando ve a Shawn.

“¡Tía Shawn!” Grita feliz, su rostro se ilumina. “¿Qué haces aquí?”

Luego, su mirada se posa en mí y su sonrisa se desvanece. “¿Mami? ¿Has estado llorando? ¿Qué pasa?”

Tomo una respiración profunda y acaricio el lugar junto a mí en el sofá. “Ven aquí, Lou. Tengo que decirte algo.”

Lou deja caer la mochila y se acerca con cautela, con los ojos pasando de mí a Shawn. Siempre ha sido demasiado perceptiva, demasiado.

"Lou," empiezo a decir, con la voz temblorosa. "Yo... estoy embarazada. Vas a tener un hermanito o una hermanita."

Hay un momento de silencio que parece durar una eternidad. Me preparo para la rabia, la desilusión. Pero luego...

"¿De verdad?" Lou grita y su rostro se transforma en una enorme sonrisa. "¿Voy a ser hermana mayor? ¡Es la mejor noticia de todas!"

Se lanza a mis brazos, casi haciéndome caer por la emoción. "¡Siempre he querido un hermanito! ¡Oh, es tan genial! ¡Angelo será un papá maravilloso! ¡Y ahora también será mi papá!"

Mi corazón se encoge ante sus palabras. No tengo el valor de confirmar que Angelo y yo no estamos exactamente juntos en este momento. Pero al menos siempre ha estado allí para Lou, estando presente cuando ella lo necesitaba.

"¿Cuándo podemos decírselo a Angelo?" Lou salta de emoción, con los ojos brillando de alegría. "¿Podemos llamarlo ahora? ¡Por favor!"

Intercambio una mirada con Shawn, que me hace un gesto de aliento. "En realidad, cielo, aún no se lo he dicho a Angelo. Quise que lo supieras tú primero."

Los ojos de Lou se agrandan. "¿De verdad? ¿Yo tenía que saberlo antes que Angelo?" El pecho de la pequeña se infla de orgullo. "No te preocupes, mami. Sé guardar un secreto. Pero deberías decírselo pronto. ¡Estará tan feliz!"

Mientras observo la emoción de Lou, siento una mezcla de emociones. Alegría por su felicidad, miedo por el futuro y un profundo anhelo de Angelo. Tal vez Lou tenga razón. Tal vez él esté feliz con todo esto.

~

ME TOMA algunos días más reunir el valor para presentarme en la puerta cuando sé que Lou regresará a casa. Escucho la charla emocionada de Lou y abro la puerta, sorprendiendo tanto a Angelo como a la niña. Los ojos de Angelo se encuentran con los míos, su sonrisa es cálida, pero con un toque de preocupación, y mi corazón da un vuelco al verlo. Dios, es tan hermoso.

"Fee," dice dulcemente. "Es bueno verte."

"Para mí también," respondo, con el corazón latiendo fuerte. "Esperaba... bueno, ¿te gustaría quedarte a cenar?"

Las cejas oscuras de Angelo se levantan ligeramente por la sorpresa. "¿Estás segura?"

Lou se balancea sobre las puntas de los pies. "Por favor, ¡Angelo? Mamá hizo lasaña. ¡Es la mejor!"

Veo la duda en los ojos de Angelo, pero se disipa rápidamente ante el entusiasmo de Lou. "Bueno, ¿cómo puedo decir que no a la mejor lasaña?" Se ríe, con una sonrisa que curva sus labios carnosos.

Mientras nos movemos a la cocina, siento el peso de las palabras no dichas entre nosotros. Observo cómo Angelo ayuda a Lou a poner la mesa, su fácil compenetración me hace encoger el corazón.

"Entonces," dice Angelo dirigiéndose a mí. "¿Cómo estás?"

Abro la boca, lista para finalmente decirle sobre el bebé, pero Lou me interrumpe.

"¡Mamá fue genial! Me enseñó a hacer *cannoli*. ¿Verdad, mamá?"

Asiento, forzando una sonrisa. “Exacto, cielo. ¿Por qué no vas a lavarte las manos antes de cenar?”

Mientras Lou se aleja, Angelo se acerca. “Fee, ¿estás bien? Pareces... preocupada.”

Aquí estamos, pienso. *Esta es mi oportunidad*. “En realidad, Angelo, hay algo que debo decirte...”

Pero antes de que pueda continuar, el teléfono de Angelo suena. Lo mira y su rostro se endurece. “Lo siento, tengo que contestar. Es... trabajo.”

Lo veo alejarse para atender la llamada, con mi confesión una vez más atascada en la garganta. ¿Alguna vez encontraré el momento adecuado para decirle sobre nuestro bebé?

Cuando Angelo regresa, ayuda a Lou a poner la mesa y mi mano baja inconscientemente al vientre, el peso de mi secreto pesa sobre nosotros. La pequeña va a la cocina a buscar los cubiertos y finalmente consigo mi momento.

“Angelo,” empiezo, con voz vacilante. “Hay algo que debo decirte...”

Él levanta la mirada, sus ojos intensos. “En realidad, Fee, hay algo de lo que también necesito hablarte. Se trata de Gino.”

Siento una punzada en el corazón. “Gino... *¿qué?*”

Angelo aprieta la mandíbula. “Se está volviendo cada vez más agresivo. Estoy preocupado por tu seguridad... por la seguridad de Lou.”

“Estamos bien, Angelo,” insisto, con el corazón latiendo fuerte. “Tenemos seguridad vigilándonos y...”

“No es suficiente,” me interrumpe, con voz dura. “Creo que tú y Lou deberían dejar la ciudad por un tiempo.”

Parpadeo, sorprendida. “¿Qué? No podemos irnos así. ¿Y Perfezione? ¿La escuela de Lou?”

“Fee, por favor,” dice Angelo, su voz se suaviza. “Es algo serio. Gino ya no está jugando.”

Abro la boca para decirle sobre el bebé, pero él continúa: “Tengo una casa segura, al norte del estado. Tú y Lou estarán bien allí hasta que me ocupe de Gino.”

“Angelo, aprecio tu preocupación, pero...”

“Pero nada,” me interrumpe. “Ya no se trata solo de ti. Piensa en Lou.”

La ironía de sus palabras no me pasa desapercibida. Si tan solo supiera...

“A propósito de Lou,” intento de nuevo. “Hay algo que deberías saber...”

Pero Angelo ya está negando con la cabeza. “Lo que sea, puede esperar. Tu seguridad es lo primero. ¿Me prometes que al menos lo pensarás?”

Suspiro, reconociendo la determinación en sus ojos. “De acuerdo, lo pensaré. Pero Angelo, realmente hay algo que debo decirte...”

El temporizador de la cocina suena. “¡Mamá, la cena está lista!”

Me desinflo visiblemente.

Angelo me toma de la mano. “Hablaremos después de la cena, ¿de acuerdo? No hagamos que Lou se preocupe.”

Mientras nos sentamos a la mesa, las palabras que debo decir se me atascan en la garganta. Angelo pasa la cena describiendo sus planes para nuestra seguridad y no logro encontrar el momento adecuado para intervenir con mi noticia.

Cuando Angelo se está yendo, prometiendo volver mañana, aún no se lo he dicho.

Cierro la puerta detrás de él y luego me apoyo en ella, cerrando los ojos.

“¿Mamá?” La voz de Lou irrumpe en mis pensamientos mientras se acerca a la mesa. “¿Se lo dijiste?”

Niego con la cabeza. “No aún, amor. No era el momento adecuado.”

Lou frunce el ceño. “Pero mamá, tiene que saberlo. ¡Estará tan emocionado!”

“Lo sé, Lou. Se lo diré pronto. Te lo prometo.”

Sin embargo, no puedo deshacerme de la sensación de haber perdido una oportunidad importante. Pero con las amenazas de Gino acechando sobre nosotros, tal vez Angelo tenga razón. Quizás nuestra seguridad deba ser lo primero.

Y sin embargo, mientras estoy en la cama esa noche, con la mano sobre mi vientre, no puedo evitar preguntarme: ¿cuánto tiempo podré mantener este secreto? ¿Y qué pasará cuando finalmente Angelo lo descubra?

ANGELO

Han pasado algunos días desde la última vez que vi a Fee y no puedo dejar de pensar en nuestra última interacción. La idea de que Fee y Lou se vayan me atormenta, pero sé que es necesario.

Jimbo está de acuerdo conmigo.

“Angelo, sabes que es la decisión correcta. No podemos protegerlas aquí, no con Gino respirándonos en la nuca.”

Asiento, odiando el hecho de que tiene razón. Gino ha intensificado la violencia contra los Pirelli, y estoy tan jodidamente harto de recibir llamadas donde descubro que mis hombres están siendo asesinados. “Lo sé. Eso no lo hace más fácil.”

“Nada de esto es fácil,” concuerda Jimbo. “Pero es algo temporal. Cuando nos encarguemos de Gino...”

“Si nos encargamos de Gino,” murmuro.

Las cejas de Jimbo se elevan. “¿Desde cuándo eres tú el pesimista? Tenemos un plan sólido. Los documentos de Fucina son perfectos, iguales a los originales.”

Me levanto, caminando por la habitación. “Los planes pueden salir mal, Jimbo. Gino quiere Fucina, por lo que probablemente espera documentos falsificados. Y si las cosas salen mal, serán Fee y Lou quienes paguen el precio.”

“Un motivo más para mantenerlas a salvo,” insiste Jimbo.

Me detengo, mirando por la ventana. “Tienes razón. Es solo que... odio la idea de que estén lejos.”

La voz de Jimbo se suaviza. “Lo sé, Angelo. Pero a veces, para proteger lo que amamos, tenemos que dejarlo ir por un tiempo.”

Me doy la vuelta, encontrando su mirada. “¿Desde cuándo te volviste tan filósofo?”

Él sonríe. “Tengo profundidades ocultas.”

Reímos juntos y la tensión se alivia ligeramente.

“Vamos,” digo, tomando la chaqueta. “Tenemos que recoger a Romero.”

El aeropuerto es un caos de ruidos y movimientos, personas corriendo de un lado a otro, un constante murmullo de anuncios a través del sistema de altavoces. Escudriño entre la multitud, buscando el rostro familiar de Romero.

“Ahí está.” Jimbo señala hacia un hombre.

Veo a Romero dirigiéndose hacia nosotros, con el rostro impasible. Cualquier noticia que esté trayendo de Chicago, no sé si será buena o mala.

Cuando llega a nosotros, le doy una palmada en el hombro. “Bienvenido de vuelta. ¿Cómo te fue?”

Los ojos de Romero recorren la terminal llena de gente. “No aquí. Necesitamos hablar en privado.”

Jimbo y yo intercambiamos una mirada antes de salir y hacerle una señal a Marco. Una vez en el coche, dejamos el aeropuerto JFK.

Romero se inclina hacia adelante y toca a Marco en el hombro. “Llévame a la pizzería más grasienta y auténtica de Nueva York. Me muero de hambre.”

Levanto una ceja mientras Jimbo se ríe. “¿No conseguiste una pizza decente en Chicago?”

El rostro de Romero se contrae de disgusto. “¿Esa abominación que llaman pizza? Es una maldita cazuela disfrazada de tarta salada. ¿Cómo pueden llamarla pizza si para comerla se necesita un cuchillo y un tenedor de mierda?”

A pesar de la tensión, no puedo evitar reírme. “Vamos, no puede ser tan mala.”

“Oh, lo es,” insiste Romero. “Te juro que si nunca vuelvo a ver en mi vida una 'deep dish', como la llaman en Chicago, moriré feliz.”

Sacudo la cabeza, divertido por su arrebato causado por la pizza. Pero tenemos asuntos más urgentes que discutir.

“Bien, experto en pizzas,” pregunta Jimbo desde el asiento delantero. “¿Qué descubriste en Chicago?”

El rostro de Romero se vuelve serio por un momento, luego gime dramáticamente. “Jefe, te lo suplico. Primero déjame comer algo de verdad. Me muero de hambre, y esta noticia... créeme, tú también querrías que estuviera bien alimentado antes de soltar esta bomba.”

Suspiro, reconociendo la obstinación en la forma en que aprieta la mandíbula. “Está bien. Marco, ya lo oíste. Encuéntranos una pizza.”

Es normal que Romero dé prioridad a su estómago antes que a los asuntos urgentes. Pero lo conozco el tiempo suficiente para entender cuándo está ganando tiempo. Sea lo que sea que haya descubierto en Chicago, debe ser algo serio.

Regresamos a mi casa, con el olor de la pizza aún impregnando a Romero, quien se acomoda en un sillón. Jimbo y yo intercambiamos una mirada, ambos nerviosos.

“Está bien, Romero,” digo, inclinándome hacia adelante. “Ya comiste tu pizza. Ahora suéltalo.”

Romero toma una respiración profunda. “Bueno, tengo buenas noticias y... más buenas noticias, en realidad.”

Las gruesas cejas de Jimbo se elevan. “Es la primera vez que sucede, joder. ¿Cuál es la trampa?”

“No hay trampa,” dice Romero, con una sonrisa que se ensancha en su rostro. “Al parecer, los irlandeses quieren la cabeza de Gino en una bandeja de plata.”

Parpadeo, sorprendido. “¿Pero qué coño? Pensé que lo apoyaban.”

Romero niega con la cabeza. “Ya no. Gino ha quemado todos los puentes que tenía en Chicago. Y me refiero a un estilo de tierra arrasada.”

“¿Cómo?” Mi corazón late con fuerza. “¿Qué hizo?”

“Para empezar,” dice Romero, marcando los puntos con los dedos, “envenenó a un Consejero. Luego hubo una bomba que se llevó a otro jefe de la mafia. Y escuchen esto: están bastante seguros de que se cargó a su propio padre.”

Cae el silencio mientras asimilamos esta nueva información.

Una cosa es matar a otro jefe de la mafia. Pero matar a *tu* propio *Don*, ¿a *tu propio padre*? Imperdonable.

Jimbo rompe el silencio primero. “¿Su propio padre? ¿Están seguros?”

Romero asiente con seriedad. “Al parecer, Antoni estaba empezando a reconsiderar algunas de las tácticas más... agresivas de Gino. Poco después, apareció bien muerto.”

“La causa de la muerte de Antoni fue un infarto,” dice Jimbo, apretando y soltando las manos.

“Eso dice Gino,” replica Romero, entrelazando los dedos. “¿Alguien ha visto el certificado de defunción?”

Silencio.

“Dios mío,” murmuro, incapaz de creer lo que estoy oyendo. “Entonces Gino no tiene apoyos en Chicago.”

“Ninguno,” confirma Romero. “Allí es persona non grata. ¿Y los irlandeses? Huelen sangre en el agua. Quieren aprovecharse de la debilidad de la Famiglia Timpone.”

Me pongo de pie, mi mente corre mientras proceso la información de Romero. Algo no cuadra.

“Espera,” digo, volviéndome hacia Romero. “¿Cómo están tan seguros los irlandeses de que Gino mató a su padre? Es una acusación bastante fuerte.”

Jimbo asiente, con el ceño fruncido. “Estoy de acuerdo con Angelo. Es bastante absurdo. Necesitamos algo más que simples rumores.”

Romero levanta las manos. “Entendido, jefe. Tuve el mismo pensamiento. Por eso investigué por mi cuenta.”

Me siento y me inclino hacia adelante, visiblemente interesado. Este es uno de los muchos motivos por los que Romero es mi mejor ejecutor. “¿Qué has encontrado?”

“Bueno,” comienza Romero. “Empecé a seguir las migas de pan basándome en lo que decían los irlandeses. Me llevaron a este pequeño restaurante en Queens.”

“Espera, ¿volaste de vuelta aquí sin decírmelo?”

“¿Un restaurante?” Jimbo me interrumpe, con un claro escepticismo en la voz. “¿Qué tiene que ver esto?”

Romero nos lanza una mirada irritada. “Si me dejan terminar, iba a llegar a eso. Sí, Angelo, volé de vuelta aquí, pero tenía que seguir las pistas. Este restaurante era un lugar habitual para Antoni. Iba al menos una vez por semana, hasta su muerte, obviamente.”

Siento un escalofrío recorrer mi espalda. “¿Y...?”

“Y...” continúa Romero, visiblemente disfrutando estar en el centro de atención. “Hablé con algunos miembros del personal. Extraoficialmente, claro. Recuerdan la última visita de Antoni. Dijeron que estaba con Gino y que tuvieron una discusión bastante fuerte.”

“Eso no prueba nada,” señalo. “Los padres y los hijos siempre discuten. Dios sabe cuántas veces mi padre y yo lo hicimos.”

Romero asiente. “Es cierto. Pero aquí es donde se pone interesante. Uno de los camareros escuchó parte de la conversación. Dijo que Antoni amenazaba con cortar la relación con Gino, quitarle su posición en la Famiglia.”

Jimbo silba suavemente. “Eso es un gran problema en nuestro mundo.”

“Exactamente,” concuerda Romero. “Y escuchen esto: al día siguiente, Antoni murió.”

Siento que mi estómago se desploma. “Mierda. Es... realmente una prueba contundente.”

“Hay más,” añade Romero. “Logré echar un vistazo al informe de la autopsia de Antoni. La causa oficial de la muerte es un infarto, pero hay algunas... incongruencias.”

“¿Qué tipo de incongruencias?” Lo incito. “¿Y cómo diablos conseguiste ese informe?”

Romero me guiña un ojo. “No eres el único que utiliza la ayuda de Fucina. Estuvo más que dispuesta a investigar por mí.”

Frunzo el ceño. Genesis no me había dicho que Romero le había pedido un favor.

"¿Cuándo sucedió esto?" Mi mente intenta unir las piezas. Finalmente, mi cerebro se atasca en el día en que llamé a Genesis, cuando Fee había matado a Jonah y ella estaba irritada porque la había interrumpido. "Espera, ¿te la cogiste? ¿Eras tú su invitado misterioso de hace unas semanas?"

Romero al menos tiene la decencia de parecer un poco avergonzado. "Culpable."

Podría matarlo, maldita sea. No por haberse acostado con Genesis, ya que no me importa lo que hagan Romero y Genesis en su vida privada, sino porque *ni siquiera me lo había dicho* cuando lo envié a Chicago para obtener información.

"Concéntrense, ustedes dos," dice Jimbo bruscamente. "¿A quién le importa si Romero se acostó con Genesis? ¿Qué tipo de incongruencias encontraste, Romero?"

Romero se inclina hacia adelante, con la voz baja pero las mejillas ligeramente enrojecidas. "Las que podrían explicarse por ciertos tipos de veneno. El tipo que simula un ataque al corazón."

Todos nos quedamos en silencio, procesando esta información. Mi mente gira, tratando de conectar los puntos.

"Tenemos que ir a ver ese restaurante," digo finalmente, apartando por el momento los pensamientos sobre Genesis y Romero. "Veamos qué más podemos descubrir."

Jimbo asiente. "Haré algunas llamadas, veré si podemos obtener acceso a las cámaras de seguridad de esa noche."

Ya estoy tomando mi teléfono. "Marco," ordeno en cuanto responde. "Prepara el coche. Ahora. Vamos a Queens."



NOS DETENEMOS FRENTE al Mama Rosa, un local italiano de aspecto acogedor escondido entre una lavandería y una bodega. El letrero de neón parpadea, proyectando un brillo rojo sobre la acera agrietada. Los olores a ajo y salsa de tomate se esparcen en el aire, mezclándose con los menos agradables de la ciudad.

Romero hace un gesto hacia el callejón trasero. "Entrada de la cocina. El chef está preparando el servicio para la cena."

Sigo su ejemplo, con la mano apoyada sobre la pistola escondida bajo la chaqueta. El callejón huele a basura y grasa rancia, nuestros pasos resuenan entre las paredes estrechas.

Romero golpea la puerta de metal con el puño. Un momento después aparece un hombre corpulento con un delantal manchado, el rostro enrojecido por el calor de la cocina. "Estamos cerrados..."

Sus palabras se interrumpen cuando Romero lo empuja hacia adentro, seguido de inmediato por mí. La cocina es una cacofonía de sartenes chisporroteando y metal resonando, el aire está denso de vapor y especias.

"¿Pero qué demonios pasa...?" El chef balbucea, tropezando contra una mesa de preparación cargada de verduras cortadas a la mitad.

Cierro la puerta detrás de nosotros, el clic parece resonar en la cocina, que de repente se ha quedado en silencio.

"Solo queremos hablar, chef. Sobre Antoni Timpone."

El color desaparece de su rostro, sus ojos saltan entre Romero y yo. "Yo no sé nada de..."

El puño de Romero lo golpea en el estómago, haciéndolo doblarse sobre sí mismo. El chef

jadea, agarrándose al borde de la mesa para no caer.

“Respuesta equivocada, amigo,” gruñe Romero, con los ojos brillando de malicia. “Inténtalo de nuevo.”

Observo, con la mandíbula apretada, mientras Romero se ocupa del chef. No pasa mucho tiempo antes de que se convierta en un lamento humano, acurrucado contra el frigorífico industrial.

“¡De acuerdo, está bien!” Jadea, levantando las manos en señal de rendición. “Te diré todo. Solo... detente, por favor.”

Doy un paso adelante, mi voz es casi un gruñido. “Empieza a hablar.”

El chef toma una respiración temblorosa, sus bigotes tiemblan. “Fue Gino. Me dijo que agregara algo a los platos de su padre. Dijo que era un condimento de lujo, como polvo de trufa al azafrán o algo así.”

No puedo creer lo que estoy escuchando, maldita sea. “¿Y simplemente lo hiciste? ¿Sin hacer preguntas?”

Los ojos del chef están abiertos de par en par por el terror y saltan entre Romero y yo. “¡Dijo que era algo especial, de un hijo a su padre! ¡¿Cómo iba a saber yo que era... era...?”

“¿Veneno?” Romero termina la frase por él, con la voz cargada de disgusto.

El chef asiente, mortificado. “Lo juro, no tenía ni idea. Si lo hubiera sabido...”

Intercambio una mirada con Romero. Esto es peor de lo que pensábamos.

“¿Con qué frecuencia?” Insisto. “¿Cada cuánto tiempo agregabas este *'condimento especial'*?”

“Cada dos días,” murmura el chef. “Durante aproximadamente un mes antes... antes de que el señor Timpone muriera.”

Siento náuseas. Gino había estado envenenando lentamente a su padre durante semanas.

“¿Te queda algo de este '*condimento*'?” Pregunta Romero.

El chef asiente vigorosamente y se apresura hacia sus especias, mientras Romero lo sigue. Observo a mi hombre meter en el bolsillo el pequeño frasco de polvo, mientras las manos temblorosas del chef se lo entregan.

“¿Es todo?” Pregunto.

El chef asiente frenéticamente. “Sí, es todo. Gino se olvidó de recuperarlo después... después de la muerte del señor Timpone.”

Intercambio una mirada con Romero. La imprudencia de Gino podría ser nuestra suerte.

“Escucha atentamente,” digo, acercándome al chef. Él se repliega contra el frigorífico, con los ojos abiertos de par en par por el miedo. “Esta conversación nunca ocurrió. Nunca nos viste. No sabes nada de ningún condimento especial. ¿Entendido?”

El chef asiente de nuevo, con el sudor perlándole la frente. “Entendido. No diré una palabra, lo juro.”

“Bien,” gruño. “Porque si lo haces, tendrás que preocuparte por algo peor que nosotros. Gino no es famoso por ser alguien que perdona fácilmente.”

El rostro del chef palidece aún más. “Entendido. Mis labios están sellados.”

Romero da un paso adelante, su voz es un susurro amenazante. “Más te vale. Porque, si llegamos a descubrir que hablaste, nos aseguraremos de que no puedas cocinar nunca más. ¿Entendido?”

El cocinero parece a punto de desmayarse. “Entendido. Por favor... váyanse. No diré nada.”

El olor a miedo flota en el aire mientras salimos de la cocina y no puedo deshacerme de la sensación de náuseas que me atenaza. Su propio padre. ¿Cómo se puede hacer algo así?

De vuelta en el coche, Romero rompe el silencio. “Cristo, jefe. Sabía que Gino era un pedazo de mierda, pero esto...”

Asiento, con la mandíbula apretada. “Sí. Esto es ser una mierda de otro nivel.”

“¿Cuál es nuestro próximo paso?” Romero cruza la mirada conmigo mientras Marco se aleja.

Tomo una respiración profunda, mi mente corre. “Tenemos que hacer analizar este polvo. Si es lo que pensamos, tendremos a Gino en nuestras manos.”

“¿Y si no lo es?”

Niego con la cabeza. “*Debe* serlo. La historia del chef, el momento de la muerte de Antoni... todo encaja.”

Romero asiente, su rostro está sombrío. “¿Entonces llevaremos esto a las otras Famiglias? ¿Les mostramos qué clase de monstruo es realmente Gino?”

“No todavía,” digo con voz dura. “Tenemos que actuar con inteligencia. Si nos movemos demasiado rápido, Gino podría tomar aire y desaparecer. O, peor aún, podría reaccionar.”

Mi mente va a Fee y Lou. No, no podemos arriesgarnos a que Gino haga algo desesperado.

“Entonces, ¿cuál es el plan, Angelo?” Pregunta Romero.

Saco el teléfono y marco el número de Jimbo. Responde al segundo timbrazo.

“¿Qué se dice?”

“Seguimos adelante,” digo, con voz baja y firme. “Llama a Gino. Dile que estoy listo para darle todo lo que quiera.”

Hay una pausa al otro lado. “¿Estás seguro?”

“Absolutamente,” respondo, con la mandíbula apretada. “Organiza la reunión. Haz que parezca que estoy yendo a rendirme.”

“¿Y luego?” Jimbo me incita, aunque su tono indica que ya conoce la respuesta.

Lanzo una mirada a Romero, que está escuchando atentamente. “Y luego Romero se encargará de nuestro problema. De forma permanente.”

El rostro de Romero se transforma en una sonrisa. “Joder, sí. Sería un honor para mí eliminar finalmente a ese hijo de puta,” dice, con la voz llena de entusiasmo.

Asiento, reconociendo su entusiasmo. “Solo recuerda que debemos hacer las cosas de forma limpia. Sin huellas, sin testigos.”

“No te preocupes,” me asegura Romero, crujéndose los nudillos. “He esperado esta ocasión durante mucho tiempo. Me aseguraré de que todo se haga bien.”

Volviendo a hablar por teléfono, continúo. “Jimbo, asegúrate de que todo esté organizado a la perfección. No podemos permitirnos errores.”

“Recibido, jefe. Yo me encargo.”

Cuando cuelgo, siento una mezcla de anticipación y temor.

Estamos listos.

La confrontación final.

~

A LA MAÑANA siguiente acompaño a Lou a la escuela como de costumbre. La voz de la niña es un flujo constante de charla a mi lado. Asiento e intervengo con algunas palabras, pero mi mente está en otra parte, intentando repasar las revelaciones de la noche anterior y pensando en la estrategia para el encuentro con Gino que tendré en unas pocas horas.

“Y luego mamá dijo que tal vez deberíamos conseguir una casa más grande por lo del bebé,” dice Lou, con voz emocionada.

Asiento distraídamente. “Eso es maravilloso, Lou.” De repente, me doy cuenta de sus palabras. Me detengo, el corazón me late con fuerza. “Espera, ¿*qué* acabas de decir?”

Los ojos azules de Lou se agrandan, consciente de su error. “Oh, no. No debí decírtelo. Mamá se va a enfadar mucho.”

Me arrodillo a su nivel, con la mente revuelta. “Lou, ¿estás diciendo que tu madre está embarazada?”

Ella asiente, mordiéndose el labio y frotando el zapato contra la acera. “Sí. Pero tenía que ser un secreto. Ella te lo iba a decir ella misma.”

Me levanto lentamente, como si el mundo se hubiera inclinado y estuviera a punto de caer al suelo. Fee está *embarazada*. De *mi hijo*.

Y no me lo ha dicho.

“¿Desde cuándo lo sabe?” Intento mantener la voz tranquila.

Lou se encoge de hombros. “No lo sé. ¿Un par de semanas, tal vez? Me hizo prometer que no te lo diría. Dijo que primero tenía que entender cómo estaban las cosas.”

Tomo una respiración profunda, tratando de procesar esta noticia explosiva. Fee está embarazada. Vamos a tener un bebé. Y me lo estaba ocultando.

Joder, las cosas se acaban de complicar mucho más.

SOFIA

Mi teléfono suena y veo un mensaje de Edie.

Hey, ¡Fee! Malas noticias: el bebé ha decidido llegar antes de tiempo. Las obras de renovación tendrán que ser suspendidas hasta que regrese de la baja por maternidad. ¡Lo siento!

Suspiro y respondo el mensaje.

No te preocupes, Edie. Cuídate y cuida de tu pequeño. ¡Felicidades!

Miro el teléfono por un momento, luego tomo una decisión. Tengo que ver Perfezione en persona.

Cuando me acerco a la tienda, la fachada que solía ser familiar me resulta extraña con los andamios alrededor. Abro la puerta y entro en un espacio que conozco bien y que al mismo tiempo se siente ajeno.

El interior está en proceso de renovación. Láminas de plástico cubren lo que queda de los antiguos acabados. Las paredes han sido despojadas, exponiendo los cimientos del edificio. Montones de materiales de construcción como madera, paneles de yeso y botes de pintura están esparcidos por la habitación.

Paso la mano sobre un mostrador parcialmente reconstruido, sintiendo el serrín cubrir mis dedos. El aire huele a pintura fresca y a virutas de madera, muy lejos de los cómodos aromas de tela y cuero a los que estoy acostumbrada.

En una esquina, veo el lugar donde Edie empezó a trabajar en la nueva área de exhibición. Por ahora es solo un marco, pero casi puedo imaginarme cómo será cuando esté terminado.

Mientras recorro el espacio, varios recuerdos vuelven a mi mente. Lou dando sus primeros pasos justo donde ahora está esa pila de madera. Zip enseñándome a usar sus viejas tijeras en lo que era la mesa de corte. Los innumerables montajes, las risas, el sentido de comunidad que construimos aquí.

Pero recuerdos más oscuros irrumpen poco después. Los cuerpos de Jonah y James en el suelo. El terror que sentí cuando Gino nos amenazó. El peso del secreto que ahora llevo conmigo, tanto en sentido figurado como literal, mientras mi mano se desplaza inconscientemente sobre mi vientre aún plano.

Me apoyo contra una pared casi terminada, de repente abrumada. ¿Aún vale la pena luchar por esto? Han pasado tantas cosas, tanto dolor y miedo en este lugar. Aquí maté a un hombre. Demasiadas personas han muerto por culpa de esta tienda.

Sin embargo, luego pienso en los buenos momentos. El orgullo en el rostro de un cliente al verse con un traje perfectamente ajustado. La alegría de crear algo hermoso con mis propias manos. La sensación de continuar el legado de Zip. Ayudar a los desafortunados.

Estoy dividida, atrapada entre el peso del pasado y la incertidumbre del futuro. Una parte de mí quiere irse, empezar de nuevo en un lugar nuevo, sin toda esta carga emocional.

Tal vez podría vender Perfezione y usar el dinero para empezar de nuevo en un lugar nuevo con Lou. Un lugar lejos de todos estos peligros y tragedias.

Pero en cuanto el pensamiento surge, lo rechazo. Gino se enteraría si intentara vender. Me haría la vida imposible, especialmente si la Famiglia Timpone es técnicamente la propietaria de la propiedad. No, vender no es una opción.

Suspiro, pasándome una mano por el cabello. En la caja fuerte hay algo de dinero, suficiente para que Lou y yo nos vayamos de aquí. Podríamos desaparecer, empezar de nuevo en un lugar donde Gino no pueda encontrarnos.

¿Pero qué sería de Zip? Lo dejaría sin nada. Por otro lado, con Cher que de repente actúa como una hija preocupada... tal vez podría entenderme. Quizá preferiría saber que estamos seguras, incluso si eso significa dejarlo atrás.

Y Lou... se enfadaría, claro, y Dios sabe que ya ha estado bastante enojada conmigo recientemente. Pero es fuerte. Resiliente. Se adaptaría a un nuevo lugar, haría nuevos amigos. El cambio puede ser positivo, ¿no?

Paso de nuevo una mano sobre mi vientre, pensando en la nueva vida que crece dentro de mí. ¿No le debo acaso a este bebé la posibilidad de empezar de la mejor y más segura manera posible?

Mientras observo la tienda, los cimientos de lo que estamos reconstruyendo aquí, siento una punzada de arrepentimiento. Este lugar ha sido mi hogar, mi sustento, durante tanto tiempo. ¿Realmente puedo abandonar todo esto?

El peso de la decisión me abruma. Quedarme y luchar por lo que hemos construido, arriesgándolo todo en el proceso, o huir, empezar de nuevo, pero dejando atrás todo y a todos los que amamos.

Cierro los ojos y respiro hondo. Sea cual sea mi decisión, hay algo seguro. Tengo que hablar con Angelo. Merece saber del bebé y quizá... quizá juntos podamos decidir qué hacer después.

Es demasiado para mí en este momento. Estoy demasiado cansada y con náuseas para tomar cualquier decisión. Había olvidado cuán terrible podía ser el primer trimestre.

Suspirando, empiezo a prepararme para salir cuando escucho el tintineo de la campana. El corazón se me sube a la garganta. No debería haber nadie más.

Levanto la vista y se me hiela la sangre. Gino está en la puerta, con una sonrisa cruel en los labios. Luce impecable e inocente en su traje a medida, pero sus ojos son fríos y depredadores.

“Bien, bien,” dice, entrando. “Si no es la hermosa Sofia. Qué bueno encontrarte aquí.”

Retrocedo, mi mano se mueve instintivamente para proteger mi vientre. “Gino, ¿qué haces aquí?”

Él se ríe entre dientes, un sonido que me da escalofríos. “Solo estoy revisando mi propiedad. Ya sabes, la escena del crimen. Dime, Sofia, ¿cuándo cierras los ojos sigues viendo el rostro de Jonah?”

Se me corta la respiración.

“No sé de qué estás hablando,” logro decir, con la voz temblorosa.

La sonrisa de Gino se ensancha. “Oh, yo creo que sí. Has sido una chica muy mala, Sofia. Y ahora es momento de enfrentar las consecuencias.”

Miro frenéticamente a mi alrededor, buscando una vía de escape. Las obras de renovación más o menos terminadas, que hasta hace unos instantes parecían tan prometedoras, ahora me parecen una trampa que se cierra a mi alrededor.

“Aléjate de mí,” advierto, intentando infundir fuerza a mi voz. Pero incluso para mis oídos suena débil y asustada.

Gino da otro paso adelante, pero sus ojos nunca se apartan de los míos. “Sabes, siempre he admirado tu espíritu, Sofia. Tan parecido al de tu madre. No es de extrañar que mi padre se enamorara de ella. Pero es una lástima que hayas elegido el lado equivocado en esta pequeña guerra nuestra.”

Me acerco a la parte trasera de la tienda, esperando llegar a la salida posterior. “No hay bandos, Gino. Solo quiero que me dejen en paz.”

Ríe, el sonido resuena en las paredes desnudas. “Oh, pero ahí es donde te equivocas. Tomaste tu decisión en el momento en que permitiste que Angelo Pirelli se involucrara. Y ahora... ahora tendrás que pagar el precio.”

Me doy la vuelta para correr, pero Gino es más rápido. Su brazo me envuelve y siento algo presionar sobre mi boca. El mundo empieza a darme vueltas.

“Shh,” me susurra Gino al oído, sus labios rozan mi piel. “No te resistas. Tenemos muchas cosas que discutir.”

Mientras la oscuridad se cierne, mis últimos pensamientos son una mezcla de miedo y arrepentimiento. Angelo, Lou, el bebé... *Lo siento. Lo siento mucho.*

Luego todo se vuelve negro.

~

ME RECUPERO LENTAMENTE, con la cabeza que me late fuertemente. La habitación está pobremente iluminada, las paredes de cemento desnudo me rodean. Una sola bombilla cuelga del techo, proyectando sombras pesadas. Estoy atada a una silla, las cuerdas me rozan las muñecas.

El pánico amenaza con abrumarme, pero lo rechazo con fuerza. *Mantén la calma*, me digo. *El pánico no ayuda*.

Respiro hondo, tratando de quitarme las cuerdas, pero solo consigo que me raspen la piel, haciéndola arder.

“No me molestaría si fuera tú,” dice una voz divertida.

Levanto la cabeza y veo a Gino apoyado contra la pared, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

La rabia me invade, desplazando el miedo. “Maldito bastardo,” escupo. “Eres un triste, patético y lamentable niño, no un hombre.”

La sonrisa de Gino vacila. “Cállate,” me advierte.

Pero no puedo detenerme. No quiero detenerme. Estoy cansada de tener miedo y de estar siempre a la defensiva. Gino ha intentado arruinarme la vida y ya no se lo permitiré. “Eres un maldito cobarde, Gino. Un hombre patético y pequeño que intenta hacerse pasar por poderoso. Esperaste a que tu padre muriera antes de empezar a presumir y actuar como un gran hombre, ¿eh? ¿Y por qué? Porque sabías que tu padre tenía un *verdadero* poder. Tú solo eres una imitación barata.”

“¡Dije que te calles!” Gino gruñe, su rostro se contorsiona de rabia.

“¿O qué?” Lo desafío. “¿Me matarás? Hazlo. Será lo último que hagas. Pero nunca serás un buen Don como lo fue tu padre, como lo es Angelo...”

De repente, una figura emerge de la sombra. Antes de que pueda reaccionar, me colocan un trozo de cinta adhesiva en la boca.

El grito de frustración sale amortiguado y débil.

Gino vuelve a sonreír, complacido. “Así está mejor. Ahora que finalmente estás tranquila, podemos empezar la verdadera fiesta.” Hace un gesto a la figura que me tapó la boca. “Hazlos entrar.”

La puerta se abre y mi corazón se detiene. Angelo entra, seguido por Romero, que sostiene una pistola apuntando a Gino.

No, pienso desesperadamente. *No, no, no*.

Mientras se acercan, con rostros sombríos, me doy cuenta con creciente horror de que esta pesadilla está lejos de haber terminado.

De hecho, podría estar comenzando.

La mirada de Angelo se posa en mí, su boca se tensa casi imperceptiblemente antes de volverse hacia Gino.

“Eres tan condenadamente predecible, Gino,” suspira Angelo, sacudiendo la cabeza. “Sabía que intentarías algo así, desde que te jactaste de haber estado vigilando Perfezione. Es por eso que hice que Fee recibiera ese mensaje falso de mi constructora. Para asegurarme de que estuviera en Perfezione.”

Mis ojos se agrandan por la sorpresa y siento el corazón hundirse. ¿Angelo me manipuló? ¿Me usó como cebo? Siento una oleada de traición, incapaz de expresar mi dolor a través de la cinta que cubre mi boca.

Incluso Gino parece sorprendido por un momento, antes de que su rostro se contraiga de rabia. “¿Crees que eres tan inteligente, verdad, Pirelli?” Gruñe. “Pero olvidas algo. Soy yo quien tiene todas las cartas.”

La risa de Angelo es fría y carece de humor. “¿De verdad? Mírate alrededor, Gino. Eres más fuerte que yo y eres más fuerte que yo. Se acabó.”

Los ojos de Gino se entrecierran peligrosamente. “Nada ha terminado hasta que yo lo diga. Me darás todo lo que quiero. Perfezione, tus autos y Fucina. De lo contrario...”

“¿De lo contrario qué?” Angelo lo desafía, con voz mortalmente tranquila. “¿Matarás a Fee? Adelante. Inténtalo. Verás lo que pasa. Mira, Romero ha estado investigando y encontramos algo muy interesante. ¿Te dice algo el nombre Mama Rosa?”

El rostro de Gino palidece y Angelo sonríe. “Creo que sí.”

Angelo continúa, con voz engañosamente ligera. “Tuvimos una buena charla con el chef. Un tipo agradable. Tenía cosas muy interesantes que decir.”

El color desaparece del rostro de Gino, el miedo aparece en sus ojos por primera vez desde que comenzó nuestra confrontación.

La risa de Angelo es fría y dura, lejos de ser divertida. “Exacto. Sabemos todo sobre cómo envenenaste a tu padre.”

“Sería una pena si La Famiglia se enterara,” añade Romero, ajustando su postura, sin dejar de apuntar la pistola al pecho de Gino.

El silencio que sigue es ensordecedor. Miro a Gino, preguntándome si finalmente se ha dado cuenta de que está acorralado. Por mucho que esté enfadada con Angelo por haberme usado como cebo, no puedo evitar admirar su estrategia.

Pero entonces Gino empieza a reír, un sonido frío y duro que me pone los pelos de punta.

“Debería haber matado a ese cocinero hace tiempo,” reflexiona en voz alta, con los ojos brillando peligrosamente. “No importa. Me ocuparé de él después de encargarme de todos ustedes. Pero primero tengo una pequeña sorpresa.”

Angelo hace una pausa y mira a Romero. Puedo ver la incertidumbre en sus ojos. Está claro que no se lo esperaba. “¿De qué demonios estás hablando?”

La risa de Gino se hace más fuerte mientras chasquea los dedos. Su secuaz, el que me tapó la boca, desaparece por un momento. Cuando regresa, el mundo se me viene abajo.

Lou. Mi niña. Atada y amordazada, con los ojos abiertos de par en par por el terror mientras lucha contra su captor.

Grito contra la cinta adhesiva y me agito en la silla. No puede ser verdad. No Lou. Por favor, no Lou. Las lágrimas ruedan por mi rostro mientras lucho inútilmente contra las cuerdas que me atan.

El rostro de Angelo palidece, su compostura se resquebraja por primera vez. “Hijo de puta,” le gruñe a Gino, dando un paso adelante.

La mano de Romero en su brazo lo detiene. “Jefe,” lo advierte, sin dejar de mirar a Gino.

La sonrisa de Gino es triunfante. “Ahora,” dice, “hablemos de quién tiene realmente el control aquí.”

Observo a Angelo debatirse, sus ojos se mueven entre Lou, Gino y yo. Veo el momento en que se da cuenta de cuán precaria se ha vuelto nuestra situación.

Los gritos ahogados de Lou me desgarran el corazón mientras lucha contra su captor. Su cabello rubio está despeinado, sus ojos azules están llenos de miedo y confusión. Se ve tan pequeña, tan vulnerable. No deseo otra cosa que abrazarla, decirle que todo estará bien.

Pero no puedo. Soy impotente, no puedo hacer otra cosa que ver cómo mi peor pesadilla cobra vida ante mis ojos.

ANGELO

Mierda. Mierda. *Mierda*.

Siento la rabia explotar dentro de mí, una furia ardiente que amenaza con consumirlo todo. La vista de Lou, atada y aterrorizada, hace que mi sangre hierva. ¿Cómo demonios es posible? Yo mismo la llevé a la escuela esta mañana.

Mi mente corre, ya planeando el infierno que haré caer sobre esa escuela. Serán afortunados si me limito a lanzarles a mis abogados. Una escuela privada, guardias armados, cualquier cosa para mantener a Lou a salvo después de esto.

Pero primero, tenemos que salir vivos de aquí.

"Déjalas ir, Gino," gruño, luchando por mantener la voz firme. "Son inocentes. Esto es entre tú y yo."

La risa de Gino es fría, cruel. "Absolutamente no. Ellas son mi seguro. Especialmente la pequeña Lucille."

Pasa un dedo por la mejilla de Lou y veo a Fee retorcerse contra las cuerdas, sus gritos ahogados de rabia y miedo me desgarran el corazón. La niña gime, tratando de alejarse del toque de Gino.

Estoy listo para arrasar este lugar, hacer pedazos a Gino con mis propias manos. Pero Romero sacude discretamente la cabeza, recordándome mantener la calma. No podemos permitirnos cometer un error, no con las vidas de Lou y Fee en juego.

Respiro hondo, obligando a la rabia a calmarse. "Has ganado, Gino," digo. Las palabras son amargas como ceniza en mi boca. "Déjalas ir y todo será tuyo."

Los ojos de Gino se iluminan de triunfo. "*Ahora* sí que estás razonando. Pero me temo que el precio ha subido, Pirelli. Te tomó demasiado tiempo llegar a esto."

El estómago se me revuelve. "¿Qué quieres?"

"Perfezione, por supuesto. Tus autos. Fucina." La sonrisa de Gino se ensancha. "Y tu territorio. Todo."

La habitación queda en silencio. Siento los ojos de Romero sobre mí, esperando ver cómo responderé. Los sollozos ahogados de Fee son el único sonido que podemos oír.

Esperaba Perfezione, los autos y Fucina. Hemos preparado los documentos para hacerlo. Pero ¿mi territorio?

Todo lo que he construido, todo por lo que he luchado, el legado de mi padre... desaparecido. Pero cuando miro el rostro aterrorizado de Lou y los ojos desesperados de Fee, entiendo que no hay elección.

"Hecho," digo, con voz vacía. "Ahora déjalas ir."

Gino aplaude. "¡Excelente! Pero primero, hagamos todo oficial, ¿de acuerdo?"

Hace un gesto a su secuaz, que saca un documento de su chaqueta. “Firma aquí. Me lo transfieres todo. Legalmente e irrevocablemente.”

Mantengo el rostro impasible, pero por dentro el corazón me late con fuerza. Este es el momento. El momento de la verdad.

Hago un leve gesto a Romero, que mete la mano en su chaqueta y saca los documentos preparados por Genesis. Le agradezco en silencio por su trabajo meticuloso mientras se los entrego a Gino.

Gino toma los documentos, con la cara disgustada como si le hubieran dado basura. “¿Qué mierda es esto, Pirelli?”

Fuerzo mi voz a mantenerse calmada, incluso aburrida. “Son documentos legales que consienten el intercambio y la transferencia de los 4.9 millones. Tal como me pediste.”

Los ojos de Gino se estrechan con sospecha. “¿Cómo sé que puedo confiar en ella? ¿Cómo sé que estos documentos son verdaderos?”

Me encojo de hombros, luchando por mantener mi fachada despreocupada. “No puedes saberlo. Pero es todo lo que tienes. Tómalo o déjalo.”

La tensión en la habitación es palpable. Siento los ojos de Fee sobre mí y los gemidos ahogados de Lou. Todo depende de este momento. La avaricia de Gino supera sus sospechas.

Gino estudia los documentos, con el ceño fruncido. Contengo la respiración, rezando para que el trabajo de Genesis sea tan bueno como siempre. Bastaría un error, un defecto, y todo el plan podría venirse abajo.

“Estos parecen... oficiales,” murmura Gino, hojeando las páginas.

“Lo son,” digo, añadiendo una nota de impaciencia a mi voz. “Entonces, ¿lo hacemos o no? Pensé que querías terminar rápido.”

Los ojos de Gino van de los documentos a mí. Casi puedo ver los engranajes girando en su cabeza, la avaricia luchando contra la cautela.

“Está bien,” dice al final. “Pero si estos documentos resultan ser falsos...”

“No lo son,” lo interrumpo. “Ahora suelta a Fee y a Lou.”

Gino duda y por un momento temo que vaya a rechazarlo. Pero luego hace un gesto a su secuaz. “Desaten a la niña después de que Pirelli y Saldano hayan firmado los documentos.”

Firmo los documentos y miro cómo desatan a Fee para que firme también. La sonrisa triunfante de Gino me revuelve el estómago, pero mantengo el rostro impasible.

“¿Y Fucina?” Gino me incita.

Le doy una dirección. “Reúne al chico aquí. Él se encargará de la transferencia.”

Gino estudia los documentos y su sonrisa se ensancha. “Perfecto. Sabes, Pirelli, *casi* me das pena. Casi.”

El secuaz desata a Lou y por un momento me permito tener esperanza. Pero luego Gino habla de nuevo, con voz despreocupada pero letal.

“¡Oh, olvidé decírtelo! Mentí. Vaya. Hoy todos morirán aquí. No puedo dejar ningún asunto pendiente. Supongo que lo entenderás.”

El tiempo se ralentiza. Veo al secuaz sacar la pistola. Con un movimiento fluido, me lanzo detrás de una caja y los disparos astillan la madera a mi alrededor. Al otro lado de la habitación, Romero está en un feroz tiroteo, sus disparos precisos derriban a los hombres de Gino uno a uno.

“¡Fee, Lou, al suelo!” Grito, disparando a un secuaz que intenta flanquear a Romero.

Más hombres de Gino entran en la habitación y me doy cuenta de que estamos en desventaja numérica. Pero lo había previsto.

“¡Ahora, Jimbo! ¡Ahora, Marco!” Grito.

La puerta se abre y Jimbo y Marco entran con las armas en alto. La sangre comienza a salpicar cuando sus disparos dan en el blanco, los hombres de Gino caen al suelo en un espeluznante espectáculo.

Veo a un secuaz apuntar a Fee y Lou. Sin dudarlo, le planto una bala entre los ojos y su cabeza se echa hacia atrás en una nube roja de sangre.

Marco está enfrascado en una brutal pelea cuerpo a cuerpo, su puño aplasta la tráquea de un secuaz. Jimbo recibe un disparo en el hombro pero sigue disparando, sus balas desgarrando carne y hueso.

La voz de Romero se abre paso en el caos. "¡Jefe, a tu izquierda!"

Me giro y disparo instintivamente. El pecho del secuaz explota, sangre y vísceras salpican las paredes.

La habitación es una zona de guerra. Los disparos vuelan, haciendo pedazos cajas y rebotando en las paredes. Veo a Marco agacharse y rodar, eliminando a un secuaz con un disparo bien colocado.

Jimbo dispara para cubrir, permitiendo que Romero avance.

Veo a Fee y Lou acurrucadas detrás de una mesa volcada. "¡Quédense abajo!" Grito, eliminando a otro secuaz que se estaba acercando demasiado a ellas.

La voz de Romero vuelve a abrirse paso en el caos. "¡Jefe, a tu derecha!"

Otro de los hombres de Gino cae.

El aire está denso de humo de pistola y el olor acre de la pólvora. Oigo los gritos aterrorizados de Lou y los sollozos ahogados de Fee. Tengo que llegar a ellas, pero el tiroteo es demasiado intenso.

Jimbo recibe un disparo en el hombro, pero sigue disparando. Marco se ha quedado sin munición y se ve obligado a pelear cuerpo a cuerpo con un matón.

Los disparos rebotan, rompiendo huesos y desgarrando cuerpos. El suelo está cubierto de sangre, el aire se llena de gritos y los últimos estertores agonizantes.

Romero derriba a otros dos hombres con disparos precisos, pero luego lo veo tambalearse, con la camisa manchada de sangre. Aun así, aprieta los dientes y sigue disparando con una precisión letal.

Jimbo está en su último cargador, cada disparo cuenta. El rostro de Marco es una máscara de sangre, afortunadamente no la suya, y rompe otro cuello.

En el caos, veo a Gino intentando escabullirse. *Cobarde de mierda*. *Esta vez no, bastardo*.

Me lanzo sobre él, tirándolo al suelo. Su pistola resbala por el suelo.

Gino y yo rodamos por el suelo, intercambiando golpes feroces. Siento el labio romperse con su golpe y el sabor metálico de la sangre. Pero contraataco con todas mis fuerzas, dándole un puñetazo seco en la mandíbula que le hace echar la cabeza hacia atrás.

Rodamos por el suelo, chocando contra los escombros causados por el tiroteo. El cristal me corta la espalda, pero apenas lo siento debido a la adrenalina que recorre mi cuerpo. Gino intenta arrancarme los ojos y apenas logro esquivarlo, sus uñas me arañan la mejilla.

Logro subir sobre él y darle una serie de golpes. Siento su nariz romperse bajo mi golpe y salpicar sangre. Pero no ha terminado. Gira las caderas, haciéndome perder el equilibrio, y de repente está sobre mí.

Sus manos encuentran mi garganta y aprietan. Manchas negras bailan ante mis ojos mientras lucho por respirar. Desesperado, le golpeo la frente con la mía. Se oye un crujido nauseabundo, Gino grita y su agarre se afloja.

Jadeo, buscando aire, y volvemos a rodar. Ambos estamos cubiertos de sangre, apenas

reconocibles. Le doy un golpe seco en las costillas, sintiendo que algo se rompe. Gino aúlla de dolor, pero logra darme una rodillazo en la ingle.

El dolor es cegador. Me doblo y Gino aprovecha la oportunidad. Agarra un trozo de madera rota y me lo lanza a la cabeza. Apenas lo esquivo, pero el borde astillado me abre una brecha en la sien en lugar de partirme el cráneo.

La sangre me gotea por la cara, cegándome a medias. Gino se impone, asestándome golpe tras golpe. Siento las costillas romperse, el sabor de la sangre.

De alguna manera, encuentro la fuerza para reaccionar. Agarro su brazo a mitad del movimiento y lo giro hasta que oigo un chasquido. Gino grita, el arma improvisada cae de su mano ya inútil.

Ahora ambos estamos llenos de furia, más animales que hombres. Nos intercambiamos golpes débiles y desesperados, esperando que el otro ceda primero.

Pero Gino está más fresco. No ha peleado contra los matones. Con un último esfuerzo de energía, logra tirarme de espaldas, colocándose a horcajadas sobre mí.

"¡He ganado, Pirelli!" Gruñe, su rostro es una máscara de sangre y furia. Un ojo está hinchado y la nariz es una masa sangrienta. "¡Te he quitado todo y ahora te quitaré la vida!"

Sus manos encuentran de nuevo mi garganta. Intento reaccionar, pero mis brazos parecen de plomo. Mi visión comienza a oscurecerse.

Así que así es, pienso. *Así es como termina*.

Y nunca pude decirle a Fee que la amo. Que sé lo del bebé.

Pero entonces lo escucho. Un disparo, ensordecedor en la quietud repentina. El cuerpo de Gino se tensa, su agarre se afloja. Su único ojo bueno se abre con sorpresa mientras cae de lado.

Y allí, de pie detrás de él, está Fee. Sostiene una pistola con manos temblorosas, su rostro es una mezcla de furia y determinación. Sangre y hollín le manchan las mejillas, el cabello oscuro está salvajemente despeinado. Es lo más hermoso que he visto, maldita sea.

Cuando la oscuridad finalmente me reclama, mi último pensamiento es que parece un ángel vengador, venido a la tierra para impartir justicia.

Luego todo se vuelve negro.

~

Bip. Bip. Bip.

Estoy sentado frente a mi padre en nuestra charcutería favorita, como hacíamos antes. Es exactamente como lo recordaba: cabello entrecano y bien peinado, ojos marrones amables con algunas arrugas en las comisuras, el inconfundible reloj de oro que brilla en su muñeca. Está hablando animadamente, gesticulando con las manos como siempre hacía cuando algo le entusiasmaba.

Pero no puedo oírlo. Ese maldito bip está ahogando sus palabras.

Bip. Bip. Bip.

Papá se ríe de algo, echando la cabeza hacia atrás. Es un sonido que he extrañado tanto, pero está amortiguado, distante. La frustración crece en mí. Quiero oírlo, entender qué está diciendo.

Bip. Bip. Bip.

Este ruido me está volviendo loco. Estoy a punto de gritar cuando, de repente, papá se inclina hacia adelante y sus ojos se encuentran con los míos. Por primera vez lo escucho claramente.

"Estoy orgulloso de ti, hijo."

Mis ojos se abren de golpe. La charcutería ha desaparecido, reemplazada por paredes blancas

y el olor antiséptico de una habitación de hospital. Cables y tubos serpentean desde mi cuerpo, conectados a varias máquinas, incluida la responsable de ese bip infernal.

El pánico se apodera de mí. Intento sentarme, arrancarme los cables, pero una mano suave me detiene.

"Angelo, no. Todo está bien. Estás a salvo."

Logro enfocar el rostro de Fee. Parece agotada, con los ojos enrojecidos e hinchados. Está claro que ha estado llorando. Pero cuando nuestras miradas se cruzan, sus facciones parecen invadidas por el alivio.

"Gracias a Dios estás despierto," susurra, con la voz cargada de emoción. "Pensé... tenía miedo..."

No puede terminar la frase, nuevas lágrimas le corren por las mejillas. Quiero consolarla, decirle que todo está bien, pero mi garganta está seca y mi voz se niega a cooperar.

Así que aprieto débilmente su mano, esperando que lo entienda. Por la forma en que sonríe a través de las lágrimas, creo que lo ha entendido.

Los recuerdos regresan. El tiroteo. Gino. Fee de pie con la pistola...

El bip que me molestaba en el sueño ahora se convierte en un recordatorio reconfortante. Estoy vivo. Hemos sobrevivido.

"¿Cuánto tiempo...?" Logro balbucear, con la garganta seca y ardiente.

La mano de Fee se aprieta alrededor de la mía. "Dos días. Has estado inconsciente durante dos días. He estado aquí todo el tiempo."

Intento asentir, pero incluso ese pequeño movimiento provoca un dolor que atraviesa mi cuerpo. "¿Lou? ¿Los chicos?"

Los ojos de Fee se suavizan. "Lou está bien... físicamente. Ahora está con Shawn. Tendré que encontrarle un buen traumatólogo, pero está a salvo. Jimbo, Romero y Marco también están bien. Están heridos, pero nada grave." Su voz se quiebra. "Tú... sufriste las peores heridas, Angelo."

Empieza a llorar. "Estaba tan enojada contigo," susurra. "Por haberme manipulado con ese falso mensaje de Edie. Pero luego... luego pensé que ibas a morir y yo..."

Ahoga un sollozo. "Maldito seas, Angelo. Estúpido, imprudente, maldito idiota exasperante. No vuelvas a hacerme algo así, ¿entiendes?"

A pesar del dolor, no puedo evitar sonreír. "Me lo merezco," jadeo. "Pero no me disculparé. Era para mantenerte a salvo."

Fee sacude la cabeza, pero veo el rastro de una sonrisa en sus labios. "Terco, como siempre."

Un pensamiento me viene a la mente y me tenso. "¿Gino?"

La expresión de Fee se endurece. "Eliminado. Genesis se encargó de él. Incluso incendió su coche para cubrir nuestras huellas. Los Pirelli no pueden ser vinculados a nada de esto."

Suelto un suspiro que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Se acabó. Estamos a salvo.

"Fee," digo, con voz ahora más fuerte. "Necesito que sepas que... todo lo que hice, cada elección que tomé... fue todo por ti y Lou. No podía permitir que Gino te hiciera daño."

Los ojos de Fee se llenan de nuevo de lágrimas, pero esta vez veo algo más. Comprensión. Quizá incluso perdón.

"Lo sé," susurra. "Lo sé, Angelo. Y yo... te lo agradezco. Por todo."

Se inclina para darme un beso delicado en la frente.

Tomo una respiración profunda, estremeciéndome por el dolor en las costillas. "Fee, hay algo de lo que tenemos que hablar. Del bebé."

Su rostro palidece. “¿Cómo... cómo lo sabes?”

No puedo evitar sonreír, a pesar de la situación. “Quizá deberías trabajar en la capacidad de Lou para guardar secretos.”

La expresión de Fee es una mezcla de sorpresa y exasperación que me hace reír, pero el movimiento me provoca un dolor agudo en todo el cuerpo. “Ah, mierda,” maldigo, haciendo una mueca.

Fee está a mi lado en un instante, con la preocupación grabada en su rostro. “¿Estás bien? ¿Debo llamar a la enfermera?”

Sacudo la cabeza y tomo su mano. “No, estoy bien. Esto es más importante.” Fijo la mirada en la suya. “¿Por qué no me lo dijiste?”

Ella aparta la mirada, mordiéndose el labio. “Yo... tenía miedo. Me hizo revivir muchos sentimientos oscuros que pensé que había superado cuando estaba embarazada de Lou. Y con todo lo que estaba pasando con Gino, no quería complicar las cosas aún más.”

“Fee,” digo suavemente. “Tú y Lou no sois complicaciones. Sois todo. Os quiero. Y te amo.”

Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de lágrimas que no se han derramado. “¿Puedes amarme incluso con todo este equipaje? ¿El trauma, el peligro?”

Aprieto su mano. “Sobre todo con todo esto. Hemos pasado por el infierno juntos, Fee. Creo que podemos manejar un bebé.”

Ríe, un sonido a medio camino entre un sollozo y una risa. “Dios, somos un desastre, ¿verdad?”

“Quizás,” admito. “Pero somos un desastre *juntos*. Y no lo querría de otra manera.”

Fee se inclina, apoyando su frente contra la mía. “Entonces, ¿lo hacemos de verdad? ¿Nosotros, un bebé, el paquete completo?”

Asiento, ignorando la punzada de dolor. “Lo estamos haciendo. No será perfecto, pero...”

“Pero seremos perfectos el uno para el otro,” concluye Fee.

Me estremezco. “Cristo, Fee, es una frase tan cursi.”

Ella pone los ojos en blanco. “Vete al diablo, Pirelli, y bésame.”

Muevo un dedo frente a ella. “Aún no. Mira, te dije que te amo. Pero no te besaré hasta que me hayas respondido con esas cuatro palabras.”

“Bésame, joder, cabrón,” responde ella, con una sonrisa en el rostro. “Yo también te amo.”

Mientras la atraigo hacia mí para un beso suave, siento una sensación de paz que me invade. Tenemos un largo camino por recorrer: recuperarnos, reconstruir, criar una familia en este mundo complicado nuestro. Pero por primera vez, no tengo miedo del futuro.

Porque pase lo que pase, lo enfrentaremos juntos.

~

UNOS DÍAS DESPUÉS, finalmente se me permite salir de ese maldito hospital. Todavía estoy herido, pero no estoy en grave peligro, así que logre convencer al jefe de planta para que me dejara ir.

Apenas cruzo la puerta principal, una pequeña mancha de cabello rubio y emoción se lanza hacia mí.

“¡Angelo!” grita Lou, casi tumbándome en su entusiasmo.

Gimo de dolor y tambaleo ligeramente. “Cuidado, Lou,” dice Fee con dulzura. “Angelo todavía se está recuperando, ¿recuerdas?”

Lou retrocede de inmediato, con aire culpable. “Oh, sí. Lo olvidé.”

“Está bien, Louisville,” la tranquilizo, despeinando su cabello. “Yo también me alegro de verte.”

Con la ayuda de Fee y Lou, me dirijo hacia el sofá y me dejo caer sobre él con un suspiro de alivio.

“¿Cómo estás, Lou?” Pregunto, dando golpecitos en el lugar junto a mí.

Ella se sienta y su rostro se pone serio. “Estoy bien. Pero... he tenido pesadillas.”

Se me encoge el corazón. Maldita sea, esta niña ha pasado por tantas cosas en su corta vida. “Es normal después de lo que has pasado. ¿Quieres conocer un truco que podría ayudarte?”

Lou asiente con entusiasmo.

“Cuando tengas una pesadilla, intenta cambiar el final. Hazte a ti misma la heroína de la historia. Puede que no funcione de inmediato, pero con la práctica puede ayudar.”

Los ojos de Lou se iluminan. “¿Como cuando tú y mamá fueron los héroes?”

Sonrío, conmovido por sus palabras. “Exactamente así.”

Hay un momento de silencio, luego Lou habla de nuevo, con voz suave. “Angelo... siempre has estado ahí para mí. Incluso cuando las cosas daban miedo. Eres... eres como un papá para mí.”

El aliento se me queda atrapado en la garganta. Lou continúa, sus ojos se encuentran con los míos. “¿Te parecería bien si... si te llamara papá?”

Siento las lágrimas picarme los ojos. Durante toda mi vida he rechazado el amor, pensando que me haría débil, que no lo merecía. Pero en este momento, me doy cuenta de cuán equivocado he estado siempre.

“Lou,” digo, con la voz cargada de emoción. “Sería *un honor* que me llamaras papá.”

Ella me abraza, esta vez con más suavidad. Mientras la sostengo, cruzo la mirada con Fee.

Nos está mirando, con lágrimas corriendo por su rostro.

En ese momento lo entiendo. *Esto* es por lo que siempre he luchado. Esta familia, este amor. No me hace débil. Me hace más fuerte de lo que nunca he sido.

Y pasaré el resto de mi vida protegiéndolo y cuidándolo.

EPÍLOGO

Dos años después

Me encuentro frente al espejo de cuerpo entero y apenas reconozco a la mujer que me mira. Hace dos años, nunca habría imaginado que este día llegaría.

Lou captura mi mirada en el reflejo, su rostro resplandece de orgullo. A sus once años, está convirtiéndose en una hermosa joven. Su vestido de dama de honor junior, de un suave color lavanda que combina con su cabello rubio, la hace parecer mayor de lo que es. Ha estado emocionada toda la mañana, tomando muy en serio su papel.

"Mami, pareces una princesa", dice, con los ojos brillándole.

Shawn, espléndida en su vestido morado de dama de honor, asiente. "Tiene razón, Fee. Estás impresionante".

Mientras Shawn se ocupa de mi velo, no puedo evitar reflexionar sobre los últimos dos años. Han sido un torbellino de alegría, sanación y nuevos comienzos.

Después del enfrentamiento con Gino, Víctor, el abogado tiburón de Angelo, arremetió contra la vieja escuela de Lou. Su justa furia fue un espectáculo digno de ver. En pocas semanas, inscribimos a Lou en una prestigiosa escuela privada donde ha ido genial. Ahora forma parte del equipo de debate, y su rapidez de pensamiento y su mente aguda le son de gran utilidad.

La terapia ha sido de gran ayuda. Para ella y para mí.

Todavía hay noches en las que Lou se despierta debido a pesadillas, pero son cada vez más raras. La sugerencia de Angelo de reimaginar los finales ha hecho maravillas. Ahora, en sus sueños, Lou a menudo se encuentra siendo la heroína que enfrenta sus miedos con valentía.

Intento hacer lo mismo. La mayoría de las veces me ayuda. Pero no estoy segura de que alguna vez supere el hecho de haber matado a dos personas.

Las clases de karate han sido otra fuente de sanación para ella. La disciplina y las habilidades de autodefensa han aumentado enormemente su confianza en sí misma. Me llena el corazón verla tan apasionada por algo.

Llaman a la puerta y Shawn se tensa. "Juro por Dios, si es Angelo, me voy a enfadar mucho." Abre y encontramos a Genesis y Romero, con el pequeño Enzo en brazos de Romero.

Apenas mi hijo me ve, sus ojos se iluminan. Empieza a retorcerse en el agarre de Romero, deseoso de bajar.

Tan pronto como sus pies tocan el suelo, corre hacia mí, con sus bracitos regordetes extendidos. No puedo evitar sonreír al verlo: tiene apenas un año y ya es la viva imagen de su padre. Angelo lo adora y Lou es la hermana mayor más orgullosa que he visto.

Genesis lo mira caminar, negando con la cabeza. "Dios mío, los niños son un trabajo tremendo. No es de extrañar que no quiera uno."

Romero sonríe, dándole un codazo en el costado. “¿Estás segura? Pensé que nuestras sesiones de entrenamiento te habían hecho cambiar de opinión”. No puedo evitar reírme de la expresión escandalizada de Genesis.

“Vale, ya basta. Nada de peleas en el día de mi boda, ¿entendido?”

Antes de que pueda tomar a mi hijo en brazos, Lou lo intercepta y lo levanta. Sus gritos alegres llenan la habitación y siento que mi corazón se llena de alegría.

“Mira, Enzo”, empieza a mimarlo y a hablarle suavemente. “¿No está preciosa mami?” Enzo responde con un balbuceo, alzando sus manitas para acariciar mi vestido.

“Cuidado, pequeño”, le advierto suavemente. “No queremos arruinar el vestido de mami, ¿verdad?”

Lou lo aparta inteligentemente de mi vestido. “No te preocupes, mami. Yo me encargo. Deber de hermana mayor y todo eso”. La observo mientras lo acuna y lo hace rebotar en su cadera, maravillándome de lo natural que le resulta cuidarlo. El amor entre ellos es palpable y sana partes de mi corazón que ni siquiera sabía que seguían dañadas.

“Sabes”, dice Shawn, acercándose a mí. “Si hace dos años alguien me hubiera dicho que acabaríamos aquí, habría pensado que estaba loco”.

Asiento, sintiendo las lágrimas picarme los ojos. “Es más de lo que jamás me atreví a esperar”.

Genesis se acerca, su habitual sarcasmo suavizado por una sonrisa genuina. “Te ves increíble, Fee. Angelo no sabrá qué lo golpeó”.

“Hablando de Angelo”, interviene Romero. “Deberías haberlo visto antes. Nunca había visto al jefe tan nervioso. Es bastante divertido”.

“Ahora mismo está recibiendo un discurso de ánimo de parte de Jimbo”, dice Genesis, mirando a Enzo que está intentando subirse a una silla con la ayuda de Lou.

“No es que no quiera casarse contigo, pero Jimbo le está dando consejos sobre los puntos más sutiles del matrimonio”.

Siento un escalofrío al pensar en Angelo esperándome en el altar. Después de todo lo que hemos pasado, este día me parece un milagro.

Shawn mira su teléfono y su rostro se ilumina. “Fee, acabamos de recibir otro pedido. ¡Podría ser el más grande!”

No puedo evitar sonreír. Nuestra nueva boutique, Phoenix Rising, está prosperando. Aunque no podía soportar volver a Perfezione después de todo lo que había pasado, esta nueva aventura con Shawn ha sido una bendición. Hemos mantenido nuestro compromiso de ayudar a los marginados, al mismo tiempo que atraemos a clientes de alto nivel. Nuestro primer año ha sido un éxito que nunca habríamos imaginado.

Otro golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos. Romero abre y encuentra a Zip, elegantísimo en su esmoquin.

Sus ojos se llenan de alegría al verme. “¿Estás listo para acompañar a tu chica al altar, viejo amigo?” Romero lo provoca.

Zip suelta una risita. “¿A quién llamas viejo? Aún podría vencerte en una pelea.” Cuando entra en la habitación, siento las lágrimas subirme a los ojos. Verlo aquí, sano y feliz después de haberse recuperado por completo del ataque de Gino, me llena de gratitud.

“Estás preciosa, *tesoro*”, me dice Zip, con la voz cargada de emoción.

Lo abrazo, haciendo atención a no arrugar el vestido. “Estoy tan feliz de que estés aquí, nonno.”

Mientras nos abrazamos, pienso en cuántas cosas han cambiado. Incluso mi madre, Cher, ha

hecho un esfuerzo por recomponer nuestra relación. Sus disculpas y la donación a nuestro negocio fueron pasos inesperados pero bienvenidos. Aunque no estoy lista para perdonarla completamente, estoy dispuesta a darnos una oportunidad juntas.

Shawn aplaude, trayéndome de nuevo al presente. “Muy bien, todos. ¡Es hora del espectáculo!”

Genesis y Romero se despiden, y me tomo un momento para reflexionar sobre el viaje que nos trajo hasta aquí.

Hace dos años era una madre soltera que luchaba por mantener a flote mi tienda y proteger a mi hija de peligros que apenas podía comprender. Ahora estoy a punto de casarme con el hombre que trastocó nuestro mundo de la mejor manera posible. Tenemos un hijo hermoso, un negocio próspero y una familia que va más allá de los límites de la sangre.

Lou se me acerca, con el pequeño Enzo todavía en la cadera. “Mami, ¿estás bien? Parece que vas a llorar.”

Sonrío, extendiendo una mano para tocarle la mejilla. “Estoy más que bien, cielo. Estoy... feliz. Tan increíblemente feliz.”

Lou me sonríe y veo la misma alegría reflejada en sus ojos. “Yo también, mami. Amo a nuestra familia.”

“¿Lista, Fee?” me pregunta Zip suavemente.

Respiro hondo y asiento. “Más que lista.”

Cuando comienzan a sonar las primeras notas de la marcha nupcial, doy un paso adelante, lista para comenzar el siguiente capítulo de nuestra vida. Cualesquiera que sean los desafíos que tengamos que enfrentar, sé que los enfrentaremos juntos, como una familia.

Ha llegado el momento de convertirme en la señora Pirelli, y no podría estar más feliz.

~

LA BODA PASA en un torbellino de alegría y emoción, pero hay un momento en particular que permanece grabado en mi memoria: la expresión de Angelo mientras avanzo por el pasillo. Sus ojos se abrieron, llenos de una mezcla de asombro y amor que me dejó sin aliento. Por un instante, parecía que éramos las únicas dos personas en el mundo.

La recepción es una hermosa celebración de nuestro amor y de nuestra familia. Bailamos, reímos y nos regocijamos en el calor de nuestros amigos y seres queridos. Al final de la noche, nos despedimos de todos, dando también un beso a Enzo y a Lou.

“Pórtense bien con la tía Shawn, ¿de acuerdo?” Mi corazón se encoge ante la idea de estar lejos de ellos, aunque sea por poco tiempo.

Lou pone los ojos en blanco con fingida irritación. “Estaremos bien, mami. ¡Tú y papá disfruten de su luna de miel!”

Con una última despedida, Angelo y yo subimos al coche que nos espera, los aplausos y buenos deseos de nuestros invitados nos siguen mientras nos alejamos.

Nuestro vuelo está programado para mañana por la mañana, así que nos dirigimos a una lujosa suite en un hotel cinco estrellas de la ciudad. Cuando entramos, me quedo momentáneamente impresionada por la opulencia del lugar. La habitación es espaciosa, con ventanas de piso a techo que ofrecen una vista impresionante del horizonte de la ciudad. Una cama king size domina un lado de la habitación, cubierta con lujosa ropa de cama color marfil. Una botella de champán ha sido dejada a enfriar en una cubeta con hielo cercana.

“Angelo”, respiro, asimilándolo todo. “Es fantástico.”

Me abraza por detrás, besándome en el cuello. “Solo lo mejor para mi esposa”, murmura.

Mientras me abandono en su abrazo, me invade la emoción. Después de todo lo que hemos pasado, todas las pruebas que hemos enfrentado, estamos aquí. Juntos. Casados.

Me giro entre sus brazos, fijando mi mirada en la suya. “Te amo, Angelo Pirelli.”

Su sonrisa es dulce, llena de todo el amor que siente por mí. “Y yo te amo, Sofia Pirelli”, responde, las palabras son como una promesa que nos une.

Se inclina, capturando mis labios en un tierno beso, que parece encapsular todo lo que hemos compartido, todo lo que nos ha llevado a este momento.

Al principio el beso es suave, una exploración lenta, nuestros labios se mueven juntos en un ritmo que sabe a... hogar. Sus manos envuelven mi rostro, sus pulgares acarician mis mejillas como si estuviera memorizando cada detalle. Paso los brazos alrededor de su cuello y lo atraigo más cerca, queriendo perderme en él, en el calor y la seguridad de su abrazo.

Profundiza el beso, su lengua se desliza contra la mía, arrancándome un gemido suave. Siento el amor que vierte en cada toque y caricia. Sus manos bajan hacia mi cintura, levantándome ligeramente para ponerme de puntillas. Me río entre sus labios, sintiendo la alegría burbujear dentro de mí, y él sonríe, el sonido de mi risa solo alimenta su afecto por mí.

Angelo me levanta sin esfuerzo y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, sintiendo su fuerza mientras me lleva a la cama. Me recuesta con suavidad, como si fuera algo precioso, y se arrodilla sobre mí. Sus ojos recorren mi cuerpo con una mirada adoradora que hace que mi corazón lata con fuerza.

“Eres tan hermosa”, susurra, con voz baja y reverente. “No puedo creer que seas mía.”

Le sonrío, extendiendo la mano para trazar la fuerte línea de su mandíbula. “Siempre he sido tuya, Angelo”, le digo suavemente. “Desde el momento en que entraste en mi vida.”

Se inclina, capturando mis labios de nuevo, y esta vez el beso es más hambriento, más necesitado. Sus manos se deslizan por los tirantes de mi vestido, haciéndolos bajar lentamente por mis hombros, exponiendo más mi piel a su toque. Sus manos se mueven con delicadeza, sin prisa, como si quisiera saborear cada momento. Baja el vestido, dejando al descubierto mis senos, y siento un rubor subir a mis mejillas bajo su intensa mirada.

“Eres perfecta”, murmura, sus manos tocan mis senos, sus pulgares acarician mis pezones. Me arqueo ante su toque, un gemido suave escapa de mis labios mientras el placer me abruma.

Baja la cabeza, su boca se cierra alrededor de un pezón, su lengua roza la punta sensible. Gimo y mis dedos se enredan en su cabello, atrayéndole hacia mí.

“Angelo”, susurro, mi voz es una mezcla de necesidad y amor.

Se desplaza al otro seno, dedicándole la misma atención, mientras su mano se desliza por mi cuerpo, por las caderas, hasta el borde del vestido. Empuja el tejido hacia arriba, exponiendo mis muslos, y yo me estremezco bajo su toque. Sus dedos trazan el contorno de mis bragas de encaje, provocándome y haciéndome contener la respiración por la anticipación.

Me besa por todo el cuerpo, dejando un rastro de calor en mi piel. Cuando llega al borde de mis bragas, engancha sus dedos en ellas y las baja lentamente, sin apartar su mirada de la mía.

La forma en que me mira me hace sentir adorada, amada de una manera que solo Angelo puede lograr.

Angelo me separa suavemente las piernas, colocándose entre ellas. Se inclina y besa mi muslo interno, luego pasa al otro con sus ojos oscuros llenos de deseo. “Quiero amar cada parte de ti”, dice suavemente, su aliento cálido contra mi piel. “Quiero que sientas cuánto significas para mí.”

Sus palabras me provocan un escalofrío de placer y solo puedo asentir, perdida en la

sensación de su boca en mí. Me besa en el centro, su lengua abre mis pliegues y grito, agarrando las sábanas con las manos mientras el placer me atraviesa. Se toma su tiempo, explorando cada centímetro de mí con la lengua, sus dedos me provocan, empujándome cada vez más hacia el éxtasis.

"Angelo", gimo, mis caderas se mueven contra su boca, mi cuerpo se tensa hacia la liberación.

Él me mira, sus ojos oscuros de deseo, y la vista de él entre mis piernas, con sus labios brillando con mi excitación, me empuja más allá del límite. Llego al clímax con un grito, mi cuerpo tiembla, pero él no se detiene, prolongando mi placer, haciéndome ver las estrellas.

Cuando finalmente desciendo del éxtasis, con la respiración entrecortada, él sube por mi cuerpo, dándome luego un beso profundo y haciéndome probar mi sabor en sus labios. Se posiciona en mi entrada, sus ojos buscan los míos. "¿Estás lista, amor mío?", me pregunta con voz delicada.

"Sí", susurro, envolviendo las piernas alrededor de él, acercándolo más. "Te quiero, Angelo. Te quiero todo a ti."

Se adentra en mí lentamente, llenándome por completo, y yo jadeo ante la sensación de tenerlo dentro. Establece un ritmo lento y constante, con los ojos fijos en los míos, y con cada embestida siento el amor que siente por mí, el vínculo que nos une. Es lento y tierno, cada movimiento es una declaración del amor que compartimos, una promesa del futuro que construiremos juntos.

Nos movemos juntos, nuestros cuerpos en perfecta sincronía, y mientras alcanzamos el clímax juntos, sé que este es mi lugar. Entre sus brazos y en este momento. Todo lo demás desaparece. Solo está Angelo y el amor que sentimos el uno por el otro, un amor lo suficientemente fuerte como para resistirlo todo.

Cuando descendemos de nuestro placer, Angelo me estrecha contra sí, envolviéndome con sus brazos y manteniéndome pegada a su pecho. Apoyo la cabeza en su hombro, siento el latido de su corazón contra mi mejilla y entiendo que esta es la verdadera felicidad: lo que estoy sintiendo en este momento.

Permanecemos en silencio por un rato, disfrutando de la presencia del otro. Luego Angelo habla, con voz suave pero seria.

"Hay algo que deberías saber, Fee. Se dice que un Don de Chicago quiere mudarse al antiguo territorio de los Timpone."

Me tenso ligeramente. "¿Qué significa eso para nosotros?"

Los brazos de Angelo se aprietan alrededor de mí. "Significa que podría tener una batalla en mis manos. Pero no te preocupes: no permitiré que nadie amenace lo que hemos construido."

Asiento, comprendiendo la promesa no pronunciada detrás de sus palabras. "Hemos enfrentado cosas peores y hemos salido más fuertes."

"Así es", concuerda él. "Y pase lo que pase, lo enfrentaremos juntos. Pero por ahora..." Me levanta el mentón, encontrando mis ojos y sonriendo. "Por ahora, solo soy feliz de estar aquí con mi esposa y nuestra hermosa familia."

Nos besamos, y dejo de lado los pensamientos sobre posibles amenazas. Nos hemos ganado esta felicidad, esta paz. Y pase lo que pase en el futuro, sé que lo enfrentaremos juntos, como una familia.

¿Te encantaron Sofia y Angelo? **Obtén el próximo libro de la serie aquí.**